

T...

ICO

CA

RIA

DA



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala:

B

Estante:

10

Número:

329

~~Biblioteca Universitaria~~

~~Sala: B~~

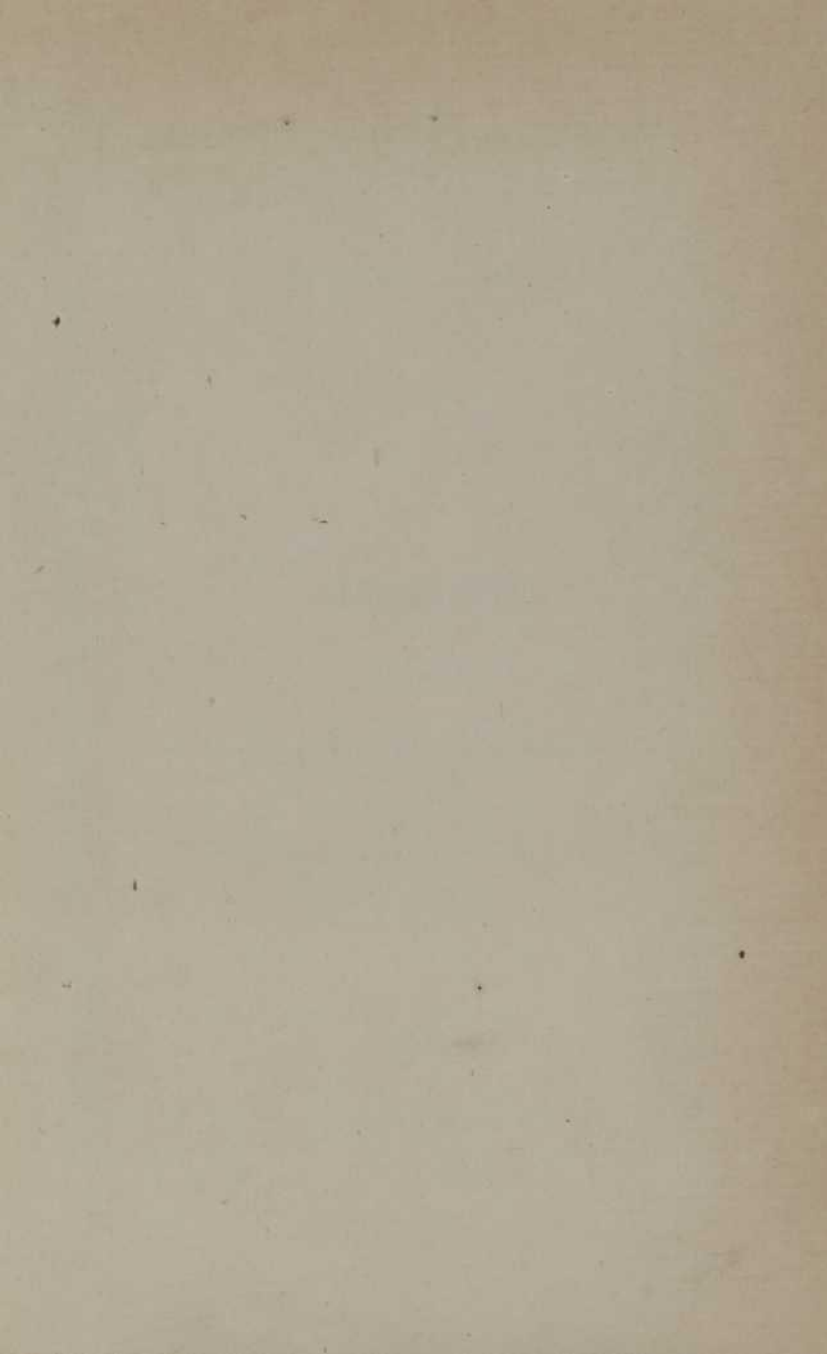
~~Estante: 27~~

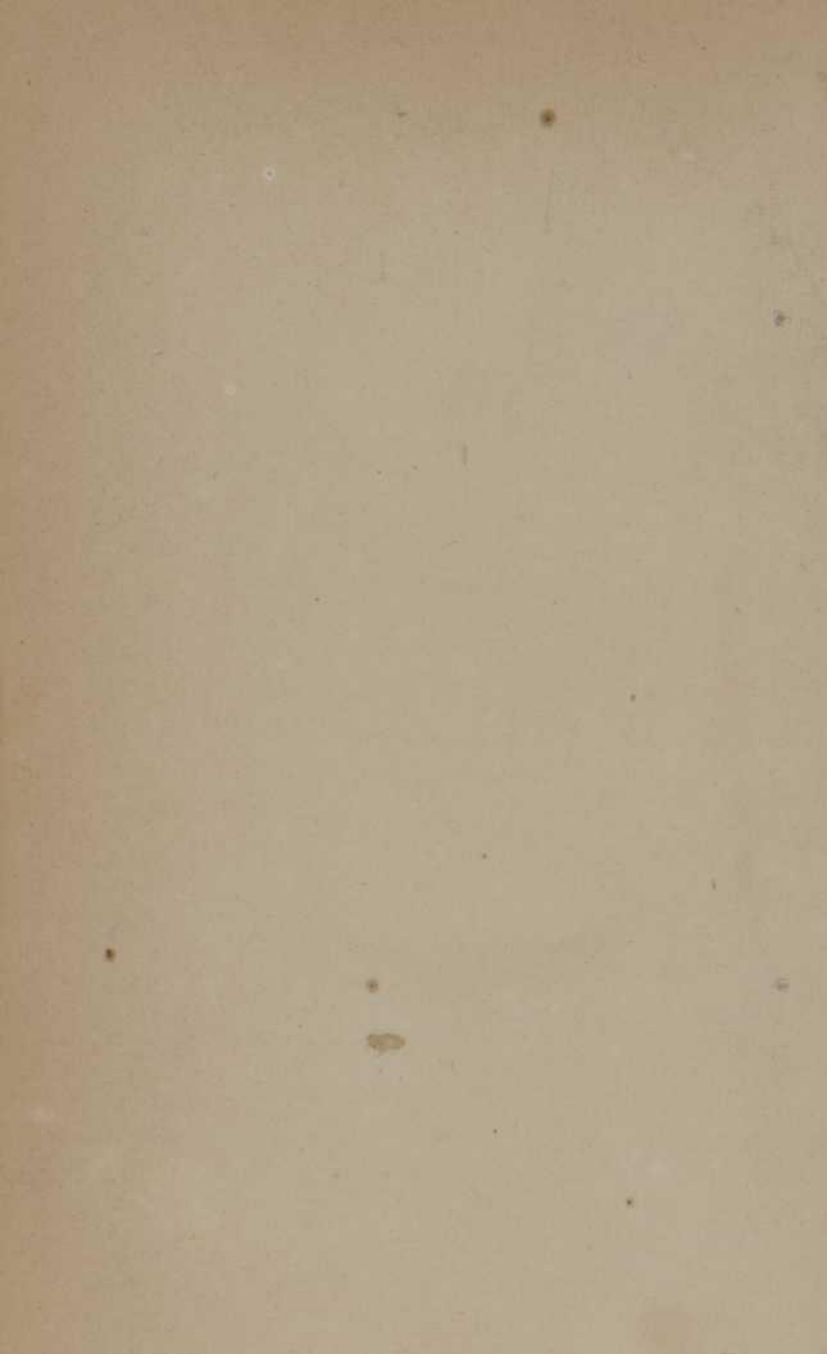
~~Número: 246~~

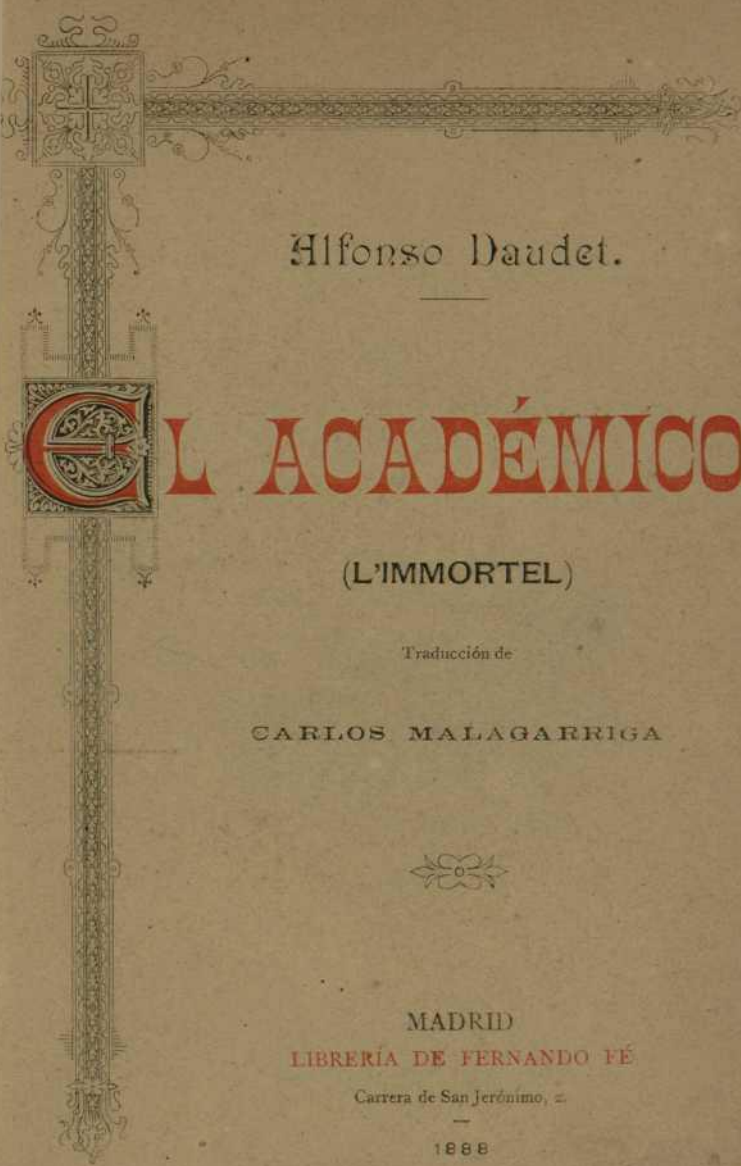
2

40-125









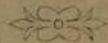
Alfonso Daudet.

**EL ACADÉMICO**

(L'IMMORTEL)

Traducción de

CARLOS MALAGARRIGA



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2.

1888



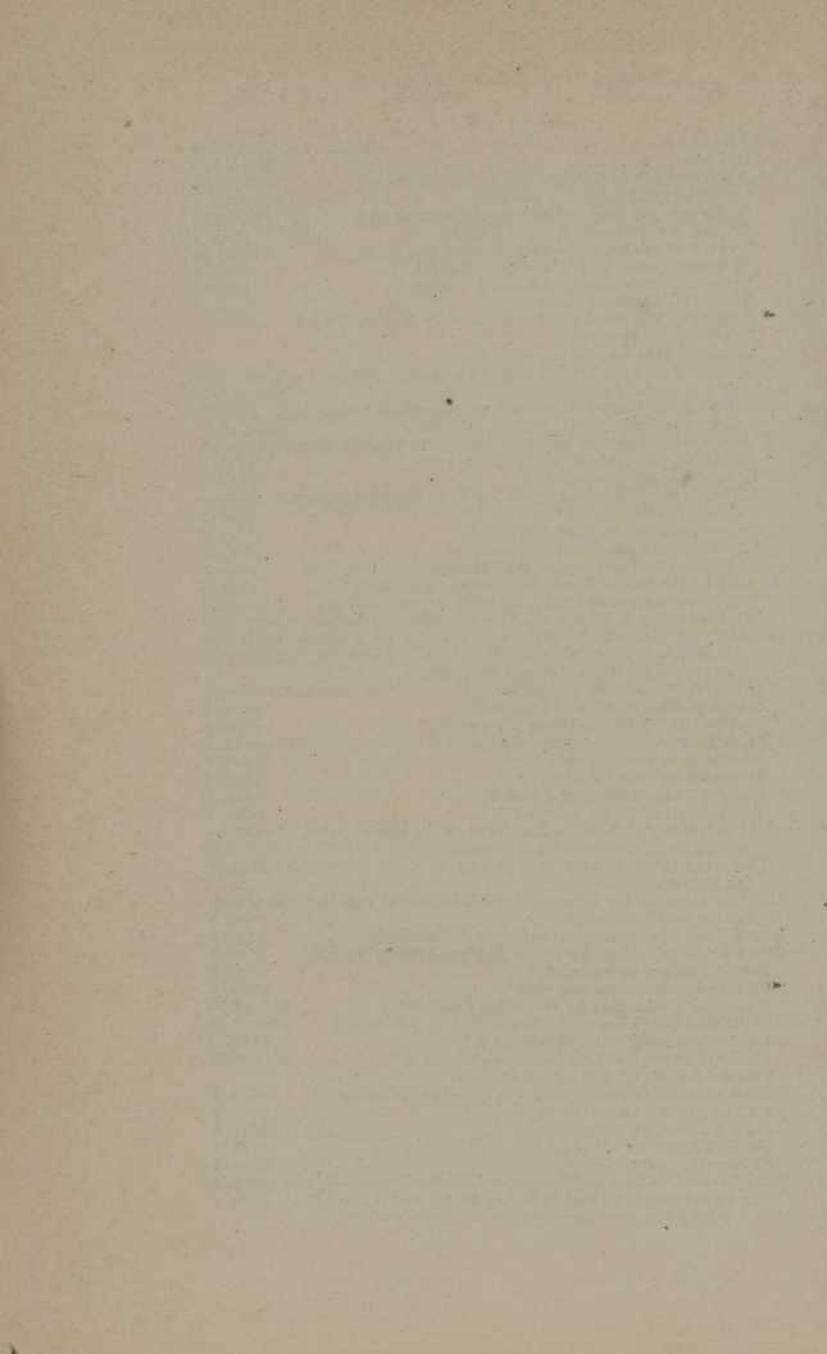


# LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2.

## OBRAS DE FONDO

- ALAS (Jenaro).—La movilización de 1887 en Francia: un vol. 8.º con un mapa. *ptas. 2,50*
- ALAS (Leopoldo).—Solos de Clarín, un vol. en 8.º *ptas. 2,50*
- La literatura en 1881. 3.ª edición. *ptas. 2*
- \*...Sermón perdido: crítica y sátira: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- \*Pipá.—Novelas cortas, un vol. en 8.º *ptas. 4*
- \*Nueva campaña; crítica y sátira: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- \*Folletos literarios: I. Un viaje á Madrid. *ptas. 1*
- \*Idem II. Cánovas y su tiempo: 1.ª parte. *ptas. 1*
- \*Idem III. Apolo en Pafos. *ptas. 1*
- \*Idem IV. Mis plagios.—Un discurso de Núñez de Arce. *ptas. 1*
- \*Idem V. (En prensa).
- \*Su único hijo, novela (en prensa).
- \*AMICIS (Edmundo de).—Corazón; traducción de Giner de los Rios: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- BEQUER (Gustavo A.)—Obras, cuarta edición aumentada y corregida: tres tomos con el retrato del autor. *ptas. 10,50*
- CAMPOAMOR (Ramón de).—El amor ó la muerte. Cómo rezan las solteras, poemas: un vol. en 8.º mayor. *ptas. 1*
- El ideísmo: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- El anillo de boda.—La orgía de la inocencia: poemas.—El buen ejemplo.—Dolora. *ptas. 1*
- Humoradas: un precioso vol. en 8.º *ptas. 3*
- Los amores de una Santa, poema. *ptas. 1*
- El licenciado Torralba, poema en ocho cantos: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- D-ODET (Alfonso).—Numa Roumestán: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- \*Safo (costumbres de Paris), 3.ª edición: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- \*El Académico (L'Immortel); versión española: un vol. 8.º *ptas. 3,50*
- \*FRANZ DE HOLTZENDORFF.—Principios de Política: traducida del alemán y anotada por los Sres. Buyla y Posada, Catedráticos en la universidad de Oviedo (en prensa).
- FRAY CANDIL (Emilio Bobadilla).—Escaramuzas (sátiras y críticas), con un prólogo de Clarín: 1 vol. 8.º *ptas. 3*
- FRONTAURA (Carlos).—López y su mujer. *ptas. 2*
- \*Las Tiendas (diálogos humorísticos), 4.ª edición aumentada. *ptas. 3*
- Lances de la vida: un vol. *ptas. 3*
- Sermones de doña Paquita. *ptas. 3*
- Galería de matrimonios: 2 tomos. *ptas. 7*
- \*Tipos madrileños: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- \*GUY DE MAUPASSANT.—Las Termas de Monte-Oriol; versión española de E. de Olavarría y Huarte: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- Una vida (novela), versión española de E. de Olavarría y Huarte (en prensa).
- \*LOPEZ BAGO.—La torería.—Luis Martínez el espada (en la plaza), novela social: un vol. *ptas. 3*
- NÚÑEZ DE ARCE (Gaspar).—Gritos del combate. *ptas. 4*
- OHNET (Jorge).—Las Ferrerías de Pont-Avesne: un vol. *ptas. 3*
- Sergio Panine: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- \*La Condesa Sara: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- Voluntad: traducción de D. Carlos Frontaura. *ptas. 3,50*
- PARDO BAZAN.—El eisna de Vilamorta: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- La cuestión palpitante: un vol. en 8.º *ptas. 2*
- Un viaje de novios; 2.ª edición: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- Pascual López; 2.ª edición (en prensa).
- PICON (Jacinto Octavio).—Lázaro, casi novela: un tomo. *ptas. 3*
- La hijastra del amor: un vol. en 8.º *ptas. 4*
- Juan Vulgar: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- De El Teatro: un foll. en 4.º *ptas. 1*
- El enemigo (novela). *ptas. 4*
- \*SEGOVIA ROCABERTI (Enrique).—Catálogo humorístico en verso de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887, en 8.º *ptas. 1*
- \*ZOLA.—Le Réve, novela, versión española (en prensa).



# EL ACADÉMICO

(L'IMMORTEL)



EL ACADEMICO



R. 1698

ALFONSO DAUDET

# EL ACADÉMICO

(L'IMMORTEL)

TRADUCCIÓN DE

CARLOS MALAGARRIGA



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2.

1888

EL ACADEMICO

---

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

---

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7, bis.



## ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Imitando al autor de *L'Immortel*, empezaremos copiando lo que se lee en el *Grand Dictionnaire universel du XIX siècle*, Larousse por otro nombre, en el artículo *Académie française*:

«Sociedad célebre, que debe su origen al cardinal de Richelieu: pensó el gran político asentar el buen nombre de Francia ante las demás naciones, no sólo en su unidad y en el poderío de sus armas, sino en la influencia de su lengua y de su literatura. En su tiempo, algunos literatos, imitando lo que ya se hacía cuando Ronsard, solían reunirse periódicamente en casa de uno de ellos, Valentín Conrart, para departir sobre asuntos literarios, y el Ministro concibió el proyecto de dar existencia legal á aquella Asociación.

»En 3 de Enero de 1635 la Academia francesa recibió sus estatutos autorizados, y firmados por el rey Luis XIII. Celoso el Parlamento de que la autoridad de las letras se constituyese á su lado dentro del Estado, negóse durante dos años á registrar aquella autorización.

»El fin primordial señalado á la Academia fué el de limpiar y fijar el idioma.

»Cuando la Revolución, sospechosa de monarquismo y acusada de constituir una aristocracia intelectual, la Academia fué suprimida por un decreto de la Convención de 8 de Agosto de 1793, é incorporada en 1795 al Instituto nacional, con el nombre de *Sección de lengua y literatura francesas*. Devolvióle la Restauración la organización que en su origen tuvo, y ni la Revolución de Julio, ni la de Febrero, ni el segundo Imperio, han introducido en ella cambio alguno.

»La primera edición del Diccionario de la Academia apareció en 1694; la sexta, en 1835, y el discurso preliminar de esta última, notable por muchos estilos, es de M. Villetuain.

»La Academia francesa se compone de cuarenta miembros, llamados los cuarenta *Inmortales*: son nombrados por elección, y los candidatos sólo pueden llegar al sillón académico después de haber solicitado personalmente este honor: además, su nom-



bramiento está sometido al beneplácito del Soberano.

»La opinión pública se ha complacido á veces en llamar á la Academia *Cuartel de Inválidos de la literatura*, porque se la ha visto reclutarse frecuentemente entre los literatos cuya carrera ha terminado ya.»

De estas últimas palabras del tranquilo y bonachón *Larousse* cabe deducir cuán arraigada está en Francia la idea de que la Academia francesa no responde á los fines de su instituto.



Sigamos con el *Dictionnaire Universel*, artículo *Institut de France*:

«Así se llama la reunión de nuestras cinco Academias:

La Academia Francesa.

La Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

La Academia de Ciencias.

La Academia de Bellas Artes.

La Academia de Ciencias Morales y Políticas.»

Ideado por Colbert, la Convención, en sus últimas sesiones, dió la ley fundando el *Instituto de Francia* (25 Octubre 1795), ley completada al año siguiente (3 Brumario, año IV) y modificada en los posteriores hasta la ley de 23 de Enero de 1803, que todavía rige en lo sustancial.

Esta ley, en su art. 1.º, disponía que la elección de los individuos de la Academia debe someterse al beneplácito del jefe del Poder ejecutivo.

En el 2.º organizaba el Instituto en cuatro clases ó secciones:

Academia de Ciencias.

Lengua y literatura francesas (Academia Francesa.)

Historia y literatura antigua (Academia de Inscripciones.)

Academia de Bellas Artes.

Queda ya dicho que la Restauración alteró la constitución del Instituto restableciendo las antiguas Academias y expulsando á veintidós individuos, entre ellos al pintor David, al obispo Gregoire, Monge, Carnot, Lakanal, Sièyes...

Al fin, en 1832, M. Guizot, entonces Ministro de Instrucción pública, restableciendo las cuatro antiguas secciones del Instituto, añadió la quinta:

Academia de Ciencias Morales y Políticas. »

Limitándonos á la Academia francesa, cabe preguntar si ha respondido á los fines de su instituto, no tanto á los que le asignara el Cardenal, como á los que la opinión pública le ha atribuído, queriendo considerarla como el Areópago de la literatura francesa, y, á veces, como Convención revolucionaria de las letras.

El número y calidad de los por ella postergados dan á entender claramente que no: Descartes, Scarron, Pascal, Molière, La Rochefoucauld, Bayle, Regnard, J. B. Rousseau, Vauvenargues, Le Sage, Prevost, Piron, J. J. Rousseau, Diderot, Mably, Andrés Chenier, Beaumarchais, Chamfort, Courier, Balzac, Lammenais, Nerval, Beranger y tantos otros, han sido los titulares del fantástico sillón *cuarenta y uno*, en el cual la opinión literaria se ha complacido en ver como una protesta viva contra las elecciones académicas, que muchas veces han sorprendido por lo imprevistas ó lo parciales, ó por el deseo marcado que en ellas se ha visto de buscar y arrostrar la impopularidad.

En este sentido la novela de Daudet es la pintura más cruelmente exacta de la Academia francesa.

Ha caracterizado siempre á la Academia francesa una tendencia conservadora marcadísima, y horror santo á toda clase de innovaciones literarias. Constantemente ha descubierto tendencias á no admitir entre sus miembros á ningún genio original ó personal que se separase, poco ó mucho, de las corrientes dominantes en literatura, y mejor de las atrasadas. La lista de nombres que más arriba citamos es suficiente prueba. Prefiere siempre las inteligencias medianas, respetuosas á toda clase de autoridades, de espinazo encorvado, sin ideas propias, acumuladores de lugares comunes, rebuscadores, sin crítica, de papeles viejos, de estilo literario incoloro, insípido y tibio, medianías, en una palabra, que ni deslumbren ni desdoren. Sólo en rarísimas excepciones, cuando la Academia ha cansado excesivamente á la opinión pública con repetidas elecciones impopulares, cuando trata por una ú otra causa de acallar las justas indignaciones de la opinión ó de la prensa, llama á su seno algún escritor notable por su talento, y en estos casos raros procura siempre que si pertenece á alguna nueva escuela, sea de los más templados, de los que forman el lazo de unión entre las nuevas tendencias y las antiguas, pero siempre exigiendo del nuevo candidato concesiones y rebajamientos á los que difícilmente se doblaba ningún talento varonil é independiente. Así

se explica que los dos más grandes novelistas franceses de este siglo, Balzac y Flaubert, no hayan pertenecido al Instituto.

Nada diremos de la influencia de los *príncipes* en la Academia. Sabido es que por liberalidades increíbles en esta familia de Harpagones, por su trabajo continuo de muchos años, se han conquistado dentro de ella una posición que en el pasado mes de Junio ha llevado á una Comisión académica á pedir al Gobierno francés que al duque de Aumale se levante el destierro que hoy pesa sobre la familia de Orleans.

\* \*

No es éste el mejor sitio para juzgar la obra de Daudet, ni tiene el traductor la talla y los conocimientos que para ello se necesitarían: por esto se limita á dar estos breves apuntes, que facilitarán á muchos lectores la lectura de la novela.

Se trata de un medio social distinto de los conocidos por nosotros, y por esto hemos dado ligera idea de la institución, atendiendo también á que la importancia que en la vida francesa tiene la Academia, no se puede medir por la escasísima que aquí tiene la Española, á pesar de que ésta trabaja más, como lo prueban las muchas ediciones del Diccio-

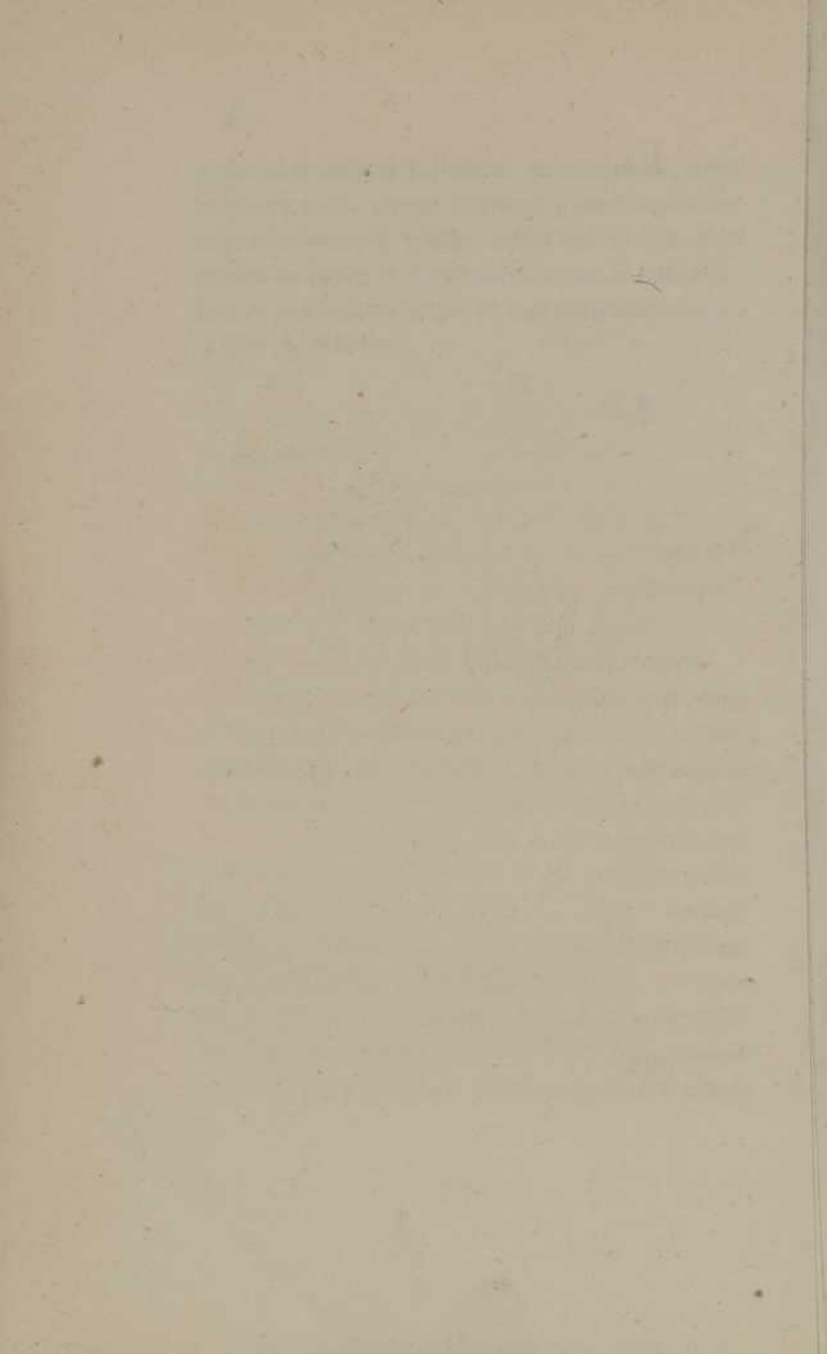


nario de la lengua. Y perdone mi amigo Escalada esto, que no es elogio interesado, puesto que bien sabe el animoso y erudito crítico que el que esto escribe no aspira á ser académico; de lo cual también se convencerá el que en esta traducción leyere la obra de Daudet.

C. M.

Julio, 1888.







# EL ACADÉMICO

(L'IMMORTEL)

---

## I

En el *Diccionario de hombres célebres contemporáneos*, edición de 1880, artículo ASTIER REHU, se lee:

«Astier, llamado Astier-Rehu (Pedro-Alejandro Leonardo), de la Academia Francesa.—Nació en 1816 en Sauvagnat (Puy-de-Dôme), de una familia de honrados labradores. Desde su más tierna edad reveló rara aptitud para la historia. Estudios sólidos, como ya no se hacen, que empezó en el colegio de Riom y terminó en el liceo de Luis el Grande, del cual más tarde había de ser profesor, le abrieron de par en par las puertas de la Escuela Normal Superior. De ella salió para desempeñar la cátedra de Historia en el liceo de Mende, donde escribió su *Estudio sobre Marco Aurelio*, premiado por la Academia Francesa. Llamado al año siguiente á París

por el ministro Salvandy, el joven y ya brillante profesor respondió á la protección inteligente que se le dispensaba, publicando sucesivamente *Los grandes ministros de Luis XIV* (obra premiada por la Academia Francesa), *Bonapart: y el Concordato* (idem íd.) y su admirable *Introducción á la historia de la casa de Orleans*, pórtico grandioso del edificio para levantar el cual el historiador debía consagrar veinte años de su vida. Ya entonces la Academia, no teniendo más premios que darle, le hizo sentar entre sus miembros; puede decirse que era de la casa, pues se había unido á la señorita Rehu, hija del malogrado Paulino Rehu, el célebre arquitecto, miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, y nieto del venerable Juan Rehu, decano de la Academia Francesa, el elegante traductor de Ovidio, autor de las *Cartas á Urania*, cuya lozana vejez es la admiración del Instituto todo.

»Conócese el noble desinterés con que, después de haberle destinado M. Thiers, su amigo y colega, al cargo de archivero del ministerio de Negocios extranjeros, supo desprenderse de su empleo al cabo de algunos años (1878), no queriendo doblar su pluma y la imparcialidad de la Historia ante las exigencias de nuestros gobernantes. Pero á pesar de estar privado de sus queridos archivos, el escri-

tor ha sabido aprovechar sus ocios forzados, y en dos años nos ha dado los tres últimos tomos de su historia, y anuncia para muy en breve un *Galileo ignorado*, extraído de documentos curiosos é inéditos. Todas las obras de Astier-Rehu se venden en casa de *Petit Sequard*, librería académica.»

Como el editor del *Diccionario de hombres célebres* da á los mismos interesados el encargo de hacer su propia historia, no cabe dudar de la autenticidad de las anteriores notas biográficas, salvo en lo referente á asegurar que Leonardo Astier-Rehu había dimitido su cargo de archivero, cuando nadie ignora que fué destituido y despedido como un cochero de punto por una frase imprudente que al historiador de la Casa de Orleans se le escapó en el tomo V, página 327, cuando dijo: «Entonces, lo mismo que ahora, Francia se vió invadida por la ola demagógica.»

¡Parece imposible lo que puede dar de sí una metáfora! Doce mil francos de sueldo, casa en el ministerio, luz, leña, y además el maravilloso tesoro de documentos históricos en el cual tomaron origen sus libros... ¡Todo esto lo arrastró la «ola demagógica,» su ola famosa! El po-

bre hombre nunca se consoló, y á los dos años el recuerdo del bienestar y la consideración de su empleo, todavía le entristecían, en particular durante ciertos días del mes ó de la semana, y, sobre todo, el día de Teyssedro.

Este Teyssedro era el limpiasuelos que iba de tiempo inmemorial á casa de Astier los miércoles, día en que la señora Astier recibía á sus amigos por la tarde en el despacho de su marido, única pieza presentable de aquel tercero de la calle de Beaune, restos de una gran casa, majestuosa de techo, pero incómoda á no poder más.

Cabe suponer la confusión que ese miércoles, que surgía todas las semanas, produciría al ilustre historiador al verse interrumpido en su trabajo laborioso y metódico. Surgió de ahí un profundo odio al limpiasuelos, paisano suyo, de cara amarilla, dura y maciza como pan de cera. Ese Teyssedro, con el pretexto de que era de Riom «y el *señor* Achtier no era más que de Chauvagnat» trastornaba sin consideración alguna la pesada mesa, llena de cuadernos, notas y extractos, y llevaba de una á otra habitación al pobre grande hombre, que al fin se veía

reducido á refugiarse en un camaranchón de encima de su despacho, donde, á pesar de su estatura regular, sólo cabía acurrucado. Amueblado con un viejo sillón adamascado, una antigua mesa de tresillo y una tabla para libros, el camaranchón daba á un patio por el arco del ventanal del despacho que hacía en el muro como un medio punto bajo y con vidriera, en cuyos cristales el historiador, al escribir, se veía reproducido de cuerpo entero, penosamente agachado como el cardenal La Balue en su jaula.

Allí estaba una mañana leyendo un viejo manuscrito, cuando la campanilla de la puerta resonó en el despacho invadido por el tonante Teysstedro.

—¿Es usted, Fage? preguntó el académico con su voz de bajo, hueca y metálica.

—No, *señor* Achtier, es el señorito.

El limpiasuelos es el que abría los miércoles por la mañana, mientras Corentina vestía á la señora.

—¿Cómo está el *maestro*? gritó Pablo Astier, dirigiéndose al cuarto de su madre.

El académico no contestó. Le molestaba la



ironía de su hijo, llamándole á todas horas maestro, y querido maestro, como burlándose de ese título con que generalmente le adulaban.

—Que suba el Sr. Fage en cuanto llegue, dijo, sin dirigirse al limpiasuelos.

—Bueno, *siñor* Achtier...

Y volvió á llenar toda la casa el ruido que armaba el auvernés.

—Buenos días, mamita.

—¡Calle! Es Pablo... Entra, entra. ¡Cuidado con los plegados, Corentina!

La señora Astier estaba ante el espejo poniéndose el vestido. Era mujer delgada, alta y bien conservada, á pesar de su fisonomía gastada y de su cutis demasiado fino. Sin moverse, le presentó su mejilla cubierta de polvos de arroz, que el hijo rozó con su barba rubia acabada en punta, tan poco cariñoso el uno como la otra.

—¿Almorzará el señorito? preguntó Corentina, una campesina recia, de tinte aceitunado, la cara llena de cicatrices de viruela, sentada en el suelo como una pastora en el prado y arreglando los bajos de la falda de su ama con un cintajo negro. El tono, la postura, todo descubría en

ella gran familiaridad en la casa: la franqueza de una doncella para todo, mal pagada.

No. Pablo no almorzaba. Le esperaban: abajo tenía su *boghey* y había subido sólo para decir dos palabras á su madre.

—¿Tu nueva *charrette* inglesa? ¡A ver!

La señora Astier se acercó á la ventana abierta, separó las persianas bañadas con la hermosa luz de Mayo, un poco, lo bastante para ver el bonito tren deslumbrante, con sus guarniciones nuevas y su reluciente caja, y al lacayo con librea nueva, flamante, con la brida cogida de la mano.

—¡Señora, qué bonito! murmuró Corentina, que también miraba. ¡Qué guapo estará el señorito Pablo ahí dentro!

La madre estaba radiante; pero como enfrente entreabriéronse las ventanas, mientras se paraba alguna gente delante del coche que había alborotado todo aquel rincón de la calle de Beaune, despidió á la criada, y sentada en una *chaise-longue*, arregló ella misma los pliegues de su falda, esperando lo que tenía que decirle su hijo, cosa que ya presumía, á pesar de parecer muy distraída con su vestido.

Pablo Astier, tendido en un sillón, también callaba, jugando con un abanico de marfil, una antigualla de su madre que conocía desde niño.

Viéndoles así, su parecido saltaba á la vista; era la misma carne criolla con el color rosado y quebrado á la vez, el mismo cuerpo fino, los ojos grises impenetrables, y en los dos semblantes el mismo pequeño defecto que apenas se notaba, la delgada nariz un poco torcida, lo cual daba la impresión burlona de algo en que no podía fiarse.

Se espían en silencio, como esperando: á lo lejos se oía el infernal ruido de la escoba de Teysstedro.

—Es muy bonito todo esto, dijo Pablo.

Su madre levantó la cabeza.

—¿Todo esto? ¿Qué?

Con el mango del abanico, con un gesto de estudio de pintor, Pablo señaló los brazos desnudos y las correctas líneas de los hombros, encerrados en el corsé de batista fina. Su madre se echó á reír.

—Sí; pero ¿y esto?

Y señaló su cuello largo, en el que las arrugas delataban la edad.



Y luego pensó:

¿Qué importa esto si tú eres hermoso?

Pero no lo dijo. Habladora consumada, bachelera en chismes y maestra en mentiras de sociedad, habilísima en decirlo todo ó dejarlo comprender, no tenía palabras al verse frente á frente del único sentimiento verdadero que la agitaba.

No podía decirse que fuera una de esas mujeres que no saben declararse viejas. Mucho antes de la hora de queda ó cubrefuego, si alguna vez había habido fuego en ella, toda su ambición mujeril de conquistar y seducir, sus sueños gloriosos, elegantes ó de gran mundo, los había concentrado en su hijo, en ese buen mozo de aire correcto, con el aspecto del artista moderno, la barba elegante, los cabellos al rape, y en el porte y en las maneras la gracia militar que á la juventud de hoy presta el año de voluntariado.

—¿Se alquiló el principal al cabo? preguntó la madre.

—¡Sí, alquiladol... ni una rata. Papeles, anuncios... nada sirve. Como decía Vedrine en su exposición particular: «No sé lo que tienen, pero el hecho es que no vienen.»



Pablo se echó á reir, recordando el orgullo tranquilo y convencido de Vedrine paseando entre sus esculturas y sus relieves, asombrándose, sin enojarse, de la ausencia del público.

Pero la señora Astier no se rió. ¡Un principal tan hermoso y sin alquilar hacía ya dos años! ¡Y nada menos que en la calle de Fortuny, un barrio tan magnífico, una casa estilo Luis XII, y hecha por su hijo! ¿Qué querían ellos... ellos, probablemente los mismos que no iban á ver las obras de Vedrine?

Y rompiendo con los dientes el hilo de la costura:

—A pesar de esto, dijo, es un buen negocio.

—Excelente, pero se necesita dinero para sostenerlo... El *Crédit Foncier* se lo lleva todo, y luego los maestros de obras, carpinteros y tapiceros que se me echán encima... 10.000 francos de carpintería que he de pagar á fin de mes, y no tengo un cuarto.

La madre, que se ponía el cuerpo del traje junto al espejo, palideció, y se vió palidecer á sí misma con el estremecimiento que se siente en un duelo cuando el arma del contrario se levanta y apunta.

—¿No cobraste la restauración de Mousseaux?

—¿Mousseaux? ¡Hace tanto tiempo!...

—¿Y el panteón de los Rosen?

—¡Siempre así! Vedrine no acaba su estatua...

—¡Vedrine siempre! ¿Lo ves? Te lo dijo tu padre.

—Sí, ya sé; es el coco del Instituto.

Se levantó y se puso á pasear de un lado para otro.

—Vamos, tú me conoces; soy hombre práctico. Si he tomado á ése para mi muñeco, es porque debía tener una idea.

Volvióse bruscamente hacia su madre:

—¿Tienes tú esos 10.000 francos? le dijo.

La pobre mujer esperaba esto desde que le vió entrar, sabiendo que no venía para otra cosa.

—¡Diez mil francos! ¿Por dónde?..

Y sin que añadiese una palabra, la aflicción de la boca y de la mirada decían claramente:

—Sabes bien que todo te lo he dado; que me visto de remiendos; que en tres años no me he comprado un sombrero; que Corentina lava mi ropa en casa, porque me avergonzaría dar esos trapos á la lavandera, y sabes también que

la miseria mayor para mí es la de tener que negarte lo que me pides. ¿Por qué pedirme ese dinero?

Y esta muda reprensión de su madre era tan elocuente, que Pablo contestó en voz alta:

—Desde luego no pensaba precisamente en ti. Porque, en fin, si tú los tuvieses...

Con su aire de burla fría añadió:

—Pero el maestro, el de arriba... Quizás tú lograrías... ¡Sabes capearle tan bien!...

—Ahora ha acabado todo...

—Sin embargo, él trabaja; sus libros se venden... Vosotros no gastáis un céntimo...

En aquella semioscuridad se puso á registrar la pobreza de aquellos muebles viejos, las cortinas desteñidas, las alfombras relucientes, todo sin renovar desde hacía treinta años. ¿Dónde iba á parar el dinero? ¡Hombre, si el autor de sus días la correría! Era tan enorme, tan inverosímil Leonardo Astier-Rehu corriéndola, que su mujer, al través de su tristeza, no pudo menos de reirse.

—No, en cuanto á esto, podemos estar tranquilos; y añadió:

—Pero ¿qué quieres? se esconde, desconfía;

el campesino entierra el dinero. ¡Le hemos hecho tantas!...

Hablaban en voz baja, con la mirada fija en el suelo como dos cómplices.

—¿Y el abuelo? dijo Pablo sin gran convicción; si tú mirases...

—¡El abuelo! ¿Estás loco? ¿No le conocés? El viejo Rehu, con su feroz egoísmo de casi-centenario, que nos vería morir á todos antes que privarse de un polvo de rapé ó de uno de los alfileres de que siempre estaba lleno el revés de su solapa. ¡Pobre hijo! ¡Muy apurado debes verte cuando se te ocurre semejante ideal... Otra cosa: ¿quieres que vea?...

—¿A quién?

—Calle de Courcelles... Adelantado sobre el panteón.

—¡Por supuesto! Te lo prohíbo en absoluto.

Le dijo esto como si fuera su amo, pálidos los labios y la mirada torcida...

Pero en seguida, volviendo á su tono seguro y escéptico:

—No pienses más en ello, la dijo. Esto no es más que una crisis... Peores las he visto.

La madre le dió el sombrero que buscaba,

dispuesto á marcharse en vista de que nada podía sacarle; pero para estar con él algunos instantes, le habló de un gran asunto, un matrimonio que se le había encargado.

Al oír la palabra *matrimonio*, Pablo se estremeció, y mirándola de reojo:

—¿Quién? la dijo.

—He jurado no decir nada todavía; pero, en fin, á ti... en una palabra, el príncipe de Athis.

—¿Samy? ¿Con quién?

La madre entonces, poniéndose casi de pie, contestó:

—No la conoces... Una extranjera... muy rica... Si triunfo, podré ayudarte... Hay tratos hechos y compromisos por escrito..

Sonrióse él, ya tranquilo.

—¿Y la Duquesa?

—No sabe nada. ¡Figúrate!

—Su Samy, su príncipe, y quince años de relaciones...

La señora Astier hizo un gesto atroz de indiferencia de una mujer para otra.

—Peor para ella... ¡Ya tiene edad!

—¿Cuánta?

—Es de 1827, y estamos en 1880. Exactamente un año más que yo.

—¡La Duquesa! dijo Pablo estupefacto.

La madre, riendo, añadió:

—¡Ah, sí, la bribona!... ¿Qué te asombra? Estoy segura de que la creías veinte años más joven... Realmente, el más corrido de entre vosotros no ve más allá de sus narices... Ya comprenderás que ese pobre Príncipe no podía llevar el ronزال toda la vida, y más debiendo morirse el viejo Duque de un día para otro, y tendría que casarse con ella. ¿Le ves tú casado con esa vieja?

—¿Sabes que es bueno ser amiga tuya?

—¡Cómol! ¿La Duquesa amiga? ¡Sí, amiga! Una mujer que con seiscientos mil francos de renta, siendo las dos tan íntimas y conociendo mi pobreza, jamás se le ha ocurrido ayudarme... De vez en cuando un traje, un sombrero, regalos útiles... de los que no dan gusto alguno.

—Y los días del abuelo Rehu, añadió Pablo en tono de aprobación, un atlas, un mapa...

—Antonia es muy avara. Recuerdo en Mousseaux, en pleno otoño, cuando Samy no estaba, las ciruelas que nos daban de postre,

con aquellas huertas y aquellos árboles frutales... ¡Es claro! Todo lo vendían en los mercados de Blois, de Vendôme... Y es que, mira, está en la masa de la sangre... Su padre, el Mariscal, tenía fama en la corte de Luis Felipe, y ¡cuidado que pasar entre aquella gente por avaro! Esas grandes familias corsas todas son lo mismo: grasa y vanidad. En vajilla de plata con sus armas grabadas, comen bellotas que no comerían los cerdos. ¡La Duquesa! ¿Pues no es ella misma la que lleva las cuentas con su cocinero? Por las mañanas le suben la carne para que la vea; por la noche (lo sé por el Príncipe mismo), metida en los encajes de su camisa de dormir y preparada para el amor, repasa las cuentas del día.

La señora Astier se deshinchaba, con su vocicilla aguda y silbante como el chillido de un ave marina posada en lo alto de un palo de mesana. Su hijo la escuchaba al principio, divirtiéndose, luego impaciente, y ya en la puerta:

—Me voy, dijo de pronto. Tengo un almuerzo de negocios... importante.

—¿Un encargo?

—No: esta vez nada de arquitecturas...



Y como su madre insistiese con curiosidad:  
—Más tarde, le dijo, ya te diré... Ahora em-  
pezamos...

Y á punto de marcharse, al darla un beso superficial, le murmuró junto al oído:

—De todos modos, piensa en los diez mil...  
¿Sabes?

Sin ese hijo que les dividía sordamente, los Astier-Rehu hubieran resultado un matrimonio excelente, con arreglo á la convención social, y, sobre todo, según el ideal académico.

Treinta años llevaban con los mismos sentimientos mutuos conservados al hielo, á la temperatura de tierra fría, como dicen los jardineros.

Cuando por los años de 1850 el profesor Astier, coronado por el Instituto, pidió la mano de la señorita Adelaida Rehu, que vivía entonces en el palacio Mazarino, en casa de su abuelo, el principal atractivo de ésta para él no era su belleza fina y su tez rosada, ni tampoco la fortuna, puesto que los padres de Adelaida, muertos casi repentinamente del cólera, habían dejado poco, y el abuelo, criollo de la Martinica, un

D. Juan de los tiempos del Directorio, jugador, vividor burlón y duelista, dijo muy claro que no aumentaría en un céntimo el dote de la muchacha. A Astier, con más ambición que codicia, le seducía, sobre todas las cosas, la Academia. Los dos patios grandes que hay que atravesar para llevar el ramo diario, los largos y solemnes corredores cortados por escaleras polvorientas, no eran para él el camino del amor, sino el sendero de la gloria. Los Paulino Rehu, de Inscripciones y Bellas Letras; los Juan Rehu, de las *Cartas á Urania*, el Instituto todo, sus leones, su cúpula que atrae como una Meca; todo esto fué lo que durmió á su lado la noche de novios.

Belleza que no se pierde y pasión que no gasta el tiempo, le cogió con tal fuerza, que conservó siempre para con su mujer la fría actitud de un mortal de la época mitológica á quien los dioses hubiesen dado una de sus hijas. Cuando llegó á dios, después de cuatro escrutinios académicos, subsistió el mismo respeto.

En cuanto á la señora Astier, que sólo había aceptado el matrimonio como un medio de dejar al abuelo, amigo de contar inacabables his-

torias, pero duro y egoísta, necesitó poco tiempo para conocer el cerebro de campesino rudo y la estrechez de inteligencia que se escondían bajo la solemnidad del laureado académico fabricante de tomos en 8.º, y su palabra, de tono de flauta, que parecía hecha para resonar en la cátedra.

Sin embargo, después que á fuerza de intrigas, de pasos y de recomendaciones llegó á hacerle académico, sintióse presa de cierta veneración hacia él, olvidando que era ella misma la que le había puesto la casaca de palmas verdes que ocultaba su nulidad.

En aquella asociación perfecta y fría, sin intimidad, goce ni comunicación de ninguna especie, no había más que una nota natural y humana, el hijo: y esta nota alteró la armonía del matrimonio.

Desde luego no se realizó nada de lo que el padre soñaba para su hijo: laureles universitarios, oposiciones, la Escuela Normal, y, por último, una cátedra.

En el colegio, Pablo no tuvo premios más que en esgrima y en gimnasia, distinguiéndose únicamente por una cachaza voluntaria y terca,

que ocultaba un espíritu práctico y un precoz sentido de la vida real.

Muy mirado en su traje y en su porte, no salió nunca á paseo sin la esperanza, que no recataba, de *hacer* una mujer rica.

Dos ó tres veces, viéndole dominado por la idea fija de la pereza, á todo trance su padre había querido castigarle brutalmente, á lo auvernés; pero la madre intervino para excusar á su hijo y protegerle. Astier-Rehu gruñía y hacía crujir sus mandíbulas, que cuando profesor le valieron el apodo de *Cocodrilo*, y como suprema amenaza hablaba de hacer la maleta y volverse á cuidar sus viñas de Sauvagnat.

—¡Leonardo! ¡Pero Leonardo! decía la señora Astier. Y así quedaban las cosas.

Con todo, un día estuvo á punto de hacer la maleta de verdad. Sucedió esto cuando, después de tres años de arquitectura en la Escuela de Bellas Artes, Pablo Astier se negó á presentarse á concurso para el premio de Roma.

—¡Desgraciado! le dijo su padre. Roma... ¿pero tú ignoras que Roma es el Instituto?

El chico se burlaba de esto; lo que él ambicionaba era la fortuna, cosa que no se alcanza-

ba con el Instituto, y la prueba la veía en su padre y su abuelo, el viejo Rehu. Lo que él quería no eran laureles académicos, sino negocios, muchos negocios, y hacer dinero cuanto antes.

Leonardo Astier se volvió loco al oír á su hijo proferir blasfemias tales, y á su mujer ¡una Rehu! aprobarlas. Entonces bajó de la buhardilla trastera la maleta, su vieja maleta de profesor de provincia, profusamente claveteada y con goznes tamaños como los de la puerta de una catedral, alta y profunda lo bastante para haber guardado el enorme manuscrito de *Marco Aurelio* y todos los sueños gloriosos y las ambiciones del historiador aspirante á académico.

En vano la señora Astier decía mordiéndose los labios:

—¡Pero Leonardo! ¡Leonardo!...

El hombre siguió haciendo la maleta, que durante dos días estuvo en el despacho, para luego pasar á la antecámara, de donde ya no volvió á salir, transformada definitivamente en leñera...

Así, desde el principio, Pablo triunfó, y tanto por su madre y sus relaciones como por su habilidad y sus atractivos personales, obtuvo pronto obras que le dieron á conocer.

La duquesa Padovani, mujer de un ex ministro y embajador, le confió la restauración de su precioso castillo de Mousseaux sur-le-Loire, vieja estancia real por mucho tiempo abandonada, á la cual Pablo supo restituir su carácter propio con habilidad y talento, que realmente chocaban en el que no había sido más que mediano alumno de la Escuela de Bellas Artes. La restauración de Mousseaux le valió la construcción del palacio de la embajada turca, y más tarde la princesa de Rosen le confió el Mausoleo del príncipe Heriberto, el que murió trágicamente en la expedición del rey Cristián de Iliria.

Desde entonces Pablo se creyó dueño de la fortuna. Astier padre, arrastrado por su mujer, dió 80.000 francos de sus ahorros para la compra de un terreno en la calle Fortuny, donde Pablo construyó un hotel, mejor dicho, un ala de hotel adosada á una elegante casa de vecindad. Era un muchacho práctico, y si quería un hotel como todos los artistas elegantes, quería también cobrar alquileres.

Desgraciadamente las casas de vecindad no se alquilan siempre con facilidad, y el tren de vida que llevaba, los dos caballos en la cuadra,

uno para silla y otro para tiro, el Casino, la dificultad en los cobros... no le daban tiempo para esperar. Además, Astier, padre, declaró repentinamente que en adelante no daría ni un cuarto; y cuanto la madre intentó ó dijo en favor de su hijo, se estrelló contra aquella irrevocable determinación, que al fin se atrevía á resistir á su voluntad personal, hasta entonces soberana en la casa.

De este modo comenzó una lucha continua entre la madre, ingeniándose para sisar en los gastos como un mayordomo ladrón, para no tener nunca que negarse á las peticiones de dinero de su hijo, y Leonardo desconfiando y á la defensiva y comprobando las facturas. En esta lucha, la mujer, más orgullosa, se cansó antes que el marido, y era necesario que Pablo estuviese ahora muy abarrancado para que su madre se atreviera á hacer una nueva tentativa.

Al entrar en el comedor, grande y triste, que antes lo había sido de una casa de huéspedes, sin más luz que la de altas y estrechas ventanas con dos escalones, la señora Astier halló á su marido que estaba ya en la mesa, preocupado

y nervioso. Habitualmente el *maestro* se sentaba á la mesa sonriente, tranquilo y con humor igual, tanto, por lo menos, como su apetito, bien servido por recia y compleja dentadura de perro mastín, á la cual no resistían ni el pan seco, ni la carne dura y correosa, ni los negros contratiempos que son la salsa diaria de la vida.

—Es que hoy es el día de Teysstedro, no hay duda, pensó la señora Astier, que se sentó aplastando su ahuecada falda de los días de recepción. Quedóse, sin embargo, un tanto sorprendida al no recibir el cumplido con que le saludaba todos los miércoles, á pesar de que aquel día su traje era muy elegante.

Esperando que aquella mala disposición se disiparía á los primeros bocados, esperó un poco antes de empezar el ataque. Pero el *maestro*, aunque devoraba con gana, mostraba un mal humor creciente: el vino sabía al corcho del tapón, las albondiguillas estaban quemadas...

—¡Todo esto porque su amigote el Sr. Fage le ha dado á usted el gran plantón esta mañana! gritó furiosa desde la cocina Corentina, cuya cara reluciente y llena de costras apareció



en el agujero por el cual se pasaban los platos en los tiempos de la casa de huéspedes.

Cuando desapareció, cerrando la ventana violentamente, Leonardo Astier murmuró:

—¡Tiene un descaro esa chical...

Pero en el fondo le molestaba que delante de su mujer se hubiese pronunciado el nombre de Fage. Y con efecto, de seguro que en cualquiera otra ocasión la señora Astier no hubiera dejado de añadir:

—¡Ah! Otra vez Fage, el encuadernador...

Y hubiera empezado una escena doméstica, que era lo que esperaba Corentina al lanzar su frase maliciosa.

Pero hoy se trataba de no irritar al *maestro*, sino, por el contrario, de llevarle con hábiles preparativos á lo que quería de él. Y comenzó á hablarle de la enfermedad de Loissillon, el secretario perpetuo de la Academia, que iba de mal en peor. El puesto de Loissillon y su casa en el Instituto debían pasar á Leonardo Astier, como compensación del empleo que había perdido; y aunque íntimo de aquel colega enfermo, la esperanza de un buen sueldo y de una casa desahogada y cómoda, amén de otras ventajas,

rodeaban para él aquella muerte próxima de una agradable perspectiva, que quizá le avergonzaba, pero de la cual hablaba ingenuamente en la intimidad de su hogar... Con todo, ni aun esto desarrugaba aquel día su entrecejo.

—¡Pobre señor Loisillon! silbaba la señora Astier: ya no acierta con las palabras. Lavaux nos contaba ayer en casa de la Duquesa que ya no sabe decir más que bi... bibelot, bi... bibelot.

Y añadió, mordiéndose el labio é irguiendo la cabeza:

—Y eso que es de la comisión del Diccionario.

Astier-Rehu no pestañeó.

—La frase es buena, dijo haciendo crujir sus quijadas con aire doctoral; pero ya he escrito, no sé en qué página de mi historia, que en Francia lo único eterno es lo interino...

Pronunciaba *histooria, eeeterno*.

—Nos enterrará á todos... Hace diez años que se muere. Y mordiendo el pan duro, repetía: «A todos, á todos...»

Decididamente Teyssedro le había puesto de mal humor.

Entonces la señora Astier habló de la sesión

magna de las cinco Academias que dentro de algunos días se celebraba, con asistencia del duque Leopoldo de Finlandia. Precisamente Astier-Rehu, director durante aquel trimestre, debía presidir la sesión y pronunciar el discurso de apertura, saludando de paso á Su Alteza Real. Y hábilmente interrogado á propósito del discurso cuyo plan formaba, Leonardo indicó sus líneas generales: era una carga cerrad acontra la escuela literaria moderna; un buen metido á esos tunantes... beduínos.

Sus anchas pupilas de tragón se encendían en aquella cara cuadrada, á la cual se veía afluir la sangre bajo la espesa broza de las cejas negras como el humo, contrastando con la sota-barba blanca.

—A propósito, dijo bruscamente: ¿y la casaca? ¿Se ha cepillado? La última vez que me la puse, para el entierro de Montribot, estaba imposible.

¡Pero qué! ¿no piensan en todo las mujeres? Aquella misma mañana la señora Astier la había repasado cuidadosamente; la seda de las palmas se deshilachaba; los forros se caían. Una casaca de... ¡sí! de su entrada en la Acade-

mia, el 12 de Octubre de 1866. Lo mejor sería encargar una nueva para la sesión. Irían las cinco Academias, un Príncipe, todo París. Lo menos que se podía hacer... Leonardo se defendía reposadamente, alegando que el gasto sería crecido. Además de la casaca habría que hacer el chaleco, á lo menos el chaleco, ya que ahora no se lleva el calzón corto.

—No importa, amigo mío; son cosas necesarias, decía la mujer insistiendo. Sin notarlo vamos poniéndonos ridículos con tanta economía. Muchas de las cosas que nos rodean se ponen viejas; por ejemplo, los muebles de nuestro cuarto: cosa que me avergüenza cuando entra un amigo... Para un gasto tan pequeño..

—El que se ría es un malandrín, dijo en voz sorda Astier-Rehu, que con gusto usaba palabras clásicas; y una arruga se abrió en su ancha frente como si se partiera en dos su cara, há un momento expansiva. Ya eran muchas las veces que había dado con que pagar una factura de modista, ó de costurera, y para renovar cortinas y la ropa blanca... y luego nada se había pagado; el dinero se iba á la calle de Fortuny, á casa del Trágalotodo. Ya no más; no le vol-

verían á coger en otra. Se encorvó, metió los ojos en el plato, que llenó con una gran raja de queso de Auvernia, y no añadió más.

La señora Astier sabía lo que era ese silencio tosco en cuanto se hablaba entre los dos de cuestiones de dinero; pero esta vez se había propuesto hacerle reventar.

—¡Ah! vamos, te metes la cabeza en el plato. Ya sé lo que quieres decir cuando haces de erizo. Ni un cuarto, ¡eh! Nada, nada.

La cabeza cada vez bajaba más.

—Siempre hay algo, sin embargo, para el señor Fage...

Leonardo Astier se estremeció, é irguiéndose y mirando á su mujer con inquietud...

—¡Cómo! ¡Yo dinero!... ¿Y al Sr. Fage?

—Sí, y que no cuestan poco las cubiertas y encuadernaciones... dijo la señora Astier contenta al verle obligado á ceder de su callada resistencia. ¿Y para qué? pregunto yo; para esos papelotes...

Astier-Rehu se tranquilizó: evidentemente su mujer no sabía nada y hablaba á ojo... La palabra *papelotes*, sin embargo, se le atragantaba: se trataba de autógrafos sin rival, con las

firmas de Richelieu, Colbert, Newton, Galileo, Pascal, tesoros adquiridos casi de balde y que hoy representan una fortuna. «Sí, señora, un fortuna.» Y entusiasmándose, citó cifras y ofertas que se le habían hecho. Bos, el famoso Bos de la calle de la Albaye, hombre inteligente si los hay, daba 20.000 francos por tres solos documentos de la colección, tres cartas del emperador Carlos V á Francisco Rabelais...

—Papelotes... ¡Pues hombre!

La señora Astier le escuchaba estupefacta. Sabía que hacía dos ó tres años que coleccionaba papeles viejos y que le hablaba alguna vez de sus hallazgos, cosas que ella escuchaba con la vaga distracción de la mujer que oye la voz del mismo hombre hace treinta años... Pero jamás pudo suponer... ¡Veinte mil francos por tres documentos! ¿Y por qué no aceptaba?

Leonardo estalló como una bomba.

—¡Vender mis Carlos V! Nunca. Os vería á todos sin pan, mendigando de puerta en puerta, y no los tocaría. ¿Lo oyes?

Y dió un golpe en la mesa, muy pálido, los labios caídos, feroz y maniático, convertido en un Astier-Rehu extraordinario, que su mujer no

conocía. Los hombres tienen en ese súbito esplendor de su pasión, aspectos ignorados aun de sus más íntimos.

Pero en seguida, ya más calmado, el académico se explicó algo confuso.

Los documentos le eran necesarios para la confección de sus libros, sobre todo ahora que ya no tenía el archivo del Ministerio. ¡Vender esos materiales sería como renunciar á escribir! Por esto más bien trataba de aumentarlos.

Y acabando en una nota amarga y tierna que delataba todas las penas y todas las decepciones de su paternidad, añadió:

—Después de mí, mi señor hijo lo venderá, si le conviene, y ya que no piensa más que en ser rico, te aseguro que lo será.

—Sí... pero entretanto...

Y dijo este *entretanto* con un tono dulce tan monstruosamente natural y tranquilo, que Leonardo, ciego de celos contra ese hijo que le llevaba todo el corazón de su mujer, respondió con un solemne crujir de mandíbulas:

—Entretanto, señora, que los demás hagan lo que yo. Yo no tengo hotel, ni caballos, ni

*charrete* inglesa. Tomo el tranvía cuando salgo, y vivo en un tercero con entresuelo, donde soy víctima de Teyssedro; trabajo día y noche, amontono volúmenes, dos, tres in 8.º al año; pertenezco á dos comisiones de la Academia, no falto á una sesión, figuro en todos los entierros, y ni en verano acepto convite alguno para el campo, á fin de no perder una sesión. Deseo á mi señor hijo el mismo valor para cuando tenga sesenta años.

Era la primera vez, después de mucho tiempo, que hablaba de Pablo, y siempre con la misma sequedad. La madre se quedó fría; y en la mirada de través, casi cruel, que dirigió á su marido, se reveló un respeto que momentos antes no sentía.

—Llaman, dijo de pronto Leonardo, ya de pie, dejando la servilleta en el respaldo de su silla. Debe de ser mi hombre.

—Uno que pregunta por la señora. ¡Temprano empiezan hoy! dijo Corentina, que con sus dedos, que acababa de secar con el delantal, puso en un borde de la mesa una tarjeta.

La señora Astier leyó la tarjeta: *Vizconde de Freydet*. Un relámpago brilló en sus ojos, y en



alta voz, con un tono tranquilo que en vano ocultaba su alegría, dijo:

—¿El señor de Freydet está en París?

—Sí, para su libro...

—¡Ah, Dios mío! Su libro... ¡Y yo que todavía no he cortado las páginas! ¿De qué habla ese libro?

Comió de prisa y corriendo los últimos bocados, y se lavó la punta de los dedos en el vaso, mientras su marido le daba distraídamente algunas ideas del nuevo libro de Freydet, *Dios en la naturaleza*, poema filosófico... Aspira al concurso Boisseau.

—¡Oh! Lo ganará, ¿verdad? Es necesario que lo gane. Son muy agradables él y su hermana. ¡Es tan bueno para la pobre baldada!...

Astier hizo un gesto evasivo: nada aseguraba, pero desde luego recomendaría á Freydet, que le parecía que realmente adelantaba.

—Mi apreciacion personal, si te la pide, es ésta, le dijo. Hay demasiadas cosas para mi gusto, pero ya no hay tantas como en sus anteriores libros. Dile que su maestro está contento.

¿Qué cosas eran éstas de que había tantas?



¿Y cómo había menos que antes? La señora Astier lo debía saber, por cuanto, sin pedir más explicaciones, se levantó de la mesa y se dirigió con paso ligero al gabinete, transformado en salón de visitas para las recepciones del miércoles.

Quedóse Leonardo Astier cada vez más preocupado, desmenuzando durante un rato con el cuchillo la corteza del queso en el plato. Luego, distraído de sus reflexiones por Corentina, que levantaba la mesa de prisa sin hacerle el menor caso, se levantó con trabajo, y subiendo á su camaranchón por la escalerilla de caracol, tomó de nuevo los lentes y el palimpsesto que desde la mañana le absorbía.

## II

—¡Eh! ¡Eh!

Pablo Astier, desde lo alto de su *charrete*, que guiaba él mismo, correcto y erguido, las riendas altas, marchaba rápidamente á su misterioso «almuerzo de negocios» por el Puente Real, los muelles y la plaza de la Concordia.

Con un poco de imaginación, viéndose entre

las terrazas, arboleda y fuentes, puede figurarse que vuela en alas de la misma Fortuna; tan seguro es el camino y espléndido el día. Pero el lacayo no tiene el cráneo mitológico, y de paso Pablo se fija en el correaje nuevo de las guarniciones y hace preguntas sobre el pajero al *groom* que se sienta á su lado, afeitado y reluciente, con el aspecto socarrón y malhumorado del mozo de cuadra elegante. Éste le dice que el pajero es un tramposo, que estafa en el peso de la cebada.

—¡Ah! ¡Sí?... dice Pablo distraídamente y pensando ya en otra cosa.

Las confidencias de su madre ruedan por su cabeza. La hermosa Antonia tiene cincuenta y tres años, con aquellos hombros y aquellas espaldas... el escote más correcto. ¡Parece increíble!

—¡Eh! ¡Cuidado! ¡Eh!

La recuerda en Mousseaux, el verano último, levantada antes que todos, corriendo por el parque con sus perros, bañada de rocío, la cabellera suelta, fresca la boca... No tenía el aspecto de mujer artificial... En fin, que un día yendo en landó le echó á un lado, así como sue-

na, como á un criado; pero con una mirada, sin decir palabra, nada más que por haber rozado su pierna de diosa Hebe, larga, fina, fuerte. ¡Cincuenta y tres años con aquella pierna... no podía ser!

—¡Eh! ¡Eh! ¡Qué peligrosa es esta esquina de la Avenida de Antín!

—De todos modos, seguía diciéndose, es un golpe rudo el que recibirá la pobre mujer al al ver que le casan á su Príncipe. Porque mamá dirá lo que quiera, pero el salón de la Duquesa les ha servido, y bien, á todos ellos. Mi padre mismo no sería de la Academia, sin ella. Y otro tanto pasa con sus recomendaciones. La herencia de Loisillón, la perspectiva de un hermoso cuarto bajo la famosa cúpula. ¡Decididamente son el diablo las mujeres! Por supuesto que los hombres... Ese mismo Athis, ¡cuando uno piensa en lo que por él ha hecho la Duquesa! Arruinado, sin un cuarto, hecho un guiñapo cuando le conoció, y hoy Ministro plenipotenciario, individuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, por un libro titulado *La misión de la mujer en el mundo*, del que no ha escrito una sola línea. Y mientras ella trabaja para sacarle una

embajada, él espera que aparezca el decreto en el *Journal Officiel*, para despedirse á la francesa y darle el gran chasco, después de quince años de felicidad perfecta... sin una nube... Ese es uno que ha comprendido la misión de la mujer en el mundo... ¡No hay tunante mayor!

— ¡Eh! ¡La puerta!

El monólogo se ha acabado; la *charrete* se detiene á la puerta de un hotel de la calle de Courcelles. Se abre la verja con la lentitud y la gravedad del que hace algo, de lo cual ha perdido la costumbre hace algún tiempo.

Era el hotel donde vivía la princesa Colita de Rosen como en un claustro, desde su luto y la trágica aventura que la dejó viuda á los veintiséis años.

Contaron las crónicas de entonces la ruidosa desesperación de aquella juvenil viudez, los rubios cabellos cortados de raíz y arrojados al féretro, el gabinete transformado en capilla mortuoria y las solitarias comidas con los dos cubiertos puesto en la mesa como antes, y en la mesita de la antecámara el bastón, los guantes y el sombrero del Príncipe como si estuviese allí y fuera á salir. De lo que nadie habló

fué del cariñoso cuidado y de la solicitud casi maternal que desplegó la señora Astier en aquella dolorosa circunstancia.

La amistad de las dos mujeres llevaba algunos años; databa de un premio dado por la Academia, siendo Astier-Rehu el ponente, á una obra histórica del príncipe de Rosen; pero si entonces la diferencia de edad y de posición abrió entre las dos cierta distancia, la borró el luto de la Princesa. Al romper ésta con sus relaciones, no exceptuó más que á la señora Astier, única que pudo franquear la puerta de aquel hotel transformado en claustro, donde lloraba la pobre carmelita con la cabeza rapada. Nadie más que ella podía oír, dos veces á la semana, la misa que se decía en San Felipe por el alma del difunto, y sólo ella leía las cartas que Colita diariamente escribía al *adorado ausente*, contándole su vida y todo lo que hacía.

En el luto más austero hay detalles materiales que empequeñecen el dolor, pero que el mundo exige, tales como las libreas nuevas, las telas negras en las habitaciones, el antipático contacto del comerciante en lutos, de maneras hipócritas y lacrimosas. De todo esto se encar-

gó la señora Astier con incansable paciencia, tomando á su cargo el tren pesado de la casa, que ya no podían presidir los hermosos ojos, preñados de lágrimas, de la inconsolable viuda, y evitando á ésta todo lo que le podía molestar en sus tristezas, en sus horas de lágrimas, oraciones y pensamientos hacia un más allá, y respetando su piadosa costumbre de llevar montones de flores raras al cementerio del Père Lachaise, donde Pablo Astier dirigía la construcción del gigantesco mausoleo levantado con piedras extraídas del lugar de la catástrofe, con arreglo á la voluntad de la misma Princesa.

Por desgracia, la extracción y el transporte de las rocas de Dalmacia, de granito difícil de trabajar, y luego los mil proyectos y los vanidosos caprichos de la viuda, que no hallaba nada que en grandeza y pompa estuviese á la altura de su héroe muerto, habían producido tantos inconvenientes y obstáculos, que en Mayo de 1880, á los dos años y pico de la catástrofe y de empezarse las obras, el monumento no estaba todavía terminado.

Eran mucho dos años para un dolor tan aparatoso, y siempre en el paroxismo, como si

fuese á estallar. Es verdad que subsistía el luto, siempre aparentemente austero, dentro del hotel, mudo y cerrado como una cripta; pero en el fondo de ésta, en vez de la estatua viviente, lastimera y mustia, había ya una mujer joven y bonita, cuya cabellera brotaba fina y espesa, saturada de estremecimientos, de ondulaciones y de vida.

En esta rubia cabellera reaparecida, las ne-gruras de la viudez se iluminaban como por una sonrisa. Resultaba de ella algo como un capricho de mujer elegante. Pero el aspecto y la voz de la Princesa descubrían los bríos juveniles, á la par que el sosiego y la tranquilidad que se nota en las viudas jóvenes al segundo período de viudez. ¡Estado encantador en el que la mujer por vez primera saborea la dulzura de la libertad, de la libre posesión de sí misma, que hasta entonces no conocía, habiendo pasado de la familia al marido; el placer de hallarse al fin libre de la grosería masculina, y sobre todo del horror á tener hijos, especie de terror dentro del amor, que es la nota característica de la mujer modernal. Así, la natural evolución del dolor que estalla y que va hasta el total apa-



ciguamiento, se acentuaba aquí por todo el aparato de la viudez inconsolable, en el cual seguía Colita envolviéndose, y no por hipocresía, sino por no saber cómo mandar, sin dar que decir á los criados, que quitasen el sombrero que esperaba á su amo en el recibimiento, y el bastón puesto en otro sitio visible, y el cubierto puesto para el adorado ausente, y decir todo esto con la fórmula de: «Hoy el Príncipe no come en casa.»

Únicamente la correspondencia inística dirigida á «Heriberto en el cielo,» se había acortado de día en día, quedando al fin reducida á un diario, cuyo tono tranquilo divertía mucho á la inteligente amiga de Colita, que se guardaba de hacerlo ver. Porque la señora Astier tenía un plan. Una idea había brotado en aquella pequeña, pero sólida cabeza, un martes en la Comedia, á propósito de una confidencia hecha en voz baja por el príncipe de Athis.

—¡Ah, sí! ¡Mi pobre Adelaida! ¡Qué cadena! ¡Y cómo me aburro!

En seguida pensó en casarle con la Princesa, resultando de ello un juego nuevo, al revés del primero, pero no menos encantador y delicado.

Ya no se trataba de predicar la eternidad de los juramentos, ni de buscar en Joubert ó en otros filósofos aburridos, pensamientos como aquél, copiado por la Princesa á la cabeza de su libro de matrimonio: «No cabe ser esposa y viuda con dignidad, más que una vez;» ni tampoco de extasiarse ante las gracias varoniles del joven héroe cuya imagen, de pie, en busto, de perfil ó de tres cuartos, en escultura ó en pintura, llenaba todas las habitaciones. Todo lo contrario. Ahora se trataba de algo graduado y calculado, como por ejemplo:

—¿No le parece á usted, mi buena amiga, que esos retratos del Príncipe le hacen la mandíbula inferior muy saliente? Bien es verdad que por este lado resultaba algo rudo y ordinario.

Y luego, á pequeñas dosis, calculadas con dulzura y habilidad extremas, volviéndose atrás cuando iba demasiado lejos, acechando la sonrisa de Colita después de una malicia acentuada, llegaba á recordarle que su Heriberto había sido siempre un tanto basto, más caballero de nombre que de maneras, sin tener, por ejemplo, el aristocrático aspecto del príncipe de Athis, á quien el anterior domingo habían encontrado á

la puerta de San Felipe. Y luego, como quien no dice nada, añadía:

—Si le gustase á usted...

Todo esto dicho al buen tun-tún, como en broma, para luego volverlo á tomar y hablar de ello más claramente.

—¿Y por qué no? Como conveniencias sociales, no falta una. Nombre, posición diplomática importante, y nada de cambiar blasones ni títulos, lo cual tiene también su importancia doméstica. En una palabra, ya que hay que decirselo á usted, es un hombre que siente hacia usted los sentimientos más vivos.

Esta palabra *sentimientos* chocó al principio á Colita como si fuera un insulto; pero se acostumbró á oirla.

Se encontraban á Athis en la iglesia, ó con gran recato paseando la calle de Beaune, y Colita hubo de convenir en que era el único que pudiera hacerle renunciar á la viudez. Pero el pobre Rosen la había amado con tanta devoción, y nada más que á ella sola...

—¿Nada más? decía entonces la señora Astier, con la sonrisita de quien sabe algo.

Y en seguida empezaban las alusiones, las me-

dias palabras; el lento envenenamiento de una mujer por otra mujer.

—Además, mi querida amiga, no hay amores exclusivos ni maridos fieles; los honrados, los bien educados, se arreglan para no entristecer ó humillar á sus mujeres y no perturbar el hogar; pero...

—De modo que usted cree que Heriberto...

—¡Oh, Dios mío! Como todos.

La Princesa se sublevaba, saltaba y derramaba esas lágrimas fáciles, sin dolor, que calman y refrescan como la llovizna después de una borrasca de viento; pero de todos modos no cedía, con gran despecho de la señora Astier, que estaba lejos de sospechar la causa real de aquella resistencia.

La verdad era que con tanto examinar juntos el proyecto de mausoleo, rozando las manos y las cabezas junto á los planos, los bocetos de tumbas y las estatuas funerarias, Pablo y Colita habían sentido brotar algo que al principio era como una simpatía de camaradas, que fué haciéndose cada día más tierna, hasta que llegó un momento en que Pablo Astier sorprendió en una mirada que le dirigió, la sombra de un ca-

pricho, casi una confesión. Y á lo lejos vió el sueño, el prodigio fantástico de Colita de Rosen, aportándole en dote sus 20 ó 30 millones. Por supuesto, más tarde, después de algún tiempo de esperar y de un sitio formal de la plaza.

Ante todo, había que desconfiar de su madre, muy fina y muy fuerte, pero con tendencia á pecar por exceso de celo, sobre todo tratándose de Pablo. Sería capaz de echarlo todo á perder por precipitar las cosas. Por esto se recató de la señora Astier, sin sospechar que ésta hubiese abierto una contramina debajo de su mismo terreno. Empezó á obrar solo, con lentitud, enamorando á la Princesa con su elegancia juvenil, su alegría y su espíritu mordaz, pero procurando no enseñar las uñas, sabiendo que la mujer, al igual que el niño y el pueblo, y que todos los seres ingenuos y confiados, aborrece la ironía que la desconcierta, y en la cual ve el mayor enemigo de los entusiasmos y de los ensueños del amor.

Aquella mañana de primavera, Pablo Astier llegó más seguro que solía. Era la vez primera que comía en el hotel de Rosen, so pretexto de una visita que tenían que hacer juntos al Père

Lachaise. Habían elegido el miércoles, día de recepción de la señora Astier, por una muda complicidad, para no llevarla con ellos.

Por esto, á pesar de su reserva, el prudente joven, al subir las escaleras del hotel, echó al descuido, sobre el ancho patio y las suntuosas dependencias, una mirada circular, como si tomara posesión de todo. Enfrióse un tanto al atravesar la antecámara, en la que el portero y los lacayos, de completo luto mate, dormitaban en las banquetas como si velasen la tumba del difunto. En la percha estaba un flamante sombrero de castor, proclamando, á la vez que la vuelta de la primavera, la terquedad de la Princesa en eternizar el recuerdo. Todo esto le molestó como si hubiese tropezado con un rival, no comprendiendo las dificultades que á Colita, cautiva de sí misma, rodeaban para escapar á su inmenso duelo. Aburrido se preguntó:

—¿Me va á hacer almorzar con él?

Pero el criado que le quitaba el bastón y el sombrero de las manos, le anunció que la señora Princesa esperaba al señor en la *serre*.

Introducido en la rotonda de cristales llena de plantas preciosas y raras, se tranquilizó al

ver dos cubiertos puestos en una mesita, cuyo arreglo presidía la misma señora de Rozen.

— Ha sido un capricho, al ver un sol tan hermoso. Estaremos como en el campo.

Toda la noche había estado calculando de qué modo no comería con él, junto al cubierto del otro; y no sabiendo cómo arreglarse para los criados, había imaginado comer en otro lado y pedir de pronto, como si fuera un capricho, que la sirvieran en el invernadero.

El almuerzo de negocios se presentaba bien. Las botellas al fresco en el pequeño surtidor de la cascada, entre flores y arbustos; el sol dando en los vidrios y bañando las anchas hojas, cuya sombra se dibujaba sobre la mesa; los dos jóvenes, uno frente al otro, tocándose casi con las rodillas... Colita estaba rosada y rubia, levantado el pelo, que dibujaba la forma de su cabecita sin el más ligero artificio de tocado femenino.

Mientras hablaban de cosas indiferentes, mintiéndose á sí propios, Pablo Astier se llenaba de orgullo viendo al lado, en el comedor desierto, al abrir las puertas los criados para el servicio, el cubierto del difunto, reducido por la vez primera al aburrimiento de la soledad.



## III

«A la señorita Germana de Freydet.  
En Clos-Fallanges.

Por Mousseaux  
(LOIRE-ET-CHER)

Ahí va con toda exactitud, mi querida hermana, la descripción de mi vida en París. Pienso escribir esto todos los días y enviarte el paquete dos veces por semana, por todo el tiempo que dure mi estancia aquí.

He llegado hoy, lunes, por la mañana, y he parado, como siempre, en el hotelito de la calle de Servandoni, adonde no llega más ruido del gran París que el de las campanas de San Sulpicio y el continuo golpear de una fragua vecina, que en el hierro herido á compás me envía como un eco de la aldea. En seguida he corrido á ver al editor.

—¿Cuándo sale?

—¿El qué, su libro de usted? Salió hace ocho días.

Desapareció tan pronto como apareció en



las profundidades de la gran fábrica Manivet, siempre humeante, caldeada y jadeante y siempre dando á luz nuevos tomos.

Precisamente aquel lunes aparecía la gran novela de Herscher, *La Bacante*, con una tirada de no sé cuántos miles de ejemplares, los cuales, apilados en altos montones ó bien ya embalados, llegaban hasta el techo de la librería. Figúrate el gesto de los dependientes y el aire distraído de Manivet cuando, como el que viene de la luna, le he preguntado por mi pobre tomito de poesías y por las probabilidades que tenía de ganar el premio Boisseau. Le he pedido algunos ejemplares para los individuos de la Comisión, y me he escapado atravesando calles, verdaderas calles de *Bacantes*.

Dentro del coche he abierto y he hojeado el libro: me ha gustado la seriedad del título: *Dios en la naturaleza*. Bien mirado, quizá las titulares son algo estrechas y resultan poco llamativas, pero yo espero que tu bonito nombre, Germana, impreso en la dedicatoria, nos dará suerte.

He dejado dos ejemplares en la calle de Beaune, en casa de los señores de Astier, que

ya sabrás que no viven en el Ministerio, á pesar de lo cual, la señora Astier sigue recibiendo un día á la semana: así que hasta el miércoles tendré que esperar para saber lo que piensa de mi libro el maestro. Dejé los libros y me marché al Instituto, que encontré en plena actividad, como siempre.

Realmente es prodigioso el movimiento de este París, sobre todo para los que viven, como nosotros, todo el año, en la calma y la tranquilidad del campo. Me he encontrado á Picheral, aquel señor de la secretaría, tan frío, que te hizo sentar en buen sitio hace tres años, en la sesión de mi premio; Picheral y sus escribientes, en medio de un ruido infernal de nombres y de señas que se cruzaban de una á otra mesa, al través de las tarjetas azules, verdes y amarillas para las tribunas, la galería, el hemiciclo; entrada *A*, entrada *B*, en una palabra, todo el aparato de invitaciones para la gran sesión anual que este año honrará una Alteza Real de viaje, el gran duque Leopoldo.

—Lo siento, mi querido Vizconde (Picheral siempre me llama así, sin duda recordando á Chateaubriand); pero tendrá usted que esperar.

—No se incomode, Sr. Picheral.

Es muy divertido ese señor y muy amable: me recuerda á Bonicar y sus lecciones de buen porte y de baile en la galería cubierta de la casa de nuestra abuela en Jallanges. Es también muy irritable cuando se le contradice, lo mismo exactamente que nuestro maestro.

Desearía que le hubieses visto cómo trataba al conde de Bretigny, el ex ministro, uno de los magnates de la Academia, que, estando yo, entró para reclamar unas fichas de asistencia á las sesiones. Has de saber que la ficha vale seis francos, equivalente al antiguo escudo de seis libras. Hay cuarenta Académicos, lo cual da 240 francos por sesión, á partir entre los asistentes, que tocan á más, naturalmente, cuanto menor es el número de aquéllos. Se paga todos los meses con escudos guardados en sacos de papelrecio, que tienen pegado con un alfiler, como cuenta de lavandera, los nombres de los interesados. Bretigny echaba de menos dos fichas, y era la cosa más divertida del mundo ver á aquel ricachón, presidente de una infinidad de Consejos de Administración, que había ido en coche á reclamar sus 12 francos. No sacó más que seis,

que Picheral, después de detenida discusión, le echó como á un criado, y que el académico embolsó con íntima alegría. ¡Sabe tan bien el dinero ganado con el sudor de la frente! Porque no hay que creer que en la Academia no hacen nada; hay los legados y fundaciones, cuyo número aumenta de año en año, las obras que hay que leer, los informes que dan, el Diccionario, los discursos...

—Deje usted su libro, pero no se presente usted personalmente á nadie, me dijo Picheral, al saber que me presentaba á concurso. La labor forzada que les presentan, les hace feroces para los pretendientes.

Es verdad, y recuerdo muy bien la manera como me recibieron Ripault-Babin y Laniboire, la otra vez. Sin embargo, si se trata de una mujer bonita, la cosa varía, y Laniboire se pone un tanto alegre, mientras que Ripault-Babin, siempre lleno de ardor, á pesar de sus ochenta, da á la pretendiente un pastelito, diciendo:

—Llévelo usted primero á su boquita, y yo lo acabaré.

He sabido la frase en la Secretaría misma,

en donde se trata á los inmortales con amable desenvoltura.

—¿El premio Boisseau?... Aguarde usted... Tiene usted dos duques, tres petdeloup y dos comediantes.

En la intimidad de las aficiones, así se clasifica á los miembros de la Academia Francesa.

Los duques son los aristócratas y los obispos.

Los petdeloup, los profesores y sabios de todas categorías.

Comediantes se llama á los abogados, autores dramáticos, periodistas y novelistas.

Con las señas de mis petdeloup, duques y comediantes, he puesto á mi libro las dedicatorias; he dado uno al amable Picheral, otro, por cumplir, al pobre Loisillón, secretario perpetuo, que dicen que está muriéndose, y luego me he apresurado á distribuir los demás por todo París.

El tiempo era soberbio: en el bosque de Bolognia que he atravesado volviendo de la casa de Ripault-Babin (llévele usted á su boquita), embalsamaban el aire las lilas y las violetas; parecíame estar en casa, en aquellos primeros días de la primavera en que el aire es fresco y

el sol calienta, y me entraron ganas de enviarlo todo á paseo y volver á Jallanges, á tu lado.

Comí en un café del boulevard, solo y melancólico, y pasé el resto de la noche en la Comedia francesa: hacían el *Dernier Fronton*, de Desminières. Este Desminières es uno de los jueces del concurso: no puedes figurarte lo que me he aburrido. Con el gas y el calor estaba congestionado. Los cómicos representaban como para el rey-sol, y mientras desenvolvían sus alejandrinos como el que desarrolla los vendajes de una momia, el olor de las lilas de Jallanges me perseguía, y me puse á recitar los bonitos versos de Bellay, casi un paisano nuestro:

Prefiero la pizarra al mármol duro,  
y el galo Loir al gran Tiber latino;  
la brisa del Anjou al aire marino,  
y el gran Lité al Aventino oscuro.

Martes.—Toda la mañana he andado á través de París, parándome en todas las librerías, buscando mi libro en los escaparates. *La Bacante...* *La Bacante*; no se veía otra cosa en ellos, con la faja *Acaba de publicarse*. En algún que otro sitio, pero en un rincón, se veía algún pobre

*Dios en la Naturaleza*, escondido y como avergonzado. Entraba en las librerías, y cuando nadie me veía, ponía mi obra encima de las otras, que se viese bien, pero nadie se fijaba. Es decir, sí, en una librería del Boulevard de los Italianos, un negro, bien vestido, de aspecto inteligente, hojeó mi tomo durante cinco minutos, y se fué sin comprarlo. Estuve por regalárselo.

Almorcé en un rincón de una taberna inglesa, y leí los periódicos, que no decían una palabra de mí: ¡ni un reclamo de tres líneas! Manivet es muy descuidado, y menos mal si ha enviado tomos á los periódicos, como asegura.

Además, ¡parecen tantos libros! París se ve inundado de obras de todas clases.

De todos modos, es triste. Los versos, que le quemán á uno los dedos cuando los escribe, gozoso y febril, que parecen hermosos y que han de llenar é iluminar al mundo, corren ya por el mundo, pero más ignorados que cuando bullían oscuramente en el cerebro. Algo de lo que pasa á los trajes de baile que la mujer se pone en medio del entusiasmo de la familia, que parece que han de eclipsarlo todo y aplastar á todo el mundo, y que luego, á la luz

de las arañas, se pierden entre tantos trajes.

¡Herscher es feliz! Le leen y le comprenden: he visto á muchas mujeres que llevaban envuelto en la mantilla, al brazo, el tomo, amarillo todavía con la humedad de la imprenta.

¡Pobres de nosotros! Tratamos de ponernos encima ó á un lado de la multitud, y no escribimos más que para ella. Si Robinson hubiese sido un genio poético y se hubiese encontrado apartado de todo el mundo, perdida hasta la esperanza de ver aparecer una vela en los límites del horizonte, ¿hubiera hecho versos? Mucho tiempo he estado pensando en todo esto paseando por los Campos Elíseos, perdido, como mi libro, entre aquel oleaje de indiferencia.

Volví á mi hotel, como supondrás, muy malhumorado, cuando en el muelle de Orsay, ante el solar lleno de verdura del Tribunal de Cuentas, tropecé con un tipo alto, distraído.

—¡Freydet!

—¡Vedrine!

No habrás olvidado á mi amigo el escultor Vedrine, que, cuando trabajaba en Mousseaux, vino á pasar una tarde en Clos-Jallanges con su joven y encantadora mujer.



Es el de siempre, sólo que algo le blanquea el cabello junto á las sienes. Llevaba de la mano su hermoso niño, de ojos llenos de fiebre, que tanto te gustaba, el aire altivo y soberbio, paseando olímpicamente, erguida la cabeza y con lentos gestos descriptivos, seguido á cierta distancia por la señora Vedrine, que empujaba el cochecito dentro del cual reía y se movía una chicuela, nacida después del viaje á la Turena.

—Conmigo son tres muchachos los que tiene, me dijo Vedrine presentándome á su mujer.

Realmente en la mirada con que envolvió á su marido, había algo de la maternidad tierna y reposada de una *Madonna* flamenca, en éxtasis delante de su Hijo-Dios.

Hablamos un buen rato, apoyados en el muro del muelle; me hacía un gran bien hablar con aquella buena gente. Ahí tienes á uno que se burla del éxito, del público y de los premios de la Academia. Emparentado como está con los Loisillón y el barón Huchenard, le bastaría querer echar un poco de agua clara en su vino rojo, para obtener encargos de estatuas, el premio bienal de la Academia y entrada en el

Instituto, si quisiera. Pero nada le tienta, ni la gloria.

—La gloria, me decía, la he saboreado dos ó tres veces, y sé lo que es. ¿No te ha sucedido nunca meterte el cigarro en la boca al revés? Pues esto es la gloria. Un buen cigarro que se mete uno en la boca por la punta encendida y lleno de ceniza.

—Bueno; pero si tú no trabajas para la gloria ni por el dinero...

—Por el dinero, menos.

—Sí, conozco tu desprecio al vil metal; pero entonces ¿por qué apurarte tanto?

—Por mí, por mi gusto personal, por la necesidad de crear, de espontanearme.

Ahí tienes uno que en una isla desierta hubiese proseguido su obra. Es el verdadero artista, inquieto, en pos de una forma nueva, forma que en los intervalos que le deja el trabajo busca en otras materias y con distintos elementos solo por el placer de satisfacer su gusto por las cosas nuevas. Se ha dedicado á la cerámica; los esmaltes y los hermosos mosaicos de la sala de Guardias que se admiran en Mousseaux, son obra suya. Y luego, cuando ha acabado la tarea,

vencida ya la dificultad, pasa á otro asunto. En la actualidad, su aspiración es la pintura; y en cuanto acabe su héroe, una hermosa estatua de bronce para la tumba de Rosen, trata, como él dice, «de entrar en el óleo.» Su mujer le da siempre la razón, y monta con él en todas esas aladas quimeras. Es la verdadera mujer del artista, callada y llena de admiración, y que separa del camino de ese niño grande las piedras en que pudiera tropezar. Es una mujer, mi buena Germana, que hace deseable el matrimonio. Si encontrase una parecida, me la llevaría á Clos Jallanges y estoy seguro de que la querrías. No te alarmes, las señoras Vedrine escasean, y tú y yo seguiremos viviendo juntos hasta el fin, como antes de ahora. Nos hemos separado citándonos para el próximo jueves, no en su casa de Neuilly, sino en su estudio del muelle de Orsay, donde pasan el día juntos. Según parece, este estudio es la cosa más maravillosa del mundo: está en un rincón del arruinado Tribunal de Cuentas, que ha obtenido el escultor para trabajar entre la verdura virgen y las piedras que se derrumban.

Al márchar, me volví para verlos andar á lo

largo del muelle, padre, madre é hijos, todos juntos. La luz tranquila del sol poniente les doraba como si fuesen un cuadro de la Sacra Familia.

Por la noche me quedé en el hotel, hice algunos versos, pero los vecinos me molestan y no me atrevo á recitar en voz alta; necesito mi gran despacho de Jallanges, con las tres ventanas que dan al río y á las viñas.

Miércoles.—El gran día, con grandes noticias, que te quiero dar al pormenor.

Te confieso que esperaba mi visita á los Astier con palpitaciones en el corazón, que se aumentaban al subir esta tarde la vieja y húmeda escalera de la calle de Beaune. ¿Qué iban á decir de mi libro? Por lo menos ¿habría tenido tiempo de hojearlo mi maestro Astier? Era cosa muy importante para mí el juicio de este hombre excelente, que conserva para mí su prestigio de catedrático, y ante el cual me sentiré siempre estudiante. Su decisión segura é imparcial era para mí la de la Academia. Figúrate, con todo esto, la angustia impaciente con que esperaba en el gran despacho que el maestro deja á su mujer para las recepciones de los miércoles.

Nada del despacho del Ministerio: la mesa del historiador está á su lado, medio tapada por un gran *paravent* cubierto con una tela antigua, el cual, á su vez, oculta una parte de la biblioteca. Enfrente, en el sitio de honor, el retrato de la señora Astier, todavía jóven y pareciéndose extraordinariamente á su hijo, y también al viejo Rehu, á quien hace poco tuve el honor de conocer.

El retrato tiene una distinción un tanto fría y triste al igual del cuarto grande, sin alfombra y con grandes cortinas oscuras en las ventanas que dan á un patio mucho más sombrío.

Apareció la señora Astier, y su amable recibimiento lo iluminó todo. ¿Qué es lo que hay en este aire de París para conservar así la gracia de una cara de mujer, al través del tiempo, como al través del cristal que conserva una acuarela? La hallé rejuvenecida después de tres años; la rubia fina de siempre, con sus ojos escudriñadores.

Al principio me habló de ti, de tu cara salud, tomándose interés por nuestra unión fraternal, y luego, vivamente, me dijo:

—¿Y su libro? Hablemos de su libro. Es maravilloso. He pasado la noche leyéndolo.

Todo esto con mil elogios delicados, y con dos ó tres versos citados á tiempo; añadió que mi maestro Astier estaba encantado, y que le había encargado que me lo dijera para el caso de que no pudiera dejar sus archivos.

Encendido por costumbre, torné en morado, como después de una comida de caza; pero pronto desapareció mi alegría ante las confidencias que la buena señora vióse obligada á hacerme sobre los apuros de su situación. Pérdidas de dinero, mil desgracias, el maestro trabajando día y noche en sus libros históricos de producción lenta y costosa, y que el público no compra; ¡y luego el abuelo, el viejo Rehu, á quien hay que ayudar, porque á su edad no cuenta más que con las dietas de la Academia! ¡Noventa y ocho años, y cuántos miramientos y cuánto mimo!

Indudablemente, Pablo es sin duda un buen hijo, trabajador, y que está en camino de llegar á ser algo; pero son terribles los comienzos de las carreras. Por esto la señora Astier le oculta su miseria, lo mismo que á su marido, pobre grande hombre, cuyos pasos tranquilos y pausados sentía yo encima de mi cabeza, y

mientras su mujer con los labios temblorosos, con palabras que no encontraba, me preguntaba si podría...

Ahora te explicas, mi cara hermana, el telegrama que habrás recibido hace poco, y para quién son los diez mil francos que te pido á vuelta de correo. Supongo que habrás enviado en seguida á casa de Gobineau. No le he avisado directamente, porque tú y yo vamos «á medias» en todo, y nuestros movimientos de generosidad y de compasión deben sernos comunes, como todo lo demás.

Querida hermana, son espantosas esas fachadas de París, brillantes y gloriosas, y tras de las cuales se ocultan tantos dolores.

Cinco minutos después de esas conmovedoras expansiones, llenóse de gente el salón; y ya la señora Astier contestaba y departía con una perfecta ecuanimidad, con voz tan segura y aspecto tan tranquilo, que me dejaron estupefacto.

He visto allí á la señora Loisillón, la mujer del secretario perpetuo, que más valdría que estuviese junto á su enfermo, que de visita, aburriéndonos y contándonos las delicias de su hermoso cuarto con tres piezas más que en tiempo

de Villemain. Lo menos nos lo ha repetido diez veces, con la voz pesada de un voceador de subastas, y esto delante de una amiga que vive modestamente y junto á una antigua mesa de comedor de casa de huéspedes.

En cambio es completamente distinta la señora Ancelín, nombre que citan frecuentemente los periódicos del gran mundo; es una buena señora, gruesa y rechoncha, la cara encendida y añorada, que emite las palabras con tonos de flauta; una persona muy amable. Me ha dicho que ha pasado también la noche leyendo mi libro. En el fondo quizá se trata de una fórmula.

Me ha ofrecido su salón, uno de los tres que frecuente y en que se agita la Academia. Picheral diría que la señora Ancelín, loca por el teatro, recibe con gusto á los académicos comediantes, mientras la señora Astier prefiere á los Petdeloup y la duquesa Padovani acapara á los duques, la *high-life* del Instituto. En resumen, los tres salones de gloria y de intriga se abren los unos detrás de los otros, porque he visto desfilar en la calle de Beaune un surtido variado de inmortales de todas clases; Danjou, autor dramático, Rousse, Boissier, Dumas, de Bre-



tigny, al barón Huchenard, de Inscripciones y Bellas Letras, y al príncipe Athis, de Ciencias Morales y Políticas. Hay un cuarto salón que está formándose, el de la señora Eviza, una judía de mejillas hinchadas y de ojos largos y estrechos, que coquetea con todo el Instituto, cuyos colores lleva con bordados verdes en su traje primaverál, y un sombrerito con alas de caduceo... Es un coqueteo que llega á lo inconveniente. Le oí decir á Danjou invitándole:

—En casa de la señora Ancelín se pára: aquí se come; en mi casa se ama.

—Las dos cosas me convienen, casa y mesa, contestó fríamente Danjou, que con su fisonomía dura é inmóvil y su barba negra y recia de pastor del Lacio, me hizo el efecto de un cínico en toda la extensión de la palabra.

Es una mujer que habla bien la señora Eviza, con una erudición imperturbable, citando al viejo Huchenard párrafos enteros de sus *Habitantes de las cavernas*, lo mismo que discutiendo sobre el poeta Shelley con un jovencito, crítico de revista, correcto y seriamente grave, con el cuello alto y su barba en punta.

En mi juventud se partía de los versos para

ir á todas partes, á la prosa, á los negocios, al foro; ahora se empieza por la crítica, y, generalmente, por una crítica sobre Shelley.

La señora Astier me ha presentado á ese caballero, cuyos juicios son de peso en el mundo de las letras. Mi bigote recio y mi tez de soldado trabajador le deben de haber gustado poco, porque no hemos cruzado más que algunas palabras, en tanto que yo estudiaba la comedia de los candidatos y de las mujeres ó parientes de los aspirantes que iban á dejarse ver y tantear el terreno, porque Ripault-Babin es muy viejo y Loisillón no puede durar mucho, y son dos sillones académicos en perspectiva, alrededor de los cuales se atraviesan miradas furiosas y medias palabras envenenadas.

Dalzón, ya sabes, tu novelista favorito, estaba también: bueno, franco, y de espiritual fisonomía como su talento. Pero hubieses sufrido al verle humilde y tembloroso ante un incapaz como Bretigny, que nada ha hecho y que ocupa en la Academia el sillón reservado al hombre de mundo, y no sólo ante Bretigny, sino ante cualquier académico que entraba; y cómo se mostraba atento á las historietas del viejo

Rehu, riéndose del más insignificante chiste de Danjou, con la risa estudiantil y acobardada que Vedrine en el colegio de Luis el Grande llamaba reirse con el profesor. Todo esto para ganar algo sobre los doce votos que tuvo el año pasado, y así al fin obtener la mayoría necesaria.

El viejo Juan Rehu apareció un instante en casa de su nieta, fresco y lozano, erguido y medido en su larga levita, con la cara pequeña y chupada, como si hubiese caído en el fuego, la barba corta y algodónada como el mohó de la piedra vieja.

La mirada es viva y la memoria admirable; pero es sordo, y esto le entristece y le condena á monólogos de recuerdos interesantes y personales.

Hoy nos contó el interior de la casa de la emperatriz Josefina, en la Malmaison, de su paisana, como él dice, porque los dos nacieron en la Martinica. Nos la ha pintado entre muselinas y chales, oliendo á almizcle hasta derribar de espaldas, rodeada de flores de las colonias, que hasta en tiempo de guerra galantemente dejaban pasar las escuadras enemigas.

Nos habló también del estudio de David du-

rante el Consulado, describiéndonos al gran pintor, con las mejillas hinchadas y la boca torcida, tuteando y tratando duramente á sus alumnos.

Al final de cada descripción, aquel viejo testigo de tantas cosas, con un movimiento de cabeza, miraba á lo lejos, y en voz fuerte exclamaba:

—¡Yo mismo lo he visto, yo!... Como si pusiera un certificado de autenticidad al pie de cada cuadro por él descrito.

Debo decirte que, salvo Dalzón, que hipócritamente bebía sus palabras, yo era el único en el salón á quien interesaban los cuentos del patriarca, mucho más interesantes para mí que las historietas de un tal Gavaux, periodista, bibliotecario y no sé qué más, pero espantosamente hablador y bien enterado de todo.

En cuanto llegó...

—¡Ahí está Gavaux!

Y á su alrededor se formó un corro, en que todo el mundo reía y charlaba.

El más cejijunto de los inmortales se deleita con las anécdotas de ese hombre grosero, con aspecto de canónigo, recién afeitado, la cara rubicunda y los ojos amarillentos, que mezcla

sus chismes y sus discursos con frases como:—Decía yo á De Broglie...—Dumas me contaba hace unos días...—Esto lo sé por la Duquesa..., subrayando los nombres y los chistes de todas clases, y mimado por todas aquellas señoras á las que pone al corriente de todas las intrigas académicas, literarias ó de sociedad, sobrino de Danjou, que le tutea, amigo del príncipe de Athis, con el que entró, tratando á Dalzón por encima del hombro, lo mismo que al joven crítico de Shelley; en una palabra, con una fuerza y una autoridad que no acabo de explicarme.

En el cúmulo de anécdotas que sacaba de sus inagotables alforjas, y que en su mayor parte eran charadas para mi ingenuidad provincial, una me ha llamado la atención: lo sucedido á un joven guardia noble, el conde Adriani, que debiendo pasar por París con el Ablegado para llevar á no sé quién el birrete y el capelo cardenalicios, se había dejado las dos insignias en casa de una hermosa ave de noche con quien había tropezado en el preciso instante de bajar del vagón, y de la cual el pobre muchacho, perdido en París, no sabía el nombre, ni las

señas, viéndose, por tanto, obligado á escribir á la corte de Roma para reemplazar las dos insignias sacerdotales que á la chica en cuestión no dejarían de molestarla. Lo gracioso es que ese condesito Adriani es el sobrino del Nuncio, y que en la última reunión de la Duquesa (aquí dicen simplemente Duquesa, lo mismo que en Mousseaux) contó su historieta con la mayor inocencia y en un delicioso idioma que Lavaux imita exactamente.

—En la estación, Monsiñor me dijo: «Pepino: lleva el birrete;» yo tenía ya el capelo, que con el birrete eran dos bultos...

Todo esto moviendo los ojos de joven y ardoroso pontificio como asombrado ante la joven y desconocida, diciendo:

—¡Cristo, qué hermosa era!

Risas y murmullos.

—Perfecto: ¡oh! ¡qué Gavaux!...

Pregunté á la señora Ancelín, que está á mi lado:

—¿Quién es este señor Gavaux? ¿Qué hace?

La buena señora se quedó estupefacta.

—¿Gavaux? ¿No lo conoce usted? ¡Es el corzo de la Duquesal

Y diciendo esto, se fué del lado de Danjou. Quedé enterado.

Este mundo parisiense es extraordinario: cada seis meses se renueva su vocabulario. ¿Corzo? ¿Qué querrá decir esto?

Pero noté que mi visita era más larga que lo debido, y que mi maestro Astier no bajaba. Había que marcharse.

Me deslicé entre los sillones para saludar á la señora de la casa; de paso vi á la señorita Moser, que lloraba sobre el chaleco blanco de Bretigny.

Hace diez años que presentó su candidatura el pobre Moser, y, desesperanzado ya, ha perdido los ánimos y envía á su hija, una chica ya madura y que pasa todas las penas del mundo, sube escaleras, se transforma en recadera para los académicos y sus mujeres, corrige pruebas, cuida los reumas de unos y otros y gasta su triste soltería en perseguir el sillón que su padre nunca alcanzará. Vestida de negro, modesta, mal peinada, ocupa toda la puerta y no deja salir á nadie de la habitación, no lejos de Dalzón, que, muy irritado, se agita entre dos académicos que tienen aire de juez y protesta con voz ahogada:

—No es verdad... ¡Es una infamia! Nunca he escrito semejante cosa.

¡Otro misterio! Y la señora Astier, que podría informarme, está conferenciando íntimamente con Gavaux y el príncipe de Athis.

A éste debes haberle visto en coche con la Duquesa por Mousseaux. Samy, como le llaman, uno alto, calvo, muy encorvado, la cara arrugada, y blanco como la cera y la barba negra, que le llega al pecho, como si todo el cabello que le falta le hubiese caído en la barba. Es un hombre que no habla, y cuando le mira á uno parece escandalizarse de que haya quien se atreva á respirar el aire que él respira. Ministro plenipotenciario, reservado, sutil, género inglés—es sobrino del difunto Palmerston—está muy bien visto en el Instituto y en el ministerio de Negocios extranjeros. Dicen que es el único diplomático nuestro á quien no se atreve Bismarck á mirarle á la cara. Y dícese que está á punto de ocupar una de nuestras grandes embajadas. ¿Qué hará la Duquesa? ¿Dejará París para irse tras de él? Cosa muy grave sería para una parisiense como ella.

Además, ¿admitirán en el extranjero su unión



equivoca y francamente confesada, y consagrada aquí gracias al respeto, al qué dirán y al triste estado del Duque, hemipléjico, y con veinte años más que su mujer, que además es su sobrina?

Indudablemente, el Príncipe hablaba de estos asuntos serios con la señora Astier y con Gavaux cuando yo me acerqué á ellos. Como nuevo entre ellos, noté en seguida cuán poco al corriente estoy de las palabras y de las ideas; resultaba allí un importuno, y ya me iba cuando la buena señora Astier me llamó.

—Suba usted á verle: le agradará mucho.

Subí á ver á mi viejo maestro por una escalera interior. Oí su voz desde el fondo del corredor:

—¿Es usted, Fage?

—No, mi buen maestro.

—¡Calle, Freydet! Tenga usted cuidado, baje la cabeza.

Con efecto, era imposible estar de pie en aquel camaranchón. ¡Qué diferencia con los archivos del Ministerio, donde le ví la última vez, en aquella alta galería llena de expedientes!

—Una perrera, ¿verdad? me dijo el excelente

hombre sonriendo; ¡pero si usted supiese cuántos tesoros!...

Y con la mano me señalaba un armario que lo menos encerraba diez mil piezas de autógrafos rarísimos, coleccionados por él en estos últimos años.

—Hay mucha historia ahí dentro, repetía agitando su lente: historia nueva y sólida, aunque no quieran.

En realidad, me pareció sombrío y nervioso. Y es que han sido muy duros para con él. Primero con su brusca destitución, y luego, al verle que continuaba publicando libros de historia con muchos documentos, le han achacado que ha sacado documentos de la colección Borbón, calumnia que ha salido del mismo Instituto, del barón Huchenard, que se hace llamar el príncipe de los bibliófilos y autográficos franceses, y á quien llena de envidia la colección Astier.

De ahí una guerra hipócrita y salvaje, llena de perfidias y de ataques ocultos.

—Hasta mis *Carlos V* me niegan ahora. ¿Y por qué? yo pregunto. Por un *lapsus*, una equivocación. Poner maestro Rabelais en vez de

hermano Rabelais. ¡Como si la pluma de los Emperadores no hiciese borrones! ¡Mala fe, yo!..

Y viendo que yo me indignaba con él, mi buen maestro, cogiéndome por las manos, me dijo:

—Dejemos estas naderías. ¿La señora Astier le habrá hablado á usted de su libro? Mucho hay para mi gusto, pero no importa. Estoy satisfecho.

Eso de lo cual hay tanto en mis versos, es lo que él llama la mala hierba, la imaginación, la fantasía. Ya en el Colegio tenía guerra declarada á todo esto, arrancando por aquí y desplumando por acá.

Y ahora, escucha, Germana mía, el final de nuestra entrevista, palabra por palabra.

*Yo.*—¿Piensa usted, mi querido maestro, que debo esperar algo para el premio Boisseau?

*El maestro.*—¡Después de un libro tal, mi buen amigo, no un premio, sino un sillón en la Academia! Loisillón no puede durar; Ripault no vivirá mucho tiempo. No se mueva usted, y déjeme hacer. Para mí, desde ahora, está presentada la candidatura de usted.

No recuerdo lo que dije ó contesté. Tan tur-

bado estaba, que me parece todavía estar soñando. ¡Yo, yo de la Academia!

Cuídate mucho, hermana querida; cura tus malditas piernas para que puedas venir á París y estés aquí el gran día para ver á tu hermano, la espada al cinto y la casaca verde bordada de laureles, sentándose entre cuanto la Francia cuenta de ilustre.

¿Lo ves? La cabeza me da vueltas. Te doy un beso y me voy á dormir.

Tu hermano que mucho te quiere,

ABEL DE FREYDET.

*P. S.* No creas que entre tantas aventuras he olvidado las semillas, los arbustos, los tiestos y demás encargos. Todo lo haré un día de éstos, porque todavía estaré aquí algunos más.

Astier-Rehu me ha encargado que nada diga, pero que frecuente los círculos académicos. Lo más importante es ahora dejarme ver.»

#### IV

—Desconfía, amigo Freydet. Conozco el timo; es el golpe de la pesca: en el fondo se sienten moribundos y se ven enmohecer bajo su cú-

pula. La Academia es un gusto que ha pasado de moda, una ambición que desaparece. Sus éxitos no son más que apariencias: por esto, de algunos años á esta parte, la ilustre Compañía no espera en su casa al parroquiano, sino que baja á la calle y pasea la acera. En sociedad, en los estudios, en las librerías, en los pasillos de los teatros, en todos los centros literarios y artísticos, te tropiezas al académico que va de caza y que sonriendo á los talentos principiantes que encuentra, les dice:—La Academia no le pierde á usted de vista, joven.—Si tiene algún nombre, si el autor lleva un par de tomos publicados, como te pasa á ti, ya la invitación es más directa:—Piense usted en nosotros, querido; llegó la ocasión.—O bien brutalmente, con un empujón afectuoso:—¿De modo que usted no quiere ser de los nuestros?—También se da el timo, pero más insinuante y más dulce, con el hombre de mundo, traductor del Ariosto ó fabricante de comedias de salón, á quien se dice:—¡Eh! Diga usted... ¿No sabe usted?...—Y si el hombre de mundo alega sus escasos méritos, lo poco que vale y que ha hecho, el pescador le suelta la frase consagrada:—La Academia es un sa-

lón.—¡Mil demonios, y lo que ha servido la fracilla! ¡La Academia es un salón: no recibe sólo la obra, sino al autor. Y entretanto al gancho se le recibe y se le mimó en todas las fiestas, pasando á ser el adulado parásito de todas las esperanzas que hace brotar y cuyo cultivo no descuida.

Al llegar aquí, el buen Freydet se indignó; nunca, en la vida se entregaría su maestro Astier á faena tan baja. Vedrine se encogió de hombros:

—¡Pero si él es el peor de todos! Es el gancho de buena fe y convencido: tiene fe en la Academia: allí está su vida toda, y cuando dice: «¡Si supiese usted qué bueno es!» con el chasquido de lengua del que saborea una pera madura, dice lo que siente, y por esto su cebo es más fuerte y peligroso. Por supuesto, que en cuanto le ha clavado el anzuelo, la Academia ya no se ocupa del paciente, y le deja moverse y sacudirse... En fin, tú eres pescador, y cuando has pescado una buena trucha, de mucho peso y la dejas colgando de la popa de tu lancha, ¿cómo le llamas á esto?

—¿Ahogar el pescado?

—Precisamente. Mira á Moser: ¿no le notas la cabeza de pescado ahogado? Doce años que va á remolque... Y lo mismo Salele y Guerneau y muchos otros que ya no se mueven.

—Bueno; però se entra en la Academia: llega uno...

—El que va á remolque, nunca. Además, aunque llegues... ¡valiente negocio! ¿Qué produce? ¿Dinero? ¡Menos de lo que te rentan tus viñas! ¿Notoriedad? ¡Ah! Sí, pero en un rincón de iglesia del tamaño de tu sombrero. Menos mal si diese talento y si los que lo tienen no lo perdiesen allí, helados por el aire de la casa. La Academia, ves tú, es un salón: hay un tono que debe adoptarse, cosas que no se dicen ó que por lo menos se atenúan. Se acabaron las hermosas inventivas y los golpes de audacia que le descoyuntan á uno. Los más inquietos no chistan con el miedo de manchar la casaca verde: lo mismo que los chicos á quienes ponen el traje de fiesta el domingo: «Divertíos, pero no os manchéis.» ¿Se divierten al menos? Ni esto. Ya sé que les queda la adulación de las cocinas académicas y de las bellas damas que les dominan. ¡Cosa aburrida! Te hablo por experiencia, por-

que alguna vez me dejé llevar... ¡Sí, yo he visto esto, como dice el viejo Rehu, yo! Pécoras pretenciosas que me han soltado frases mal digeridas de revista que les salían del pico en largas líneas como las figuras de los jeroglíficos. He oído á la señora Ancelín, esa buena señora gruesa, bestia como un accidente, toser de admiración ante las frases de Danjou, frases de teatro, mecánicamente hechas, tan poco naturales como los rizos de su peluca.

Freydet no acababa de volver en sí. ¡Danjou, el pastor del Lacio, con peluca!

—Media peluca, un bisoñé... Yo he resistido en casa de la señora Astier lecturas etnográficas que hubieran matado á un hipopótamo, y en la mesa de la Duquesa, á pesar de su hipocresía orgullosa, he visto á ese viejo mono de Laniboire ocupando el sitio de honor y diciendo tunanterías de tal especie, que á cualquier otro que no hubiese sido académico le hubieran valido el ser puesto de patitas en la calle acompañado de una de esas frases á lo Padovani, que no te digo más... Lo cómico es que ella misma es quien le ha metido en la Academia á ese Laniboire, al que yo he visto humilde y la-



crimoso á sus pies, suplicando y gimiendo para que le eligiesen. «Nombradle, decía á mi primo Loisillón, nombradle para que me vea libre de él.» Y ahora le venera como á un dios, le pone siempre en la mesa, cerca de ella, sustituyendo su desprecio de antes con la más rendida admiración, á la manera que el salvaje tiembla y se prosterna ante el ídolo que él mismo ha fabricado. Yo los conozco, yo, los salones académicos, todo miseria, pedantería é intriguillas. ¿Y tú te meterías ahí? ¿Por qué? pregunto yo. Llevas la vida mejor del mundo; á mí todo me es indiferente, y sin embargo casi te he envidiado cuando te he visto en Clos-Jallanges con tu hermana: la casa ideal, partida en dos, altos lechos, chimeneas en que se cabe de pie, encinas, trigos, viñas, el río, una vida de campesino noble como la de los héroes de las novelas de Tolstoi, caza y pesca, buenos libros, vecinos no muy tontos, criados que no roban mucho, y para evitar que te embrutezcas en aquel perpetuo bienestar, la sonrisa de la enferma, tan viva y tan despierta en su sillón de impedida, tan atenta cuando á la vuelta de un buen paseo por el campo le lees un hermoso soneto, con versos im-

pregnados de vida, que han brotado reales, escritos con lápiz sobre la silla de tu caballo, ó tendido en la hierba, lo mismo que nosotros ahora, salvo ese horrible ruido de carros y trompetas.

Vedrine se calló; pesados carros cargados de hierro, conmoviendo el suelo y las casas, una estrepitosa sonería del cuartel vecino de dragones, el ronco silbido de un remolcador, un organillo y las campanas de Santa Clotilde coincidieron en uno de esos *tutti* imposibles que como á sacudidas forman los mil ruidos de una gran ciudad. El contraste resultaba muy fuerte entre ese ruido enorme y babilónico que se notaba tan próximo, y el campo salvaje de avena y hierbas, sombreado por altos árboles, en el cual los dos antiguos compañeros de Luis el Grande fumaban y hablaban con entera libertad.

Era esto en la esquina del muelle de Orsay y la calle de Bellechasse, sobre la terraza arruinada del antiguo Tribunal de Cuentas. Grandes macizos verdes, bosquecillos llenos de plátanos y de hiedra que había brotado á lo largo de la balaustrada de piedra cargada de enredaderas

y clemátidas formaban como un retiro verde y apretado donde revoloteaban las palomas y las abejas. En un rayo de luz se destacaba el tranquilo y bello perfil de la señora Vedrine dando de mamar á su pequeñita, mientras el mayor tiraba piedras á los muchos gatos grises, negros y amarillos, que son como los tigres de aquel bosque de París.

—Y ya que hablamos de todo, amigo mío, hablemos de tu libro, de tus versos... Pues bien; tu libro, que no he hecho más que hojear, no tiene el buen olor de tomillo y romero que los otros me recordaban. Huele *Dios en la naturaleza*, á laurel académico, y me temo que esta vez tu bonita nota campestre á la Brizeux, toda tu gracia salvaje, hayan sido sacrificadas á *Cocodrilo*.

El apodo de *Cocodrilo* que Vedrine halló en el fondo de su memoria de estudiante, les divirtió un momento: vieron á Astier Rehu la frente encendida, el birrete echado atrás, un pedazo de cinta roja sobre su toga negra, subrayando con gesto solemne sus chistes de repertorio, ó sus declamaciones hinchadas al estilo de Vicq d'Azir, cuyo sillón en la Academia más tardé ocupó.

Freydet se sentía presa de remordimientos al burlarse así de su obra histórica y de tantos archivos escudriñados y sacados por vez primera del polvo.

—Nada de esto, dijo Vedrine con completo desdén. Los archivos más curiosos, en las manos de un imbécil, no significan más que el cacareado documento humano cuando lo utiliza un novelista necio. Y si no, veamos: ¿qué título de historiador es ese de desleir piezas inéditas en pesados tomos en 8.º que nadie lee y que figuran en las bibliotecas en el estante de libros instructivos, libros para uso externo, que se agitan antes de emplearlos? Sólo la ligereza francesa puede tomar en serio esas compilaciones. ¡Lo que se burlan los alemanes y los ingleses! *Ineptissimus vir Astier-Rehu*, dice Momsen en una nota.

—Lo recuerdo, fuiste tú mismo quien le hizo leer esta nota en plena clase.

—Sí, y me llevé una grita lo mismo que el día en que, harto de oírle decir que la voluntad era una palanca con la cual todo se mueve, le grité desde mi banco, imitando su voz:—¿Y las alas, Sr. Astier? ¿qué hacemos de las alas?

Freydet se echó á reir, y dejando á un lado al historiador, trató de defender á Astier-Rehu como profesor; pero Vedrine subió de tono:

—Sí, hablemos del profesor, un desgraciado que consagra su existencia á destruir y arrancar de millares de inteligencias lo que él llama la mala hierba, es decir, la originalidad, lo espontáneo, los gérmenes de vida que un maestro debe ante todo mantener y proteger. ¡El muy necio! Bastante nos ha cepillado, peinado y limpiado. Los había que resistían al hierro y al azadón, pero el viejo se encarnizaba con las uñas hasta dejarnos limpios y lisos como los bancos de la clase. Mira, mira á cuantos han pasado por sus manos: excepto Herscher, que en su odio á la frase hecha ha llegado á lo innoble y á lo excesivo, y yo, que debo á aquel bárbaro bestia mi gusto por lo violento, lo exasperado, mi escultura de sacos de nueces, como ellos dicen; todos los demás, embrutecidos, vacíos, limpios de polvo y paja.

—Bueno: ¿y yo? dijo Freydet con un gesto cómico.

—A ti la naturaleza te ha salvado hasta hoy; pero ¡guay de ti si vuelves á caer bajo los

dientes de *Cocodrilo!* ¡Y decir que hay Escuelas nacionales para fabricarnos esa especie de pedagogos, y que para éstos hay sueldos, cruces y hasta el Instituto!

Tendido sobre la hierba, la cabeza apoyada en la mano, agitando una rama con la cual se libraba de los rayos del sol, Vedrine decía tranquilamente todas estas cosas violentas, sin que un músculo alterase su ancha cara de dios indio, gruesa y blanca, en la cual los ojuelos alegres avivaban un tanto la indolencia y lo dormido de las facciones.

El otro le escuchaba como perturbado en sus hábitos de veneración.

—Bueno; ¿pero cómo te las arreglas para ser amigo del hijo, odiando así al padre?

—Ni una cosa ni otra. Pablo, con su aplomo de viejo gastado y su cabeza de mujer alegre, me interesa. Quisiera vivir para ver en qué pára...

—¡Ah, señor de Freydet! dijo entonces la señora Vedrine interviniendo en la conversación desde donde estaba. ¡Si viese usted cómo explota á mi marido! La restauración de Mousseaux, la galería nueva que da al río, el pabellón de mú-

sica, la capilla, todo lo ha hecho Vedrine. Lo mismo que el panteón de Rosen; no le pagarán más que la escultura, cuando la idea, el arreglo total, todo ello es de mi marido.

—Déjalo, dijo el artista sin alterarse. ¡Diantre! ¡Mousseaux! En su vida ese chico hubiese encontrado la idea de cornisa que yo hallé bajo las capas de bestialidad con que le iban cubriendo los *arquitontos* hacía treinta años. ¡País delicioso! Duquesa amable y poco molesta, y el amigo Freydet que me hallé casi al lado en Clos-Jallanges. Y además, mira, tengo demasiadas ideas que me estorban y me devoran. Me hacen un favor cuando me desembarazan de algunas. Mi cabeza parece una estación de empalme, en que las locomotoras están preparándose para salir en todas direcciones. Y ese joven lo ha comprendido: á él le faltan las ideas, me toma las mías, las pone á punto para que gusten á la parroquia, convencido de que no reclamaré nunca... ¡Pero no me engaña! Le adivino perfectamente cuando viene á pillarme algo, con su aspecto burlón y sus ojos indiferentes, hasta que de pronto hace una pequeña mueca nerviosa con la boca. Cosa hecha y á

casa. Aparte seguramente se dice: ¡Qué necio es Vedrine! No piensa que yo le espío, que le saboreo... Y ahora, dijo el escultor levantándose, te voy á enseñar mi guerrero, luego veremos mi jaula. Ya verás; es curiosa.

Dejando la terraza para entrar en el palacio, subieron un vestibulo circular de algunos escalones, y cruzaron un salón cuadrado, el antiguo salón de la secretaría del Consejo de Estado, sin testers ni suelos, dejando ver el azul del cielo entre las enormes viguetas de hierro retorcidas por las llamas que separaban los pisos.

En un rincón, junto á la pared donde colgaban largos tubos de plomo invadidos por la hierba, un boceto en barro de la tumba de los Rosen yacía entre las ortigas y enredaderas, partido en tres pedazos.

—Ya ves, dijo Vedrine, ó, por mejor decir, no lo ves.

Y le descubrió el monumento.

No era fácil contentar á la Princesa en sus caprichos funerarios; se habían necesitado muchos ensayos, concepciones de tumbas egipcias, asirias y babilónicas, antes de llegar al proyecto de Vedrine, que hacía saltar á los arquitectos,



pero que no carecía de grandeza. Era una tumba militar, una tienda abierta con las telas levantadas y dejando ver dentro, ante un altar, el sarcófago ancho, bajo, afectando la forma de cama de campaña, y sobre él el buen caballero, el cruzado, muerto por el Rey y por su fe: á su lado la espada rota, y á sus pies un gran lebrél tendido.

Por la dificultad del trabajo y la resistencia del granito de Dalmacia, por el cual tenía la Princesa especial empeño, Vedrine se había visto obligado á tomar el martillo y el cincel y á trabajar bajo el paraguas de picapedrero en el cementerio del Père-Lachaise.

Al cabo, y después de mucho tiempo y no pocas fatigas, la obra estaba casi terminada. Sonriendo y sin la menor amargura, añadió el escultor:

—¡Y ese tunante de Pablo Astier sacará de ahí no poca honra!

Luego levantó una cortina vieja que tapaba una abertura del muro que en su tiempo fué una puerta, é hizo entrar á Freydet en el enorme vestíbulo, con testero de tarima, adornado de esteras y cortinas sobre las ruinas: era el estudio.



Tenía todo el aspecto de un huerto cubierto, porque una soberbia higuera crecía en un rincón bañado por el sol, retorciendo sus ramas de hojas decorativas, y cerca de ella un calorífero roto parecía un pozo viejo, adornado como estaba por las enredaderas. Allí trabajaba hacía ya dos años, en invierno como en verano, junto á la niebla del río vecino, con las corrientes de aire heladas y mortíferas, sin estornudar una vez, como él decía, tranquilo y robusto como uno de los grandes artistas del Renacimiento, cuya cara ancha tenía, llena de fecundidad imaginativa. Ahora estaba hasta allí de escultura y de arquitectura, como si acabase de escribir una tragedia. En cuanto hubiese acabado y cobrado el mausoleo, se iría á subir el Nilo, en piragua, y pintaría desde la mañana hasta la noche. Y mientras hablaba, apartando un escabel y una silla de montar, condujo á su amigo ante una enorme piedra empezada.

—Ahí está mi guerrero. Dime con franqueza qué te parece.

Freydet se quedó algo asustado y como molesto ante las dimensiones colosales del guerrero tendido, de tamaño mayor que el natural, para

proporcionarle á la altura de la tienda, y con esa exageración violenta de los músculos que da á sus obras Vedrine, ante todo enemigo de lo lamido; ofrecía el aspecto incompleto, prehistórico, de una obra bella que no ha sido desprendida de su escoria. Sin embargo, á medida que miraba y comprendía mejor la inmensa estatua, llegaba hasta él la fuerza radiante y atractiva que despide lo bello en el arte.

—¡Soberbio! dijo al fin el provinciano con profunda convicción.

El escultor, entornando los ojos, con una media sonrisa, añadió:

—No á primera vista, ¿eh? Hay que hacerse, y me temo que la Princesa, cuando vea este terrible guerrero...

Pablo Astier debía llevarla dentro de algunos días, en cuanto estuviese cepillado y pulido, y era ésta una visita que le inquietaba, conocedor como era del gusto de las mujeres del gran mundo, y harto de oír en el Salón, los días de moda, á cinco francos la entrada, las frases hechas que llenaban las salas y que se recrudecían al llegar á la de escultura. ¡Lo que mienten y lo que dicen! No hay en ellas más sinceridad

que en sus trajes primaverales, que estrenan con motivo del Salón.

—Por lo demás, querido, prosiguió Vedrine saliendo con su amigo del estudio, de todas las muecas parisienses, de todas las mentiras de sociedad, no la hay más descarada, á la par que cómica, que el entusiasmo por las cosas de arte. Afectación que hace reventar de risa, religión que todos practican y en que nadie cree. ¡Como la música! Si las vieras, el domingo...

Enfilaron un largo corredor invadido también por la vegetación curiosa de todos los gérmenes llevados de los cuatro puntos cardinales, que se hinchaban y verdeaban el suelo y brotaban por entre los frescos de los muros reventados, ennegrecidos por las llamas. Se encontraron en el patio de honor, antiguamente enarenado y formando hoy un verdadero campo, en el cual algunas tablas encuadraban un huerto lleno de tornasoles en que maduraban las fresas y los rosales, un pequeño jardinillo en mitad de un bosque virgen; y para completar la ilusión, junto á él una casita de ladrillo.

—El jardín del encuadernador y su barraca, dijo Vedrine, señalando sobre la puerta entre-

abierta un letrero con caracteres de á pie, que decía:

## ALBINO FAGE

### ENCUADERNADOR DE TODAS CLASES

El tal Fage, encuadernador del Tribunal de Cuentas y del Consejo de Estado, había logrado salvar su casa de las llamas y constituía con el portero toda la vecindad del palacio.

—Entremos en su casa un momento, y verás un tipo curioso, dijo Vedrine.

Acercándose á la puerta, gritó:

—¡Eh, señor Fage!

Pero el modesto taller de encuadernación estaba desierto; el tablero junto á la ventana estaba lleno de recortaduras, de virutas de cartón y de registros verdes con sus cabos de latón. La singularidad del taller consistía en que la mesa, la silla vacía, los estantes cargados de libros y hasta el espejo de afeitarse colgado de la falleba, era pequeño, como hecho á la medida de un chico de doce años: parecía la habitación de un enano, algo como un encuadernador de Lilliput.

—¡Es un jorobado! murmuró Vedrine á Freydet; un jorobado mujeriego, lleno de pomada y de perfumes.

Un fuerte olor de peluquería, de esencias de rosa y de agua de Colonia, se mezclaba al vaho de la cola, que se pegaba en la garganta. Vedrine volvió á llamar hacia donde estaba la alcoba, y salieron.

A Freydet le divertía esto de un jorobado Tenorio.

—Quizá tiene una cita...

—¿Te ríes? Pues bien; sabe que ese Quasimodo se permite el lujo de tener las mujeres más hermosas de París, á creer las fotografías que llenan las paredes de su cuarto con dedicatorias *Á mi Albino... Á mi querido Fage*. Y nada de pulpos: mujeres de teatro, tunantas de alto vuelo. No las trae aquí nunca, pero de vez en cuando, después de dos ó tres días de ausencia, entra en mi estudio, medio temblando, y con su sonrisa asquerosa me cuenta que se ha obsequiado con un tomo en octavo soberbio ó un tomito en dozavo, que es como llama á sus conquistas, según el tamaño.

—¿Y dices que es feo?

—Un monstruo.

—¿Sin dinero?

—Un encuadernadorcillo que vive de su trabajo y de su huerto. Con todo esto, inteligente, erudito y con una gran memoria. Nos le encontraremos, sin duda, rondando por algún rincón del Palacio... ¡Es un gran soñador el tal Fage, como todos los hombres de pasiones! Sígueme, pero cuidado con tropezar: el camino no es muy cómodo que digamos.

Subieron una ancha escalera, cuyos primeros escalones se conservaban todavía, lo mismo que la barandilla oxidada, rota y retorcida por algunos sitios. De pronto se cruzaba un deleznable puente de madera, sostenido con las traviesas de la escalera entre altos muros, en los que se adivinaban restos de grandes frisos de color de sebo, la grupa de un caballo, un torso femenino desnudo, con grandes títulos que apenas se leían en los grandes cartelones dorados, *La Meditación*, *El Silencio*, *El Comercio aproximando á los pueblos*.

En el primer piso, un corredor largo, de techo abovedado como el de los circos de Arlés y de Nimes, se perdía entre muros ennegreci-

dos, agrietados, alumbrados á trechos por anchas hendiduras, dejando ver restos de yesos, de cañerías de inestricable broza. A la entrada del pasillo se leía: *Corredor de ujieres*: era por el estilo del de abajo, pero el techo había cedido, y ya no era más que una larga azotea llena de enredaderas, que subían por los pocos arcos que estaban de pie, y caían hasta el nivel del patio de honor. Desde allí se veían los techos de las casas vecinas, los muros blancos del cuartel de la calle de Poitiers, los grandes plátanos del hotel Padovani, balanceando en sus copas nidos de cornejas, abandonados y vacíos hasta el invierno, y abajo el patio desierto, bañado por el sol, el jardinillo del encuadernador y su estrecha casita.

—¿Oye tú? Las hay, ¿eh? dijo Vedrine señalando á su camarada la flora salvaje de una exuberancia y variedad tan extraordinarias, que llenaba todo el palacio. Si Cocodrilo lo viera, ¡qué ira!

De pronto, retrocediendo, añadió:

—¡Vamos, parece imposible!

Abajo, junto á la casa del encuadernador, acababa de aparecer Astier-Rehu, á quien se re-



conocía por su larga levita verdosa y un sombrero de copa ancho y bajo, el sombrero célebre en toda la orilla izquierda, echado hacia atrás sobre sus cabellos grises, que le hacían como una aureola: el arcángel del bachillerato; Cocodrilo en persona.

Hablaba con viveza á un hombre pequeñito, al aire la cabeza reluciente de pomada, encerrado en una chaqueta clara, en la cual sobresalía como una coquetería la deformidad de su espalda. No se podía oír lo que decían, pero Astier parecía muy animado, moviendo el bastón, bajándose hasta la cara del pequeñín, que, por el contrario, estaba muy tranquilo, el aire reflexivo y las dos manos cruzadas por detrás, debajo de su joroba.

—El aborto ése, ¿trabaja para el Instituto? preguntó Freydet, recordando ahora el nombre de Fage, pronunciado por su maestro.

Vedrine no contestó, atento á la mímica de los dos hombres; la discusión acababa de interrumpirse de golpe, y el jorobado entraba en su casa con el gesto del que dice:—¡Como usted quiera!—mientras Astier-Rehu se dirigía á grandes zancadas hacia la puerta de la calle de Lille;



hasta que de pronto, como dudando, se volvió hacia la barraca y metióse en ella, cerrando tras de sí la puerta.

—¡Es curioso! murmuró el escultor. ¿Por qué Fage nunca me lo ha dicho? Este pequeñito es un abismo. Al cabo quizá van á hacer juntos la caza del *in octavo* y del *in dozavo*.

—¡Oh, Vedrine!

Acabada su visita, Freydet subió lentamente por el muelle de Orsay, pensando en su libro y en sus ambiciones académicas, tan bruscamente quebrantadas por las rudas verdades que acababa de oír.

De todos modos, ¡qué pronto cambia uno! ¡Cuán pronto empieza uno á ser lo que será más tarde! Veinticinco años después, con arrugas y cabellos grises y las mil cosas postizas con que la vida carga al hombre, los dos camaradas del colegio de Luis el Grande volvían á encontrarse. Los mismos exactamente que en los bancos de clase: uno violento, exaltado, siempre sublevado; el otro dócil, respetuoso con las jerarquías, y en medio de todo esto, con un fondo de indolencia que se había desarrollado en la tranquilidad del campo.

Al fin y al cabo, quizá Vedrine tenía razón: ¿valía la pena de moverse tanto, aun teniendo a seguridad de llegar al fin? Principalmente se asustaba por su hermana, pobre enferma, sola en Clos-Jallanges, en tanto que él haría sus visitas de candidato. ¡Por algunos días no más de ausencia, le había escrito una carta tan alarmada y tan triste!

Pasaba entonces delante del cuartel de dragones, y le distrajo el aspecto de los hambrientos que esperaban al otro lado de la calle que les distribyeran las sobras del rancho. Fijos allí hacía mucho rato, con el miedo de que no alcanzase la bazofia, sentados en los bancos ó alineados de pie junto al parapeto del muro, terrosos, sórdidos, con cabelleras y barbas de hombres-perros y andrajos de náufragos, allí estaban sin moverse ni hablarse, en tropel, acechando hasta el fondo del gran patio militar la aparición de las marmitas, y que el sargento les hiciera la señal de acercarse.

A la clara luz del día era espantosa aquella fila de ojos de fiera, de hocicos hambrientos, tendidos hacia la ancha puerta abierta, con expresión animal idéntica en todos.

—¿Qué hace usted ahí, mi querido discípulo? dijo Astier-Rehu, cogiendo del brazo á Freydet.

Estaba radiante, y fijándose en el gesto del poeta, que le señalaba en la acera de enfrente el conmovedor cuadro parisiense:

—¡Curioso! dijo: pero sus ojazos de pedagogo no sabían leer más que en los libros, ciegos á la impresión directa y conmovedora de las cosas de la vida.

Hasta en la manera de llevarse á Freydet y decirle: «Acompáñeme hasta la Academia,» se veía que el maestro desaprobaba esas niñerías callejeras y quería seriedad.

Suavemente apoyado en el brazo de su discípulo preferido, le contaba su alegría, su encanto, el milagroso hallazgo que acababa de hacer: una carta de la gran Catalina á Diderot sobre la Academia, y esto precisamente en vísperas de la solemnidad á que asistiría el Gran Duque. Pensaba leer aquella maravilla en plena sesión, y quizá ofrecer á Su Alteza, en nombre de la Corporación, el manuscrito de su ilustre antepasado. El barón Huchenard reventaría de envidia.

—A propósito, ya usted sabe, mi *Carlos V...*

No crea usted una palabra. ¡Calumnia, calumnia! Y aquí tengo con qué confundir á ese Zoilo.

Y con su mano corta y gruesa golpeó la cartera que llevaba bajo el brazo, y en la expansión de su alegría, queriendo que también Freydet fuese feliz, volvió á su conversación de la víspera, á la candidatura para el sillón que primero vacara. ¡Sería encantador ver al maestro y al discípulo sentados uno al lado del otro, bajo la gran cúpula!

—Y verá usted lo bueno que es, y lo bien que se está allí. No puede uno figurárselo sin verlo.

Al oírle, parecía que, una vez allí dentro, se acababan las tristezas y las miserias de la vida. Como que se detuvieron en el dintel, sin atreverse á entrar.

Allí se volaba muy alto, en la paz, en la luz, por encima de la envidia y de la crítica, en fin, ungido y santificado. Se tenía todo, todo, y ya no se deseaba nada. ¡Ah! ¡La Academia, la Academia! Todos sus detractores hablan de ella sin conocerla, ó con los celos rabiosos de los salvajes que no pueden entrar.

La voz recia resonaba y hacía volver la ca

beza á la gente que andaba por el muelle. Algunos le reconocían y pronunciaban el nombre de Astier-Rehu. A la puerta de sus tiendas, los libreros, los vendedores de estampas y objetos curiosos, acostumbrados á verle pasar á horas fijas, le saludaban con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Freydet, mire usted.

El maestro le enseñó el palacio Mazarino, al cual llegaban.

—Ahí está mi Instituto, tal como se me presentaba desde mi edad temprana, grabado en las cubiertas de las ediciones de Didot. Entonces me dije: «Yo entraré;» y al fin he entrado. Ahora le toca á usted, mi buen amigo. ¡Adiós! ¡hasta luego!

Penetró con paso vivo por la puerta de la izquierda de la entrada principal, cruzando una serie de grandes patios empedrados, majestuosos, llenos de silencio, en los que su sombra se agrandaba.

Desapareció, y Freydet siguió mirando, inmóvil, sobrecogido; y en su cara franca y llena, en sus ojos dulces y redondos, había la misma expresión que en los hocicos de los hombres.

perros que más abajo, esperaban el rancho junto al cuartel.

En adelante, al mirar al Instituto, su cara siempre había de tomar aquella misma expresión.

## V

Comida de gala en el hotel Padovani, seguida de recepción íntima. El gran duque Leopoldo, en la mesa de «su perfecta amiga,» recibe á algunos individuos escogidos de las diferentes secciones del Instituto, correspondiendo así á la acogida de las cinco Academias y á los golpes de incensario de su director.

El mundo diplomático está ventajosamente representado, como sucede siempre en casa de los ex-embajadores; pero el Instituto está en mayoría, y hasta el lugar señalado á los convidados da idea de lo que es el banquete.

El Gran Duque, sentado enfrente de la señora de la casa, tiene á su derecha á la señora Astier, y á su izquierda á la condesa Foder, esposa del primer secretario de la Embajada finlandesa, que hoy hace las veces del embaja-

dor. Ocupa la derecha de la Duquesa, Leonardo Astier, y la izquierda, Monseñor Adriani, Nuncio del Papa. En los demás sitios están el barón Huchenard, por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras; Murad-Bey, embajador de Turquía; por la Academia de Ciencias, el químico Delpech, luego el ministro de Bélgica, el músico Landry, por la Academia de Bellas Artes; Danjou, autor dramático, uno de los que Picheral llama los comediantes, y, finalmente, el príncipe de Athis, que por su doble carácter de ministro plenipotenciario y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, da el tono á los dos grupos del salón. En los extremos de la mesa el General ayudante de S. A., el joven guardia noble, conde de Adriano, sobrino del Nuncio, y el indispensable Gavaux, el hombre de todas las fiestas. La parte femenina es un tanto aburrida. La condesa Foder, chiquitina, roja y viva, llena de encajes que le llegan hasta la nariz pequeña y puntiaguda, parece una zorra resfriada. La baronesa Huchenard, bigotuda, de edad indefinida, parece un hombre grueso, escotado. La señora Astier, con un traje de terciopelo poco escotado, rega-



lo de la Duquesa, se priva, en obsequio á su querida Antonia, del gusto que tendría en enseñar sus brazos, sus hombros, y lo poco que todavía le queda; y gracias á esta atención, la duquesa Padovani parece la única mujer de la mesa.

Alta, blanca, con su traje hecho por el modisto Fulanez, cabeza pequeña en que brillan sus dos hermosos ojos dorados, orgullosos y móviles, ojos de bondad, de cólera y de ternura, bajo negras cejas casi juntas; nariz corta, la boca voluptuosa y violenta, y la tez de mujer de treinta años, que debe á su costumbre de dormir la siesta el día que recibe por la noche ó va á reuniones. Como ha vivido mucho tiempo fuera, de embajadora en Viena, San Petersburgo y Constantinopla, y está acostumbrada á dar el tono de la moda francesa, conserva en su aire algo de doctoral y de pretencioso, que las parisienses le censuran por su tendencia á hablarlas como si fuesen extranjeñas, y á explicarles lo que conocen tan bien como ella misma. Parece que la Duquesa sigue representando á París entre los kurdos: es el único defecto de tan noble y radiante persona.

A pesar de la casi total ausencia de mujeres,

de esos vestidos claros enseñando brazos y espaldas, que rompen de un modo tan agradable la monotonía del frac, entre brillantes y flores, la mesa, como suprema diversión de los ojos, tiene la sotana morada del Nuncio, con ancha faja de moaré, el birrete púrpura de Murad-Bey, la roja túnica con cuello de oro del guardia noble, con el pecho lleno de galones, donde luce enorme cruz de la Legión de Honor, que el joven italiano recibió aquella misma mañana del Elíseo, que ha creído así deber recompensar la feliz misión del portador del capelo. Demás de esto, aquí y allá, las manchas verdes, rojas ó azules de las bandas, la plata mate ó las estrellas de diamantes de las placas y de las cruces...

• Son las diez, y la comida acaba sin que se haya arrugado una flor de las que adornan la mesa al lado de los cubiertos y de los platos de postre, ni suene palabra más animada que otra, ó se advierta un gesto un tanto vivo. Y sin embargo, la cocina del hotel Padovani es buena: es una de las pocas mesas de París donde hay todavía vino. Se ve que hay algún *gourmet* en la casa, que no es la Duquesa, verdadera mujer de mundo francesa, que encuentra buena la

comida siempre que el vestido que lleva la sienta bien y el servicio sea decorativo y florido; sino el amigo de la señora, el príncipe de Athis, de gusto refinado, cuyo estómago frío, destroza-do por las cocinas de los clubs, no se alimenta exclusivamente de vajilla fina ó de la vista de los criados con las libreas de gala y pantorrillas blancas irreprochables. En obsequio suyo, ha cuidado la bella Antonia del *menu*; y para él son los grandes platos adornados y los rojos vinos de excelentes marcas, que, á decir verdad, hoy no han calentado gran cosa la mesa.

La misma pesadez y la misma reserva en los postres que en la sopa: apenas se nota algún color en las mejillas ó en la nariz de las mujeres. Una especie de comida de muñecas de cera, oficial y majestuosa con una majestad debida principalmente á la altura del techo y á las sillas muy apartadas, suprimiendo la intimidad del tacto de codos. Hace un frío negro, profundo, frialdad de pozo, que circula entre los convidados, á pesar de la libre noche de Junio, cuyo aliento sube de los jardines por entre las persianas é hincha suavemente los transparentes de seda. Se habla como de lo alto, ó de le-

jos, con la punta de los labios, con sonrisa fija y como estereotipada, y entre las cosas que se dicen, no hay una que no sea una mentira. Las frases resulta enmascaradas, como las fisonomías: si alguien en aquel momento descubriese su pensamiento, ¡qué pánico en el grupo!

El Gran Duque, con su ancha cara entre dos negras patillas cortadas en forma de chuleta, cabeza de soberano para *Ilustraciones*, en tanto pregunta al barón Huchenard qué hay de su último libro, piensa:

— ¡Dios mío! ¡Cómo me aburre ese sabio! ¡Cuánto mejor estaría en el baile *Roxelane*; viendo á esa chiquilla Dea, que tanto me gusta! Dicen que está ahí el autor de *Roxelane*; pero es un señor muy feo y muy triste. ¡Ah! ¡Quién me diese ver las piernas y los brazos de mi Dea!

El Nuncio, con su gran nariz y sus labios finos, espiritual figura romana, ojos negros en una tez biliosa, escucha también, inclinado á un lado, al historiador de la habitación humana, y mirando sus uñas relucientes como conchas, piensa:

—El *misto frito* que esta mañana he comido en la Nunciatura, lo tengo todavía en el estómago. Gioachimo me ha apretado demasiado la faja. Quisiera haberme levantado de la mesa.

El embajador de Turquía, gordo, amarillo, embrutecido, su fez hasta los ojos, da de beber á la baronesa Huchenard, mientras se dice:

—Estos perros cristianos son abominables con llevar á sus mujeres al gran mundo en tal estado de descomposición. ¡Que me empalen antes de dejar que alguien suponga que esa señora gruesa ha dormido conmigo!

Mientras que á través de la sonrisa coqueta de la baronesa dando gracias á Su Excelencia, hay este pensamiento:

—Este turco infecto me da asco.

Lo que en voz alta dice la señora Astier, tampoco tiene nada que ver con su preocupación interna:

—¡Con tal que Pablo no se haya olvidado de ir á buscar al abuelito! Será de buen efecto ver entrar al viejo apoyándose en el brazo de su bisnieto: y si de paso pudiéramos sacar algún encargo á S. A...

Y luego, mirando con ternura á la Duquesa, seguía pensando:

—Está hermosa esta noche: debe tener buenas noticias de su embajador. Aprovéchate, hija. Samy se habrá casado antes de un mes.

La señora Astier no se engañaba: al llegar el Gran Duque, había anunciado á su «perfecta amiga» que en el Elíseo le habían dado palabra, para dentro de algunos días, á favor de Athis.

La Duquesa está contenta, con alegría mal contenida, que parece como que la ilumina con brillo extraordinario. Esto es lo que ella ha hecho del hombre amado, á esto le ha llevado.

Y ya está proyectando su instalación personal en San Petersburgo, un hotel en la Perspectiva, no lejos de la Embajada, en tanto que el Príncipe, lívido, la mejilla arrugada, vaga la mirada—la mirada cuyo brillo Bismark no ha resistido—ahogando en sus labios desdeñosos la doble sonrisa sibilítica y dogmática de la Carrera y de la Academia, dice para sí:

—Ahora es preciso que Colita se decida; que vaya á Rusia; nos casamos en la capilla de los pajes, y la cosa ya no tendrá remedio cuando llegue á oídos de la Duquesa.

Y de un invitado á otro, mil pensamientos disparatados, extravagantes, irracionales, circulan bajo el mismo sobre engomado: la tranquila satisfacción de Leonardo Astier, que aquella misma mañana ha recibido la Orden de San Estanislao de segunda clase, á cambio del obsequio hecho á Su Alteza de un ejemplar de su discurso con el autógrafo de Catalina la Grande, pegado con alfileres en la primera página, además de la cita ingeniosamente hecha en el texto. La carta que obtuvo el honor de ser leída en la sesión, llena las columnas de los periódicos hace dos días, y corre por toda Europa, repercutiendo el nombre de Astier, su colección y su obra, en uno de esos ensordecedores y desproporcionados ecos de montaña que la multiplicidad de los periódicos da á todos los sucesos contemporáneos. Que trate ahora el barón Huchenard de roer, morder ó balbucear con su tono dulzón:

—Llamo la atención de mi distinguido colega...

Ahora no le harán caso. ¡Y qué bien sabe eso al príncipe de los coleccionadores de autógrafos, y qué mirada rabiosa dirige al distinguido

colega entre dos frases, y cuánto veneno descubre en su larga cara biselada, porosa como corchol

El pulcro Danjou rabia aparte también, pero por otro motivo: la Duquesa no ha invitado á su mujer, exclusión que le hiere en su amor propio de marido, hígado especial más sensible que el otro; y á pesar de su deseo de brillar ante el Gran Duque, y de la provisión de frases que llevaba, casi inéditas, ni una sale de su garganta.

Otro que sonrío hipócritamente es el químico Delpech, á quien Su Alteza, cuando las presentaciones, ha felicitado por sus trabajos sobre los caracteres cuneiformes, confundiéndole con su colega de la Academia de Inscripciones.

Hay que advertir que, excepto Danjou, cuyas comedias son populares en el extranjero, el Gran Duque nunca había oído hablar de las celebridades académicas que asistían á la comida. Por la mañana Gavaux había redactado una serie de *menus* con el nombre de cada convidado y el catálogo de sus obras principales; y que Su Alteza no se hubiera confundido más, revelaba un gran talento de inventiva y una memoria de príncipe.



Pero no ha acabado la *soirée*; otras glorias académicas van á aparecer: ya el sordo ruido de los coches que ruedan y el crujido de las portezuelas que se cierran, dan á entender que todavía Monseñor podrá tomar el desquite.

Entretanto Su Alteza, con voz lenta, mojada, y buscando las palabras, la mitad de las cuales le pasan por la nariz y allí se extravían, discute un punto de historia con Astier-Rehu, sobre la carta de Catalina II. Hace un buen rato que las palanganas para las manos han dado la vuelta á la mesa: no se come ya, ni se bebe, ni tampoco se respira, por miedo de interrumpir la conferencia. Todo el mundo está hipnotizado, atento, y por un curioso fenómeno de sugestión, pendiente de los labios imperiales. De pronto, el augusto ruido nasal se acaba, y Leonardo Astier, que sólo discute por el buen parecer, para señalar el triunfo de su adversario, baja los brazos como si fuesen armas rotas, y dice con aire de convicción:

—Monseñor, me declaro vencido.

El encanto está roto; la comida ha acabado; todo el mundo se levanta con ligeros murmullos de admiración, las puertas se abren; la Du-

quesa se cuelga del brazo del Gran Duque; Murad Bey toma el de la baronesa, y en tanto que suena el ruido de faldas y de sillas que se apartan y la concurrencia desfila hacia los salones, Fermín, el mayordomo, grave, echa aparte sus cuentas:

—Esta comida, en cualquiera otra parte, me hubiera valido mil francos de gratificación; pero con esa... ¡tendrá que ver! ni trescientos.

Añadiendo como si escupiese sobre la cola de la orgullosa Duquesa:

—¡Cursil!

—Permítame Su Alteza; mi abuelo, el señor Rehu, decano de las cinco Academias.

El timbre agudo de la señora Astier resuena ya en los grandes salones, alumbrados y casi desiertos, en los que van entrando los íntimos admitidos á la recepción. Habla recio para que el abuelo comprenda á quién le presentan y conteste acorde.

El viejo Rehu tiene buen aspecto; recto, erguido y levantando todavía la cabecita criolla, que con los años se ha vuelto negra. Se apoya en el brazo de Pablo Astier, elegante y atractivo, y en el de la señora Astier: detrás

va Astier-Rehu, presentándose así la familia agrupada como una escena sentimental, estilo Greuze, que no estaría mal en uno de los grandes lienzos que adornan las paredes del salón, y de los cuales el extraordinario viejo es casi contemporáneo.

El Gran Duque, muy bien impresionado, busca una frase de cumplido; pero como el autor de las *Cartas á Urania* no figura en los *menus* de la comida, sale del paso con algunas frases vagas, de cumplido, á las que el viejo Rehu contesta, creyendo que le preguntan, como de costumbre, por su edad:

—Noventa y ocho años; dentro de quince días los cumplo, Alteza.

Y luego añade, lo cual no casa muy bien con las felicitaciones halagüeñas del Gran Duque:

—No he estado desde 1803, Monseñor: la ciudad debe estar muy cambiada.

Mientras dura tan curioso diálogo, Pablo murmura al oído de su madre:

—Lo llevarás tú si quieres; yo no me encargo de esto: tiene un humor horroroso. En el coche no ha parado de darme puntapiés, para estirar las piernas, según él decía.

Por su parte, Pablo tiene también la voz nerviosa y dura, y hay en su fisonomía amable algo de contracción, que su madre ha visto en cuanto ha entrado. Algo debe pasarle, y por esto le espía, le vigila, queriendo leer á través de sus ojos claros, que se escapan, impenetrables.

El frío de la comida, aquel frío solemne, persiste y circula entre los invitados, que se agrupan aquí y allí; las pocas mujeres, en corro, sentadas en sus sillas bajas, los hombres de pie, parados ó andando, imitando conversaciones profundas pero con la visible preocupación de atraer las miradas de Su Alteza, para quien el músico Landry se pone pensativo en un rincón de la chimenea alzando su frente genial y su barba de apóstol, mientras que en el otro ángulo de la chimenea el sabio Delpech medita, la mano en la barba, fruncido el entrecejo, como si estudiase una mezcla química explosiva.

El filósofo Laniboire, célebre por su parecido á Pascal, da vueltas, pasa y vuelve á pasar junto al sofá en que Monseñor está entregado á Juan Rehu. Se han olvidado de presentarle, y, todo tristón, su gran nariz se alarga pedigüeña á distancia, como diciendo:

—¡Vea usted si no es ésta la misma nariz de Pascall!

Hacia el mismo sofá, la señora Eviza dirige á través de sus párpados entreabiertos una mirada rica en promesas para cuando Monseñor vaya á su casa y el próximo lunes se deje ver allí.

Por más que cambie la decoración, la comedia es siempre la misma; vanidad, bajeza, facilidad para doblar el espinazo, cortesana necesidad de envilecerse y de encorvarse. Vengan todas las visitas imperiales; tenemos cuanto se necesita para recibirlas.

—¡General!

—¡Alteza!

—No llegaré á tiempo para ver el baile.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí, Monseñor?

—No sé qué hay; una sorpresa, esperan que el Nuncio se vaya.

Murmuran estas palabras con la punta de los labios, sin mirarse y sin que un músculo altere las dos caras oficiales, la del Príncipe y la del ayudante, sentado al lado de su señor, cuya voz nasal imita, y el gesto raro y la postura inmóvil,

la mano sobre el muslo, firme como en una parada ó en el palco imperial del teatro Michel.

De pie ante ellos, el viejo Rehu no se decide á sentarse, ni á cesar de hablar y de agitar sus polvorientos recuerdos de centenario. ¡Ha conocido á tanta gente y se ha visto en tiempos tan diferentes! ¡Y cuanto más lejano, más lo recuerda!—Yo lo he visto, yo.

Se pára un minuto al final de cada anécdota, la mirada vaga hacia un pasado ya lejano, y luego empieza otra historia.

Estaba en casa de Talma, en Brunoy, ó en el tocador de la Emperatriz, lleno de cajas de música, de colibríes brillantes, que saltaban y movían las alas. Después almorzaba en casa de la señora Tallien, en la calle de Babilonia: la pinta desnuda hasta las caderas, una larga falda de cachemir que dejaba ver sus piernas calzadas con coturnos, y sobre los hombros los cabellos rizados: él ha visto todo esto, toda aquella carne de española, regordeta y pálida, alimentada con manjares blancos, y este recuerdo enciende sus ojuelos sin cejas en el fondo de sus órbitas.

Fuera, en la terraza, en la tibia noche del

jardín, se habla á media voz, y risas ahogadas atraviesan la sombra en la cual los cigarros forman un círculo de puntos rojos.

Es Gavaux, que para hacer reir á Danjou y Pablo Astier, se divierte en preguntar al joven guardia noble la historia del capelo y el *zuccheto*.

—*Monsignor* me dijo: Pepino.

—¿Y la señora de la estación?

—¡Cristo, qué hermosa era! dijo el italiano con voz sorda; y luego, para corregir el tono goloso de la confesión, añadió:

—Simpática; sobre todo simpática.

¡Bellas y simpáticas! Todas las parisienses le parecen lo mismo. ¡Ah! ¡Si no estuviera obligado á volver al servicio!... Y desatada la lengua con los vinos de Francia, cuenta la vida de los guardias nobles, las gangas del oficio, la esperanza que todos alientan en el cuerpo de hacer una buena boda y conquistar, un día de audiencia papal, á alguna rica inglesa católica ó á una fanática española venida de la América del Sur para llevar su ofrenda al Vaticano.

—El uniforme es *boonito*, ¿comprende usted? Y los infortunios y desgracias del Padre Santo nos dan á nosotros, los soldados, un prestigio

novelesco y caballeresco, algo que generalmente gusta á las señoras.

Y es verdad; con su cabeza infantil á la par que varonil, sus bordados de oro que brillan al resplandor de la luna, parece un héroe del Ariosto ó del Tasso.

—Pues bien, querido Pepino, dice el grueso Gavaux con su tono burlón, de mala persona: el buen negocio que usted busca, lo tiene usted aquí, en la mano.

—*Comet*? ¡En la mano!

Pablo Astier se estremece y pára la atención; en cuanto hablan de un matrimonio rico, le parece que le quieren birlar el suyo.

—¡Pardiez, la Duquesa! El viejo Padovani está esperando el último ataque.

—*Ma...* el príncipe de Athjs...

—Jamás se casará con ella.

Hay que creer á Gavaux, que es amigo del Príncipe, y también de la Duquesa, pero que en el inminente rompimiento se pone del lado del que supone más fuerte.

—Ande usted de frente, mi querido conde. Hay dinero, mucho dinero... relaciones, y la mujer que no está muy pasada...



—¡Cristo! ¡Muy hermosa! suspira el otro.

Danjou, burlándose, añade:

—Sobre todo, muy simpática.

El guardia noble, después de un instante de estupor, encantado al encontrar un académico con tanto talento, repuso:

—Sí, sí, simpática: precisamente estaba pensando esto.

—Y luego, añadió Gavaux; si á usted le gustan las aguas para teñir, los postizos, los verdes y las fajas, estará usted á gusto. Dicen que está cinchada de cuero y de hierro por debajo y por los lados: es la mejor parroquiana de Charrière, el ortopedista.

Y hablaba alto, sin el menor cuidado, enfrente del comedor, cuya puerta abierta ilumina su ancha cara rubicunda y cínica de esclavo manumitido, de parásito, oliendo todavía á trufas y perdices y á todo el suntuoso banquete de que acaba de salir, y que eructa en innobles calumnias.

—¡Duquesa! Ahí las tienes, las trufas rellenas, los platos de dulce y los vinos á veinte francos el vaso. Se han puesto los dos juntos, Danjou y él, para murmurar un rato de los concurrentes á la fiesta.



Lo saben todo y lo cuentan todo: Gavaux lanza la inmundicia y Danjou la recoge y la tira. El candoroso guardia noble, no sabiendo qué creer, trata de reír, pero se le estrecha el corazón al pensar que la Duquesa pudiera sorprenderles, y experimenta un real alivio al oír á su tío, que le llama desde el otro extremo de la terraza:

—¡Pepino!

La Nunciatura se retira temprano; quiere hacerle purgar las desventuras del capelo.

—Buenas noches, señores.

—Buena suerte, joven.

El Nuncio se ha marchado. ¡Ea! la sorpresa...

A una señal de la Duquesa, el autor de *Roxelane* se sienta al piano, y barriendo con su barba el teclado, toca dos suaves acordes.

En seguida, allí en el fondo, los altos portiers se separan, y á través de la fila de salones se adelanta sobre la punta de sus zapatitos dorados una deliciosa morena en calzón de armar y falda de baile, sostenida con la punta de los dedos por un individuo sombrío, de pelo rizado y cara fúnebre, partida en dos por un largo bigote que parece de madera quemada.

Es Dea, la mujer del día, el juguete de moda, y su profesor Valerio, director de danza en la Ópera. Se ha empezado hoy por *Roxelane*, y la muchacha, todavía conmovida por el triunfo de su baile, viene á repetirlo para el huésped imperial de la Duquesa.

La «perfecta amiga» no hubiera podido darle una sorpresa más agradable. ¡Qué delicia tener allí delante, para él solo y casi encima, ese encantador torrente de tules, esa respiración jadeante, fresca y juvenil, y oír el chasquido de todos los nervios tendidos de la muchacha como los palos de una vela que crujen!...

Monseñor no es el único que saborea todo esto.

A la primera pirueta, los hombres se han acercado, formando un corro brutal y apretado de fracs, fuera del cual las pocas mujeres que hay se ven reducidas á mirar de lejos.

El Gran Duque se ve confundido y estrujado por aquella prensa, porque á medida que adelanta el baile, el corro se estrecha hasta impedir las evoluciones de la danza, é inclinados, respirando fuerte, académicos y diplomáticos, la cabeza adelante, con sus bandas y sus grandes

cruces que se agitan como cencerros, muestran la mueca del placer, que á través de los labios húmedos, descubre las bocas sin dientes, y lanzan risotadas de gusto que parecen relinchos. El mismo príncipe de Athis humaniza la curva altanera de su perfil ante el milagro de juventud y de gracia que de lo alto de las puntas de los pies echa abajo todas aquellas máscaras mundanas.

El turco Murad, que en toda la noche no ha despegado los labios, medio tendido en un sillón, ahora gesticula en primer término, la nariz hinchada, los ojos fuera de las órbitas y exhala los gritos guturales de un obsceno y desmesurado Garaguz, el héroe de la comedia turco-callejera.

En medio de aquel fanatismo de vivas y bravos, la muchacha se vuelve, salta, y disimula tan armoniosamente el trabajo muscular de todo su cuerpo, que su danza parecería fácil, algo como la distracción de una mariposa, sin las gotitas de sudor que aparecen en la carne joven y llena del escote, y la sonrisita aguda, forzada, casi perversa, que revela el esfuerzo y la fatiga de la bestia hermosa.

Pablo Astier, á quien no gusta el baile, se ha quedado fumando en la terraza. Llegan hasta él los aplausos lejanos, entre los quebrados acordes del piano, una especie de acompañamiento adormecedor, á través del cual se ve á sí mismo, como á medida que se va haciendo á la oscuridad ve los troncos de los árboles del jardín y las líneas finas de una fachada de gusto antiguo que se ve en perspectiva sobre la muralla del fondo. ¡Es muy pesado el llegar! Hay que tener aliento para conquistar lo que se ambiciona, que cree uno tocar, y que retrocede y cada vez está más lejos. ¡Colita! A cada momento parece que va á caer en sus brazos, y luego, cuando vuelve, vuelta á empezar y emprender de nuevo el trabajo. Parece como que en ausencia suya hay alguien que se divierte en destruir su obra. ¿Quién? ¡El muerto, siempre el muerto! Habría que estar allí desde la mañana hasta la noche, á su lado; pero ¿cómo con la vida, y los apuros, y las visitas para buscar dinero?

Se oye un paso leve: el roce de un traje de terciopelo; su madre angustiada: ¿qué busca?

—¿Por qué no vienes al salón con todo el

mundo? dice; y se apoya en la balaustrada, cerca de él, queriendo saber lo que le preocupa.

—Nada, nada, contesta.

Pero luego, interrogado y apretado, añade:

—Pues hay... Hay que estoy ya harto de esta vida y de reventar de hambre. Siempre pagarés y protestos. Abro un agujero para tapar otro. ¡Estoy harto, y no puedo más, no!

Del salón llegan grandes gritos, locos aullidos, y la voz falsa de Valerio, el director de la Danza, que hace imitar á Dea un baile de estilo antiguo:

—Un movimiento, dos pasos de danza. El Amor meditando un robo...

—¿Qué te hace falta? murmura la madre temblando.

Jamás le había visto así...

—No, es inútil. No podrías. Es demasiado. La madre insiste.

—¿Cuánto?

—Veinte mil francos, en casa del procurador mañana antes de las cinco, sin lo cual embargo y venta, y una serie de miserias que antes que sufrirlas...

Y mordiendo con rabia el cigarro y las palabras, exclama:

—Sí: antes me salto la tapa de los sesos...

—¡Cállate, calla! Mañana antes de la una.

Y dos manos amantes y furiosas taparon la boca de Pablo, como para arrancar ó volver á meter dentro aquella terrible palabra de muerte.

## VI

No durmió en toda la noche la pobre madre con la punzante idea de los veinte mil francos metida en el cráneo.

¡Veinte mil francos! ¿Dónde hallarlos? ¿A quién escribir? ¡Y en tan poco tiempo! Nombres y fisonomías pasaban relampagueando, atravesando un momento el resplandor azul que en el techo producía la lamparilla, para desvanecerse y ceder el sitio á otros nombres y á otras caras que desaparecían con igual rapidez.

¡Freydet! Acababa de servirse de él. ¿Samy?

Hasta que se casara no tendría un céntimo... Además, ¿es que se piden así como así veinte mil francos prestados? Y, sobre todo, ¿hay quien los dé?

Quizá ese poeta de provincia...

En París, en la *Sociedad*, el dinero juega un papel oculto. Se supone que se anda y se vive por encima de estas miserias, como en las comedias distinguidas. Faltar á esa convención tácita sería salirse de la buena compañía, de la sociedad...

Y en tanto que la señora Astier soñaba á través de la fiebre la ancha espalda del marido se hinchaba al compás de su respiración igual, á su lado. Era una de las tristezas de aquella soledad de dos en compañía, aquella cama llanamente compartida, y en la cual dormían treinta años hacía, sin tener de común más que las sábanas. Pero nunca la indiferencia de su aburrido compañero de lecho le había sublevado é indignado tanto.

¡Despertarle! ¿Y para qué? ¡Hablarle del hijo y de su amenaza terrible! Ni le creería, ni siquiera volvería la enorme espalda, bajo la cual se abrigaba como en una garita. Cruzó un instante por su mente la idea de echarse encima, de darle fuertes puñetazos, de arañarlo y gritar en voz recia, que le arrancase á ese sueño de egoistón:



—¡Leonardo, arden tus archivos!

Y esta idea de archivos cruzó de pronto por su cabeza; poco faltó para que no saltara de la cama. ¡Había hallado los veinte mil francos! Estaban arriba, en el armario. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Y hasta que amaneció, hasta el último chisporroteo de la lamparilla, estuvo combinando el asunto, inmóvil, tranquila; lucía en sus ojos abiertos una mirada de ladrona.

Vistióse temprano, y toda la mañana anduvo por la habitación espiondo á su marido, que primero habló de marcharse, pero que luego cambió de parecer, y repartió su tiempo hasta la hora del almuerzo; Leonardo iba y venía de su gabinete al camaranchón, los brazos llenos de papeles, vivo y alegre, y demasiado rudo para comprender la inquietud nerviosa que cargaba la atmósfera de la estrecha casa, agitaba los muebles y electrizaba las puertas.

Tranquilizado por su trabajo, charló por los codos en la mesa, contó necias historias, que ella se sabía de memoria, y tan interminables como su ocupación de hacer migajas con el cuchillo la eterna corteza del queso de Auvernia,



y volvía á coger el queso, añadiendo anécdota sobre anécdota. ¡Y qué pesado estuvo para ir al Instituto, y eso que el día aquel estaba señalado para la Comisión del Diccionario! ¡Y cuánto tiempo gastó en mil pequeños detalles, á pesar del deseo de su mujer de hacerle ir más de prisa y echarle fuera cuanto antes!

En cuanto Leonardo hubo dado la vuelta á la calle de Beaune, su mujer cerró la ventana y corrió á la cocina.

—¡Pronto un cochel! dijo á Corentina.

Y sola, al fin sola, se lanzó por la escalera de los archivos.

Bajando la cabeza por lo bajo del techo, probó las llaves del llavero en el armario, y viendo que resistía, trató de hacer saltar la cerradura, pero sus manos se cansaban: se rompía las uñas: necesitaba una palanca, un objeto cualquiera. Pero se le ocurrió abrir el cajón de la mesa y aparecieron las tres cartas de Carlos V que buscaba, arrugadas y amarillas. ¡Hay milagros! Apoyada en la vidriera de la ventana se cercioró de que era lo que buscaba. *A Francisco Rabelais, maestro en todas las ciencias y las buenas letras.* No leyó más; irguióse, y se dió un

golpe en la cabeza con el techo, pero no lo notó hasta que estuvo en el coche que le llevaba á la calle de l' Abbaye.

Bajó á la entrada de la calle. Calle corta, tranquila, amparada por la sombra del prado de Saint-Germain y los rojos ladrillos de los pabellones de la Escuela de Cirugía, á cuya puerta esperaban algunas berlinas con la suntuosa librea de los señores profesores. Pocos transeuntes: tan sólo algunas palomas que revoloteaban por la acera y que elevaron su vuelo cuando pasó la señora Astier. Ésta se detuvo ante el almacén, medio librería y medio almacén de curiosidades que ostentaba precisamente enfrente de la Escuela, un arcaico letrero: *Bos, archivero paleógrafo*, muy bien puesto en aquel rincón del París viejo.

A la entrada había de todo: manuscritos viejos, libros grandes con la pasta picada por la polilla, misales antiguos que habían sido dorados, cierres de devocionarios; y pegados en los vidrios de los escaparates, asignados, anuncios viejos, planos de París, romances, bonos militares con manchas de sangre, autógrafos de todas las épocas, una poesía de Mad. Laforgue, dos

cartas de Chateaubriand á su zapatero Pertu-  
se, y firmas de celebridades antiguas y moder-  
nas al pie de invitaciones para comer ó de peti-  
ciones de dinero y confesiones amorosas de esas  
que hacen perder las ganas de escribir. Los au-  
tógrafos llevaban marcado el precio, y la señora  
Astier pudo ver, al lado de una carta de la Ra-  
chel, tasada en 300 francos, un billete de Leo-  
nardo Astier-Rehu á su editor Petit-Sequard:  
dos francos y medio.

Pero no era esto lo que ella buscaba tras la  
cortina de seda verde que ocultaba la tienda y  
el perfil del paleógrafo archivero, su hombre.  
Se le ocurrió una idea terrible: si estuviese  
fuera...

La idea de que su Pablo esperaba le hizo en-  
trar en lo oscuro, en el espacio cerrado y pol-  
voriento de la tienda: é introducida de golpe  
en la trastienda del fondo, trató de explicar al  
Sr. Bos, hombre grande, rojo y melenudo—  
cabeza de orador de *meeting*—su penuria mo-  
mentánea, y por qué su marido no se había de-  
cidido á venir personalmente.

No le dejó acabar de mentir toda la historia.  
—¿Cómo no, señora?

Y en seguida, un *cheque* contra el Crédito Lionés, y mil atenciones y saludos hasta que la dejó en el coche.

—Es una mujer muy distinguida, pensó el librero, encantado con su adquisición, mientras ella, abriendo el *cheque* que había guardado dentro del guante, y releiendo la feliz cifra, pensaba:

—¡Qué hombre más fino!

Por lo demás, no sentía el menor remordimiento, ni siquiera el ligero sobresalto que sigue á una mala acción: las mujeres no sienten esto, dominadas por el deseo que las tortura; en un momento dado llevan unas gafas ahumadas naturales que no les dejan ver lo que hay á su alrededor y las ahorran las reflexiones que acompañan al hombre en sus actos decisivos.

De vez en cuando pensaba en la cólera de su marido cuando supiera el robo; pero esto se le presentaba muy lejos, muy confuso; en el fondo, quizá saboreaba el placer de añadir esta prueba más á los terrores que le abrumaban desde la noche anterior.

—¡Todo esto, pensaba, me cuesta más mi hijo!

Y es que bajo su exterior tranquilo y la capa

de vida elegante y académica, latía en ella lo que late en todas desde que el mundo es mundo: la pasión. No siempre el marido encuentra este pedal que pone en movimiento todo el teclado femenino: el mismo amante á veces no da con él; el hijo, siempre. En la triste novela sin amor que constituye la historia de tantas mujeres, el hijo es el héroe y protagonista.

A su Pablo, sobre todo desde que era ya hombre, debía la señora Astier las solas emociones verdaderas de su vida, la agonía deleitosa de la espera, la palidez, el frío, el fuego en las palmas de las manos, la natural intuición que hace exclamar, sin engañarse:—«Ahí está,» cuando se pára un coche: todas las cosas ignoradas por ella hasta en aquel tiempo en que el mundo la trataba de ligera y Leonardo Astier decía muy tranquilo:

—¡Es raro! ¡Yo no fumo, y mi mujer siempre huele á tabaco!

¡Y qué inquietud cuando llegó á la calle Fortuny y quedó sin contestación el primer campanillazo! Cerrado y mudo bajo su gran techo de cinc, el hotelito Luis XII, que tanto alababa, parecióle de pronto siniestro, y no menos sinies-

tra la casa de vecindad, también estilo Luis XII muy marcado, ostentando en los dos cuartos de arriba los letreros: *¡Se alquila! ¡Se alquila!*

Al segundo campanillazo, impaciente y tembloroso, Stenne, el criado, bien vestido con su librea azul celeste, apareció en el dintel muy embarazado y tartamudeando la contestación: —Desde luego... está el señorito; pero...

La infeliz madre, perseguida desde la noche anterior por la idea de una catástrofe, imaginóse á su hijo ensangrentado y agonizante. De un salto cruzó el corredor y los tres escalones del salón-estudio, y entró sofocada.

Pablo trabajaba junto á su alta mesa, al lado de una magnífica vidriera que iluminaba su trabajo de lavado; tenía abierta la caja de acuarelas, mientras que el fondo de la habitación se perdía en una medio oscuridad perfumada y voluptuosa. Parecía absorto en su trabajo, como si no hubiese oído al coche detenerse y luego los dos campanillazos, seguidos de un rápido crujir de faldas por el corredor.

Pero no era el pobre traje negro de su madre el que esperaba, ni para ella había preparado los ramos de grandes flores, íris y tulipanes, y

sobre la mesita inglesa una caja de dulces y frasquitos perfumados.

Al volverse, exclamó:

—¡Ah, eres tú!

Cualquiera otra mujer que no fuese su madre, le hubiera comprendido en seguida.

Pero la pobre mujer no se fijó en esto, deslumbrada al verle allí, enfrente de ella, correcto y hermoso, y vivo, muy vivo. Sin hablar, desabotonó el guante y tendió el *cheque* con aire triunfal.

No preguntó Pablo de dónde venía el dinero, ni lo que le había costado; abrazóla tiernamente, cuidando de no arrugar el papel.

—¡Ah, mamita! dijo.

Y no hubo más; pero ella se tuvo por pagada, á pesar de notar en su hijo cierto embarazo, en lugar de la gran explosión de alegría que esperaba.

—¿Dónde vas luego? preguntóla Pablo distraído, con el *cheque* en la mano.

—¿Luego? dijo.

Y le miró con tristeza.

Acababa de llegar, y pensaba pasar un buen rato con él; pero, en fin, si esto le molestaba...



—¿Dónde voy? A casa de la Princesa; pero no hay prisa: ¡es tan aburrida! ¡Siempre llorando á su Heriberto! Parece que ya no se acuerda, pero de pronto vuelve á empezar.

En los labios de Pablo flotó algo que no dijo.

—Bueno, mamita; hazme un favor. Espero á alguien... Ve á cobrar esto y á recoger mis pagarés en casa del procurador. ¿Quieres?

¡Si quería! Ocupándose en sus cosas estaría más tiempo con el hijo. Y mientras éste firmaba, su madre se fijaba en el estudio lleno de tapices y telas, en el cual, fuera de una X de viejo nogal y algunos yesos clásicos colgados aquí y allí, nada revelaba la profesión del dueño. Pensó en sus angustias de pocos momentos antes, y los ramos y el *lunch* servido junto al diván le hicieron pensar que eran éstos unos singulares preparativos de suicidio.

Sonrióse sin el menor rencor. ¡Ah, tunantel pensó; pero contentóse con indicar con la sombrilla la caja de dulces.

—Esto es para hacerte saltar la... ¿cómo decías?

Pablo se echó á reír.

—¡Oh! Todo ha cambiado desde ayer. Mi negocio, ya sabes, el gran negocio de que te hablé... ahora me parece que marcha.

—Hombre, lo mismo que el mío.

—¡Ah, sí! Samy, el matrimonio.

Los bonitos ojos falsos de los dos, de un color gris parecido, un poco descolorido en la madre, se escudriñaron un instante. Al fin, Pablo dijo:

—Ya verás cómo seremos muy ricos.

Y empujándola hacia afuera, añadió:

—Anda, vete, vete.

Por la mañana, una cartita de la Princesa había advertido á Pablo que pasaría á recogerlo para ir al Père-Lachaise. ¿Volvería á empezar con el muerto, como decía la señora Astier? Dos veces á la semana la viuda llevaba flores y hachas al cementerio, y reclinatorios para la capilla. Vigilaba á los obreros y les daba prisa. Era una verdadera recrudescencia de fervor conyugal.

Después de larga y penosa lucha entre su vanidad y su amor, entre la tentación de seguir siendo Princesa viuda y el encanto fascinador del

delicioso Pablo Astier, lucha tanto más cruel cuanto que no daba cuenta de ella más que al pobre Heriberto en el diario, de pronto el nombramiento de Samy la había decidido. Y parecióle conveniente, antes de tomar un segundo marido, enterrar al primero definitivamente y acabar con el mausoleo y la peligrosa intimidad del seductor arquitecto.

A Pablo Astier le divertían esas trepidaciones de alma sobresaltada, sin comprenderlas; veía en ellas un síntoma excelente; la suprema crisis de las grandes resoluciones. Pero tenía prisa, y esto duraba mucho: había que precipitar los acontecimientos y aprovechar la visita, tan esperada y tantas veces aplazada, de Colita, que no parecía sino que, á pesar de su curiosidad por conocer la instalación de Pablo, temía la entrevista, que había de resultar más íntima que en su propio hotel ó en su cupé, siempre vigilada por su servidumbre. No es que él se hubiese mostrado atrevido; al contrario, era lo más respetuoso y atento que cabía imaginar; pero es que la Princesa tenía miedo de sí misma, dando en esto la razón al joven impertinente, que, profundo estratégico en cosas amorosas, la

había clasificado desde luego como plaza abierta, que es como él llamaba á las mujeres de mundo muy defendidas y guardadas, en apariencia, por arriba y por abajo, por el río y por el monte, situadas en una altura, é inabordables, pero que en realidad caen al primer intento.

No pensaba, sin embargo, dar el asalto en seguida, sino estrechar un tanto las paralelas; con una ó dos horas de intimidad tendría bastante para marcarla con su sello sin humillarla, fijar definitivamente el desahucio del difunto, y luego... el matrimonio y los treinta millones. Estos eran los ensueños agradables que la señora Astier había interrumpido, y á que volvió á entregarse su hijo, junto á la misma mesa, en la misma actitud de meditación: de pronto un nuevo campanillazo resonó: rumor de conversación...

Pablo, impaciente, abrió la puerta.

—¿Qué pasa?

Un lacayazo, vestido de negro, destacándose sobre la calle lluviosa, le respondió de lejos, con respetuosa insolencia, que la señora Princesa aguardaba al señor en el coche.

Pablo, medio ahogándose de ira, tuvo ánimo para gritar:

—¡Voy en seguida!

Pero ¡cuánta rabia y qué innobles injurias tartamudeó contra el difunto, el condenado difunto, cuyo recuerdo, sin duda, la había retenido en el coche! Pero luego la idea de un desquite, probablemente muy próximo y no poco divertido, le tranquilizó, y salió tan frío y correcto como de costumbre: la cólera apenas le había dejado alguna palidez en las mejillas.

El cupé estaba muy templado, y había habido que levantar los vidrios por el repentino chubasco. Grandes ramos de violetas y coronas pesadas como tortugas llenaban el coche y la falda de la señora de Rosen.

—¿Le incomodan á usted las flores? ¿Quiere usted que abra? preguntó Colita con el mimo hipócrita de la mujer que acaba de jugarle á uno una mala pasada, pero que, sin embargo, quiere que continúen las amistades.

Pablo hizo un gesto evasivo muy digno: que estuviese abierto ó cerrado, le era igual.

La Princesa, dorada y rosada, á través de su velo de viuda con que se cubría los días de ce-

menterio, se encontraba molesta, y hubiese preferido quejas y reproches. Se consideraba muy cruel para con él... y lo era mucho más de lo que entrambos se figuraban; puso su mano sobre la de Pablo, y le dijo:

—¿Está usted enfadado?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por no haber entrado. Ciertó que lo había prometido, pero en el último momento... No creía causarle á usted tal disgusto.

—Muy grande me lo ha producido.

Quando uno de esos hombres correctos y de aspecto grave deja escapar una palabra de sensibilidad, adquiere ésta un gran valor á los ojos de la mujer. La trastorna casi tanto como si viera llorar á un militar vestido de uniforme.

—No, no. Se lo ruego á usted; no esté usted triste por causa mía. Dígame que no está enojado.

Y le hablaba de cerca, inclinándose hacia él, aplastando las flores, y por otra parte segura contra cualquier peligro, viendo las dos anchas espaldas negras y los sombreros de copa con escarapelas negras de los criados, guarecidos bajo un gran paraguas.

—Mire usted, le prometo ir una vez, á lo menos una vez, antes de...

Se detuvo asustada: en la sinceridad de su efusión iba á confesarle su separación próxima, su ida á San Petersburgo. Pero reponiéndose en seguida, le juró ir á sorprenderle una tarde en que no tuviese que ir luego *allá*...

—Pero ¿es que usted va *allá* todas las tardes? dijo Pablo, apretando los dientes con una entonación tan cómica de ira, que una sonrisa cruzó por debajo del velo de la viuda, la cual bajó el vidrio para hacer que hacía algo.

Había cesado la tormenta, y en la calle apartada, pobre y alegre, por donde cruzaba el coche, un sol caliente, casi de estío, anunciaba el fin de las miserias del pasado invierno, y hacía relucir los escaparates tristes, los carretones junto á las aceras, los colorines de los anuncios fijados en las paredes y los harapos flotando en las ventanas.

La Princesa miraba sin ver, indiferente, porque ninguna de las cosas triviales de la calle existe para las gentes habituadas á verlas desde los cojines del coche, suspendidas á dos pies del suelo; el dulce balanceo y los vidrios transpa-

rentes dan á esos privilegiados seres como una visión especial de las cosas, y les aparta de todo lo que no está á la altura de su mirada.

La Princesa pensaba: ¡Cómo me ama! ¡Qué agradable es! El otro tiene sin duda un aire más distinguido; ¡pero con éste sería una cosa tan bonita! ¡Ah! La vida feliz no es más que un tronco desapareado: no hay dicha completa.

Se acercaban al cementerio. A entrambos lados de la calle, las tiendas de los marmolistas mostraban sus blancuras frías, lápidas, estatuas, cruces mezcladas con el oro de las siemprevivas y el jaspe negro ó blanco de los ex votos.

—¿Y Vedrine? ¿Y su estatua? ¿Qué decidimos? preguntó Pablo bruscamente, con el tono del hombre que sólo quiere hablar de negocios.

—Es que...

Y la Princesa, asustada, repuso:

—¡Dios mío! ¡Voy á causarle á usted más pena!

—¿A mí? ¿Por qué?

El día antes había ido á ver por última vez al guerrero antes de que lo enviaran á la fundición. La vez primera la Princesa había sentido una malísima impresión, no tanto por la es-



cultura de Vedrine, que apenas había mirado, como por aquel estudio raro, en el que crecían los árboles, y las lagartijas corrían por los muros, y alrededor las ruinas y los techos hundidos, que todavía olían á incendio, á revolución. Pero de la segunda entrevista, la pobre mujer había salido realmente enferma. «El horror de los horrores, querida,» decía por la noche á la señora Astier, cosa que no se había atrevido á decirse-lo á Pablo, sabiendo que era amigo del escultor, y también porque el nombre de Vedrine era uno de los tres ó cuatro que la convención del gran mundo prefiere, por lo mismo que son lo contrario de sus gustos y de su educación; y que admira con locura sin saber por qué, por una especie de pretensión de originalidad artística.

¡Aquella grosera é informe estatua sobre la tumba de su Heriberto! ¡No no! Pero no daba con el pretexto.

—Vamos á ver, Pablo, entre nosotros. No hay duda que es una cosa soberbia, un hermoso Vedrine; pero reconozca usted que es algo triste.

—¿Claro! ¡Se trata de una tumba!

—Y luego, si quiere usted que le diga...

Y confesó, como dudando, que aquel hombre desnudo sobre su cama de campaña no le parecía conveniente: se podría creer que era un retrato.

—Figúrese usted el pobre Heriberto, tan reservado y correcto, ¿qué iba á parecer?

—La verdad es que, pensando en ello... dijo Pablo.

Y echando al amigo Vedrine al agua con la misma tranquilidad de conciencia que si fuese un saco de gatos recién nacidos, añadió:

—En último resultado, si la estatua no le gusta á usted, pondremos otra, ó no pondremos nada. Será de más efecto la tienda vacía, la cama dispuesta, y nadie...

La Princesa, encantada sobre todo ante la idea de que en el panteón no habría aquel hombre desnudo...

—¡Ah, qué dicha! ¡Qué bueno es usted! Ahora lo puedo decir. De pensarlo, he pasado toda la noche llorando.

Como siempre, al llegar á la puerta grande, el lacayo cogió las coronas y siguió á cierta distancia, mientras Colita y Pablo subían, bajo un sol de plomo, un sendero reblandecido por los chubascos de antes.

Colita se apoyaba en el brazo de Pablo, excusándose de vez en cuándo.

—¿Le canso á usted?

—No, hacía él moviendo la cabeza y sonriendo melancólicamente.

En el cementerio había poca gente: un jardinero y un guarda saludaron respetuosamente á la Princesa al pasar, como á una parroquiana.

Cuando hubieron llegado á las terrazas superiores, entraron en la soledad y en la sombra; se oía el canto de los pájaros en los árboles, mezclado con el rechinar de las sierras y los chirridos metálicos de instrumentos que cortan la piedra, que siempre se oyen en el Père-Lachaise, como en una ciudad que jamás se concluye y que está en construcción permanente.

La señora de Rosen había sorprendido dos ó tres veces la mirada enojada de su compañero al lacayazo, de levitón negro y escarapela en el sombrero, eterno y lúgubre acompañante de su amor. En su deseo de complacerle, dijo al criado deteniéndose:

—Aguarde usted.

Cargó con las flores y las coronas, y despidió

al lacayo. Se encontraron solos en el paseo circular.

Esta delicada atención no desarrugó el ceño de Pablo, que había colgado del brazo que le quedaba libre tres ó cuatro coronas de violetas, rosas, siemprevivas y lilas de Persia. Sentía crecer en su interior una gran cólera contra el difunto, y decía para sí:

—¡Me las pagarás todas juntas!

Colita, por el contrario, se sentía completamente feliz, con ese egoísmo de vida y de salud que se apodera de nosotros en los sitios donde reina la muerte.

Y el calor del día y las flores embalsamadas que mezclaban su aroma al perfume más fuerte de los rosales y violetas, al de la tierra mojada evaporándose al sol, y también á otro olor acre, penetrante, que conocía de sobra; todo esto, que otras veces le daba asco, aquel día parecía como que la embriagaba.

De pronto se estremeció: su mano, que apoyaba en el brazo de Pablo, acababa de tomarla éste bruscamente, apretándola y estrechándola como si fuese un cuerpecito femenino: mano pequeña, que no tuvo el valor de soltar, y cuyos

dedos trataba él de cruzar con los suyos para tenerla toda entera. A esto la mano resistía y se contraía dentro del guante.

—No, no, esto no...

Entretanto seguían andando, uno junto al otro, sin hablarse, ni mirarse, y muy conmovidos, porque en la voluptuosidad todo es relativo, y lo que engendra el deseo es la resistencia. Al fin la manita estrujada se entregó y se abrió, y sus dedos se cruzaron, rompiendo casi los guantes: minuto deleitoso de entero abandono, de posesión completa.

Pero de pronto despertó el orgullo de la mujer: quiso hablar, probar que continuaba intacta, que todo aquello pasaba muy lejos de ella, y hasta que lo ignoraba del todo; y no sabiendo qué decir, leyó en alta voz el epitafio de una tumba que había entre los árboles:

*Augusta, 1847.*

Pablo, jadeante, murmuró:

—Debe ser una historia de amor.

Los mirlos gorjeaban sobre sus cabezas y los grillos cantaban, y este ruido se mezclaba al ruido lejano de construcción, que no cesaba.

Llegaron á la vigésima división, parte del ce-

menterio que viene á ser como el antiguo Père-Lachaise, con los senderos más estrechos, los árboles más altos, las tumbas más apretadas y una mezcla de verjas, columnas, templetos griegos, pirámides, ángeles, genios, bustos, alas plegadas y desplegadas.

Entre estas tumbas, vulgares, barrocas, originales, sencillas, enfáticas, pretenciosas ó tímidas como las existencias que cubrían, unas tenían la losa sepulcral recién picada, cargada de flores y de ex votos, y estaban rodeadas de jardinillos llenos de una gracia minúscula y chinesca, mientras que en otros verdeaban ó se partían las piedras mohosas, llenas las juntas de hierbas.

Pero en todas se leían nombres conocidos, firmas parisienses, notarios, magistrados, comerciantes notables que lucían allí su escaparate como en los barrios ricos ó de negocios; leíanse también nombres dobles, aliando dos familias, asociaciones de riqueza ó de porvenir, razones sociales acreditadas, desaparecidas ya del Diccionario de Bottín; endosos de casas de banca que se volvían á encontrar inmutables en la tumba.

La señora de Rosen las señalaba:

—¡Hombre, Fulano! con el mismo tono de sorpresa y casi de alegría con que saludaba á un coche en el Bosque.

—¡Mariol! ¿Será el tenor?...

Siempre haciendo que ignoraba el abrazo de las dos manos.

Rechinó la puerta de una verja; se vió á alguien, una señora gruesa vestida de negro, fresca y redonda, con una regadera en la mano, que hacía el arreglo de su casa mortuoria, y cuidaba el jardín y la capilla, tranquila como si estuviese de campo.

Al través de la verja les saludó con una sonrisa afectuosa y resignada, que parecía decir:

—¡Andad! ¡Amáos! La vida es corta, y no hay bueno más que esto.

Sus manos sorprendidas se separaron, y súbitamente desvanecido el conjuro, la Princesa pasó delante, algo confusa, y cruzó por el camino más corto á través de las tumbas, para llegar cuanto antes al mausoleo del Príncipe, que ocupaba en lo más alto de la vigésima sección un ancho espacio verde y florido, cerrado por una verja baja y pesada, de hierro forjado, por

el estilo de la tumba de los Escaligeros de Florencia.

El aspecto general que se buscaba así, era rudo y triste, haciendo muy bien la tienda primitiva de grandes y vastos pliegues de tela, de tanino, cuyos tonos rojizos daba perfectamente la piedra de Dalmacia.

Tres anchos escalones de esta misma piedra llegaban hasta la base, con pedestales y altos trípodes funerarios de bronce negro, como barnizado, por entrambos lados.

Encima de la entrada, el escudo de los Rosen en una gran placa, también de bronce, que parecía el escudo del buen caballero difunto, colgado ante su tienda.

Abrieron la verja, dejaron las coronas sobre los pedestales y sobre los grandes palos claveteados de bronce que parecía que sujetaban la tienda, y la Princesa se arrodilló en el fondo, á la sombra del altar, junto al cual relucían las franjas plateadas de los dos reclinatorios, el oro viejo de una cruz gótica y los candelabros macizos.

Se estaba bien para rezar allí, con la frescura de las losas y los revestimientos de mármol



negro, en los que brillaba el nombre del príncipe Heriberto con todos sus títulos, junto á los versículos del *Ecclesiastes* y del *Cantar de los Cantares*.

Pero á la Princesa sólo se le ocurrían palabras, y balbuceaba plegarias al través de mil ideas profanas que la llenaban de confusión.

Se levantó, anduvo alrededor como para juzgar el efecto del lecho sarcófago. Estaba ya puesto el almohadón de bronce negro con la cifra de plata, y le pareció aquella dura cama, sin nada encima, sencilla y bella. Sin embargo, había que consultar á Pablo, cuyos pasos pesados de hombre que espera, hacían crujir fuera la arena; y por más que aprobase su discreción, iba á llamarle, cuando el panteón se oscureció: empezó á repiquetear la lluvia en los tréboles de las vidrieras de la cúpula.

—¡Pablo, Pablo!

Sentado sobre un pedestal, inmóvil, aguantaba el chubasco, y empezó por una negativa muda.

—¡Pero éntre usted!

Pablo resistió, y en voz baja y de prisa, dijo:

—No quiero: le ama usted demasiado.

—Bueno, bueno; éntre usted.

Cogióle de la mano desde la puerta de la tienda, pero el agua les hizo retroceder poco á poco hasta el sarcófago, donde se apoyaron de pie, y muy cerca, mirando por debajo las nubes bajas y deshaciéndose en agua, todo aquel viejo París mortuorio, cuya cuesta descendía ante ellos, precipitando sus minaretes y sus estatuas grises, y la enana multitud de piedras levantadas en forma de dolmen entre la reluciente verdura.

Ningún ruido, ni trinar de pájaros, ni rechinar de instrumentos, nada más que el agua resbalando por todas partes, y bajo una vela de un monumento que estaba en construcción, las monótonas voces de dos obreros contándose las miserias del trabajo.

Las flores perfumaban el ambiente, en aquella tibia reacción que en un espacio cerrado produce la lluvia de fuera; y siempre eternamente aquel otro olor indefinible.

La Princesa se había levantado el velo y desfallecía, seca la boca, como un momento antes, cuando subían juntos.

Los dos estaban inmóviles, mudos, como formando parte del monumento, hasta el punto de que un pajarillo de color gris entró saltando y sacudiendo sus plumas, y cogió un gusanito entre dos losas.

—Es un ruiseñor, dijo Pablo en voz baja, para no romper aquel dulce y acariciador silencio.

Ella quiso preguntar:

—¿Todavía cantan en este mes?

Pero él la cogió, la sentó sobre sus rodillas al borde del lecho de granito, y echando atrás su cabecita, depositó en su boca entreabierta largo y profundo beso, que ella, loca, le devolvió.

«Porque el amor es más fuerte que la muerte,» decía el versículo de la Sulamita esculpido encima de ellos en el mármol del muro.

Cuando la Princesa volvió á la calle de Courcelles, donde la esperaba la señora Astier, lloró largo rato en sus brazos—los de la madre después de los del hijo, no menos inseguros—y desbordóse en llanto con palabras entrecortadas.

—¡Ay amiga mía! ¡Qué desgraciada soy! ¡Si usted supiera!...

Su desesperación era tan viva como su embarazo ante su indescifrable situación: de un lado prometida al príncipe de Athis y de otro acababa de comprometerse con ese muchacho, que ahora maldecía con toda el alma.

Lo más cruel era que no podía contar su debilidad á su tierna amiga, porque sabía que á la primera palabra tendría á la madre puesta del lado del hijo contra Samy, el corazón contra la cabeza, obligándola quizá á una alianza desigual, al imposible rebajamiento de la raza.

—Bueno... ¿y qué? decía la señora Astier sin que le conmoviera tanta desolación. Viene usted del cementerio, á lo que veo. Y otra vez esta cabecita se ha perdido. Pero, vamos, mi pobre Artemisa, al fin y al cabo...

Y conociendo el flaco de vanidad de aquella naturaleza, se burló de muestras de dolor tan prolongadas, ridículas á los ojos del mundo y que por lo menos afean... ¡Si se tratara de una nueva boda de amor!... Pero no; bien sabía que se trataba de la alianza de dos grandes nombres, de dos títulos semejantes. El mismo Heri-

berto, si lo viese desde arriba, lo aprobaría.

—Es verdad; él lo comprendería todo, mi pobre Heriberto, suspiró Colita de Rosen—Sauvador de nombre de padre—que tenía la Embajada metida en la cabeza, y, sobre todo, su título de Princesa.

—Vamos, amiga mía... ¿Quiere usted un buen consejo? Márchese usted; escápese. Samy sale dentro de ocho días: no le aguarde usted, coja á Gavaux, que conoce San Petersburgo, y le instalará allí mientras le aguarda... Sin contar con que se ahorra usted una escena penosa con la Duquesa. Es corsa, y hay que esperar cualquier cosa...

—Sí, sí, marchar... quizá...

La señora de Rosen veía en la partida, ante todo, la ventaja de huir de nuevas obsesiones, y alejarla de *allá*, huyendo del abandono de un instante.

—¿La tumba? añadió la señora Astier viéndola dudar. ¿La tumba le apura á usted? Ya la acabará Pablo Vamos, no llore usted más; tanta humedad acabará por enmohecer á usted la cara.

Y marchándose antes de oscurecer, para

tomar el ómnibus del Roule, la buena señora Astier suspiraba:

—¡Uñ! Jamás me pagará Athis el trabajo que me cuesta.

Y entonces, sintiéndose cansada y que necesitaría descansar bien después de los apuros del día, pensó de pronto que la esperaba el mayor de todos. La vuelta y una escena violenta.

No había tenido ocasión de recoger sus ideas durante un minuto, y ahora corría hacia su casa, y cada vuelta que daban las ruedas del pesado vehículo le acercaba al peligro...

Se estremecía de antemano, y no de miedo, sino por los gritos, la locura, la gruesa voz brutal de Astier-Rehu; lo que habría de contestar, y la maleta, otra vez la maleta...

—¡Dios mío, qué fastidio! ¡Tan cansada de la noche y luego todo el día! ¡Si pudiese aplazarlo para mañana!

Y le venían tentaciones, en vez de decir de pronto:—Yo soy... de echar las sospechas sobre cualquiera. Teyssedro, por ejemplo, no más que hasta mañana siquiera.—A lo menos pasaría la noche tranquila.

—¡Ah, la señora! Hay novedades, dijo Corentina abriendo, alterada, más marcadas las virtudes que de costumbre, como en las grandes emociones.

La señora Astier quiso escaparse á su cuarto; pero se abrió la puerta del gabinete con aire imperioso, y un «¡Adelaida!» la obligó á entrar.

Leonardo la recibió con una cara extraordinaria, iluminada fuertemente por la lámpara; la cogió las manos, y llevándola hacia la luz y con voz temblorosa, la dijo:

—¡Ha muerto Loisillón!

Y la besó en las mejillas.

Nada, no sabía todavía nada: no había subido á los archivos; llevaba dos horas paseando por el gabinete, impaciente por verla y darle la noticia tan importante para ellos: toda su vida cambiada con estas tres palabras:

—¡Loisillón ha muerto!

## VII

*A la señorita Germana de Freydet.*

### *CLOS-JALLANGES*

Mucho me apenan, querida hermana, tus cartas: te aburres, sufres; quisieras que estuviese ahí; pero ¿cómo? Recuerda el consejo de mi maestro: «Déjese usted ver.» ¿Crees tú que podría preparar mi candidatura en Clos-Jallanges, con mis polainas y mi chaleco de caza? Porque debes fijarte en que se acerca el momento. Loisillón se acaba á ojos vistas, y yo aprovecho lo que dura su agonía lenta para crearme en la Academia lo que hoy son simpatías y mañana serán votos.

Ya Leonardo Astier me ha presentado á alguno de esos señores: voy á buscarle con frecuencia después de la sesión, y resulta deliciosa



la salida del Instituto entre aquellos hombres encorvados bajo el peso de tantos años como lauros, que salen cogidos del brazo, en grupos de tres ó cuatro, alegres, radiantes, hablando á voces, llenando toda la acera y con los ojos brillantes todavía por las buenas cosas que acaban de hacer dentro.

—¡Qué gracia, Paillerón!

—¡Y qué bien le ha contestado Danjou!

Yo me cojo del brazo de Astier-Rehu y entre aquel coro de inmortales, parece que ya soy uno de ellos. Luego los grupos se disuelven, y se despiden en un rincón de la puerta gritando:

—¡Hasta el jueves! No falte usted.

Y yo me vuelvo hasta la calle de Beaune, acompañando al maestro que me aconseja y me alienta, y seguro del éxito, me dice con su risa franca:

—Míreme usted bien, Freydet. Cuando salgo de ahí, tengo veinte años menos.

Verdaderamente creo que la cúpula les conserva. ¿Dónde hallar, si no, un viejo tan despier-to como Juan Rehu, cuyo nonagésimo octavo aniversario ayer solemnizamos en casa de Voisin? Este festival fué idea de Gavaux; me costó

cincuenta luises, pero me dió ocasión para contar á mi gente. Éramos veinticinco en la mesa, todos académicos, fuera de Picheral, Gavaux y yo: de ellos, diecisiete ó dieciocho votos ganados; el resto indeciso, pero simpático. La comida estuvo muy bien servida; se habló mucho.

No me acordaba: he invitado á Gavaux para Clos-Jallanges durante las vacaciones de la Biblioteca Nacional, de la cual es bibliotecario. Le daremos el cuarto grande junto á la Faisanería; no me parece muy bueno el tal Gavaux; pero hay que contar con él; es el corzo de la Duquesa. Ya te dije que nuestras grandes damas llaman de este modo al amigo soltero, ocioso, discreto, rápido, que se tiene cerca para los recados y las visitas delicadas que no se pueden encargar á un criado. Viene á ser como un correo entre grandes potencias, el corzo; y como es joven, algunas veces hace de dulce interino: pero ordinariamente ese animal es sobrio, barato, y cobra en calderilla, se sienta en el extremo de las mesas, y tiene el honor de estar en el salón de su dama respectiva. Me parece, sin embargo, que Gavaux ha sacado algo más de su empleo, porque es muy listo, y á pesar

de su cargo, muy temido con su aire bonachón: marmitón en jefe de dos cocinas, como él dice, la académica y la diplomática, me indica las trampas y los escondrijos de que está minado el camino del Instituto, y que mi maestro Astier todavía no conoce, como pobre inocente que es, que ha subido en línea recta, sin sospechar el peligro de la ascensión, con los ojos fijos en la cúpula, fiando solo en su fuerza propia, y en su obra; y que mil veces se hubiera estrellado si no le hubiese guiado, sin él saberlo, su mujer, que es muy inteligente.

Gavaux es el que me ha quitado la idea de publicar de aquí á la próxima vacante de la Academia, mis *Pensamientos rústicos*.

—No, no, me ha dicho. Bastante ha escrito usted, y mejor si pudiese usted dar á entender que ha acabado, que no hay más, y que es usted sencillamente hombre de mundo. La Academia gusta de esto.

A lo cual añade la curiosa advertencia de Picheral:

—No les lleve usted sus libros.

Y veo que cuantas menos obras, más títulos tiene uno.

Picheral es muy influyente, y también le tendremos con nosotros este verano; un cuartito en el segundo, el cuarto trastero, por ejemplo; en fin, tú verás. Mucho enredo será para ti, mi buena Germana, y más en el actual estado de tu enfermedad. Pero ¿qué quieres? Bastante molesto para mí es no tener casa en París durante el invierno y no recibir, como hace Dalzón, Moser y mis demás ccntrincantes. Cuídate mucho, procura curarte. ¡Dios mío!

Volviendo á mi comida, naturalmente se ha hablado mucho de la Academia, de sus elecciones, de sus deberes, de lo bueno y lo malo que de ella habla la gente. Según nuestros inmortales, todos los detractores de la institución son unos pobrecitos que no han logrado entrar en ella; y en cuanto á los grandes escritores postergados sin explicación plausible, para cada uno hay un motivo especial. Yo cité tímidamente el nombre de Balzac, nuestro gran paisano, y el novelista Desminières, organizador de las charadas de Compiègne, en tiempo de la Emperatriz; pero me contestaron enérgicamente:

—¿Balzac? ¿Pero usted le ha conocido? ¿Sabe

usted de quién habla? El desorden, la bohemia: un hombre que jamás vió veinte francos reunidos. Conozco este detalle por su amigo Federico Lemaitre. ¡Sin veinte francos, y quiere usted que la Academia!...

Con lo cual el viejo Juan Rehu, con la mano puesta en la oreja como una trompetilla, creyó que hablábamos de fechas académicas, y nos contó el bonito rasgo de su amigo Suard, que se presentó en la Academia el 21 de Enero de 1793, día de la muerte del Rey, y aprovechó la ausencia de sus cofrades para llevarse los doscientos cuarenta francos de la sesión.

Se explica bien el abuelo: «Yo lo he visto,» y sin su sordera sería un narrador brillante. Contestó á algunos versos que le dirigí á manera de brindis en elogio de su sorprendente ancianidad, llamándome «Caro colega.»

—Futuro colega, le corrigió mi maestro Astier. Risas y bravos. Y al marcharse todos, me llamaron futuro colega, con apretones de mano vibrantes, significativos, con muchos « ¡hasta luego! » « ¡hasta la vista! » aludiendo á mi próxima visita. Son una broma

las visitas académicas; pero todos las hacen.

Saliendo de la comida me contaba Rehu que, cuando su elección, el viejo Dufaure le hizo ir diez veces sin recibirle; pero el maestro se empeñó, y á la undécima se abrieron las puertas. Hay que querer.

Realmente, si Ripault-Babin ó Loisillón murieran (los dos están muy malos, pero el que me inspira más confianza es el primero), mi único contrincante serio sería Dalzón: tiene talento, fortuna, una excelente bodega, y está muy bien con los Duques. No tiene en su contra más que un pecado juvenil, recientemente descubierto. *En cueros vivos*, poemita de seiscientos versos, publicado en *Erópolis*, sin nombre de autor, y muy fuerte. Dicen que ha comprado todo el resto de la edición para quemarla, pero todavía circulan algunos ejemplares con la dedicatoria y la firma. El pobre Dalzón protesta y lucha como un demonio; pero la Academia se reserva hasta que acabe su información. Por esto el bueno de mi maestro, sin precisar más, me decía gravemente la otra noche que él no votaría á Dalzón.

Lo que hay que entender es que la Acade-

mia es un salón antes que nada. Sólo se puede entrar vestido de etiqueta y con las manos muy limpias.

Sin embargo, soy ante todo un caballero, y estimo bastante á mi adversario para servirme de armas prohibidas. A Fage, el encuadernador del Tribunal de Cuentas, el extraño jorobado á quien veo algunas veces en casa de Vedrine, y que está muy al corriente de las curiosidades bibliográficas, le contesté lo que debía el otro día que me propuso la venta de un ejemplar firmado de *En cueros vivos*.

—Bueno, me contestó sin pestañear. Será para el señor Moser.

A propósito de Vedrine: mi situación se hace muy difícil. En el calor de nuestro primer encuentro le comprometí á llevarnos á Jallanges á su mujer y sus hijos; pero ¿cómo concertar su estancia ahí, con la de los Astier y los Gavaux, que abominan de él? ¡Es tan rudo y original! Figúrate que es noble, marqués de Vedrine, y que ya en el liceo de Luis el Grande recataba el título y el *de* que tantos otros desearían en estos tiempos democráticos, en que todo se adquiere menos esto.

¿Que por qué? Quiere que se le quiera por él mismo. Entiéndelo, si puedes.

Entretanto, la princesa de Rosen se niega á admitir el guerrero esculpido para la tumba del Príncipe, del cual se hablaba á todas horas en aquella casa de artistas que andan algo mal de dinero.

—Cuando habremos vendido el guerrero, me comprarán un caballo de máquina, decía el niño; y la pobre madre contaba también con el guerrero para llenar un poco sus armarios vacíos, en tanto que Vedrine no veía en ese dinero de su obra maestra, más que tres meses de vagancia, en piragua, Nilo arriba.

El guerrero no se ha vendido ni se pagará hasta Dios sabe cuándo, y esto después de un proceso, con peritaje y demás; y sin embargo, nada de esto les ha conmovido.

Al día siguiente de esta mala noticia, fuí al Tribunal de Cuentas y encontré á mi Vedrine instalado ante su caballete, feliz, encantado, pintando en una gran tela un extraño bosque virgen, y en medio el panteón ardiendo. Detrás de él, la mujer y el niño, extasiados; la señora Vedrine me dijo en voz baja, y meciendo á la niña:



—Al fin somos felices. Vedrine se ha metido á pintar.

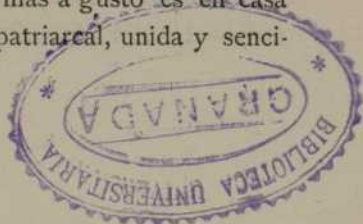
¿No es cierto que da ganas de llorar ó de reir?

Lo descosido de esta carta te dará idea, mi querida hermana, de la agitación y la fiebre de mi cerebro desde que preparo mi candidatura.

Voy á los *días* de unos y de otros, á las comidas, á las *soirées*. Figúrate que me toman por el corzo de la señora de Ancelín, y esto porque frecuento con asiduidad su salón el viernes, y voy todos los martes á su palco de la Comedia. En todo caso seré un corzo rústico, á pesar de las modificaciones que me he impuesto en el sentido académico y mundano. A mi vuelta quedarás sorprendida.

El lunes último hubo recepción íntima en el hotel Padovani, y allí tuve el honor de que me presentasen al Gran Duque Leopoldo. Su Alteza me felicitó por mi último libro, y por todos los demás, que conoce tan bien como yo. ¡Esos extranjeros son extraordinarios!

Pero donde lo paso más á gusto es en casa de los Astier, familia patriarcal, unida y senci-



lla. El otro día, después de almorzar, le llevaron al maestro una casaca nueva de académico, que nos hemos probado; y digo *hemos*, porque el maestro quiso ver qué tal me sentaban las palmas.

Me puse la casaca, el sombrero y la espada, que es una espada de verdad, que se puede desenvainar, y que tiene en el centro una ranura para la sangre: me conmovió su vista. Todo esto para que veas á lo que llega mi preciosa intimidad con Astier.

Luego, cuando entro en mi tranquila celda, si es tarde para escribirte, me entretengo en hacer escrutinios. En la lista completa de académicos señalo á los que sé que están por mí y á los que prefieren á Dalzón. Sumo y resto... Es una diversión exquisita: ya verás. Te lo enseñaré. Como te decía, Dalzón tiene á los Duques; pero el autor de la *Casa de Orleans*, que es recibido en Chantilly, me presentará á los Príncipes.

Si gusto—y te advierto, para que veas si voy adquiriendo astucia, que con este fin me estoy aprendiendo de memoria cierta batalla de Rocroy—el autor de «*En cueros vivos*, Erópo-

lis, sin fecha, » pierde su apoyo más firme.

No reniego de mis opiniones. Soy republicano, sí, pero hoy se va muy lejos: además, ante todo, soy candidato.

Y luego, después de este viaje, pienso volver cerca de mi Germana, á la cual suplico que no se canse y que piense en la alegría del día aquel.

En fin, querida hermana, que entraremos en el *Jardín del Ganso*, como dice el bohemio de Vedrine; pero hace falta paciencia y ánimo.

Tu hermano que te quiere

ABEL DE FREYDET. »

Vuelvo á abrir esta carta: veo en los periódicos de la mañana que Loisillón ha muerto: un golpe del destino que conmueve, por más que uno lo espere y lo tenga ya descontado. ¡Qué duelo y qué pérdida para la literatura francesa! Ahí tienes, mi pobre Germana, cómo se retrasa mi vuelta. Cuida las flores. Te escribiré dentro de poco. »

## VIII

Estaba escrito que Loisillón había de tener suerte, hasta en el morir á tiempo; ocho días más tarde, los salones hubieran estado cerrados, París disperso, la Cámara y el Instituto en vacaciones, y sólo algunos delegados de las muchas Sociedades que le habían tenido de presidente ó de secretario hubiesen acompañado su féretro con los perseguidores de fichas de las Academias. Y nada más.

Pero ingenioso y hábil hasta más allá de la tumba, se marchó á la hora exacta, la víspera del gran premio de las carreras, eligiendo una semana blanca, sin crimen, duelo ni proceso, célebre, ni incidente político, y en la cual el ruidoso entierro del secretario perpetuo había de ser la única distracción de París.

A las doce eran los funerales; pero mucho antes de sonar, enorme multitud afluíá á Saint-Germain: se había prohibido el paso de coches, excepto para los convidados, con derecho á entrar por la plaza ensanchada y limitada por un riguroso cordón de guardias distribuídos en guerrillas.

Quién fuese Loisillón y lo que hubiera hecho durante sus setenta años de vida, y la significación de la enorme *L* de plata sobre dos paños negros, lo sabían muy pocos entre aquella multitud, impresionada únicamente por el despliegue de fuerza pública y el gran espacio reservado al difunto... ¡Siempre las distancias y el vacío para expresar el respeto y la grandeza!

Había corrido la voz de que irían actrices y hombres célebres, y todos los badulaques parisienses para ver nombres y caras conocidas se agrupaban y hablaban delante de la iglesia, donde bajo el pórtico tapizado de negro debía oírse la oración fúnebre de Loisillón, la verdadera, no la que á poco debía pronunciarse en Montparnasse; allí se haría el verdadero artículo sobre el hombre y sus obras, bien distinto

de los artículos preparados para los periódicos del día siguiente.

Sus obras se reducían á un *Viaje al Valle de Andorra* y dos informes editados por la Imprenta Nacional, cuando Loisillón fué superintendente de Bellas Artes.

El hombre era un tipo de procurador, retorcido, bajo, miserable, la espina dorsal del cortesano, el eterno gesto del que se excusa ó pide perdón, por sus cruces, sus palmas y su puesto en la Academia, donde su habilidad de hombre de negocios servía de agente de fusión entre tantos elementos diversos, á ninguno de los cuales se le podía asimilar; perdón por su suerte extraordinaria y por los ascensos dados á su nulidad y á su bajeza, siempre en movimiento. Se recordaba su frase de una comida de amigos, en la que andaba alrededor de la mesa, la servilleta al brazo, radiante:

—¡Qué buen criado hubiese hecho yo!

Justo epitafio para su tumba.

Y en tanto que se filosofaba sobre la nada de esta existencia, su insignificancia triunfaba hasta de la muerte. Los coches se sucedían ante la iglesia; los levitones grises ó azules de los la-

cayos corrían, desaparecían, se inclinaban, barrían el suelo entre el ruido fastuoso de las portezuelas: los grupos de periodistas se hacían á un lado ante la duquesa Padovani, de aspecto altanero, la señora Ancelín, llena de flores debajo del velo negro, la señora Eviza, cuyos largos ojos ardían bajo el velo, hasta el punto de que hubiesen hecho volver la cabeza á un agente de la higiene; toda la congregación de damas académicas, sus devotas, que habían ido, no tanto para honrar la memoria del difunto Loissillón, cuanto para contemplar á sus ídolos, á los inmortales, fabricados, hechos por sus manitas diestras, verdaderas obras femeninas en que habían puesto toda su fuerza perdida de orgullo, de voluntad, de astucia ó de ambición. A ellas se unían actrices, con no sé qué pretexto de orfandad dramática presidida por el difunto, pero revelando en el fondo la prodigiosa necesidad que las enciende, de figurar.

De pronto un coche se pára, y de él salen velos negros, agitados, locos, un dolor que entristece el verlo. ¿La esposa? No; Margarita Oger, la gran actriz dramática, cuya aparición levanta en los cuatro ángulos de la plaza largo

rumor y oleadas curiosas. Un periodista sale del pórtico, se precipita á ella, le da la mano, la sostiene, la alienta:

— ¡Sí, tiene usted razón! ¡Tendré valor!...

Bebe sus lágrimas, las mete dentro á fuerza de frotar con el pañuelo, y entra, ó mejor hace su entrada en la gran nave oscura, en cuyo fondo lucen algunos cirios, cae de rodillas sobre un reclinatorio, del lado de las mujeres, se postra, se abisma, y luego, levantada y con voz doliente, pregunta á una compañera que está al lado:

— ¿Qué entrada hubo ayer en el Vaudeville?

— Cuatro mil dos francos, contesta la otra en el mismo tono de catástrofe.

Perdido entre la multitud, á un extremo de la plaza, Abel de Freydet oía á su alrededor:

— ¡Margarita! ¡Es Margarita! Ahora acaba de entrar.

Pero su escasa estatura le molesta; y en vano trata de abrirse paso, cuando siente una mano en su espalda.

— ¿Todavía en París? La hermanita es la que no debe de estar muy contenta.

Y Vedrine se le llevó, remando con sus co-



dos robustos y cortando la ola, por cima de la cual sobresalía su cabeza.

—De la familia, señores.

Y llevó hasta la fila primera al provinciano, encantado del encuentro, pero un poco confuso porque el escultor hablaba en voz alta y con entera libertad, como solía.

—¿Has visto? Ese chiripero de Loisillón; tanta gente como en el de Beranger. Esto par animar á la juventud.

De pronto, viendo que Freydet se descubría porque desembocaba en la plaza el fúnebre cortejo:

—¡Qué cambiado! A ver, vuélvete. Pero, desgraciado: ¡te pareces á Luis Felipe!

Las guías del bigote caídas, peinado el pelo formando tupé, la cara roja y morena, abriéndose entre patillas grises, el poeta se empinaba con un ceremonioso estiramiento sobre sus tacones.

—Ya comprendo, dijo Vedrine riendo. La cabeza para los Duques, para Chantilly. ¿De modo que te empeñas en eso de la Academia? Mira, mira la mascarada.

Al sol, en el ancho espacio libre, hacían un

deplorable efecto, detrás del féretro, los individuos de la mesa, que, como por una cómica apuesta, parecían haber sido escogidos entre los más ridículos miembros del Instituto, más afeados todavía por el traje dibujado por David; casaca con bordados verdes, sombrero á la francesa, espada de gala, golpeando piernas deformes, que seguramente David no había previsto. Primero venía Gazán, el sombrero puesto de lado sobre las desigualdades del cráneo, acentuándose el verde vegetal del traje y la grasa terrosa, escamosa, de su cara de elefante. A su lado, el largo y siniestro Laniboire, sus venas azuladas, su boca torcida de polichinela apoplético, tapando sus palmas con un gabán demasiado corto, que dejaba ver la punta de la espada y los faldones de la casaca, que con las puntas de su sombrero le daban un aire de empleado de Funeraria, pero mucho menos distinguido desde luego que el *arreglador* que, con el bastón alto de ébano, marchaba delante de la Comisión.

Detrás venían Astier-Rehu, Desminières, todos molestos, avergonzados, con plena conciencia de su ridículo, y como excusándose por el

lamentable y grotesco aspecto de sus trajes de Carnaval, aceptables con la luz alta, fría, y, por decirlo así, histórica de la cúpula, pero que en plena vida, en mitad de la calle, hacían sonreír como si se viera una procesión de macacos.

—¿Verdad que dan ganas de echarles un puñado de nueces para hacerles correr á gatas?

Pero Freydet ya no oyó esta nueva impertinencia de su comprometedor compañero, porque se esquivó; mezclóse en la comitiva y penetró en la iglesia entre las dos filas de soldados con las armas á la funerala.

En el fondo, la muerte de Loisillón le producía vivísima alegría; no le había visto ni conocido, ni tampoco podía quererle por su obra, porque no había obra: lo único por que le debía gratitud era por esta muerte, y por el sillón que dejaba vacante, precisamente á tiempo para su candidatura. Pero en medio de todo aquel aparato fúnebre que á los parisienses viejos les cansaba, por la costumbre de verlo, las filas de soldados, la mochila al hombro y dejando caer las culatas sobre las piedras de un solo golpe á la voz de un oficialito, joven, mal genio, que se veía que el entierro era su primera campaña, y,

sobre todo, la música negra, los tambores enlutados, le llenaron de emoción respetuosa; y como siempre que sentía una emoción violenta, se le ocurrieron consonantes y versos. No empezaba mal. Una amplia y bella imagen sobre la perturbación y la angustia nerviosa, el eclipse intelectual que produce en el cielo de un país la desaparición de uno de sus grandes hombres.

Interrumpió la oda para ofrecer un sitio á Danjou que, habiendo llegado tarde, entraba en medio de cuchicheos y miradas femeninas, mostrando su cabeza orgullosa y dura con el gesto acostumbrado de pasarse por ella la mano, para asegurarse sin duda de que el *bisoñé* estaba en su sitio.

—No me ha conocido, pensó Freydet, molestado por la aplastante mirada con que apartó el académico al que se permitía hacerle una seña. ¡Sin duda mis patillas!...

Y distraído de sus versos, el candidato empezó á pensar en su plan de ataque, sus visitas, la carta oficial para el secretario perpetuo... Ahora que el secretario perpetuo había muerto, ¿nombrarían á Astier-Rehu antes de las vaca-

ciones? Y entonces, ¿cuándo sería la elección? Su preocupación llegaba hasta los detalles... el traje: ¿iría decididamente al sastre de Astier? El sombrero y la espada, ¿los daba el mismo sastre?

*Pie Jesu, Domine...* Una voz admirable de teatro surgió detrás del altar pidiendo el reposo eterno para Loisillón, á quien parecía que el Dios de misericordia quería torturar cruelmente, porque la iglesia gemía en todos los tonos y con todos los registros, en coros y en solos. «¡Reposo, reposo eterno, Dios mío! ¡Que duerma tranquilo después de tantas intrigas y de tanta agitación!»

Y á este canto triste, irresistible, respondían desde la nave los gemidos de las mujeres, dominadas por el hipo trágico de Margarita Oger, su famoso hipo del cuarto acto de *Mundora*.

Todo este duelo penetraba al buen candidato, y se unía en su corazón á otros duelos, á otras tristezas; pensaba en sus padres muertos, en su hermana, que era para él su madre, deshauciada por todos, y sabiéndolo y hablando de ello en todas sus cartas. ¿Por lo menos viviría hasta el día del triunfo? Las lágrimas le cegaron, y se vió obligado á enjuagarlas.

—¡Esto es demasiado, demasiado! Nadie le creerá á usted, murmuró á su oído, con mueca burlona, el grueso Gavaux.

Volvióse indignado, pero ya la voz del oficialillo mandaba furiosamente:

—¡Presenten, armas!

Y los fusiles dejaron oír el chasquido de las bayonetas, mientras que los tubos del órgano vomitaban la *Marcha fúnebre heroica*.

Empezó el desfile de la salida: siempre la mesa al frente; Gazán, Laniboire, Desminières, y su buen maestro Astier-Rehu. Ahora parecían bien, pues se ahogaba en el misterio de las altas naves el verde loro galoneado de los uniformes: bajaban dos á dos, lentamente, y como con pena, hacia el gran cuadro luminoso de la puerta, abierta de par en par sobre la plaza. Detrás toda la Corporación, á su cabeza el extraordinario Juan Rehu, agrandado por un largo levitón, en alto su cabecita morena, que parecía un coco, con el aire desdeñoso y distraído, como dando á entender que había visto todo aquello incalculable número de veces; y realmente en sesenta años que llevaba de cobrar fichas académicas, había debido oír muchas salmodias se-

mejantes y echar no poca agua bendita sobre tumbas gloriosas.

Si Juan Rehu justificaba por manera portentosa su título de *immortal*, el grupo de ancianos que le seguía parecía una parodia grotesca y triste. Decrépitos, doblados por la mitad, secos como árboles frutales viejos, los pies de plomo, las piernas flojas, los ojos entornados como de bestias nocturnas, los que no se apoyaban en algún compañero, andaban con las manos hacia adelante, y sus nombres, murmurados por la multitud, evocaban el recuerdo de obras muertas, ha tiempo olvidadas. Al lado de aquellos aparecidos, «los escapados del Père-Lachaise,» como les llamaba un burlón del séquito, los otros académicos que parecían jóvenes, se cuadraban, sacaban el pecho fuera entre miradas extasiadas de mujeres que les quemaban, á través de los velos negros, entre el agolparse de la multitud y los chacós y las mochilas de los soldados atontados.

Nuevamente el saludo de Freydet á dos ó tres «futuros colegas» fué rechazado con sonrisa fría y despreciativa, como las que se ven en sueños cuando los mejores amigos no le reconocen

á uno; pero no tuvo tiempo de entristecerse, arrastrado por la doble corriente que agitaba á la gente, hacia el altar unos, y hacia la puerta los demás.

—Vamos, señor Vizconde; ahora hay que moverse, cuchicheó el amable Picheral.

Este aviso entre el rumor de la multitud y de las sillas que se apartaban, hizo circular la sangre en las venas del candidato; pero al pasar ante el túmulo, Danjou, alargándole el hisopo y sin mirarle, murmuró:

—Sobre todo, no se mueva usted y deje hacer.

Se sintió rendido: moverse, no moverse. ¿Cuál sería el mejor consejo? Se lo diría sin duda su maestro Astier, y trató de juntársele en la plaza.

No era esto muy fácil entre el gentío que se había agolpado en el pórtico mientras se ordenaba el fúnebre cortejo y se subía al carro el féretro, lleno de innumerables coronas.

Nada tan animado como aquella salida de los funerales á la luz de un hermoso día: entre saludos y conversaciones, de todo en todo extrañas á la ceremonia, y en todas las caras



el alivio y como el desquite de la larga hora de inmovilidad pasada entre cantos lúgubres. Los proyectos, las citas que se cambiaban, revelaban que la vida impaciente reaparecía después de una corta parada, y dejaban al pobre Loissillon muy atrás, en el pasado, del cual ya formaba parte para en adelante.

—Esta noche, en la Comedia, no lo olvide usted; es el último martes, decía la señora Ancelín.

Pablo preguntó á Gavaux:

—¿Va usted hasta el fin?

—No: acompaño á la señora Eviza.

—Entonces, á las seis en casa de Keyser; esto nos hará bien después de los discursos.

Los coches de respeto se acercaban en fila, en tanto que los cupés partían al trote. La gente se agolpaba en todas las ventanas de la plaza y hacia el boulevard Saint-Germain; los pasajeros, de pie en los tranvías parados, alineaban cabezas sobre cabezas, cortando el cielo azul con grandes masas oscuras.

Freydet, deslumbrado por el sol, bajóse el ala del sombrero, como una visera, y miró á la multitud que se extendía á lo lejos, sintiéndolo.

se orgulloso y atribuyendo á la Academia toda aquella gloria póstuma que realmente no podía atribuirse al autor del *Viaje al Valle de Andorra*. Al mismo tiempo, le mortificaba la idea de que sus «futuros colegas» le dejaban de un modo visible á cierta distancia, haciéndose los distraídos cuando se acercaba, ó volviéndose y agrupándose contra el intruso aquellos mismos que en la antevíspera, en casa de Voisín, le atraían diciéndole:

—¿Cuándo será usted de los nuestros?

La defección más dura fué la de Astier-Rehu.

—¡Qué pérdida, caro maestro! le dijo el candidato, haciendo como que se entristecía para quedar bien y para hablar, para atraer la simpatía de Astier. Éste, de pie, al lado del coche mortuario, sin contestar, hojeaba el discurso que á poco había de pronunciar.

Freydet repitió:

—¡Qué pérdida!

—Amigo Freydet... Esto es una indecencia, dijo el maestro en voz alta, brutal; y con un severo cerrar de quijadas, volvió á la lectura.

Indecencia... ¿por qué? El desdichado miró instintivamente sus botones, se examinó hasta

la punta de las botas con inquietud, sin poder explicarse esas palabras de censura. ¿Qué sucedía? ¿Qué había hecho?

Fué un aturdimiento que le duró algunos minutos; vió vagamente al ataúd que se ponía en marcha bajo la oscilante pirámide de flores, casacas verdes en todas partes, otras casacas luego, después toda la Corporación, y detrás de ella, pero ceremoniosamente distanciado, un grupo en el cual se encontró mezclado y arrastrado sin saber por qué. Jóvenes y viejos, todos espantosamente tristes y desesperanzados, en la frente la misma arruga profunda de la idea fija, en los ojos idéntica mirada de odio y desconfianza para con el vecino.

Cuando, vuelto en sí de su malestar, pudo ir poniendo nombres á todas esas cosas, reconoció la fisonomía triste y falsa de Moser, el candidato eterno; la honrada cara de Dalzón, el hombre del libro, de las últimas elecciones, y de Saleles y Guérineau. El remolque ¡qué demonio! aquellos de quien ya no se ocupa la Academia y que deja ir por la estela de la barca gloriosa, todos sujetos con un anzuelo resistente. Todos, allí estaban todos, los pobres peces

ahogados, unos muertos bajo el agua, otros agitándose todavía y lanzando una mirada de dolor y de gula, que quiere, pide, y quiere siempre. Y en tanto que se juraba á sí mismo escapar á tan lamentable suerte, Abel de Freydet seguía el cebo, tirando también del anzuelo, que se le había clavado de modo que ya no había de soltarlo más.

A lo lejos, en la calle, vacía en toda la extensión del séquito, los sones de los tambores enlutados alternaban con los de las cornetas y atraían á la gente de las aceras y á los curiosos de las ventanas: luego la música volvía á tocar la *Marcha fúnebre heroica*.

Y ante aquellos grandiosos funerales, aquellas honras nacionales, la orgullosa protesta del hombre humillado, vencido por la muerte, pero ostentando su derrota, era grato pensar que todo era para Loisillón, secretario perpetuo de la Academia Francesa; es decir, nada; lo que está debajo de la nada.

## IX

Todos los días, más tarde ó más temprano, según la estación, pero siempre entre cuatro y seis, Pablo Astier tomaba su ducha en el establecimiento hidroterápico de Keyser, en lo alto del faubourg Saint-Honoré. Primero veinte minutos de florete, de bastón ó de boxa, y luego el chorro frío, el baño en piscina, y un poco de descanso: salía, se iba á casa de la florista de la calle del Cirque para hacerse poner un clavel en el ojal y paseaba después, para reaccionarse, hasta el Arco de la Estrella. Stenne y el faetón le seguían por el arroyo. Después una vuelta por el paseo de las Acacias, donde Pablo lucía su tez fresca, capaz de hacer levantar de cascos á todas las mujeres; su piel casi femenina, debida á su higiene de elegante.

La sesión en casa de Keyser le ahorraba además la lectura de periódicos, gracias á los chismes cruzados de pila á pila, ó bien en la sala de armas, ó en el mismo gabinete del médico, esperando que le tocase el turno de tomar la ducha. Las noticias del día, de los Círculos, de los salones, de la Cámara, de la Bolsa ó del Palacio de Justicia, circulaban allí libremente en voz alta, entre el ruido de los floretes ó los bastones, las llamadas al mozo, las palmadas sobre la carne desnuda, el chirrido de los sillones con ruedas para los reumáticos, las zambullidas que resonaban en la cúpula alta de la piscina, y dominando todo el rumor del agua, la voz del buen doctor Keyser, de pie en su tribuna, soltando de vez en cuando la frase sacramental: «Señores, media vuelta.»

Aquel día Pablo Astier se revolvía con delicia bajo la lluvia bienhechora de la ducha, dejando en ella la jaqueca y el polvo de sus fatigas y los fúnebres ronquidos de los pésames académicos en estilo Astier-Rehu:

—El bronce de las campanas medía sus horas...

—La helada mano de Loisillón...

—Agotada la copa de la felicidad...

¡Oh, papá y caro maestro! ¡Mucha agua en lluvia, ó en latigazos, ó en cascada, para limpiar toda la negrura aburrida! Chorreando agua todavía, tropezó con un cuerpo que salía de la piscina, y que le saludó temblando la cabeza, doblado en dos, y con un ancho gorro de goma que le tapaba el cráneo y la mitad de la cara. Ante aquella delgadez lívida y aquel aspecto miserable de un abonado de la casa Keyser, creyó que era uno de los pobres neurópatas, cuyas mudas apariencias de ave nocturna, cuando iban á pesarse en la báscula de la sala de armas, tanto contrastaban con las carcajadas de salud y de vigor de los demás. Pero luego la curva orgullosa de la nariz, la contracción despreciativa de los labios le recordaron vagamente en él que acababa de pasar una cara del gran mundo. Y metido en su cuarto, mientras el mozo bañero le cepillaba la piel, le preguntó:

—¿Quién es ése que me ha saludado, Raimundo?

—Pues ése es el príncipe Athis, dijo el criado con el orgullo que tiene el hombre del pueblo al pronunciar el nombre de un príncipe. Viene

á la ducha hace algún tiempo, por las mañanas; hoy se ha retrasado á causa de un entierro, según ha dicho á José.

La puerta del cuarto, entreabierta, dejaba ver en el de enfrente, del lado de los pares del corredor, al grueso Gavaux, sentado, desnudo, blancuzco y deforme, abrochándose encima de la rodilla grandes ligas sobre medias de mujer ó eclesiástico.

—Ojga usted, Pablo: ¿ha visto usted á Samy que viene á adquirir fuerzas?

Y guiñaba el ojo cómicamente.

—¿A adquirir fuerzas?

—Sí: se casa dentro de quince días. ¡Ya usted ve! El muchacho, para fortalecer los riñones, se ha sujetado con valor al agua fría y á los botones de fuego.

—¿Y la embajada?

—Más tarde. La Princesa ha salido, y se casarán allí.

A Pablo Astier le advirtió el instinto la inminencia de un desastre.

—¿La Princesa? ¿Quién?

—¿De dónde sale usted?... No se habla en París de otra cosa hace dos días. Colita ¡pardiez!



la inconsolable Colita; ¡tendrá que ver la cara de la Duquesa! En el entierro ha estado muy digna, pero no se ha levantado el velo ni ha hablado con nadie. ¡Es duro de tragar! Figúrese usted que todavía ayer estábamos juntos buscando telas para el cuarto del infiel en San Petersburgo.

Y siguió con su voz gruesa y malévola de portero del gran mundo, acabando de abrocharse las ligas, y como para acompañar la feroz historia, se oyó dos cuartos más abajo, entre sonoras palmadas dadas en la piel, al Príncipe animando al mozo de duchas:

—¡Más fuerte, más fuerte: sin miedo!

¡Ah! Sí: el bandido adquiriría fuerzas.

Pablo Astier, que á las primeras palabras de Gavaux había salido al corredor para oír mejor, sintió un deseo loco de derribar de un puntapié la puerta del Príncipe, entrar en el cuarto y tener una brutal explicación con el miserable que le robaba la fortuna de las manos.

De pronto se vió desnudo, sintió lo inoportuno de su cólera, y entró para vestirse, para calmarse un tanto, comprendiendo que, ante todo, debía hablar con su madre para saber el

punto exacto á que habían llegado las cosas.

Por excepción, su ojal aquel día se quedó sin clavel, y en tanto que miradas femeninas, en el vaivén ocioso de los coches alineados, buscaban al buen mozo por el paseo habitual, él corría á escape hacia la calle de Beaune.

Corentinale abrió, los brazos desnudos, sucia, aprovechando la ausencia de la señora para arreglar un poco la casa.

—¿Sabe usted dónde come mamá?

—No, la señora no ha dicho nada; pero el señor está arriba entre sus papeles.

La escalera de los archivos crujía bajo los pies de Leonardo Astier.

—¿Eres tú, Pablo?

La semioscuridad del pasillo y la perturbación que experimentaba le impedían notar el raro aspecto de su padre, y con voz extraviada, en vez de contestar el acostumbrado:—¿Qué tal va el maestro? preguntó:—¿No está mamá?

—No: come en casa de la señora Ancelín, que la lleva luego á la Comedia. Después iré á buscarla.

Y el padre y el hijo se quedaron sin tener

nada que decirse: eran dos extraños; dos extranjeros de raza enemiga. Sin embargo, Pablo Astier, en su impaciencia, sintió tentaciones de preguntar á Leonardo si sabía algo del matrimonio, pero pensó: «Es demasiado bruto: mamá nunca debe haberle hablado de esto.»

Su padre también, con la angustia de una pregunta que no sabía cómo hacer, le dijo con aire perturbado:

—Oye, Pablo; figúrate que echo de menos... que estoy buscando...

—¿Buscando?

Astier-Rehu dudó un momento, mirando la rutilante cara de su hijo, cuya expresión no aparecía nunca completamente franca, por la desviación de la nariz; y luego, con acento mal humorado y triste:

—Nada, nada, le dijo. Es inútil... Puedes irte.

No le quedaba á Pablo otro recurso que ir á encontrar á su madre en el teatro, en el palco Ancelín. Tenía que hacer tiempo durante dos ó tres horas. Despidió el coche, encargando á Stenne que fuese al Círculo á buscarle, y echó á andar á pasos cortos, en medio de un delicioso

París crepuscular, en el que los árboles recortados del parterre de las Tullerías se encendían con vivos colores, á medida que el cielo se oscurecía: hora de incertidumbre encantadora para los soñadores y para los que tienen negocios que combinar: disminuyen los coches, pasan sombras rápidas por el lado: puede uno seguir su idea sin distracciones.

El ambicioso joven soñaba, despierto, vuelta otra vez su sangre fría: soñaba como Napoleón en las últimas horas de Waterlloo: batalla ganada durante el día y al anochecer la derrota. ¿Por qué? ¿Qué falta había cometido? Colocaba de nuevo las piezas en el tablero, y buscaba sin encontrar. Quizá había sido una imprudencia haber pasado dos días sin verla, pero esto se debía á la táctica más elemental: después del episodio del Père-Lachaise, había que dejar á la mujer entregada á su remordimiento.

¿Quién sospechara tan brusca huida?

De pronto se le ocurrió una esperanza: conocía á la Princesa, que cambiaba de idea como un pájaro de rama, y pensó que quizá no se había marchado todavía y que la sorprendería en medio de sus preparativos de marcha, desola-

da, irresoluta, diciéndole al retrato de Heriberto: «Aconséjame,» y que volvería á ganarla con un beso. Ahora lo comprendía todo, y por qué modo habían perturbado la cabecita de la Princesa las peripecias de aquella noche.

Se hizo llevar á la calle de Courcelles. Nadie. La Princesa, le dijeron, había partido aquella misma mañana, de viaje. Presa de gran desaliento volvió á su casa, para no verse en el Círculo obligado á hablar y á contestar.

La gran barraca, estilo Edad Media, con su fachada de torre del hambre, con los balcones llenos de papeles blancos, acabó de estrecharle el corazón con el recuerdo del montón de facturas sin pagar que le aguardaban. Entró á tientas en medio del olor de cebolla frita que llenaba el hotel, porque el criado, los días en que Pablo comía en el Círculo, se arreglaba una comida de pobre, apetitosa.

Alguna claridad había en el estudio todavía, y Pablo, tendido en un diván y preguntándose qué era lo que echaba por tierra sus combinaciones mejor dispuestas, durmió durante dos horas.

Despertó transformado: del mismo modo que

la memoria se aguza con el sueño del cuerpo, sus facultades de energía y de intrigas no habían parado de trabajar durante el breve sueño. Tenía un nuevo plan, y la firme y fría resolución que en nuestros jóvenes franceses de hoy es más rara que el valor militar.

Rápidamente vestido y sin más lastre que un par de huevos y una taza de te, salió, oliéndole ligeramente á tenacillas la barba y el bigote. Y cuando á la puerta de la Comedia francesa dió el nombre de la señora Ancelín, el observador más sutil no hubiera advertido la menor preocupación en aquel perfecto elegante, ni hubiera sospechado lo que encerraba aquel bonito mueble de salón, negro y blanco, perfectamente cerrado.

El culto de la señora Ancelín á la literatura oficial tenía dos templos: la Academia francesa y la Comedia francesa: pero como el primero se abría al fervor de los fieles irregularmente, seguía con puntualidad sus devociones en el otro, no perdiendo ningún estreno, pequeño ó grande, ni un martes de abono. Y así, como no leía más que los libros con el sello de la Academia, los artistas de la Comedia eran

los únicos que escuchaba fervorosamente, con exclamaciones de enternecimiento ó de entusiasmo que estallaban desde la entrada, entre las dos grandes pilas de agua bendita, de mármol blanco, que la imaginación de la buena señora había levantado á la entrada de la casa de Molière, al pie de las estatuas de la Rachel y de Talma.

—¡Qué bien! ¡Qué porteros! ¡Qué teatro! Sus brazos cortos, abiertos en movimientos breves, su respiración jadeante de señora gruesa, llenaban el corredor de alegría expansiva y turbulenta, que hacía exclamar en todos los palcos:

—¡Ya está ahí la señora Ancelín!

Los martes particularmente, la indiferencia de la sala elegante y distraída, contrastaba con el proscenio, donde arrullaba y se desmayaba de gusto, el cuerpo fuera del palco, aquella gruesa paloma, de ojos rosados, que decía en voz alta:

—¡Qué Coquelín! ¡Qué Delaunay! ¡Qué juventud y qué bríos! ¡Y qué teatro!

No consentía que se hablase de otra cosa, y en los entreactos saludaba á los que entraban á visitarla, con gritos de admiración, á propósito

del genio del autor académico ó de las gracias de la actriz de la casa.

Al entrar Pablo Astier, el telón estaba levantado, por lo cual, conociendo los ritos del culto y la absoluta prohibición de hablar, de moverse, de menear una silla durante el acto, esperó inmóvil en el pequeño antepalco, separado por un escalón del proscenio, en el cual la señora Ancelín se extasiaba. entre la señora Astier y la señora Eviza. Detrás de ella estaban Danjou y Freydet sentados, con aire de esclavos.

Al ruido especial de la puerta que se cerraba, seguido de un ¡*chist!* dirigido al intruso que perturbaba los oficios, la señora Astier medio volvióse y se estremeció viendo á Pablo. ¿Qué sucedía? ¡Algo muy grave y urgente tendría que decirle para llegar hasta aquella jaula de fastidio, puesto que él no se aburría más que con un fin! ¡Indudablemente el dinero, el dinero horrible!

—Por fortuna, dentro de poco tendré mucho: el casamiento de Samy nos ha de enriquecer.

Y ardiendo en deseos de hablarle y de tran-



quilizarle con la buena noticia que quizá ignoraba todavía, tuvo que estar clavada, mirando á la escena y coreando á la dama en sus exclamaciones: «¡Oh! ¡Qué Coquelín! ¡Oh! ¡Qué Delaunay! ¡Ah! ¡Oh!» Espera que constituía para ella un duro suplicio, y también para Pablo, que no veía más que la línea brillante y saliente de las candilejas y reflejados en el espejo del palco, parte de la sala, butacas, palcos, líneas de fisonomías, de sombreros femeninos, como anegados en una niebla azulada, con el aspecto descolorido y fantasmagórico de los objetos entre-vistos dentro del agua.

En el entreacto empezaron los saludos.

—¿Ha visto usted el traje de la Reichemberg? ¿El *tablier* rosado? Y los lazos de detrás, ¿los ha visto? ¡Realmente no hay como aquí para vestirse!

Llegaron las visitas. La madre pudo coger á su hijo, sentarse con él en un diván, y juntos entre los abrigos y los gabanes colgados de la percha, hablaron en voz baja:

—Contesta pronto y claro, empezó Pablo...  
¿Samy se casa?

—Sí: la Duquesa lo sabe desde ayer. Sin

embargo, ha venido. ¡Esos corsos tienen un orgullo!...

—¿Y el nombre de ella? ¿Puedes decírmelo?

—¡Colital! ¿Qué? ¿Lo presumías ya?

—Nada de esto. ¿Y cuánto cobras tú?

Con aire de triunfo le contestó la señora Astier:

—Doscientos mil...

—Tus intrigas me cuestan á mí veinte millones. Veinte millones y la mujer...

Y apretándole las muñecas con rabia, le arrojó á la cara este grito:

—¡Mala sombra!

La señora Astier quedó sofocada y atónita. Él era, él, la resistencia que había notado algunos días: el trabajo que minaba su trabajo. Él, era él, aquél: «¡si usted supiese!» de la imbécil de la Princesa cuando lloraba entre sus brazos. De modo que al fin del trabajo de zapa que cada uno por su lado había emprendido hacia el tesoro, con tanta astucia y tan paciente misterio, al último golpe de azadón, se encontraban los dos frente á frente, las manos vacías.

Ya no se hablaron más; miráronse con las narices torcidas y sus ojos parecidos, que brillaban ferozmente en la sombra, entre el vaivén de las visitas y las conversaciones.

Dígase lo que se quiera, es una fuerte y saludable disciplina la del mundo, que lograba ahogar en aquellos dos seres los gritos, las ganas de rugir y de matar que encendían sus almas.

La señora Astier fué la primera que rompió el silencio, pensando en alta voz:

—¡Si la Princesa no se hubiese marchado!

Y se mordía los labios con rabia: tan brusca partida era idea suya.

—¡La haremos volver! dijo Pablo.

—¿Cómo?

Sin contestarla, Pablo preguntó:

—¿Samy está en la sala?

—No lo creo, porque está ella... ¿Dónde vas? ¿Qué quieres hacer?

—Déjame en paz... ¡eh! No te metas en nada: tienes poca suerte.

Y salió en una ola de visitantes arrojados por el fin del entreacto. Su madre se sentó otra vez á la izquierda de la señora Ancelín, tan exal-

tada y conmovida como momentos antes, en perpetuo estado de gracia.

—¡Oh! ¡Qué talento! ¡Mire usted, mire usted, amiga!

La amiga estaba, con efecto, distraída, los ojos bajos, la dolorosa sonrisa de bailarina silbada. Con el pretexto de que el gas le hacía daño, miraba continuamente hacia la sala, buscando á su hijo...

—Una cuestión con el Príncipe, quizá... Si ha venido...

Y todo por culpa suya; por su estupidez.

—¡Oh! ¡Qué Delaunay! ¿Ha visto usted? ¿Ha visto usted?

No: no veía más que el palco de la Duquesa, donde alguien acababa de entrar, con el aire juvenil y elegante de su Pablo. Pero no: era el condesito Adriani, que sabía, como todos, la ruptura, y se había lanzado á la pista.

Y hasta el fin del espectáculo la pobre madre estuvo angustiada, planteando mil confusos proyectos que se atropellaban dentro de su cabeza con cosas que no había visto y con escenas que debían haberla puesto sobre aviso. ¡Ah! ¡Bestia, bestia! ¡Y no haberlo sospechado!

¡La salida! ¡Al fin! Pero todavía lenta, con pausas á cada paso, y saludos, sonrisas, las despedidas...

—¿Qué hace usted este verano?

—Vaya á Deauville á vernos...

Por el estrecho corredor en donde la gente se estrecha y las mujeres acaban de empaquetarse, con el elegante gesto que asegura los pendientes; y por la ancha escalera de mármol blanco, al pie de la cual esperan los lacayos, la madre, sin dejar de hablar, escudriñaba, el oído atento, tratando de sorprender en el rumor de la gran colmena humana que se dispersa, alguna escena de pasillo.

Precisamente vió á la Duquesa que bajaba, altiva y erguida, envuelta en un largo manto oro y blanco, del brazo del guardia noble de Su Santidad, sabedora de la infamia que le había jugado su amiga. Las dos mujeres cruzaron, al pasar, una mirada fría sin expresión, más temible que todos los insultos de verdadero.

Sabían ya hasta qué punto podían contar la una con la otra, y que en la guerra envenenada que sucedía á la antigua intimidad de hermanas,

todos los golpes darían en el blanco, como dados por quien sabía dónde dolían.

A pesar de esto, se sujetaban á la convención social, disfrazadas, con la misma sangre fría, y los dos odios, uno poderoso, otro envenenado, pudieron codearse sin hacer saltar una chispa.

Abajo, entre los grupos de lacayos y jóvenes *clubmans*, Leonardo Astier esperaba á su mujer, según le había prometido.

—¡Ahí está el maestro! exclamó la señora Ancelín; y mojando por la vez postrera sus dedos en el agua bendita, bañó con ella á todo el mundo, al maestro Astier-Rehu, al maestro Danjou y á Coquelín, y á Delaunay. ¡Oh! ¡Ah!

Leonardo no contestó, sino que cogiendo á su mujer del brazo, echó á andar, con el cuello del gabán levantado por la gran corriente de aire.

Llovía: la señora Ancelín trató de llevarles hasta su casa, pero sin insistir, como hacen todos los que tienen coche y temen fatigar á los caballos, y sobre todo le tiemblan al mal humor del cochero, que ya se sabe que siempre es el primer cochero de París.

Además, el maestro tomó un simón y dejó con la palabra en la boca á la afable señora, que decía: •

—Sí, sí, ya se les conoce á ustedes: para estar solos: ¡matrimonio feliz!

Por las galerías salpicadas de agua arrastró á la señora Astier...

Después de los bailes y de las reuniones, cuando un matrimonio del gran mundo sube á su coche, siéntese uno tentado de preguntar:

—¿Qué se dirán ahora?

Poca cosa, casi siempre; porque el hombre sale generalmente rendido y aplastado de esas fiestas que la mujer prolonga en la oscuridad del coche, en comparaciones íntimas entre su porte y su belleza y las que ha visto, y combina planes para otra reunión.

Pero la mueca social es tan descarada, la hipocresía mundanal tan grande, que sería curioso asistir al desarme inmediato que sigue á la frase oficial, y sorprender el gesto verdadero, la naturaleza y las relaciones reales de esos seres de pronto libres y verdaderos, dentro del coche que corre á través del París desierto,

entre los reflejos de las dos linternas de los coches.

Así, para los Astier, estas vueltas del gran mundo eran muy significativas. En cuanto se veía sola la mujer, dejaba á un lado la deferencia y el interés que ante las gentes guardaba al maestro, y hablaba recio, y tomaba el desquite de la atención que había puesto á historietas que se sabía de memoria, y que la hastiaban. En cuanto á Leonardo, naturalmente benévolo, contento de los demás y de sí propio, se quedaba estupefacto ante los horrores que su mujer soltaba sobre la casa hospitalaria y las personas que había encontrado en ella, haciendo tranquilamente las acusaciones más abominables, con la ligereza y la exageración inconsciente en los dichos, que es la nota dominante en las relaciones parisienses; y para no excitarla más se callaba, se volvía de espaldas y trataba de dormir un rato en su rincón. Pero aquella noche pasó todo lo contrario: Leonardo Astier se cuadró, sin atender al «¡cuidado con el traje!» que le hizo Adelaida con la voz agria de la mujer á quien le arrugan la ropa.

¡Sí! ¡El traje! Mucho le importaba esto.



—¡Me han robado, señora! dijo con tal violencia, que los vidrios retemblaron.

¡Dios mío! ¡Es verdad! ¡Los autógrafos! Ya no se acordaba de ello, sobre todo en aquel momento, y su sorpresa no tuvo nada de fingido.

—Robado, sí, mis *Carlos V*: mis tres piezas mejores...

Pero su voz perdía la violenta certidumbre del ataque, y sus sospechas vacilaban ante la sorpresa de Adelaida.

Ésta se repuso:

—¿De quién sospechas? le dijo: Corentina me parece una chica de confianza... A menos que Teyssedro...; pero ¿cómo sospechar que un hombre tan sencillo?...

¡Teyssedro! Sí: y dió una voz. Tan evidente le pareció la cosa, que, llevado por su odio hacia el hombre del ruido infernal, se explicó el crimen y lo vió claro, germinando desde una palabra que dijo en la mesa sobre el valor de los manuscritos, palabra recogida por Corentina y sin duda repetida delante del limpia-suelos. ¡Ah, bandido! Verdaderamente tenía cara de criminal, y había sido una locura resis-

tir á los avisos del instinto: la antipatía que á él, á Leonardo Astier, miembro del Instituto, inspiraba el limpiasuelos, no era natural. Pero que lo tuviese por seguro el tunante; iría á presidio.

—¡Mis tres Carlos V! ¡Pues hombre!

De pronto, antes de entrar en casa, quiso delatar el hecho al Comisario. Su mujer intentó contenerle.

—¿Estás loco? ¿El Comisario á estas horas?

Pero Leonardo se obstinaba, y á pesar de la lluvia sacó fuera la cabeza, para darle la orden al cochero. Vióse obligada Mad. Astier á meterle otra vez dentro, y cansada, aburrida, sin ánimo para seguir mintiendo, se lo confesó todo.

—No es Teyssedro, soy yo, le dijo.

Y de golpe se lo contó todo: su visita á Bos, el dinero cobrado, veinte mil francos que de cualquier modo necesitaba...

Siguióse un silencio tan largo, que se figuró ella que Leonardo había tenido un síncope, un golpe de sangre. Nada de esto: como el niño que cae ó se da un golpe, el pobre *Cocodrilo* abrió desmesuradamente la boca para dejar paso á su cólera, y aspiró tanto aire que no pudo

proferir sonido alguno. Al fin soltó un rugido que llenó la plaza del Carrousel, que en aquel instante cruzaba el coche entre charcos de agua.

—¡Robado! ¡Me han robado! ¡Mi mujer me ha robado para su hijo!...

Y su delirio furioso se mezclaba con juramentos campesinos de su montaña.

—¡El ganapán! ¡Bandido!

Seguidos de las exclamaciones de repertorio:

—¡Justicia divina, justo cielo! ¡Estoy perdido! Y las demás de Harpagón echando de menos su caja, y tantos otros trozos escogidos, mil veces leídos á sus alumnos.

En la gran plaza, que á la salida de los teatros se llenaba de ómnibus y de coches, á la luz de las altas luces radiantes de los reverberos eléctricos, se veía claro como si fuese de día.

—Pero cállate, dijo la señora Astier; todo el mundo te conoce.

—¡Excepto usted, señora!

La mujer creyó que iba á pegarla, y tan crispados tenía los nervios, que no le hubiese sabido mal. Pero el sabio se calló de pronto ante el temor de un escándalo, jurando por las cenizas

de su madre muerta, para acabar, que en cuanto llegase haría la maleta y se iría á Sauvagnat, en tanto que ella se iría con su bandido, con su Trágalotodo, á saborear el fruto de sus rapiñas.

Y una vez más la vetusta maleta claveteada pasó ruidosamente del recibimiento al despacho: quedaban en ella, del pasado invierno, algunos troncos, pero esto no contuvo al *immortal*. Y durante una hora toda la casa se llenó con el ruido de los leños arrojados al suelo, y de los armario que escudriñaba, amontonando entre el serrín y las cortezas de limón de la ropa, trajes, botinas, hasta la casaca verde y el chaleco bordados de las grandes solemnidades, cuidadosamente envueltos en un gran pañuelo de seda.

Su cólera, apaciguada por este ejercicio, desaparecía á medida que se llenaba la maleta, y lo que le quedaba de rugidos y quejas iba disminuyendo, en tanto que la señora Astier, sentada en un sillón, el gorro de encaje en la cabeza y vestida con su traje de noche, le dejaba hacer, murmurando entre un bostezo irónico y tranquilo:

—¡Vamos, Leonardo, vamos!

—Para mí, los seres, lo mismo que las cosas, tienen un sentido, algo por donde cogerlos si se les quiere manejar y agarrar fuertemente... Este algo yo lo conozco, y esta es mi fuerza... Coche-ro, á la Cabeza Negra.

Dijo Pablo Astier, y el landó descubierto, dentro del cual Freydet, Vedrine y él lucían sus tres sombreros de copa, de un negro fúnebre, á la luz radiante de una tarde de campo, se alineó á la derecha del puente de Saint-Cloud, ante el hotel nombrado por Pablo. A cada salto del sólido coche de alquiler en el desigual empedrado de la plaza, se veía la larga y significativa funda verde que sacaba la punta entre los pliegues de la capota bajada.

Para su lance con Athis, Pablo había elegido

para padrinos, primero al vizconde de Freydet, designado por el *de* y por el título, y al conde Adriani. Pero asustada la Nunciatura por este nuevo escándalo, que venía después de lo del capelo, tuvo que reemplazar al joven Pepino con el escultor que quizá á última hora consentiría en declararse Marqués en el acta que se publica en los periódicos.

Por lo demás, nada serio en apariencia: un altercado en el Círculo, en la sala de juego, donde había entrado el Príncipe por última vez antes de salir de París.

La cosa había sido de difícil arreglo, sobre todo tratándose de Pablo Astier, muy estimado en las salas de armas, y cuyos cartones de blancos, agujereados, se exhibían detrás de unos cristales en el Tiro de la Avenida de Antín.

Mientras el coche estaba parado frente al restaurant, entre las miradas discretas é inteligentes de los camareros, se vió salir de la calle en pendiente, un tipo corto, polainas blancas, corbata blanca, sombrero de seda y aires de médico de baños, que desde lejos hacía señales con su sombrilla.

—Ahí está Gómez, dijo Pablo.

Era este doctor Gómez un ex interno de los hospitales de París, perdido por el juego, y un lioso muy largo; «el tío» para esas chicas, algo como un alquilón, no muy malo, pero dispuesto á todo, y con una especialidad para esas expediciones: dos luses y el almuerzo.

Estando actualmente de veraneo en casa de la señorita Cloclo, en Ville-d'Avray, llegaba á la cita jadeante, llevando en un saco de mano su botiquín, las vendas y todo el material de una ambulancia.

«—¿Picadura, ó herida? preguntó subiendo al coche.

—Picadura, picadura, doctor. ¡Espadas del Instituto! La Academia Francesa contra la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Gómez se sonrió, y puso el saco entre las piernas.

—No lo sabía, y he tomado el gran botiquín.

—Habrá que sacarlo: esto impresionará al enemigo, dijo Vedrine tranquilamente.

El doctor guiñó el ojo, pero sin saber lo que hacer ante las dos caras de testigos, desconocidos en el boulevard, y que Pablo Astier, que le

trataba como un criado, no se tomaba la molestia de presentarle.

El coche se puso en marcha, y en el primer piso del café se abrió la ventana de un gabinete particular, apareciendo una pareja curiosa: ella, alta, ojos azules, en corsé, los brazos desnudos y la servilleta del almuerzo tapando á medias el pecho y los hombros: á su lado un aborto barbudo, un enano de feria, cuya cabeza, llena de pomada, apenas sobresalía de la ventana, y el brazo desproporcionado rodeando como un tentáculo de pulpo el talle de María Donval, la dama joven del Gimnasio.

El doctor la reconoció en seguida.

—¿Con quién está? preguntó.

Los otros se volvieron, pero ya la muchacha había desaparecido, dejando tras sí la cabeza del jorobado, como si estuviese cortada y puesta en la ventana al igual de un tiesto.

—¡Ah! ¡Es el encuadernador Fage!

Vedrine saludó, y viendo la indignación cómica de Freydet, añadió:

—¡Cuando yo te lo decía! Las muchachas más hermosas de París...

—¡Qué horror!



—¿Esto le sorprende á usted, señor Freydet?

Y Pablo Astier empezó furiosamente á reventar, á hablar mal del bello sexo. La mujer es un niño desequilibrado, con todos los vicios del mundo, llena de embustes, de maldad, de cobardía. Y encima, golosa, vanidosa y curiosa. Muchas palabras, pero ni una idea propia: la conversación llena de agujeros, de sitios donde resbalar; la acera en un día de hielo. ¡Hablar de cualquier cosa con una mujer! Nada; ni bondad, ni inteligencia, ni compasión, ni siquiera sentido. Engañan al marido con un amante, al cual no quieren mucho más; temen la maternidad de un modo abominable, y no tienen más que un grito de amor verdadero: «¡Cuidadol!» Ésta, esta es la mujer moderna; por una nueva forma de sombrero, por un traje nuevo de Spricht, es capaz de robar, y está dispuesta á cualquier baja. Porque en el fondo no tiene más que una pasión: el traje. Para saber hasta dónde llega, se necesita haber acompañado, como él, á las señoras de sociedad, á los salones del gran modisto, y no cualquiera mujer, sino las más elegantes y encopetadas. Íntimas de las primeras oficialas, las convidan á almor-



zar en su hotel, y se quedan en éxtasis ante el viejo Spricht, como ante el Padre Santo. La marquesa de Rocanera le llevaba á sus niñas; no parecía sino que iba á pedirle su bendición.

—Exactamente, dijo el doctor con el automático movimiento del asalariado, con el cuello desarticulado de eterna aprobación.

Se hizo un silencio de sorpresa, molesto, como si se hubiese desequilibrado la conversación después de la brusca, violenta é inexplicable salida de Pablo, de ordinario tan frío y dueño de sí mismo.

El sol era pesado y se reflejaba en las paredes de piedra seca que bordeaban el camino en fuerte pendiente, que subían penosamente los caballos, haciendo crujir la grava.

—Como caridad, como piedad de mujer, yo he sido testigo de esto...

Vedrine hablaba, la cabeza echada hacia atrás, mecida por la capota, los ojos medio cerrados, del que mira cosas que sólo él ve.

—No, en casa del gran modisto, no. En el hospital, sala de Bouchereau. Una cama de hierro deshecha, las sábanas á un lado, y encima, desnudo, reluciente de sudor y de espuma, con-

traído, entortijado como un clown, con saltos y con rugidos que llenaban toda la plaza de Notre-Dame, un hidrófobo en el último paroxismo. A la cabecera de la cama dos mujeres, cada una á un lado: la hermana de la Caridad y la alumna del curso de Bouchereau, entrambas jóvenes, y sin mostrar asco ni miedo, sujetándolo al desdichado á quien nadie se atrevía á acercarse, enjugándole en la frente, y en la boca el sudor del tormento y la espuma que le ahogaba... La hermana rezaba, la otra no; pero en el mismo impulso de sus ojos, en la idéntica ternura de sus manitas animosas, que iban á buscar la baba del mártir hasta en sus dientes, en la gracia heroica y maternal de un gesto que no se cansaba, se veía bien que eran mujeres entrambas... ¡La mujer!... ¡Pues si daban ganas de arrodillarse sollozando!

—Gracias, Vedrine, murmuró Freydet, que se ahogaba pensando en Clos-Jallanges.

El doctor esbozó un movimiento de cabeza.

—Exactamente...

Pero la palabra nerviosa y seca de Pablo Astier le contuvo:

—Sí, enfermeras... Lo concedo. Como ellas

son enfermas, les gusta esto de cuidar, curar, envolver, las sábanas calientes... y luego, dominar á enfermos ó débiles.

Su voz silbaba, llegaba á las notas agudas de su madre, mientras que sus ojos fríos lanzaban una llama de maldad que hacía pensar á los demás:

—¿Qué le pasa?

En tanto el doctor se hacía esta juiciosa reflexión:

—Dirá que se trata de picadura y de espaldas del Instituto; pero no quisiera estar dentro de la piel del Príncipe.

—Y luego, como instinto maternal de la mujer, añadió Pablo, tenemos un cuadro para hacer *pendant* al cromo de nuestro amigo. La señora Eviza, que, encinta de ocho meses, por un aderezo que le negaba su marido el banquero, se daba de puñetazos en el vientre, y daba contra los muebles, diciendo: «¡Ahí tienes el caso que yo hago de tu hijo!» Como delicadeza y fidelidad de la mujer, sé yo de una viudita que en la misma tumba del marido, sobre la losa fúnebre...

—Pero esto que nos dices es de la matrona de Éfeso, dijo Vedrine.

La discusión se animó. La sempiterna discusión de los hombres sobre el eterno femenino y el amor.

—Señores, atención, dijo el doctor que desde su sitio al vidrio veía subir al trote dos coches.

En el primero, un landó abierto, iban los dos testigos del Príncipe, que Gómez, después de incorporarse, designó en voz baja, con entonación respetuosa.

—El marqués de Urbín, el general de Bonneuil, del Jockey, gente distinguida. Y mi colega Aubouis...

Este doctor era también un muerto de hambre, pero estaba condecorado y costaba cien francos.

Seguía un cupé particular, donde se ocultaba con su Gavaux, Athis, en realidad muy fastidiado con todo este enredo.

Cinco minutos después, los tres coches subían uno tras otro en fila de boda ó de entierro, no oyéndose más que el chirrido de las ruedas, la respiración jadeante de los caballos, y el ruido que metían sus guarniciones.

—Pasad adelante, dijo una voz arrogante.

—Justo es, dijo Pablo: van á preparar nuestras boletas de alojamiento.

Los coches se rozaron en aquel estrecho camino, los testigos cambiaron un saludo y los médicos una sonrisa de compadres. Luego pasó el cupé dejando ver á través del vidrio, levantado á pesar del calor, un perfil inmóvil, con palidez de cadáver.

—No estará pálido dentro de una hora, cuando volverá reventado, pensó Pablo, viendo ya el golpe: una estocada en segunda y tercera á fondo, entre la tercera y la cuarta costilla.

Arriba el aire fresco, cargado de aromas, de flores de tilos, de acacias, de rosas; y detrás de las bajas paredes de los parques se veían los prados artificiales, sombreados por los árboles: sonó una campana de verja.

—Hemos llegado, dijo el doctor que conocía el paraje, las antiguas caballerizas del marqués de Urbín, en venta hacía dos años, y vacía de caballos, sin más que algunos jacos que saltaban aquí y allí por los prados, divididos por altas barreras.

El duelo tenía que ser en un ancho terraplén, junto á una cuadra de ladrillos, blanca, al cual

se llegaba por caminos circulares llenos de hierba y de musgo, por los cuales iban juntos, mezclados y confundidos los dos grupos, en absoluta corrección.

Tan sólo Vedrine, á quien aburrían las formalidades sociales, con gran desesperación de Freydet, muy solemne y metido en su cuello postizo, cortaba una rama, é impresionado ante la inmovilidad esplendorosa de las cosas, contrastando con la agitación imbécil de los hombres, los grandes bosques escalando la pendiente, los términos lejanos de techos agrupados, de aguabrillante, de niebla azul de calor.—¡Qué hermosura! ¡Qué tranquilidad! exclamaba, señalando al horizonte con un gesto maquinal, á alguien que andaba detrás de él, con un crujido de botas nuevas.

¡De cuánto desprecio fué inundado el incorrecto Vedrine, y con él el paisaje y todo el cielo! Porque el príncipe de Athis era así, despreciaba como nadie: despreciaba con los ojos, aquellos famosos ojos cuyo brillo no había podido sostener Bismarck; despreciaba con su gran nariz caballar, con su boca de bordes caídos, y despreciaba sin saber por qué, sin ha-

blar, sin escuchar, sin leer ni comprender nada; y su fortuna diplomática, sus éxitos femeninos y mundanos, se debían á aquel desprecio altanero.

En el fondo, el tal Samy, era una cabeza de cencerro hueca, un fantoche recogido de la caja de lo que se tira, por la compasión de una mujer inteligente, y entre las conchas de las ostras de los restaurants nocturnos; fantoche que ella había incorporado y alzado, dándole la idea de lo que debía decir, y mejor de lo que debía callar, sugiriéndole sus gestos, sus acciones, hasta el día en que, viéndose en la cima, rechazó de un puntapié el escabel, que ya no le servía de nada.

Por punto general, el mundo encontraba esto muy bien; pero Vedrine no pensaba lo mismo, y la frase aplicada á Talleyrand «media de seda llena de lodo» le venía á la mente, viendo andar majestuosamente á aquel personaje de tanta altanería y corrección tan digna.

No cabía duda que era una mujer de talento aquella Duquesa, que para disimular la nulidad de su amante, le había hecho académico y diplomático, revistiéndole con estos dos domi-



nós superpuestos del Carnaval oficial, tan viejos de trama uno como el otro, á pesar del prestigio ante el cual se inclina la sociedad todavía. Lo que Vedrine no acababa de comprender es cómo la Duquesa había podido amar á aquel hombre grotesco y huero, de alma dura. ¿Por el título de Príncipe? Su familia era tan noble como la suya. ¿Sería el *chic* inglés, la levita marcando sus hombros de ahorcado, el pantalón, cuyo color verdoso daba una nota tan fría entre las ramas? Entonces habría que creer á Pablo Astier, cuando censuraba el gusto de la mujer, por lo bajo, por lo física ó moralmente deforme.

El Príncipe llegó hasta la barrera de metro y medio que separaba el camino del prado, y ya fuera desconfianza de sus piernas aflautadas, ya fuese que encontrase el ejercicio incorrecto para un hombre tan importante como él, dudó, cohibido principalmente por la presencia del artista, que sentía detrás de sí. Al fin se resignó á dar la vuelta hasta la puerta de madera.

El otro entornaba sus ojuelos:

—Anda, anda: por más que cojas el camino



más largo, tendrás que llegar á esa casa blanca, y ¡quién sabe si allí cobrarás el justo salario de tus tunantadas, porque en definitiva todo se paga!

Y satisfecho su espíritu por este soliloquio, sin apoyar siquiera la mano en la cerca, la saltó con salto tan vigoroso como incorrecto, yendo á unirse al grupo de los testigos, ocupados en tirar á la suerte las espadas y el sitio.

A pesar de la seriedad y de la gravedad de las cabezas, viéndoles inclinados sobre el azar de la moneda, corriendo para recogerla y ver si era cara ó cruz, parecían estudiantes grandes haciendo novillos, pero estudiantes con arrugas y con el pelo ya gris.

Durante la discusión de un golpe dudoso, Vedrine oyó á Astier que le llamaba en voz baja, mientras se quitaba la levita y desocupaba los bolsillos detrás de la casita, con la sangre fría más perfecta.

—¡Que chochea el General! ¿Estar al alcance de nuestras espadas para impedir una desgracia? No quiero esto, ¿sabes? Esto no es un duelo de novatos; somos dos viejos...

Se burlaba, pero apretaba los dientes, con la mirada feroz.

—¿Cosa seria? le preguntó Vedrine.

—Todo lo más serio.

—Es curioso: ¡me lo figuraba!

Y el escultor fué á hacer esta declaración al General, Brigadier de caballería: todo él estirado desde el tacón hasta sus orejas de Fauno, un tanto de color encendido, como las de Freydet. Tornáronse rojas, como si la sangre rezumase.

—Convenido, señor. Perfectamente serio.

Sus palabras silbaban como latigazos. Samy, á quien el doctor Aubouis ayudaba á doblar la manga de la camisa, ¿las oyó? ¿O bien fué por la aparición del flexible, felino y vigoroso joven, que avanzaba, desnudo el cuello, y los brazos redondos como de una mujer, la mirada sin compasión? Sea como fuese, el hecho es que, habiendo venido no más que para quedar bien ante el mundo, y sin sombra de preocupación, aquel *gentleman*, que sabía lo que valen dos buenos testigos, y que no asistía á su primer duelo, cambió bruscamente de fisonomía, que se puso del color de tierra, y sintió, como si se le desenrajase la mandíbula, la mueca horrenda del miedo. A pesar de esto, se puso valientemente en guardia.

—¡Adelante, señores!

Sí, todo se paga; lo sintió íntimamente ante aquella punta implacable que le buscaba, le tentaba desde lejos, que parecía respetarle acá ó allá, para darle más seguramente. Quería matarle: de fijo. Y mientras se defendía con su gran brazo enflaquecido, entre el chasquido de los hierros, sintió por vez primera remordimientos por el cobarde abandono de su querida, que le había recogido del lodo y le había colocado en el mundo; el sentimiento de la justa cólera de aquella mujer, que no debía ser extraña al peligro que le rodeaba y que á su alrededor parecía levantar una tempestad, haciendo girar y retroceder como en sueños el cielo agrandado alrededor de su cabeza, las siluetas asustadas de los testigos, de los médicos, y los gestos azorados de los mozos de mulas echando á golpes de gorra á los caballos juguetones que querían acercarse para ver.

De pronto, unas voces violentas, brutales, se oyeron:

—¡Basta, basta! ¡Detenéosl

¿Qué ha pasado? El peligro se ha alejado, el cielo ha recobrado su inmovilidad, las cosas

su color y su lugar acostumbrado; pero á sus pies, en el suelo removido y pateado, hay un ancho charco de sangre que ennegrece la tierra amarilla, y en él Pablo Astier caído, con el desnudo cuello atravesado de parte á parte, sangrando como un cerdo.

En el silencio de consternación de la catástrofe, la pradera deja oír á lo lejos un murmullo de insectos, y los caballos, libres de toda vigilancia, agrupados á alguna distancia, alargan su hocico con curiosidad hacia aquel cuerpo inmóvil de vencido.

Sin embargo, éste tenía el sentido de la espada: sus dedos, sólidamente incrustados en el puño, hacían flotar, caer, silbar y estirarse la hoja, mientras que el otro, enfrente de él, no tenía en las manos más que un débil y asustado asador.

Entonces, ¿cómo ha sucedido?

Los testigos dirán, y luego lo repetirá todo París, tomándolo de los periódicos, que Pablo Astier, tirándose á fondo, ha resbalado y se ha atravesado él mismo; todo muy preciso y con muchos detalles; pero, en las circunstancias graves de la vida, ¿por ventura la precisión

de nuestras palabras no está en razón inversa de nuestras mayores seguridades?

Para los que miran y hasta para los que se baten, algo confuso y velado rodea para siempre aquel momento decisivo en que el destino interviene, y fuera de toda previsión y lógica, da el último golpe, oculto en la nube oscura de que suele rodearse el desenlace de los combates homéricos.

Llevado á una casucha de palafrenero, junto á la cuadra, Pablo Astier, al abrir los ojos después de un largo síncope, vió desde luego, desde la cama de hierro donde estaba tendido, una litografía del príncipe imperial, en la pared, encima de la cómoda, cargada de instrumentos de cirugía; y volviendo á él el sentimiento con la vista de los objetos exteriores, aquella pobre cara melancólica, de pálidos ojos, manchada por la humedad de las paredes, aquella sombría juventud abatida por el destino, le entristecieron como un mal presagio.

Pero su alma, llena de ambición y de astucia, no carecía de valor, y levantando penosamente la cabeza, aprisionada por las vendas, preguntó con voz cambiada, pero siempre burlona:

—¿Herida, ó picadura, doctor?

Gómez, que estaba preparando unas hilas fenicadas, le impuso silencio con un gesto.

—Picadura: ¡tiene usted la gran sombra! Pero no ha faltado ni esto...

A Pablo volvióle el color, y los ojos le brillaron.

¡Es tan bueno no morirse!

Y de pronto, vuelta la ambición, quiso saber el tiempo que duraría la cura y la convalecencia.

—Tres semanas, un mes, dijo el doctor negligentemente, algo desdeñoso, muy divertido, pero en el fondo vejado, como si le hubieran herido al través de la piel de su cliente.

Pablo, con la vista en la pared, calculaba. Athis se habría marchado, y Colita casado antes que él se pudiera levantar.

En fin, asunto perdido. A otro.

La puerta abrióse, llenando la casucha una gran oleada de luz. La vida... el sol...

Vedrine, que volvía con Freydet, se acercó á la cama, tendiéndole alegremente la mano:

—¡Nos habías asustado!

Quería á su amigo realmente, como se quiere á un objeto de arte precioso.

—Sí, asustado, decía el vizconde de Freydet, enjugándose el sudor, rápidamente tranquilizado.

Momentos antes, lo que había visto por tierra, bañado en sangre, era todo lo suyo, su elección, sus esperanzas académicas. Nunca el viejo Astier hubiera querido trabajar por un hombre mezclado en catástrofe semejante. Y sin embargo, Freydet tenía buen corazón; pero la idea fija de su candidatura le imantaba como una aguja de brújula que, sacudida en todos sentidos, volvía siempre á su polo académico.

Y en tanto que el herido sonreía á sus amigos, algo avergonzado de verse tendido allí, él, el astuto, el fuerte, Freydet no paraba de hablar, extasiado, de la corrección de los testigos con quien acababa de convenir el acta, la corrección del doctor Aubouis, ofreciéndose á quedarse con su colega, y la corrección del Príncipe, que se fué en el landó, dejando á Pablo, para llevarle á su casa, el coche con buenos muelles



y un caballo, que le llevaría hasta su misma casa. ¡Oh, correctísimo!

—¡No está poco pesado con su corrección! dijo Vedrine al ver la mueca que Pablo no había podido contener.

—¡Es una cosa extraordinaria! murmuró Pablo con la voz vaga del que sueña. ¡De modo que era él, y no el otro, el pálido fantasma ensangrentado que se veía al lado del médico, detrás del vidrio del cupé, volviendo al paso!

Un golpe perdido... De pronto se incorporó, á pesar del médico; sacó de su cartera una tarjeta, en la que escribió de prisa y con lápiz inseguro:

«La muerte es tan pérfida como los hombres. He querido vengarla á usted. No he podido.» Firmó, releyó, reflexionó, tornó á leer, y después de meterla en un sobre viejo hallado entre el polvo de la cómoda, escribió encima: *Duquesa Padovani*, y rogó á Freydet que la llevase lo antes posible.

—Dentro de una hora estará hecho, querido Pablo.

Dijo:—«Gracias, hasta la vista,» con un

gesto; se estiró, cerró los ojos y se quedó mudo y sin moverse hasta la marcha, escuchando á su alrededor en la pradera bañada por el sol, el inmenso rumor de insectos que le parecía el primer golpe de la fiebre que empezaba, mientras que con los párpados cerrados seguía el enredo de la nueva intriga, tan diversa de la anterior, y milagrosamente improvisada, en plena derrota, sobre el mismo campo.

¿Era realmente una improvisación? El ambicioso muchacho podía engañarse, porque frecuentemente se nos esconde el móvil de nuestras acciones, perdido y oculto entre todo lo que en nosotros se agita en las horas de crisis, como entre la multitud desaparece el agitador que la ha puesto en movimiento.

Un ser es una multitud. Múltiple como ella, y como ella muy complejo, tiene los mismos impulsos desordenados y confusos. Pero el agitador está siempre presente, y por violentos y espontáneos que nos parezcan nuestros movimientos, han sido siempre preparados, como lo son los de un motín en la calle.

Desde el día en que Gavaux en la terraza del

hotel Padovani habló de la Duquesa al joven guardia noble, se le había ocurrido a Pablo Astier la idea de que, si le faltaba la señora de Rosen, le quedaría la hermosa Antonia.

La antevíspera pensaba en ello en la Comedia francesa, viendo al conde Adriani en el palco de la Duquesa; pero todavía vagamente, porque todo su esfuerzo se dirigía á otro lado y creía en la posibilidad del triunfo. En cuanto vió el juego definitivamente perdido, su primera idea, al volver en sí, fué la Duquesa. Y así, casi contra su voluntad, esta resolución tomada de pronto, fué el nacimiento de algo que había germinado en él sorda y lentamente.

«He querido vengarla, y no he podido.»

Evidentemente, siendo buena, violenta y vengativa como él sabía que era aquella á quien los corsos llamaban Mari'Anto, estaría á la cabecera de su cama á la mañana siguiente.

Y luego era cuenta suya lograr que no se apartase de allí.

Volviendo los dos en el landó, que había pasado delante del cupé de Samy, obligado á marchar con lentitud á causa del herido, Vedrine y

Freydet filosofaban ante los cojines vacíos donde estaban las espadas de duelo, envueltas en su funda de tela verde.

—¡No hacen tanto ruido como á la ida esas malditas bestias! dijo Vedrine dando á las tajantes con la punta del pie.

Freydet reflexionó en voz alta:

—Es verdad que son las suyas.

Y volviendo á tomar el aire correcto y de importancia del testigo, añadió:

—Lo habíamos ganado todo, sitio, armas... y con ello un tirador de primera fuerza. Como él dice, es cosa extraordinaria.

Cesaron de hablar un momento, distraídos ante la riqueza del río encendido por el sol poniente, en grandes franjas de oro, verde y púrpura.

Atravesaron el puente y las calles, siguiendo por la de Boulogne al hotel.

—En fin, sí, repuso Vedrine, como si la conversación no hubiese sido cortada por largo silencio; con todas las apariencias del éxito, ese muchacho tiene muy mala suerte. Van ya muchas veces que le veo luchando con la vida, en

circunstancias que son piedras de toque del destino de un hombre y que le hacen sudar toda la suerte que tiene bajo la piel. Pues bien: a pesar de sus cálculos y sus combinaciones, y de pensar en todo, y de preparar maravillosamente la paleta, en el último instante siente crujir algo que, si no le derriba del todo, por lo menos le impide llegar donde él quiere. ¿Por qué? Quizás únicamente porque tiene la nariz torcida; fijate en que estas desviaciones son casi siempre indicios de espíritu falso, de una dirección poco recta... Algo como un timón torcido.

Les divirtió la idea y siguieron hablando de la buena suerte y de la mala sombra. Vedrine contó un hecho notable que había ocurrido casi en presencia suya, durante su estancia en Córcega, en casa de los Padovani.

Era en Barbicaglia, á orillas del mar, precisamente enfrente del faro de los Sanguinarios. Había en este faro un guarda viejo, buen empleado y próximo á la jubilación. Una noche, estando de guardia, el pobre viejo se duerme, descabeza el sueño cinco minutos, no más, y con la pierna estirada detiene la linterna giratoria que cada minuto había de cambiar de co-

lor. Precisamente en aquel mismo instante el Inspector general, haciendo en un *aviso* del Estado su visita anual, se sorprende al pasar enfrente del faro, viendo una luz fija: manda parar, observa, y al día siguiente una chalupa lleva á la isla un guarda nuevo, con la notificación de la cesantía del pobre torrero.

—Creo, decía Vedrine, que es un ejemplo de mala suerte la conjunción nocturna en el tiempo y en el espacio de aquella visita de inspección y de aquel corto sueño de vigilante.

Y con un gran gesto señalaba por encima de la plaza de la Concordia, donde llegaba entonces el coche, un ancho trozo de cielo de un verde sombrío, donde aparecían aquí y allí nacientes estrellas, visibles en el crepúsculo.

Unos momentos después el landó entraba en la corta calle de Poitiers, ya sombría, y se detenía ante el portal, lleno de escudos, del hotel Padovani, con todas sus persianas bajadas y el ruido de pájaros volando por los árboles del jardín.

La Duquesa había salido de campo para Mousseaux.

Freydet dudó un momento, con el sobre en la mano. Preparado para ver á la bella Antonia, hacer una conmovedora descripción del duelo y quizá deslizar una palabra sobre su próxima candidatura, ahora no sabía si dejar la carta ó llevarla dentro de tres ó cuatro días, al volver á Clos-Jallanges.

Al fin se decidió á dejarla, y volviendo al coche:

—¡Pobre muchacho! dijo: ¡tanta prisa como tenía!

—Indudable, dijo Vedrine, en tanto que el landó les llevaba á la cita, para firmar el acta, por los muelles, donde empezaban á brillar simétricas luces amarillas. Indudable. No sé lo que encierra esa carta; pero para que Pablo la haya escrito en momentos tales, debe ser algo muy sutil y muy fuerte; un gran golpe. Pero ¡ya ves! mucha urgencia; mas la Duquesa ha salido.

Y torciéndose gravemente la punta de la nariz entre dos dedos, añadió:

—¿Lo ves? Es esto.

Los disgustos íntimos de los señores Astier cesaron un tanto con la estocada que puso á su hijo á las puertas de la muerte. Removido hasta el fondo de sus entrañas de padre, Leonardo se enterneció y perdonó. Por otra parte, como durante tres semanas la señora Astier, constituida en enfermera, no estuvo en su casa de la calle de Beaune más que de paso, para coger ropa blanca ó cambiar de traje, se evitó el peligro de las alusiones y los reproches encubiertos y las medias palabras que, hasta después del perdón y de hechas las paces, hacen retoñar las riñas de la vida conyugal.

Restablecióse Pablo y salió para Mousseaux, llamado por urgente invitación de la Duquesa, lo cual acabó de reconciliar á la perfecta pareja



académica, ó por lo menos hizo que volviese la temperatura igual de tierra fría. Luego vino la instalación en el Instituto, en el empleo y en el cuarto del difunto Loisillón, cuya viuda, nombrada directora de la escuela de Ecouen, marchándose en seguida, permitió que el nuevo Secretario perpetuo hiciese la mudanza casi al día siguiente de su elección.

No fué muy larga la instalación en aquel cuarto, por tanto tiempo envidiado, escudriñado, vigilado, esperado y conocido en todos sus detalles más insignificantes y en todas sus ventajas y pormenores.

Viendo la precisión con que los muebles de la calle de Beaune ocupaban sus sitios respectivos, parecía aquello una vuelta del campo, en la que los muebles se instalaban y como que se incrustaban por sí mismos en su habitual sitio, dentro de las líneas marcadas por el papel de las paredes.

Nada de mejoras: se limpió un poco el cuarto en que murió Loisillón, y se cubrieron con papel nuevo las paredes del viejo salón de Villemain, del cual hizo Astier-Rehu su despacho,

para gozar del silencio y de la luz del patio.

Al lado había un cuartito alto y muy claro, donde guardó sus autógrafos, trasladados en tres viajes en un coche con ayuda de Fage, el encuadernador.

Cada mañana le proporcionaba una delectación nueva aquel *archivo*, casi tan cómodo como el del Ministerio de Negocios extranjeros, y en el que podía entrar sin encorvarse, sin subir la escalera de su cuchitril de la calle de Beaune, que no podía recordar sin cólera, por aquel sentimiento tan natural de odio á los sitios donde se ha sufrido; ese odio que dura y no perdona. Cabe reconciliarse con los seres sujetos á cambio y que presentan diversos aspectos; nunca con las cosas, eternas en su inmovilidad de piedra.

En la alegría de la mudanza, Astier-Rehu pudo olvidar sus cóleras, las culpas de su mujer, hasta su odio á Teyssedro, autorizado para venir todos los miércoles, como en la casa vieja; pero no más que con pensar en la jaula donde éste le obligaba á refugiarse un día á la semana, el historiador hacía crujir su mandíbula saliente...; reaparecía *Cocodrilo*.

¡Y pensar que á Teyssedro el honor de limpiar los suelos del Instituto, del palacio Mazarino, le dejaba frío y le impresionaba tan poco, que seguía removiéndolo la mesa y los papeles y los innumerables dictámenes del Secretario perpetuo, con la misma tranquila arrogancia del ciudadano de Riom ante un vulgar «Chauvagnat!»

Astier-Rehu, molestado, pero sin atreverse á confesarlo, por ese desdén aplastante, trataba á veces de hacer comprender á aquel bruto la majestad del sitio en que trabajaba.

—Teyssedro, le dijo un día. Este es el antiguo salón del gran Villemain. Se lo recomiendo á usted.

Y al mismo tiempo, para apaciguar al terrible auvernés, dijo cobardemente á Corentina:

—Dale un vaso de vino á ese buen hombre.

Corentina, estupefacta, llevó el vaso de vino, que el limpiasuelos bebió de un sorbo, apoyado en su escoba, los ojos dilatados por la alegría: después se enjugó los labios en la manga, y dejando en la mesa el vaso vacío, en que se notaba la huella de su lengua golosa, dijo:

—Vea usted, *siñor Achtier*; ¡un vaso de

vino fresco! No hay en la vida nada mejor.

Y su voz vibraba con tal acento de verdad, mostrando tal bienestar, que el Secretario perpetuo entró en su archivo cerrando con fuerza la puerta, en un raptó de mal humor.

Porque, en último término, no valía la pena de haber sudado tanto, haber salido desde tan bajo para llegar tan alto, al *summum* de la gloria literaria, y ser el historiador de la *Casa de Orleans*, la clave de la bóveda académica, para ver cómo un vaso de vino fresco podía ser para un rústico el equivalente de todo esto. Pero al poco rato, oyendo al limpiasuelos hablar con Corentina y decir «que se le importaba tres pitos del antiguo salón de Villemain,» Leonardo Astier se encogió de hombros, y su envidia anterior se deshizo ante tanta ignorancia, transformándose en una profunda y benigna compasión.

En cuanto á la señora Astier, que había crecido y se había educado en el Instituto, y que volvía á encontrar un recuerdo de la infancia en cada losa del patio, en cada escalón de la venerable y polvorienta escalera B, le parecía que,

después de una corta ausencia, había vuelto á su casa. Por esto saboreaba mejor que su marido las ventajas materiales de las instalaciones, el no tener que pagar alquiler, ni luz, ni leña, una gran economía para las recepciones del invierno, sin contar el sueldo más crecido y las altas relaciones y las buenas influencias, sobre todo para su Pablo y para obtener encargos de obras.

Antes, cuando la señora Loisillón celebraba los encantos del cuarto, no dejaba de decir:

—En él he recibido hasta á Soberanos.

—Sí, en el cuarto excusado, contestaba agriamente Adelaida, estirando su largo cuello.

Efectivamente; los días de gran sesión, larga y cansada, no era raro ver á alguna alta dama, una princesa real de viaje, ó señora de mucha influencia en los Ministerios, que subía á hacer á la mujer del Secretario perpetuo una corta visita interesada. A hospitalidades de este género debía la señora Loisillón su puesto actual de directora, y la señora Astier no había de ser tan tonta que no supiese sacar partido del lugar más común... de su cuarto.

Una cosa la mortificaba en su actual triunfo,

su riña con la Duquesa, que la impedía ir con Pablo á Mousseaux; pero llegó oportunamente de Clos-Jallanges una invitación que le acercaba á su hijo, por la vecindad de los dos castillos, y esperó volver poco á poco á reanudar las amistades con la bella Antonia, hacia la cual sentía retoñar el antiguo afecto, viéndola en tan buena armonía con su Pablo.

Leonardo, á quien retenían en París su empleo y el trabajo de Loisillón, retrasado de muchos meses, dejó marchar á su mujer, prometiendo ir de vez en cuando á pasar algunos días con sus amigos; pero en el fondo decidido á no alejarse de su caro Instituto. ¡Se estaba allí tan bien y tan tranquilo! Había dos sesiones por semana, que no le costaban más trabajo que atravesar el patio; sesiones de verano, íntimas, familiares, de cinco ó seis académicos de los de la ficha, que medio se dormían bajo la caliente claraboya. El resto de la semana, libertad absoluta, que aprovechaba el laborioso viejo para corregir las pruebas de su *Galileo*, al fin terminado, y pronto para publicarse á entrada de estación, y además una segunda edición de su

*Casa de Orleans*, enriquecida con nuevos documentos que duplicaban su valor.

El mundo envejece: la Historia, esa memoria de la humanidad, sometida como tal á todas las enfermedades, debilidades y lagunas de la memoria, debe siempre apoyarse en textos y en documentos originales, refrescándose, y subiendo á las fuentes, sopena de errar ó repetirse. Por esto sentía Astier-Rehu un gran orgullo y una cierta dulzura en las ardientes tardes de Agosto al releer en las pruebas toda aquella documentación segura y original, antes de devolverlas al editor Petit Séquard, con la portada, en que por vez primera, debajo de su nombre, figuraba la inscripción de *Secretario perpetuo de la Academia Francesa*; título al cual sus ojos no se habían acostumbrado todavía, y que le deslumbraba siempre, como le deslumbraba el patio iluminado por el sol, al cual daban sus ventanas, el inmenso segundo patio del Instituto, recogido, majestuoso, apenas alterado por algunos chillidos de los gorriones ó de las golondrinas, y cuya solemnidad aumentaba un busto en bronce de Minerva, y las diez columnas alineadas junto á la pared del fondo, domi-

nada por la gigantesca chimenea de la vecina Casa de la Moneda.

A las cuatro, cuando la sombra empezaba á alargar el casco de la diosa, se oía resonar en las piedras del patio el paso seco y nervioso del viejo Juan Rehu.

Vivía encima de los Astier, y salía con regularidad todos los días á dar un largo paseo, acompañado, pero á regular distancia, por un criado cuyo brazo se obstinaba en no aceptar. Cada día más sordo, y cerrado á todo por la influencia del verano, que aquel año era muy caliente, sus facultades se debilitaban, principalmente la memoria: se enredaba en las narraciones y se perdía á través de sus recuerdos, como el viejo Livingstone en las marismas del África Central, dando vueltas hasta que se le ayudó. Como esto le humillaba y le ponía de mal humor, apenas hablaba con nadie, y monologaba al andar, señalando con una parada brusca y un movimiento de cabeza el fin de cada anécdota, y el inevitable: «Yo lo he visto esto, yo.»

Por otra parte, siempre erguido, conservando de los tiempos del Directorio la afición á las



bromas, divertíase en privar de vino ó de carne, y en someter á un régimen imposible, á la multitud de badulaques rabiosos por vivir, que le escribían diariamente para saber á qué higiene debía su prodigiosa longevidad; y mientras á unos les sujetaba á las legumbres y á los otros á la leche, ó á la sidra, ó á los mariscos, no se negaba nada, bebía vino sin agua en su almuerzo, siempre acompañado de siesta, y por la noche con un buen paseo que Leonardo Astier sentía encima de su cuarto.

Así pasaron desde la instalación del Secretario perpetuo, dos meses, Agosto y Septiembre, llenos de paz, dichosos y fecundos, con una alegría que quizá Leonardo no había saboreado en su larga existencia.

La señora Astier, todavía en Clos-Jallanges, hablaba de próxima vuelta: ya el cielo de París se manchaba con las primeras brumas; regresaban algunos académicos; y ya las sesiones eran menos íntimas, y en las horas de trabajo en el antiguo salón de Villemain, Leonardo Astier no tenía necesidad de cerrar sus persianas á la soleada ardiente del patio.

Una tarde estaba en su mesa, é iba á escribir al vizconde Freydet buenas noticias sobre su candidatura, cuando la vieja campanilla de la puerta sonó con violencia.

Corentina había salido, y fué á abrir la puerta él mismo, sorprendido al encontrarse con el barón Huchenard y Bos, el archivero-paleógrafo, que entró en el despacho, lívido, los brazos en alto, gimiendo con su barba roja y su cabellera virgen.

—Los documentos son falsos. Tengo la prueba, la prueba.

Astier Rehu, que se quedó un momento sin comprender, miró al barón, que se puso á mirar al techo, y luego, cuando entre los lamentos del paleógrafo llegó á comprender que se trataba de negar la autenticidad de los Carlos V, vendidos por la señora Astier y revendidos por Bos á Huchenard, sonrió con orgullo y dijo que estaba dispuesto á reembolsar el valor de los tres autógrafos, cuya integridad y legitimidad nadie, absolutamente nadie, podía poner en duda.

—Permítame usted, señor Secretario perpetuo, que llame su atención...

Y el barón Huchenard, mientras hablaba,

desabrochó su levita, sacó de un ancho sobre los tres pergaminos lavados, desconocidos, pasados de un tono de humo al blanco absoluto, y dejando ver en cada uno de ellos, legible y limpia en medio de la página, al pie de la firma de Carlos V, esta marca:

B. B.

*Angulema.*

1836

—Ha sido el químico Delpech, nuestro sabio colega de la Academia de Ciencias...

Pero estas explicaciones sólo llegaban como un rumor confuso al pobre Leonardo, que se había puesto pálido, exangüe hasta la punta de sus gruesos dedos, entre los cuales temblaban los tres autógrafos.

—Tendrá usted los veinte mil francos en casa esta noche, señor Bos, pudo articular con lo poco que le quedaba de saliva en la boca.

Bos exclamó humildemente:

—El señor Barón me había dado veintidós mil...

—¡Veintidós mil! Bueno, dijo Astier-Rehu, que sacó fuerzas de flaqueza para acompañarles hasta la puerta; pero en la oscuridad de la antecámara detuvo á su colega de la Academia de Inscripciones, y con voz humilde imploró su silencio sobre aquel desdichado asunto, por el honor de la Academia.

—Con mucho gusto, caro maestro; pero con una condición...

—Diga usted, diga usted.

—Recibirá usted dentro de un rato una carta en que me presento para el sillón vacante de Loisillón.

Un vigoroso apretón de manos fué la concesión del Secretario perpetuo, comprometiéndose por sí y por sus amigos.

Se quedó solo el desdichado, y se dejó caer ante la mesa llena de pruebas, sobre las que se destacaban las cartas á Rabelais. Las leyó maquinalmente, medio tonto: *Maestro Rabelais, cuyo espíritu sutil y fino...*

Las letras bailaban en torbellino en la tinta descompuesta en grandes manchas de sulfato de hierro, que veía subir y llegar hasta su

colección, todos sus diez ó doce mil autógrafos, todos ¡ay! del mismo origen... Y puesto que estas tres eran falsas... entonces su *Galileo*, su *Casa de Orleans*, y su carta de Catalina II regalada al Gran Duque... y la de Rotrou, que había regalado públicamente á la Academia... Entonces... Un horrible esfuerzo de voluntad le puso de pie... ¡Fage! Ante todo había que ver á Fage.

Sus relaciones con el encuadernador llevaban algunos años de fecha: databan de un día en que el hombrecillo había ido al archivo de Negocios para pedir el parecer del ilustre y sabio director sobre una carta de María de Médicis al Papa Urbano XIII, en favor de Galileo. Precisamente Petit-Séquard, en una serie de compendios de historia recreativa, había anunciado un *Galileo* por Astier-Rehu, de la Academia Francesa. Por esto, cuando con su gran experiencia hubo reconocido y afirmado la autenticidad del documento, y cuando supo que Fage poseía también la contestación del Papa Urbano, una carta de Galileo dando las gracias á la Reina y otras muchas, le vino la idea de hacer un

buen libro de historia, en vez del compendio.

Pero al mismo tiempo, presa de un escrúpulo de hombre honrado sobre el origen de los documentos, miró al aborto cara á cara, escudriñó con tanta minuciosidad como si fuese un documento autógrafo aquella cara blanzuca y sus párpados rojizos y caídos, y luego, con un severo cerrar de quijada, preguntó:

—¿Estos manuscritos, Sr. Fage, son suyos?

—¡Ah, no, caro maestro! Yo no soy más que el intermediario de una persona, una anciana dama noble, obligada á deshacerse pieza por pieza de una riquísima colección que obra en la familia desde el tiempo de Luis XVI. Item más: no he querido mezclarme en el asunto sino después de saber el parecer de un sabio íntegro é ilustre entre todos; pero ahora, con la aprobación del maestro, pienso dirigirme á algún coleccionista rico... el barón Huchenard, verbigracia.

Astier-Rehu le interrumpió:

—Es inútil: tráigame usted todo lo que haya sobre Galileo. Sé dónde colocarlo...

Llegaba gente que se sentaba junto á las mesitas, el público de los archivos, curioso y escudri-

ñador, siluetas silenciosas y blancuzcas de obreros de catacumbas, oliendo á moho, á exhumación.

—Arriba, en mi gabinete... aquí no, murmuró el archivero al oído del jorobado, que se marchó, enguantado, lleno de pomada, con la raya que le partía la frente, y con el orgullo y la suficiencia que son frecuentes en los jorobados.

La colección Mesnil-Case, que era el nombre de la dama, revelado por Albino Fage bajo el más absoluto secreto, era un tesoro, un tesoro inagotable de documentos de los siglos XVI y XVII, variados, curiosos, iluminando el pasado con luz nueva y echando abajo, á lo mejor, con una palabra ó una fecha, las ideas admitidas sobre hechos y sobre nombres.

Por costosos que fuesen, Leonardo Astier no dejó escapar ninguno de dichos documentos, que casi siempre tenían algo que ver con sus trabajos ó sus planes.

Todo esto, sin la menor sombra de duda sobre los cuentos del hombrecillo; sobre aquellos fajos de autógrafos que, según él, se llenaban de polvo en la buhardilla del viejo palacio de Menilmontant.

A veces alguna observación venenosa del príncipe de los coleccionistas de autógrafos despertaba en él una sospecha; pero desaparecía ante la sangre fría del encuadernador instalado en su taller ó preparando una ensalada en la quietud del gran claustro verdeante, y, sobre todo, ante la explicación natural que daba de algunas raspaduras que se notaban, debido á lo que sufrió la colección Mesnil-Case al pasar el mar cuando la emigración.

Tranquilizado y confortado, Astier-Rehu cruzaba el patio del Tribunal de Cuentas con paso vivo, sacando de cada visita una nueva adquisición y dejando un *cheque* de 500, 1.000 y hasta 2.000 francos, según la importancia del documento histórico.

En el fondo, á pesar de lo que á sí mismo se decía para tranquilizar su conciencia por aquellas prodigalidades que ninguno de los que le rodeaban sospechaba todavía, en todo aquello el historiador era lo de menos, y el coleccionador lo principal.

Por sombrío y sordo que fuese el cuchitril de la calle de Beaune donde se cerraba ordinariamente al trato, un observador no se hubiera



engañado. Aquella voz falsamente tranquila, sus labios secos que murmuraban: «A ver, enseñe usted,» el codicioso temblor de los dedos, revelaban la pasión invasora, transformada en manía, el temor duro y egoísta que coge y devora á su víctima en provecho de su desarrollo monstruoso.

Astier se transformaba en el Harpagón clásico y feroz, implacable para sí y para los suyos, haciéndose el pobre y subiendo al imperial de los tranvías, mientras que en dos años 160.000 francos de ahorros pasaban furtivamente al bolsillo del jorobado; y para tener un pretexto á los ojos de la señora Astier, de Corentina y de Teyssedro para las idas y venidas del hombrecillo, el académico le daba á encuadernar expedientes que se llevaba de modo que se viesen bien.

Entre los dos se valían de alusiones, de santo y seña especiales.

Albino Fagé escribía en una tarjeta postal:

—Tengo nuevos cierres que enseñarle; encuadernación del siglo XVI bien conservada y rara.

Leonardo Astier dudaba:



—Gracias. No necesito. Esperemos hasta nuevo aviso.

—No se moleste usted, caro maestro; veré si en otro lado...

A lo cual nunca dejaba de contestar el académico:

—Mañana temprano. No deje usted de llevar los cierres.

Esta era la parte triste de sus goces de coleccionista. Había que comprar, comprar siempre, so pena de ver pasar la colección milagrosa al poder de Bos, ó de Huchenard, ó de otros coleccionistas.

A veces, pensando en el día que le faltara dinero, increpaba al aborto, cuya cara impasible y llena de suficiencia le exasperaba:

—¡Más de 160.000 francos en dos años! ¿Y dice usted que esa señora necesita más dinero? ¿Qué vida lleva esa dama noble?

En aquellos momentos deseaba la muerte de la señora, ó el anonadamiento del encuadernador, ó una guerra, una *Commune*, un gran cataclismo social que se tragase toda la colección Mesnil-Case y á sus encarnizados explotadores.

Pues bien; ahora se acercaba el cataclismo: no el que él hubiese deseado, porque la suerte pocas veces tiene á mano lo que le pedimos, sino un siniestro y brusco desenlace, en el cual podían hundirse su nombre, su fortuna, su gloria, todo lo que él era y lo que tenía.

Y al verle marchando á grandes pasos al Tribunal de Cuentas, lívido, hablando alto, no devolviendo los saludos que otras veces mendigaba hasta el fondo de las tiendas, los libreros del muelle, los negociantes de estampas no reconocían á su Astier-Rehu, que no veía nada ni á nadie.

Imaginariamente cogía al jorobado por el cuello, le sacudía arrugando su hermosa corbata con alfiler de brillantes, y metiéndole en la cara sus *Carlos V*, deshonrados por las manipulaciones de Delpech, le gritaba:

—Y ahora, veamos: ¿qué tiene usted que decir?

Llegado á la calle de Lille, empujó la puerta de tablas desiguales de la empalizada que rodea el palacio, y cruzando el vestíbulo llamó y volvió á llamar, sobrecogido por el lúgubre aspecto del monumento, despojado de sus flores y sus

verduras, las viejas ruinas que se hundían, con fundiendo su herrumbre retorcida y sus enredaderas desnudas.

Un ruido de zapatos se arrastraba por el frío patio: apareció la portera, una mujer gruesa, que sin abrir la verja, y la escoba en la mano:

—¿Viene usted por el encuadernador? le dijo. No hay nada de eso en casa.

El tal Fage se había mudado sin dejar la nueva dirección: precisamente la gruesa portera estaba limpiando la casa para el que venía á sustituirle en el Tribunal de Cuentas, después de la dimisión del encuadernador.

Astier-Rehu, por quedar bien, tartamudeó algunas palabras. Un gran torbellino de pájaros negros cayó en el patio y cubrió su voz con chillidos estridentes y lúgubres, que resonaban en los corredores.

—Oiga las cornejas del hotel Padovani, dijo la mujer como saludando con respeto á los plátanos, cuyas ramas grises asomaban encima de las paredes de al lado. Este año llegan antes que la Duquesa. Señal de que vendrá pronto el invierno.

Astier se fué, lleno el corazón de espanto.

## XII

Al día siguiente de aquella representación en que había querido dejarse ver sonriente después del desastre, dando á las mujeres de la sociedad una gran lección de decencia, la duquesa Padovani había salido para Mousseaux, como acostumbraba todos los años en la misma época. No retiró ninguna de las invitaciones hechas para la temporada; pero antes que llegase la primer serie, en los pocos días de soledad que solía dedicar á preparar minuciosamente la instalación de sus huéspedes, de la mañana á la noche, por aquel parque de Mousseaux que se extendía á lo largo de los collados del Loira, se vió el espectáculo extraño de sus correrías furiosas de animal herido y acosado, deteniéndose un momen-

to, rendida por el cansancio, para proseguir en seguida, como empujada por el dolor:

—¡Cobarde, cobarde! ¡Canalla!

Increpaba al ausente como si estuviera á su lado, como si la siguiese con el mismo paso febril por aquellas revueltas de caminos sombreados que bajaban hasta el río. Dejaba de ser Duquesa y mujer del gran mundo, desenmascarada, al fin humana, entregándose á su desesperación, no tan grande quizá como su cólera, porque el orgullo gritaba en ella más que nada, y las pocas lágrimas que humedecían sus pestañas no corrían, sino que brotaban como puntas de fuego.

¡Vengarse, vengarse! Buscaba algo sangriento, y á lo mejor se imaginaba á uno de sus guardas, á Bertoli ó á Salviato, yendo allí á clavarle una bala en la frente el mismo día de la boda.

Pero luego... ¡no! dar ella misma, sentir en su mismo brazo el deleite de la *vendetta*... Y envidiaba á las mujeres del pueblo que aguardan á su hombre detrás de una esquina, y le arrojan á la cara un frasco de vitriolo, vomitando palabras espantosas. ¡Ah! ¡Si ella supiese

una de esas cosas abominables que alivian, una injuria innoble que lanzar al traidor y vil amigo, que siempre veía con su mirada vaga, la sonrisa falsa y penosa del último día que se vieron! Pero ni siquiera en su dialecto corso de la isla Roja sabía «malas palabras» y después de gritar: «¡Cobarde, cobarde! ¡canalla!» su hermosa boca se retorció de impotencia y de rabia.

Por la noche, después de la comida solitaria en la inmensa sala tapizada de cuero viejo que doraba el sol poniente, volvía á su correría de bestia fiera por la galería abierta sobre el río y tan curiosamente restaurada por Pablo Astier, respetando el encaje delicado de los arcos y las dos torrecillas.

Por debajo, el Loira, ancho como un lago, conservaba de la luz moribunda del día una palidez de plata fina en la que se espaciaban, hacia Chaumont, los islotes de arena del río lento, en aquella suave atmósfera; pero no era el paisaje lo que miraba la pobre Mari'Anto cuando, cansada de vagar, perseguida por sus penas, apoyaba los codos en el muro, la vista vaga... Lo que veía era su existencia perdida,

devastada; y esto á una edad en que es difícil volver á empezarla.

Rumor de voces subía á Mousseaux, de algunas casas agrupadas á lo lejos, junto á la orilla; el cable que amarraba una barca rechinaba en medio de la noche fresca. ¡Cuán fácil la sería, no más que acentuando un poco su movimiento desesperanzado, echándose adelante...! Pero ¿qué diría el mundo de una mujer de su edad y de su rango, suicidándose como una modista abandonada?

Al tercer día llegó la carta de Pablo Astier, y al mismo tiempo, en los periódicos, el acta detallada del desafío. Sintió como el calor sabroso de un abrazo. Había todavía uno que le amaba, que había querido vengarla á costa de su vida: no era esto á sus ojos el amor, sino una afección de gratitud, el recuerdo de los favores hechos á aquel joven y á los suyos, y quizá el deseo de reparar la actitud traidora de la madre. Pero así y todo, ¡qué noble y valiente joven! En París hubiese ido á verle en seguida, pero ya los invitados anunciaban su visita: no pudo hacer más que escribirle y enviarle su médico.

Uno tras otro iban llegando sus huéspedes



unos por Blois y otros por Onzain, por estar Mousseaux á igual distancia de las dos estaciones; y el landó y la *charrette* y dos grandes *breaks* llevaban hasta el vestíbulo del patio de honor, donde resonaban los avisos del timbre de la verja, á diplomáticos y académicos, al conde y la condesa de Foder, á los Bretigny, al conde y el vizconde, este último Secretario de Embajada; al señor y la señora Desminières; al filósofo Laniboire, que iba al castillo á escribir su dictamen sobre los premios á la virtud; al joven crítico de Shelley, muy empujado por el salón Padovani, y á Danjou, al hermoso Danjou, solo, sin su mujer, invitada también, pero que le hubiera molestado en los proyectos que maquinaba bajo los rizos de un bisoñé recién estrenado.

Desde luego la vida se organizó como en los años anteriores: por la mañana, visitas ó trabajo en las respectivas habitaciones, almuerzo, reunión y siestas; más tarde, cuando cedía el calor, grandes paseos en coche á través de los bosques ó por el río en la ligera flotilla amarrada á un extremo del parque. Se merendaba en una isla, se iba en grupo á levantar las redes

siempre llenas, ya que los guardas cuidaban de llenarlas antes.

De vuelta ya, se vestían todos para la comedia de gran ceremonia, después de la cual fumaban los hombres en el billar ó en la galería para encontrarse luego todos en el espléndido salón que había sido la sala del consejo de Catalina de Médicis.

Grandes tapices ostentaban á lo largo de la enorme sala los amores de Dido y su desesperación ante la huida de las galeras troyanas. ¡Irónica y extraña coincidencia en la que de otra parte nadie reparaba, por lo poco que la gente se fija en las formas exteriores, lo cual no tanto se debe á vicio de los ojos como á la constante y exclusiva preocupación de uno mismo, de la corrección que hay que guardar y del efecto que se ha producido!

Y sin embargo, era perceptible aquel contraste entre el furor de la Reina abandonada, los brazos en alto y los ojos llorosos, y la calma sonriente con que la Duquesa presidía las reuniones, conservando su soberanía sobre las mujeres presentes, cuyos trajes y lecturas presidía, mezclándose en las discusiones de Lani-

boire con el joven crítico y en las luchas de Desminières y de Danjou á propósito de las candidaturas para el sillón de Loisillón, vacante.

Verdaderamente, si hubiese podido verla el príncipe de Athis, aquel traidor Samy, del cual nadie hablaba por lo mismo que todos pensaban en él, algo hubiese padecido su orgullo viendo el poco hueco que su ausencia había producido en la vida de aquella mujer, lo mismo que en aquella casa regia de Mousseaux, agitada y llena de ruido, en toda la cual, de arriba abajo de la larga fachada, solamente estaban cerradas tres persianas, en lo que se llamaba el pabellón del Príncipe.

—Lo ha tomado bien, dijo Danjou desde el primer día.

Y la condesita de Foder, con la punta de la nariz llena de curiosidad, entre un mar de encajes, y la sentimental señora Desminières, preparada para dar el pésame y para oír confidencias, no volvían en sí al ver tanto valor; pero en el fondo les sabía mal como si fuera la suspensión de un espectáculo esperado con ansia. Para los hombres, la serenidad de aquella Ariadna abandonada venía á ser como una in-

vitación á la herencia vacante. Y era esto lo que había cambiado visiblemente en la vida de la Duquesa: la actitud de todos ó casi todos para con ella, una actitud más libre y más cordial, unas ganas de gustarla, un modo de rodear su sillón, que no iban ya dirigidos á su influencia, sino á la mujer directamente.

Verdad es que nunca María Antonia había estado tan hermosa, y su entrada en el comedor, el bulto mate de su tez y de sus hombros en el claro escote de estío, iluminaban la mesa á su alrededor, hasta cuando estaba la marquesa Rocanera, venida de su residencia vecina, al otro lado del Loira. La marquesa era más joven; pero ¿quién, viendo á las dos, lo sospechara? Además, la hermosa Antonia debía á la brusca marcha de su amante el encanto vago, la misteriosa huella del diablo, el atractivo del sitio todavía caliente, en el cual se dejan coger tantos hombres. Este misterioso atractivo lo sufrió con más fuerza el filósofo Laniboire, ponente de los premios á la virtud: viudo, de edad madura, moradas las mejillas, melancólicos los rasgos de su fisonomía, trataba de subyugar á la dueña del castillo desplegando una serie de

atractivos varoniles y de *sport* que le produjeron algunas desdichas. Un día, embarcado, trató de hacer virar la barca á fuerza de hinchar sus biceps, y cayó en el río; otra vez, yendo á caballo al estribo del landó, el caballo le apretó con tal fuerza contra una rueda, que tuvo que guardar cama, lleno de cataplasmas, por muchos días. Lo curioso era verle en el salón *danzando ante el arca*, como decía Danjou, plegando y estirando su gran humanidad, provocando á singular combate dialéctico al joven crítico, pesimista fosco que tenía veintitrés años, y al cual el viejo filósofo aplastaba con su optimismo imperturbable.

Y con efecto, tenía sus razones para encontrar buena y hasta excelente la vida aquel filósofo, cuya mujer había muerto de unas anginas cogidas á la cabecera de la cama de sus dos hijos, que murieron á la vez que la madre. Siempre, después de sus ditirambos en favor de la vida, el hombre acababa la exposición de sus doctrinas con una especie de demostración en el encerado, con un gesto adulator señalando al escote de la Marquesa, como diciendo:

—Ante estos hombros, atrevete á decir que la vida es mala.

El joven crítico, por su parte, hacía la corte á la Duquesa de un modo más sutil, y no del todo malo. Gran admirador del príncipe de Athis, y todavía en la edad candorosa en que se imita lo que se admira, desde su entrada en el gran mundo se había consagrado á copiar la actitud, el aire, hasta los movimientos de cabeza de Samy, su espalda arqueada, su sonrisa vaga y llena de silencio despreciativo. Ahora ya acentuaba la imitación con detalles en el vestir, sorprendidos y recogidos infantilmente, desde el modo de atarse la corbata muy baja, hasta los cuadros pálidos del pantalón de corte inglés.

Por desgracia, tenía demasiado cabello y ni un pelo de barba, por lo cual se perdían todos sus esfuerzos para con la ex querida del Príncipe, tan indiferente á los cuadros ingleses de su pantalón como á las miradas de carnero degollado de Bretigny, hijo, ó á los fuertes apretones de Bretigny, padre, cuando le tomaba el brazo para ir á la mesa. Y sin embargo, todo esto mantenía á su alrededor la atmósfera tibia, galante y llena de admiración, á la cual por

tanto tiempo Athis le había acostumbrado, á fuerza de representar su papel de hombre atento á lo que ella decía. Y por esto el orgullo de la mujer abandonada hacía menos sensible el abandono.

Entre todos estos pretendientes, Danjou afectaba quedarse á un lado divirtiéndose á la Duquesa con sus chismes de bastidores y haciéndola reír, lo cual, para con algunas, á veces da buen resultado. Luego, cuando creyó á la mujer bastante preparada, una mañana en que ésta empezaba su paseo solitario con los perros por el parque, la violenta correría en que sacudía su cólera contra los verdes macizos, llenos del despertar de nidos, y se apaciguaba y refrescaba con la humedad del musgo y el gotear de las ramas, bruscamente, en la revuelta de un camino, se presentó y tentó el golpe.

Vestido con un terno de lana blanca, el pantalón metido dentro de la bota, con su boina, la barba recortada:—buscaba, dijo, el desenlace de una comedia en tres actos que la Comedia le había pedido para el invierno próximo: título, *Las Apariencias*; asunto del gran mundo, muy fuerte. Todo estaba escrito, menos la última escena.

—Pues bien, busquemos juntos, dijo la Duquesa alegremente, chasqueando el látigo de puño corto con silbato de plata que le servía para la jauría.

Pero á los primeros pasos se puso á hablarla de sus amores, de lo triste que se sentiría viéndose sola, y al fin se ofreció, cínicamente, á lo Danjou.

La Duquesa irguióse con un orgulloso y vivo movimiento de cabeza, y apretó el mango del látigo, como si fuese á dar con él al insolente que osaba hablarla como á una figuranta detrás de un bastidor de la Ópera. Pero este ultraje á su dignidad era también un homenaje á su belleza en decadencia, y en el color que tomaron sus mejillas había tanto placer como indignación.

Y él seguía, tratando de deslumbrar con sus frases, afectando tratar la cosa, no tanto como asunto amoroso, sino como alianza de intereses, una asociación cerebral. ¡Un hombre como él!  
¡Una mujer como ella! ¡Los dos conquistarían el mundo!

—Gracias mil, querido Danjou; todos estos argumentos los conozco... Y los lloro todavía...



Y con gesto altanero, sin replicar, señalando al autor el paseo sombrío:

—Busque usted su escena. Yo vuelvo.

Quedóse en el sitio, desconcertado, mirándola andar con aquella tentadora marcha de mujer de largas piernas.

—¿Ni como corzo? preguntó quejumbrosamente.

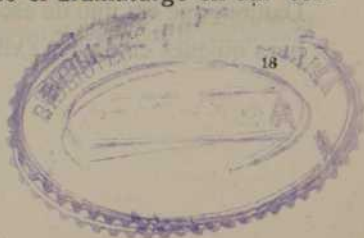
Volvióse, arrugando el negro entrecejo:

—¡Ah, sí, es cierto! El puesto está vacante... Y pensó en Gavaux, en aquel bajo criado á quien había hecho tanto bien. Y sin reír, pero con voz cansada, añadió:

—Bueno: como corzo. Si esto le gusta á usted...

Y desapareció detrás de un alto rosál cuyas flores amarillas, soberbias, muy abiertas, esperaban no más que un soplo de aire para deshojarse.

Ya era mucho que la orgullosa Mari' Anto le hubiese escuchado hasta el fin. Probablemente nadie, ni el mismo Príncipe, le había hablado en aquel tono. Esperanzado y animado, removido por los bellos parlamentos que acababa de improvisar, tardó poco el dramaturgo en dar con su última escena.



Volvíase para escribirla antes del almuerzo, cuando se detuvo admirado de ver entre las ramas las ventanas del cuarto del Príncipe, abiertas de par en par al sol.

¿Para quién? ¿A qué favorito había tocado el honor de aquella venturosa y cómoda instalación con vistas al parque y al Loira? Se tranquilizó: era el arquitecto de la señora Duquesa que había venido á pasar la convalecencia en el castillo.

Sabidos los lazos de intimidad que unían á los Astier con la dueña del castillo, nada más natural que ser recibido Pablo como un hijo de la casa en aquel Mousseaux que en parte era obra suya.

Sin embargo, cuando fué al almuerzo el nuevo huésped, con su bonita cara fría, más pálido por el blanco chal chino que rodeaba su cuello, el duelo, la herida y la idea novelesca que había alrededor de todas estas cosas, pareció que hacía tanta impresión sobre las mujeres, y la misma Duquesa le favoreció con tantos cuidados y tan afectuosas miradas, que el bello Danjou, que era uno de esos terribles envidiosos para quienes cualquier éxito rival les parece un

perjuicio y casi un robo, sintió como una mordedura de celos. Los ojos fijos en el plato, y aprovechando el estar al lado de la Duquesa, empezó en voz baja á reventar al joven, ya bastante afeado por la nariz de su madre; se burló de su desafío, de su herida, de esas reputaciones de sala de armas que una picadura deshinchaba al primer encuentro. Y añadió, no sabiendo lo exacto qué era:

—Por supuesto, que la disputa de juego fué un pretexto... Había una mujer...

—¿Usted cree?...

—Estoy seguro, dijo.

Y encantado con su prodigiosa astucia, se dedicó á deslumbrar á la mesa con frases y anécdotas de que siempre iba provisto, como si fuesen castillos de fuegos artificiales de bolsillo.

En el juego éste, Pablo Astier no valía nada, y la simpatía femenina tornó nuevamente al ilustre dramaturgo, sobre todo en cuanto anunció que había hallado el desenlace, y que, acabada la comedia, la leería en el salón, á las horas de calor.

Todas las señoras celebraron lo que iba á servir de diversión en la monotonía de aquella vida.

Y luego ¡con qué gusto aquellas privilegiadas y enorgullecidas, al fechar las cartas en Mousseaux, enviarían á sus amiguitas un extracto de una obra inédita de Danjou, leída por el mismo Danjou! Y, sobre todo, qué satisfacción poder decir durante el invierno:

—La obra de Danjou... ¡La conocemos! ¡La leyó en el castillo!

Al dejar la mesa entre la efervescencia de tan buen noticia, la Duquesa se acercó á Pablo, y cogiéndose de su brazo con su gracia un tanto despótica:

—Una vuelta por la galería... Se ahoga una...

El aire era pesado hasta en aquellas alturas donde el Loira, como parado, enviaba un vaho de agua caliente, que se extendía por el verde desorden de sus orillas y sus islotes medio sumergidos.

Se llevó á Pablo al fin del último arco, lejos de los fumadores, y oprimiendo sus manos:

—¿De modo que es por mí... por mí?

—Por usted, Duquesa.

Y añadió, apretando los dientes:

—No se ha acabado todavía: volveremos á empezar.

—¿Quiere usted callarse, desgraciado?

Se interrumpió al oír que se acercaban pasos curiosos.

—¡Danjou!

—¡Duquesa!

—El abanico, que me he dejado en la mesa...

¿Quiere usted? ¿Será usted tan amable?

Y cuando estuvo lejos, añadió:

—Se lo prohibo á usted, Pablo: primero, porque no se bate uno con un miserable así... ¡Ah! Si estuviéramos solos, si yo le contara á usted...

Había en el enervamiento de su voz y de sus manos algo que asombró á Pablo. Al cabo de un mes, creía hallarla más resignada: fué una decepción que le cortó un «La amo á usted; siempre la he amado,» que había preparado para las primeras explicaciones que tuviesen después de la llegada.

Contentóse con referirla el duelo, que parecía interesarla mucho; pero el académico apareció con el abanico.

—¡Buen corzo, Danjou! le dijo por darle las gracias.

El otro torció un poco la boca, y en el mismo tono, y á media voz, dijo:

—Pero con promesa de ascender; sin lo cual...

—¿Ya con exigencias? le contestó ella dándole un ligero abanicazo.

Y queriendo que estuviera de buen humor para la lectura de su drama, volvió del brazo de Danjou al salón, donde ya el manuscrito se ostentaba sobre una bonita mesa de tresillo, á la luz directa de una alta ventana entreabierta sobre las grandes matas verdes y floridas del parque.

*Las Apariencias, comedia en tres actos. Personajes...*

Las mujeres se pusieron en corro, lo más cerca posible, como si tuvieran frío: ¡la sacudida que da la esperanza del placer!

Danjou leía como un verdadero comediante, de los que decía Picheral, haciendo pausas para humedecer los labios en los bordes del vaso de agua, y enjugándose la boca con un ligero pañuelo de batista. Al acabar una página ancha y alta, llena de sus pequeños caracteres, la dejaba caer á sus pies en el suelo con negligencia. Y cada vez la señora de Foder, extranjera especialista en hombres célebres, se bajaba sin ruido,

recogía la página del suelo y la depositaba con veneración en una silla que tenía al lado, con lo escrito hacia abajo. Deliciosa y discreta combinación que le acercaba al maestro y le hacía intervenir en su obra como si Liszt ó Rubinstein estuviesen sentados al piano y fuese ella la que volvía las hojas de la partitura.

Todo marchó bien hasta el final del primer acto, divertida exposición que fué acogida con un delirio de gritos, de risas entusiastas, de bravos de éxtasis: luego, después de un gran silencio, en medio del cual se oía en las profundidades del parque el rumor zumbante y vibrante de los moscardones en los árboles, el lector continuó, enjugándose el bigote:

*Acto II.—La escena representa...*

Pero su voz se alteró, y como que se estrangulaba á medida que avanzaba el diálogo.

Acababa de ver un sillón vacío, en primera fila, entre las señoras, precisamente el sillón de Antonia, y sus ojos buscaban por encima de los lentes, en el inmenso salón lleno de arbustos verdes y biombos tras de los cuales se amparaban los oyentes para oír mejor ó para mejor dormir.

Al fin, en una de las pausas frecuentes y metódicas que le proporcionaba el vaso de agua, un cuchicheo, y el reflejo de un traje claro, le hicieron ver en el fondo, sobre un diván, á la Duquesa al lado de Pablo Astier, continuando la conversación interrumpida en la galería. El ultraje era sensible para un Danjou, niño mimado por toda suerte de éxitos. Tuvo el valor, sin embargo, de proseguir la lectura, echando á tierra con furor las páginas, que revoloteaban, obligando á la señora de Foder á ponerse á gatas para cogerlas. Al acabar el acto, como el cuchicheo siguiera, paró la lectura, alegando una ronquera repentina, que le obligaba á dejarla para el día siguiente.

La Duquesa, que no se cansaba, creyendo que la comedia había acabado, le gritó de lejos, palmoteando vivamente:

—¡Bravo, Danjou, muy bonito el desenlace!

Por la noche el grande hombre pretextó un ataque al hígado, y al amanecer salió de Mousseaux sin despedirse de nadie.

¿Fué despecho amoroso? ¿Creyó realmente que el joven Astier iba á sustituir al Príncipe?

De todos modos, ocho días después de su



marcha Pablo todavía no había encontrado la manera de deslizar una palabra tierna.

Muchos obsequios, atenciones casi maternales, muchas preguntas sobre su salud y sobre si hacía mucho calor en la torrecilla del Mediodía, ó si el movimiento del landó le cansaba mucho, ó si se habían detenido demasiado en el río; pero en cuanto aventuraba una palabra amorosa, una huida como el que no sabe lo que le dicen.

Sin embargo, había gran distancia de la orgullosa Antonia de los años anteriores á la de este año. La otra, altanera y tranquila, ponía á distancia á los indiscretos nada más que con fruncir las cejas: la seguridad de un hermoso río entre sus diques. Ahora, el dique roto, dejaba pasar por una grieta la verdadera naturaleza de la mujer: se le ocurría sublevarse contra los usos y las convenciones sociales, que antes tanto respetaba: sentía necesidad de cambiar de sitio y cansarse en correrías extravagantes. Muchos proyectos de fiestas, de iluminaciones y grandes cacerías para el otoño, que ella misma dirigiría, á pesar de hacer muchos años que no había montado.

Atentamente Pablo espiaba esta agitación, vigilando con ojo penetrante, en el fondo resuelto á no perder dos años en tonto como con Colita de Rosen.

Una noche se había disuelto temprano la reunión, después de una fatigosa excursión en coche. Pablo subió á su cuarto, y sin frac, en camisa de seda, y con babuchas y un buen cigarro en la boca, escribía á su madre, buscando y pesando las palabras. Se trataba de persuadir á mamita, de veraneo en Clos-Jallanges, y que se quemaba los ojos buscando en el horizonte, por encima de las revueltas del río, las cuatro torres de Mousseaux, que no había reconciliación, ni siquiera entrevista posible por ahora, entre ella y su amiga. ¡Gracias! ¡Tenía poca sombra la buena mujer, y prefería verla lejos de sus negocios personales! También le recordaba la letra que venía pronto, y su promesa de enviar fondos al pobre Stenne, que se había quedado en la calle de Fortuny él solo para defender el inmueble Luis XII. Si no venía el dinero de Samy, debía pedir á los Freydet, que no se negarían á un anticipo de algunos días, ya que aquella misma mañana los periódicos de París, en su

correspondencia extranjera, daban cuenta del matrimonio de nuestro embajador en San Petersburgo, citando la asistencia al acto del Gran Duque, el traje de la novia y el nombre del Obispo polaco que había dado la bendición á los dos esposos.

Mamita podía figurarse el efecto que había producido en el almuerzo la noticia que todos habían oído, y que la dueña de la casa leía en los ojos de todos y en la afectación con que hablaban de otra cosa.

Muda durante la comida, al levantarse la pobre Duquesa, á pesar del horrible calor, había sentido la necesidad de moverse y llevar á toda su gente en tres coches al castillo de la Poissonnière, donde nació el poeta Ronsard: seis leguas de camino al sol, en medio del polvo blanco y crujiente, para tener el gusto de oír al lamentable Laniboire recitar, subido en un viejo zócalo, estropeado como él:

*Hermosa, ven conmigo á ver las rosas...*

A la vuelta, visita al Orfelinato agrícola, fundado por el viejo Padovani, que ya mamita cono-

cería sin duda; inspección de los dormitorios, de los instrumentos y arados de todas clases, y esto reventaba; hacía gran calor, mientras Laniboire arengaba á los jóvenes agricultores de cabeza de presidiario, afirmándoles que la vida era una cosa excelente.

Para acabar, una detención fatigósísima en los altos hornos, cerca de Onzain, una hora pasada con el ardiente sol, ya poniente, entre el humo y el olor del carbón vomitado por tres enormes torres de ladrillos, saltando rails, evitando las vagonetas llenas de fundición incandescente, en bloques enormes que goteaban fuego, como si fuesen panes de hielo rojo que se deshicieran. Y todo este tiempo la Duquesa infatigable, sin mirar ni escuchar nada, marchando del brazo de Bretigny, padre, con el cual parecía discutir violentamente, tan extraña á los hornos como al poeta Ronsard y al Orfelinato agrícola.

En esto estaba Pablo de su carta, subrayando, para disminuir el disgusto de su madre, una pintura ferozmente aburrida de la vida en Mousseaux aquel año, cuando un ligero golpe sonó en la puerta. Pensó que sería el crítico, Bretigny, hijo, ó quizá Laniboire, muy agitado de

algún tiempo á esta parte, los cuales prolongaban con frecuencia la reunión en el cuarto de Pablo, que era el mayor y el más cómodo, con un coquetón fumadero al lado. Se sorprendió al abrir, viendo la larga galería del primer piso, silenciosa y vacía hasta el fondo, hasta la maciza puerta de la sala de guardias, cuyas esculturas alumbraba un rayo de luna.

Volvió á sentarse, pero volvieron á llamar: el ruido venía del fumadero, que por un corredor abierto en las paredes de la torre se comunicaban con las habitaciones de la Duquesa por una puertecita disimulada por un portier. Esta disposición, anterior á la restauración de Mousseaux, no le era conocida, y de pronto, recordando algunas conversaciones de hombres solos en los últimos días, sobre todo las historietas horrorosamente verdes de Laniboire, se dijo:

—¡Demonio! ¡Pues si nos han oído!...

Descorrió el cerrojo, y la Duquesa pasó delante de él sin decir palabra y poniendo sobre la mesa en que Pablo estaba escribiendo, un fajo de papeles amarillentos, que con su mano fina arrugaba nerviosamente:

—Aconséjeme usted, le dijo con voz grave;

usted es mi amigo. No tengo confianza más que en usted...

¡Más que en él! ¡Infeliz mujer! ¡Y no le advertía nada la mirada socarrona y escudriñadora que iba de la carta imprudentemente abierta sobre la mesa, y que hubiera podido leer, á sus hermosos brazos desnudos, dentro de la bata de encajes y sus pesadas trenzas, recogidas en peinado de noche!

Pablo pensaba:

—¿Qué querrá? ¿Qué vendrá á buscar?

Mientras ella, sin pensar más que en su cólera, en el furioso remolino de rencor que le ahogaba desde la mañana, le decía en voz baja, en frases entrecortadas:

—Algunos días antes de que usted viniese me envió á Gavaux... Sí... se atrevió... para pedirme sus cartas. Y le recibí, obsequioso... le quité las ganas de volver. Sus cartas... ¡vamos! Esto era lo que quería.

Y le tendió el fajo, historia y expediente de sus amores; la prueba de lo que aquel hombre le había costado, de lo que le había pagado al sacarle del lodazal.

—Tome: lea usted... ¡es muy curioso! Ande...

Y mientras hojeban aquellos papelotes raros, impregnados del perfume de la Duquesa, pero más dignos de los escaparates de Bos, facturas fantásticas de comerciantes de antigüedades, de joyeros, de planchadoras, de constructores de yates, corredores de vinos espumosos de la Turena, pagarés de cien mil francos á *horizontales* célebres, ya muertas, desaparecidas ó bien casadas, recibos de fondistas, de criados de club; en una palabra, las formas variadas de la usura parisiense y de una liquidación de vividor, María Antonia gruñía sordamente:

—Ya lo ve usted, es más cara que la restauración de Mousseaux la del caballero ése. Tenía todo esto en un rincón hacía muchos años, porque lo guardo todo; pero juro á Dios que no pensaba utilizarlo. Pero ahora tengo otra idea. Ya es rico...; pues quiero mi dinero, con los intereses. ¿No tengo razón?

—Cien veces; pero... (y retorció la punta de su barbita): ¿no tenía un consejo de familia el Príncipe cuando todo esto?

—Sí, sí, ya lo sé... Bretigny me lo ha dicho, porque, no pudiendo conseguir nada por Gavaux, ha escrito á Bretigny pidiéndolo.

le su intervención. ¡Entre académicos, claro!

Y se rió con un desprecio que ponía al mismo nivel académico al embajador y al ministro; y luego, en un rapto de indignación:

—¡Claro! Hubiera podido dejar de pagar, pero le quería limpio... Nada tengo que ver con arbitrajes. He pagado y quiero cobrar, ó si no á los Tribunales, y mucho escándalo y mucho lodo sobre su nombre y sobre su título de representante de Francia en San Petersburgo. Deshonrando á ese miserable siempre saldré ganando.

—De todos modos, dijo Pablo dejando el paquete y escamoteando la carta á su mamá, que le perturbaba; de todos modos, ¡que haya dejado pruebas tales en manos de usted un hombre tan hábil!

—¡Hábil, él!

Y todo lo que no dijo, lo dió á entender encogiéndose de hombros.

Pablo siguió, gozando en hostigarla, porque al fin nadie sabe hasta dónde puede llegar el rencor delirante de una mujer:

—Sin embargo, es uno de nuestros primeros diplomáticos...



—Era yo... No sabe del oficio más que lo que yo le he enseñado.

—Entonces, la leyenda famosa del canciller Bismarck...

—¿Que no le ha podido mirar nunca á la cara? ¡Buena historia! ¡Ya lo creo! Se vuelve... Es un diplomático que parece que acaban de vomitarlo.

Y avergonzada, puso su cabeza entre las manos, ahogando los sollozos con un estertor furioso.

—¡Y decir que doce años de mi vida los he dado á un hombre tal! ¡Y que ahora me dejal ¡Ya no quiere más! Y es él... él...

Su orgullo, ante esta idea, se sublevaba, y marchando á grandes pasos por el cuarto desde la cama bajá y ancha con su gran pabellón de tapices, hasta el círculo luminoso que en el suelo hacía la lámpara, se preguntaba los motivos de su ruptura, diciéndose en alta voz:

—¿Por qué? ¿Por qué? Lo equívoco de nuestra situación. ¿Pues no sabía que esto había de acabar pronto, y que antes de un año nos habríamos casado? La fortuna, los millones de aquella mala pécora: ¡como si yo no fuese también rica,

y luego no tuviese relaciones é influencias de que carece la Savaudon. Entonces... ¿qué? la juventud.

Y se rió con rabia.

—¡Ah, ah! ¡Pobrecita! ¡Para lo que él hará con su juventud!

—Me lo sospecho, murmuró Pablo, que se sonreía y se acercaba.

Éste era el punto sensible, y en el que se apoyaba la desdichada para sufrir más. ¡Joven, joven! En primer lugar, ¿es en el almanaque donde se mira la edad de una mujer? Quizá el señor embajador sufriría alguna decepción...

Y con un gesto rápido, separando con las dos manos los encajes de noche que ocultaban su cuello redondo sin un pliegue, su pecho sólido y espléndido, añadió:

—¡Ahí tenemos las mujeres la juventud!

¡Oh! No duró aquello mucho. Manos ardientes y entendidas prosiguieron el gesto por ella empezado, y la rica bata, los broches, todo, saltó por la habitación; y tomada como por asalto, sintióse llevada hacia la cama abierta. Pasó por ella un torbellino, algo potente, dulce é irresistible, de lo cual nada hasta aquel día había podido darla idea, que la aplastaba, la envolvía,

se apaciguaba, para volver y tomarla de nuevo, y ahogarla, y tragarla...

¿Lo esperaba al entrar? ¿Era esto, como Pablo tenía derecho á sospechar, lo que ella había ido á buscar á su cuarto? ¡No! Delirio de orgullo herido, vértigo de furor, náuseas, asco, la mujer abandonándose por entero como en una noche de naufragio... Pero en María Antonia no había nada vil ó premeditado.

Y luego, vuelta en sí, de pie, tomó posesión de sí misma, dudó, se interrogó:

¡Ella! ¡Aquel joven! ¡Y tan pronto! ¡Es para llorar de vergüenza!

Mientras Pablo á sus pies suspiraba:

—¡Pero si yo te amo, si te he amado siempre... recuerda!...

Y en sus manos, y de ellas comunicándose á todo su ser, sintió de nuevo el fuego que la trastornaba, y que corría por su piel en olas inmensas.

Pero ya una campana sonaba á lo lejos; claros rumores anunciaban la mañana, y se escapó... sin querer llevarse el fajo de su venganza...

¡Venganza! ¿De quién? ¿Para qué? Ahora ya no odiaba: amaba.

Y era tan nuevo, tan extraordinario para

aquella elegante el amor, el pleno amor con sus delirios y sus espasmos, que la vez primera había creído ingenuamente que se moría.

Desde entonces hubo en ella una gran quietud, una dulzura de convaleciente que cambiaba su voz y hasta su modo de andar. Tornábase en otra mujer, una de esas que la gente dice, al verlas pasar del brazo del marido ó del amante, lentas y como medidas: «Ahí va una que tiene lo que necesita.»

El tipo es más raro de lo que parece, sobre todo en la «sociedad.»

Se complicaba en ella, con la corrección para los demás, los deberes de la dueña de una casa, cuidando de los que se iban y de los que llegaban; la instalación de la segunda serie, más numerosa, menos íntima, toda la aristocracia académica: el duque de Courson Launay, el príncipe y la princesa de Fitz-Roy, los Circourt y los Huchenard, Saint-Avol, ministro plenipotenciario, Moser y su hijo, el señor y la señora Henry, de la Legación norteamericana...

No era escaso el trabajo de nutrir y distraer á toda aquella gente y tener que fusionar elementos tan heterogéneos.

Nadie sabía hacerlo como la Duquesa; pero ahora le resultaba el trabajo pesado y aburrido. Hubiera preferido estar siempre en el mismo sitio, saboreando su felicidad, absorbiéndose en su idea única; y no hallaba para distraer á sus invitados más que la invariable visita al castillo de Ronsard, al Orfelinato, feliz siempre que su mano tocaba la de Pablo y el azar de los coches ó de las lanchas les acercaba.

En uno de aquellos fastidiosos paseos por el Loira, un día que toda la flotilla de Mousseaux, con sus banderolas de seda y sus banderas con las armas ducales, que se reflejaban temblorosas en el agua, había ido algo más lejos que de costumbre, Pablo Astier, cuya embarcación precedía á la de la Duquesa, estaba sentado á popa, al lado de Laniboire, escuchando sus confidencias.

Autorizado para prolongar su estancia en Mousseaux hasta acabar su informe, el buen hombre creía que su candidatura al puesto dejado vacante por Samy iba bien; y, como suele suceder, precisamente le contaba sus esperanzas á Pablo: lo que él había dicho, lo que ella había contestado: y ésto y aquéllo; y añadió:

—Joven, ¿qué haría usted en mi lugar?

De pronto una voz clara y sonora vibró desde la barca que seguía.

—¿Señor Astier?

—¡Duquesa!

—Mire usted allí, en los rosales... Parece Vedrine...

Era Vedrine, con efecto, que estaba pintando junto á su mujer y sus hijos en un viejo lanchón amarrado á unas ramas, junto á una isla verde... Se acercaron pronto, porque cualquier cosa resulta una distracción en el perpetuo aburrimiento de la aristocracia. La Duquesa saludó con su sonrisa más dulce á la señora Vedrine, que tiempo atrás había estado una temporada en Mousseaux, mientras las mujeres miraban con curiosidad á aquella pareja de artistas, con sus hermosos niños hechos de amor y de luz, allí en reposo, abrigados por el toldo de verdura sobre el río límpido y tranquilo en que se duplicaba la imagen de su felicidad.

Vedrine, después de saludar, y sin dejar la paleta, dió á Pablo aparte noticias de Clos-Jallanges, cuya ancha y blanca casa, con techo suizo, se veía á lo lejos entre las brumas del río.

—Querido: allá dentro todo el mundo está

loco. La sucesión de Loisillón les ha trastornado; pasan el día contando votos, todos, tu madre, Picheral, y hasta la pobre enferma en su sillón sin ruedas. Ha pescado también la fiebre académica, y habla de ir á vivir en París y de dar fiestas y recepciones para auxiliar los trabajos para la candidatura del hermano.

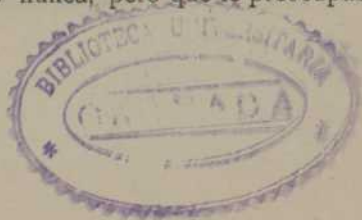
Por esto Vedrine, huyendo de la locura, corría por el día, trabajaba fuera, en su *piragua*; y enseñándole el lanchón y riéndose con un dejo de amargura:

—Ahí tienes mi *dabbieh* egipcia y mi gran viaje por el Nilo...

De pronto el muchacho, que entre tanta gente, señores y trajes no tenía ojos más que para Laniboire, le interpeló con voz clara:

—Diga usted: ¿es usted el señor de la Academia que va para los cien años?

El viejo ponente, que estaba haciendo efectos náuticos para la bella Antonia, estuvo á punto de hundirse en el banco al caer sentado. Calmáronse un tanto las locas carcajadas, y Vedrine explicó el raro interés que el niño tenía por Juan Rehu, á quien no conocía ni había visto nunca, pero que le preocupaba



por los cien años, que pronto cumpliría...

El muchacho todas las mañanas preguntaba por el viejo:—¿Cómo está? Y en aquel ser pequeño había como un respeto, casi egoísta, de la vida, y la esperanza de llegar también á los cien años, ya que otros los habían vivido.

El aire se hacía frío, y hacía flotar los trajes y todas las banderas de las lanchas. Una masa de nubes avanzaba de Blois hacia Mousseaux, cuyas cuatro linternas, en lo alto de las torrecillas, brillaban bajo el negro cielo; una red de lluvia llenaba el horizonte.

Hubo unos instantes de apresuramiento. Y en tanto que las barcas se alejaban entre los bancos de arena amarilla, todos siguiendo la misma estela por la estrechez de los canales, Vedrine, gozando con aquel pedazo de color, bajo el cielo de tormenta y las bellas siluetas de los marineros de pie en la proa, empujando con sus largas perchas, se volvió hacia su mujer, que estaba de rodillas en la lancha acomodando á los niños, y cerrando la caja de colores y la paleta:

—Mira esto, mamita, le dijo. ¿Sabes cuando yo digo de un camarada que somos del mismo barco? Ahí tienes mi imagen clara y viva... To-



das estas barcas en fila que huyen entre el viento ante la noche amenazadora, son nuestras generaciones artísticas. Aunque los del mismo barco se molesten y empujen los unos á los otros, son amigos, sin quererlo y sin saberlo. Pero los que van delante y los que se retrasan, ¡cómo molestan! Nada hay de común entre su barca y la nuestra: estamos muy lejos, y no nos comprendemos. Sólo nos ocupamos de ellos para decirles: «¡Eh, dáos prisa!» Mientras que á los del barco que va detrás del nuestro, que nos empuja y nos pisa los talones y quisiera pasarnos encima, les gritamos: «¡Despacio, despacio! ¿Qué prisa tenéis?» Pues bien; yo (y levantóse tan alto como era, dominando el río y la orilla), yo soy de mi barco, desde luego, y lo quiero; pero los que se van y los que vienen me interesan tanto como los del mío. Les llamo, les hago señales y trato de ponerme en comunicación con todos, porque todos, los que van delante y los que siguen, corremos los mismos riesgos, y para todas nuestras barcas hay corrientes duras, cielo traidor y la noche que viene pronto. Y ahora, cortemos las amarras. ¡Ahí está el chubasco!



### XIII

«Rogad por el alma del muy alto y poderoso señor y duque Carlos Enrique Francisco Padovani, príncipe de Olmutz, ex senador, ex embajador, ex ministro, gran cruz de la Legion de Honor, fallecido el 20 del corriente mes de Septiembre de 1880 en sus tierras de Barbicaglia, donde yacen sus restos. Una misa solemne en sufragio de su alma se dirá el próximo domingo en la capilla del castillo, y se os invita á todos á asistir á ella.»

Pablo Astier, que bajaba de su cuarto para almorzar, sintió un gran impulso de alegría y de orgullo inmenso al oír aquel singular pregón, proclamado de Mousseaux á Onzain en las dos orillas del Loira, por empleados de la Funeraria-Vafflard, que llevaban pesadas cam-

panillas, que sacudían al andar, y sombreros altos, adornados de gasas negras que llegaban al suelo.

La noticia de la muerte del Duque, que llevaba ya cuatro días de fecha, había caído en Mousseaux como un escopetazo en medio de una banda de perdices, dispersando por las playas y por los castillos vecinos á todos los invitados de la segunda serie, ya que la Duquesa se había visto obligada á salir precipitadamente para Córcega: sólo quedaron en el castillo algunos íntimos.

A pesar de la melancolía de aquellos pregones, el son de las campanas que movía el viento del Loira por las ventanas de la escalera, y aquella esquila de defunción declamada de una manera regia tan poco moderna, daban al feudo de Mousseaux un sorprendente carácter de grandeza y hacía subir más altas sus cuatro torres y las cimas de sus árboles centenarios.

Y como todo esto iba á ser de Pablo, y su querida, al marcharse, le había rogado que se quedase en el castillo para las graves determinaciones que á la vuelta habían de tomar, aque-

lla fúnebre declamación le parecía un anuncio de su próxima toma de posesión.

«¡Rogad por el reposo de su alma!» Al fin era suya la fortuna, y ahora no se dejaría despojar; «ex senador, ex embajador y ex ministro...»

—Son lúgubres estas campanas, ¿no es verdad, Sr. Astier? le preguntó la señorita Moser, que ya estaba en la mesa entre su padre y el académico Laniboire.

La Duquesa les había dejado en Mousseaux, tanto para distraer la soledad de Pablo Astier como para dar un poco más de reposo y aire puro á la pobre Antígona, esclavizada por la candidatura perpetua de su padre. Por lo menos, de ella nada tenía que temer, como rivalidad femenina, dados sus ojos de perro apaleado, sus cabellos incoloros y la única preocupación suplicante y como humillada del inaccesible sillón académico.

Aquella mañana, sin embargo, se había puesto bella, más cuidada, con un traje nuevo escotado en forma de corazón; lo que este corazón dejaba ver era bien poca cosa; pero, en fin, á falta de pan... Y Laniboire, puesto

de buen humor, bromeaba y le decía cosas.

Las campanadas fúnebres y los «Rogad por su alma» que se espaciaban á lo lejos, no le parecían muy lúgubres; al contrario, por contraste, la vida le parecía mejor y el vino de Vouvray más dorado en las botellas; sus historietas verdes parecía que desentonaban en aquel comedor demasiado grande. El candidato Moser, con su cara cocida y su expresión complaciente, reía con risa de adulator, aunque se sintiera un poco molesto por la niña; pero el filósofo era una influencia en la Academia.

Después de tomar el café en la terraza, Laniboire, con la cara encendida, gritó:

—Vamos á trabajar, señorita Moser; me siento con disposición, y creo que voy á acabar mi dictamen hoy mismo.

La pobre y dulce muchacha, que á veces le servía de secretario, se levantó con algo de pena. En aquel tiempo hermoso, velado por las primeras brumas del otoño, hubiera preferido un gran paseo, ó quizá proseguir en la galería la conversación con Pablo, tan guapo mozo y bien educado, mejor que escribir lo que le dictase Laniboire elogiando los méritos de los cria-

dos afectos á sus señores, ó de los enfermeros modelo. Pero su padre la empujaba:

—Anda, anda, hija mía: el maestro te reclama.

La pobre obedeció, y subió detrás del filósofo, seguida de su padre, que iba á dormir la siesta.

¿Qué sucedió entonces? ¿De qué drama fué testigo el cuarto de Laniboire, que tenía la nariz de Pascal, pero no su reserva?

Volviendo de un largo paseo á través de los bosques, para apaciguar sus ambiciosas impaciencias, vió Pablo Astier en el patio de honor el *break* al pie de la gran escalera, con sus dos caballos. La señorita Moser había ya subido al coche y estaba sentada entre sacos de noche y maletas, mientras que el viejo Moser, en el vestíbulo, se registraba los bolsillos, distribuyendo propinas entre dos ó tres lacayos de cara burlesca.

Se acercó al *break*:

—¿Nos deja usted ya, señorita?

Ésta le tendió la mano, una mano larga, helada de sudor, sin guante, sin contestar, y sin

quitar de los ojos el pañuelo, movió la cabeza para decirle sollozando: ¡adiós!

No supo mucho más por el padre, que balbuceaba en voz baja, triste y furioso, subiendo al coche:

—Es ella, ella es la que quiere marcharse: dice que se le ha faltado; pero no puedo creer...

Y con un gran suspiro, marcándosele mucho su gruesa arruga en mitad de la frente, la arruga académica, profunda y roja como un sablazo, añadió:

—¡Es una gran desgracia para mi elección!

A la comida, Laniboire, que había pasado toda la tarde en su cuarto, le dijo al sentarse enfrente de él:

—¿Usted sabe por qué nuestro amigo Moser nos ha dejado tan bruscamente?

—No, caro maestro: ¿y usted?

—Es extraño, muy extraño...

Afectaba mucha calma ante la servidumbre, informada ya de la aventura; pero se veía que estaba más turbado y ansioso, en el estado de espíritu del galopín que, desaparecida la fiebre, sólo siente las consecuencias de su acción.

Poco á poco se fué tranquilizando, se reconcilió con la existencia que en la mesa no sabía cómo condenar, y acabó por confesar á su joven amigo que quizá había ido demasiado lejos para con la pobre muchacha.

—¡Pero también su padre, empujándola, poniéndola en mi camino! Se puede ser ponente de los premios á la virtud y... ¡qué demonio!

Y levantó la copa con un gesto de conquistador, que Pablo contuvo con una sola palabra:

—¿Y la Duquesa? La señorita Moser le habrá escrito quejándose, ó á lo menos explicando su salida...

—¿Usted cree?... dijo Laniboire palideciendo.

Pablo insistió, para librarse del pesado:

—Si no ella, habrá que temer la declaración de algún criado. En el lugar de usted, caro maestro...

—¡Bah! No haga usted caso. Total, una escena que precipitará los acontecimientos... Las mujeres son como nosotros. Estas historias las encienden.

Hacia el valiente; pero la víspera de la vuelta de la Duquesa pretextó la proximidad de las



elecciones en la Academia, la humedad de las noches, muy mala para su reuma, y huyó llevándose en la maleta, terminado del todo, su informe sobre los premios á la virtud.

Llegó la Duquesa para la misa del domingo, celebrada con gran pompa en la capilla, estilo Renacimiento, á la cual el arte múltiple de Vedrine había devuelto sus admirables vidrieras pintadas, y el retablo del altar maravillosamente esculpido.

Multitud enorme de los pueblos de las cercanías, vestida con ridículos levitones, largas blusas azules barnizadas, cofias blancas, pañuelos recién planchados sobre caras tomadas por el sol, llenaba la capilla y se desbordaba por el patio de honor, acudiendo, no por la ceremonia religiosa ni por el viejo Duque, que en aquel país era totalmente desconocido, sino por el banquete al aire libre que había después de la misa, en las largas mesas puestas á los dos lados de la interminable avenida señorial, junto á las que, después de los funerales, pudieron sentarse cómodamente de dos á tres mil compañeros. Al principio un poco violentos, im-

presionados por toda la servidumbre enlutada que se movía y guardas campestres con lazo negro en la gorra, hablaban en voz baja á la sombra majestuosa de los olmos; pero luego, calentados por el vino y las viandas, la comida fúnebre se animó y pareció una inmensa romería.

Huyendo del horror de aquel banquete, la Duquesa y Pablo Astier se escaparon por los caminos y los campos, desiertos por ser domingo, en un landó abierto y enlutado, que iba al trote. Los altos lacayos con sus escarapelas, el largo velo de viuda que veía enfrente de él, recordaban al joven otros paseos.

Y pensaba:

—Decididamente, en todas mis cosas hay siempre un muerto.

Quizás echaba de menos la cara juvenil de Colita de Rosen, que tan radiante contraste hacía con todo lo negro.

Fatigada por el viaje, disfrazada y como engruesada por su luto improvisado, la Duquesa tenía á su favor las aristocráticas maneras, de que la otra en absoluto carecía. Además, su muerto no era molesto, y la Duquesa era de-

masiado franca para fingir las tristezas que las mujeres vulgares en tales casos fingen, hasta cuando el difunto ha sido odiado y engañado de mil maneras.

Entre las sonoras pisadas de los caballos, el camino se deslizaba, subía, bajaba en suaves pendientes, unas veces entre bosquecillos de encinas, otras por grandes llanuras surcadas de bandadas de pájaros que revoloteaban alrededor de las casas esparcidas aquí y allá.

El cielo dulce, lluvioso, bajo, filtraba por escasas aberturas un sol pálido; y para abrigarse contra el viento de la carrera, una misma manta abrigaba sus rodillas juntas bajo las pieles, mientras la Duquesa hablaba de su Córcega, de un maravilloso *vocero*, ó canto fúnebre, improvisado en los funerales por su doncella.

—¿Matea?

—Sí, Matea. Es una gran poetisa...

Y citó algunos versos en el dialecto corso, que tan bien sentaba á su voz de contralto. Pero de las graves determinaciones, ni una palabra.

Sin embargo, esto era para él mucho más in-

teresa que las poesías de la doncella. Sin duda lo dejaría para luego.

Y en voz baja la hizo reír con la aventura de Laniboire y la hábil manera que tuvo de desembarazarse del académico.

—¡Pobre chical dijo la Duquesa. Esta vez es necesario elegir á su padre. La muchacha se lo ha ganado.

Luego no tuvieron más que algunas palabras, voluptuosamente aproximados por el trote mecedor del landó, mientras que la noche dejaba caer su sombra sobre los campos, dejando ver, hacia los altos hornos, nubes de llamas intermitentes, á manera de relámpagos lejanos.

La vuelta, por desgracia, fué molesta, por los gritos y los cantos avinados de las bandas campesinas que volvían de la romería, metiéndose bajo las ruedas como rebaños, y resbalando por los fosos de los lados, de donde salían ronquidos, ruidos inmundos; su especial manera de rogar por el reposo del alma del muy alto y poderoso señor y Duque.

Luego, en su acostumbrado paseo por la galería apoyándose en su espalda, entre las grue-

sas columnas que cortaban el vago horizonte, la Duquesa miraba á lo lejos en la noche, murmurando:

—¡Qué bien estamos! ¡Los dos! ¡Y solos!...

Pero no hablaba una palabra de lo que Pablo esperaba, por lo cual éste trataba de llevarla á ello, y muy cerca de ella, al oído, hablaba del invierno.

¿Volver ella á París? ¡Oh, no! De ningún modo. París le daba asco, con su sociedad mentirosa, llena de máscaras y de traiciones. Pero vacilaba entre encerrarse en Mousseaux ó partir para hacer un gran viaje á Siria y á Palestina. ¿Qué le parecía?

Seguramente eran éstas las graves resoluciones que habían de tomar juntos, un pretexto para retenerle, por el miedo que ella sentía á que, de vuelta en París, otras mujeres se le robaran.

Pablo, viéndose burlado y mordiéndose los labios, se decía:

—Nada de esto, amiga mía. O si no, ya verás.

Cansada del viaje y del día pasado en el campo, subió á su cuarto, después de un significa-

tivo apretón de manos, al cual respondía ordinariamente un furtivo y tierno: *¡Hasta luego!* Es decir, volverse á ver, estar Pablo detrás de la puerta espionando sus pasos y ¡qué desquite! toda una noche de embriaguez en aquel: «¡hasta luego!»

Pero Pablo aquel día no lo dijo, y á pesar de su sorpresa, la Duquesa, al dormirse, vió en esta reserva una especie de respeto por su duelo reciente, y la capilla todavía tapizada de negro; algo muy distinguido.

Al día siguiente se vieron poco: la Duquesa, dedicada á los negocios, estuvo viendo las cuentas de su mayordomo y de sus arrendatarios, con gran admiración del notario, el señor Gobineau, que en el almuerzo decía á Pablo con su cara arrugada y maliciosa:

—Ahí tiene usted una á quien nadie se la pegará.

—¡Quién sabe! pensaba el joven cazador en acecho, retorciendo su barba rubia, á pesar de que la aspereza y la sangre fría que su bella contralto enamorada consagraba á las cuestiones de amor, le daban á entender que había que jugar fuerte.

Después del almuerzo, llegaron grandes cajas con el primer traje enlutado de Spricht, y dos oficialas para la prueba. Al fin, á las cuatro bajó vestida con un asombroso traje, que la hacía más delgada y más joven: le propuso un paseo á pie por el parque.

Andaban los dos juntos, con el mismo paso vivo, bajando por los paseos y evitando el encuentro de los jardineros que tres veces al día barrían las hojas otoñales; pero por más que hicieran éstos, una hora después los caminos se cubrían de nuevo del tapiz oriental de tintas ricas, púrpura, verde y morado, donde crujía el paso de los dos enamorados bajo los rayos oblicuos de un sol muy dulce.

Ella, hablaba del marido que tanto le había hecho sufrir en su juventud, y poniendo especial empeño en hacerle comprender que el luto que llevaba era mundano, de conveniencia, y que no le llegaba al corazón. Pablo comprendió perfectamente y sonrió, decidido á seguir su táctica de frialdad.

Llegados á lo más bajo del parque, se sentaron junto á un pabellón cubierto de enredaderas, que abrigaban las banderas de la pequeña

flotilla; desde allí veían las ramas doradas á trechos que dejaba ver el castillo que, con casi todas sus ventanas cerradas y sus terrazas desiertas, ostentando orgullosamente sus linternas y sus torres, parecía como agrandado y vuelto otra vez á la historia.

—¡Qué lástima tener que dejar todo esto! dijo Pablo con un suspiro.

La Duquesa le miró sorprendida, con la frente tempestuosa y contraída. ¡Marcharse! ¡Quería marcharse! ¿Para qué?

—La vida... es preciso.

—¡Separarnos! ¿Y yo? ¿Y el gran viaje que pensaba que hiciéramos?

—Te dejaba decir. ¡Un pobre artista como yo no puede pagarse el lujo de un viaje á Palestina! Todo esto son sueños irrealizables. Se piensa, como Vedrine, en una piragua sobre el Nilo, y se despierta uno sobre un lanchón en el Loira.

Encogió la Duquesa sus hombros de patricia.

—Vamos, Pablo: ¡qué niñería! ¿Todo lo mío no es tuyo?

—¿Con qué título?



Al punto dijo; pero la Duquesa no comprendía dónde iba á parar. Pablo, temiendo ir demasiado lejos, añadió:

—Sí. ¿Con qué título viajaré yo contigo ante los estrechos juicios de las gentes?

—Bueno; pues quedémonos en Mousseaux. Pablo se inclinó con tranquila sonrisa.

—Tu arquitecto nada tiene que hacer aquí.

—¡Bah! Le hallaremos trabajo, aunque esta misma noche tenga que pegar fuego al castillo.

La pobre enamorada decía esto con su risa aparente, acercándosele, cogiéndole las manos y acariciándose con ellas la cara; locuras mil: pero nada de lo que Pablo esperaba y de lo que trataba de hacerla decir. Añadió con violencia:

—Si me amas, María Antonia, déjame marchar; tengo que trabajar para mí y para los míos. Jamás me perdonarían que lo aceptase de una mujer que no es mi esposa, ni lo será nunca.

La infeliz comprendió, cerró los ojos como ante un abismo, y en el gran silencio que siguió se oyeron las hojas que á un soplo de la

brisa caían por toda la extensión del parque, unas cargadas de savia todavía, otras secas, impalpables, con roce de trajes, y alrededor del pabellón se hubiera dicho que se oían pasos, el pisoteo de una multitud silenciosa que andaba. Se levantó temblando:

—Hace frío; volvamos.

Había tomado su resolución: se moriría, sí, pero el mundo no vería el rebajamiento de la duquesa Padovani casándose con su arquitecto, y transformada en la señora Astier.

Por la noche Pablo se ocupó sin afectación en los preparativos de marcha; dió órdenes para que llevaran sus maletas, dió buenas propinas á la servidumbre, se informó de las horas de los trenes, siempre dueño de sí mismo, hablador, sin lograr romper el silencio de la Duquesa, que se absorbió en la lectura de una Revista cuyas hojas no volvía.

Tan sólo cuando se despidió y le dió gracias por su buena y larga hospitalidad, vió, al reflejo de la gran pantalla de encaje, la angustia pintada en aquella cara orgullosa y la gracia suplicante de aquellos hermosos ojos de fiera moribunda.

En su habitación, Pablo se cercioró de que el cerrojo del cuarto de fumar estaba corrido, apagó las luces y esperó inmóvil, sentado junto á la puerta: si la Duquesa no venía, es que se había engañado, y había que empezar de nuevo.

Pero se oyó un ligero ruido, la seda del peinador rozando por las paredes del corredor secreto; la sorpresa de hallar la puerta cerrada, y un golpecito, ó, mejor, el roce de una uña en la puerta. Se quedó quieto, resistió hasta una tos á manera de seña, y la sintió marcharse con paso nervioso.

—Ahora, pensó Pablo, ya es mía. Hará lo que yo quiera.

Y se durmió tranquilamente.

«¡Si yo me llamase el príncipe de Athis, hubiera usted sido mi mujer al acabar el luto! Y sin embargo, el Príncipe no le amaba á usted, y Pablo Astier le ama, y orgulloso con este amor, hubiese querido proclamarlo ante todo el mundo, en vez de ocultarlo como una cosa vergonzosa. ¡Ah, Mari' Anto, Mari' Anto! ¡Qué hermoso sueño ha sido el mío! ¡Adiós para siempre!»

La Duquesa leyó esta carta con los ojos apenas abiertos y enrojecidos por las lágrimas vertidas durante la noche:

—¿Se ha marchado el Sr. Astier?

Precisamente la doncella, que se inclinaba para asegurar las persianas, vió el coche que se llevaba al señorito Pablo, al extremo de la avenida, demasiado lejos ya para que pudiera oír,

La Duquesa salió de la cama y corrió al reloj. —¡Las nueve!—El expreso pasaba por Onzain á las diez.

—¡Pronto, un correo... Bertoli! ¡Y el mejor caballo!

Corriendo á campo traviesa se llegaría á la estación antes que el coche.

Y mientras sus órdenes se cumplían á toda prisa, de pie, casi desnuda, escribió:

«Vuelve. Todo será según tu deseo.»

Pero no: ¡esto era demasiado frío! No volvería. Rompió el papel, y escribió:

«Tu mujer ó tu querida, lo que quieras; pero tuya, tuya.»

Y firmó: «Duquesa Padovani.»

De pronto, loca ante la idea de que quizá no volvería:

—Iré yo misma. ¡Mi amazona, pronto!

Y por la ventana dió á Bertoli, cuyo caballo piafaba ante la escalera de honor, la orden de ensillar para ella á *mademoiselle Oger*.

Hacía cinco años que no subía á caballo; el traje se reventaba, saltaban los broches.

—Deja, Matea, deja.

Bajó la escalera, al brazo la cola, entre los lacayos asombrados, y se lanzó á galope por la avenida... la verja... la carretera. Al fin...

Ya está en el bosque, entre la frescura de los verdes caminos, en los que su carrera desenfrenada despierta vuelos de aves y saltos de liebres.

Le quiere, le necesita; el hombre, el amante, el que sabe hacerla morir para luego renacer...

Ahora conoce el amor, y ve que no hay otra cosa en el mundo.

Inclinada, escucha si viene el tren. ¡Con tal de que llegue á tiempo!

¡Pobre loca! Aunque fuese al paso, daría con él, con el guapo mozo fugitivo.

Es su destino, al cual no se escapa jamás.

## XIV

Á LA SEÑORITA GERMANA DE FREYDET

*Villa Buen Retiro.*

*PARIS, PASSY*

Café de Orsay, á las once, almorzando. De dos en dos horas, y más frecuentemente si puedo, te enviaré, como ésta, una tarjeta postal cerrada, tanto para calmar tu angustia, hermana querida, como por la alegría de estar junto á ti todo este gran día, que espero acabará con la victoria, á pesar de las defecciones del último instante.

Picheral me decía no ha mucho una frase de Laniboire: «Para entrar en la Academia se lleva

la espada al cinto, no en la mano.» Es una alusión al duelo Astier. No soy yo quien se ha batido; pero el animal respeta más su rasgo de *sprit* que la promesa que me había hecho.

Tampoco puedo contar con Danjou. Después de haberme dicho tantas veces: «Sea usted de los nuestros,» esta mañana, en la Secretaría, me ha dicho al oído un «hágase desear,» que es quizá la frase mejor de su repertorio.

No importa. Voy bien. Mis competidores no son de temer: ¡el barón Huchenard, autor de *Los habitantes de las cavernas*, académico! Se levantaría en masa la gente.

En cuanto á Dalzón, me parece el colmo de atrevimiento. Tengo su famoso libro en mis manos. Dudo si utilizarlo, pero que vaya con cuidado.

*A las dos.*

Estoy en el Instituto, en casa de mi caro maestro, donde esperaré el resultado de la votación. Es una idea ¿eh? Me parece, sin embargo, que mi llegada, á pesar de estar anunciada, ha perturbado algo. Nuestros amigos acababan

de almorzar: ruido de sillas y puertas que se cierran. Corentina, en vez de introducirme en el salón, me ha empujado hacia los archivos, donde ha venido á encontrarme mi maestro, con el aire molesto, hablándome en voz baja, aconsejándome la mayor reserva: ¡y muy triste!

—¿Hay malas noticias? le he preguntado.

—No, no, mi buen amigo: y luego, con un apretón de manos, ha añadido: ¡Buen ánimo!

De algún tiempo á esta parte no parece el mismo: se le ve desbordar la pena y lágrimas que oculta. Alguna pena secreta que nada tiene que ver con mi candidatura, pero sí con mi actual estado de espíritu.

Más de una hora de espera.

Me distraigo mirando, al otro lado del patio, por la gran vidriera de la sala de sesiones, las filas de bustos de académicos difuntos. ¿Será un presagio?

*A las tres menos cuarto.*

Acabo de ver entrar á todos mis jueces, 37, salvo error: la Academia en pleno, puesto que



Epinchard está en Niza, Ripault-Rabín en cama, y Loisillón en el Père-Lachaise.

¡Qué soberbia la entrada de todos aquellos ilustres! Los jóvenes, lentos y graves, la cabeza inclinada como por el peso de una gran responsabilidad; los viejos, alegres y vivas las piernas: algunos gotosos y reumáticos como Courson-Launay, han hecho entrar su coche hasta la escalera, apoyándose en el brazo de un colega.

Antes de subir formaban corros, y hablaban con grandes gestos y movimientos de hombros. ¡Cuánto daría por oír esta última discusión de mis probabilidades!

Entreabro suavemente la ventana; pasa un coche cargado de maletas, y entra con gran estrépito en el patio; baja un viajero lleno de pieles con una gorra de fieltro, Epinchard, que viene expresamente de Niza para darme su voto. ¡Qué buen corazón!

Luego pasa mi maestro, inclinado bajo su sombrero de anchas alas, y hojeando el ejemplar de *En cueros vivos*, que me he decidido á entregarle. ¿Qué quieres? ¡Hay que defenderse!

Luego no quedan ante mis ojos más que

dos coches que aguardan, y el busto de *Minerva* de centinela.

¡Oh diosa! ¡Protégeme!

Arriba empieza la lista de los nombres y el interrogatorio, en el cual cada académico debe afirmar al Director que su voto no está comprometido. Simple formalidad, como ya supondrás, y á la cual se responde con una sonrisita negativa, como un muñeco de esos chinos que mueven la cabeza.

---

¡Cosa inaudita! Acababa de dar el telegrama á Corentina y respiraba en la ventana tratando de leer en la sombría pared de enfrente el secreto de mi destino, cuando diviso en la ventana que está al lado de la mía, á Huchenard, tomando también el fresco.

¡Huchenard, mi contrincante, el mayor enemigo de Astier-Rehu, instalado en su gabinete! Sorprendidos los dos, nos hemos saludado, y después nos hemos metido dentro á la vez.

Pero está ahí, le oigo y le siento detrás de este tabique. Seguramente espera, como yo, la decisión de la Academia; pero él en el ancho

salón de Villemain, mientras que yo me ahogo en este cuchitril lleno de papeles viejos.

Ahora me explico la alarma que ha causado mi llegada; pero ¿cómo se explica? Hermana mía, mi cabeza se turba. ¿De quién se burlan aquí?

¡Desastre y traición! ¡Baja intriga académica, cuyo secreto no conozco todavía!

*Primer escrutinio.*

Barón Huchenard.....	17 votos.
Dalzón.....	15 »
Vizconde de Freydet.....	5 »
Moser.....	1 »

*Segundo escrutinio.*

Barón Huchenard.....	19 votos
Dalzón.....	15 »
Vizconde de Freydet.....	3 »
Moser.....	1 »

*Tercer escrutinio.*

Barón Huchenard.....	33 votos.
Dalzón.....	4 »
Vizconde de Freydet.....	0 (!!)
Moser.....	1 »

Evidentemente, entre el escrutinio segundo y el tercero ha debido circular el ejemplar de *En*

*cueros vivos*, pero en provecho del barón Huchenard.

¡La explicación! ¡La quiero! ¡La exijo! ¡Y no saldré de aquí sin que me la hayan dado!

*A las cuatro.*

Ya te figurarás, querida hermana, con cuánta emoción, después de haber oído en la habitación de al lado al señor y á la señora Astier, y al viejo Rehu, y á un sin número de visitantes, felicitar y dar el parabién al autor de *Los habitantes de las cavernas*, he visto abrirse la puerta del Archivo, y á mi maestro adelantarse con las manos tendidas:

—¡Perdóneme usted...!

¡El calor y la emoción le ahogaban!

—¡Perdóneme usted! Me tenía agarrado: he debido... debí... creí que así alejaba una gran desgracia que me amaga; pero nada de lo que está escrito deja de suceder, ni siquiera con una gran cobardía.

Me arrojé en sus brazos abiertos, sin odio y sin comprender qué pena misteriosa le atormentaba.

En definitiva: todo se reparará, y pronto. Tengo las mejores noticias de Ripault-Rabín: es probable que no pasará de este semana.

Una nueva campaña, hermana mía. Desgraciadamente el salón Padovani estará cerrado todo el invierno, por el luto.

Nos quedan como campo de maniobras los *días* de las señoras Astier y Ancelín y el de la señora Eviza, cuyos lunes son decididamente favorecidos y consagrados por el Gran Duque. Pero ante todo, querida hermana, tendremos que mudarnos. Passy está demasiado lejos, y la Academia no va hasta ahí.

Dirás que vuelvo á zarandarte, pero es cosa importante. Mira á Huchenard, sin otros títulos al sillón vacante que sus recepciones. Como aquí, con mi buen maestro. No me esperes.

Tu amante hermano,

ABEL DE FREYDET.

El voto único que ha obtenido Moser en los tres escrutinios, ha sido de Laniboire, ponente de los premios á la virtud. Háblase de una anécdota picante. De todos modos, ¡qué cosas hay bajo esa cúpula! ¡Y qué comedia!

—¡Es abominable!...

—Hay que responder. La Academia no puede estar bajo el peso...

—Al contrario. La Academia debe...

—Señores, señores, el verdadero sentimiento de la Academia...

Los *inmortales* discutían en su salón de conferencias, ante la gran chimenea adornada con el retrato de Richelieu, antes de entrar en sesión.

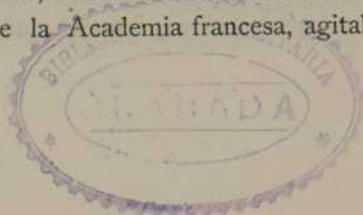
La luz fría y gris del invierno parisiense, que entraba por la ancha claraboya, acentuaba la glacial solemnidad de los bustos de mármol alineados en lo alto de las paredes. El enorme hogar de la chimenea, casi tan roja como la sotana del Cardenal, no llegaba á calentar aquella

especie de Parlamento chico, medio tribunal, con sus sillones de cuero verde, su larga mesa en hemicíclo, y el ujier con cadena guardando la puerta, no lejos del secretario Picheral.

Ordinariamente, lo mejor de la sesión es el cuarto de hora que se da á los retrasados y que se pasa chismeando en corros familiares, la espalda al fuego, levantados los faldones. Pero hoy la conversación se generaliza y sube al tono de una discusión pública de las más violentas, y en la cual los que van llegando intervienen desde la entrada del salón, mientras firman la lista. Hasta hay algunos que antes de entrar, quitándose las pieles, y los tapabocas, y los chanclos en el salón desierto de la Academia de Ciencias, entreabren la puerta para gritar: ¡Infamia y abominación!

Causa de todo aquel tumulto es la reproducción en un periódico de la mañana de un impertinente Informe de la Academia de Florencia sobre el *Galileo*, de Astier-Rehu, y los documentos históricos, á todas luces apócrifos y bufos (*sic*) que le acompañan.

Dicho Informe, comunicado misteriosamente al Director de la Academia francesa, agitaba



sordamente al Instituto hacía algunos días, esperándose febrilmente la determinación de Astier-Rehu, que se limitaba á contestar:

—Ya sé, ya sé; estoy arreglando lo necesario.

De pronto, el Informe que creían ellos solos conocer, apareció en la primera plana del periódico más leído de París, con comentarios insultantes para el Secretario perpetuo y toda la Compañía.

De ahí, emoción, furor, horripilación contra el periodista imprudente, y también contra la tontería de Astier-Rehu, que producía aquellos ataques, tiempo ha abandonados, desde que la Academia ha tomado la precaución de abrir sus puertas con cierta prudencia á las gentes que escriben en periódicos.

El enérgico Laniboire, conocedor de toda clase de *sports*, habló de cortar las orejas al autor, y no bastaban dos ó tres colegas para detenerle.

—Veamos, Laniboire. La espada al cinto, pero no en la mano. La frase es de usted: ¡qué demonio!

—Ustedes saben, señores, que Plinio el Vie-



jo, en el libro XIII de su *Historia natural*—era Gazán, que llegaba jadeante con su trote pesado de paquidermo,—ya señalaba varias supercherías autográficas, entre otras una carta falsa de Príamo, en papiro...

—¡El Sr. Gazán no ha firmado la hoja! gritó Picheral con su voz agria de falsete.

—Es verdad.

Y el buen señor se fué á firmar, prosiguiendo su historia de papiro y del rey Príamo, que se perdió en la confusión de voces irritadas, en las que no se distinguía más que la palabra *Academia*, hablando todos de ella como de una persona real y viva, cuyo pensamiento íntimo todos creían conocer, con exclusión de los demás.

Toda la gritería cesó á la entrada de Astier-Rehu, que firmó y dejó muy tranquilamente, en su puesto de Secretario perpetuo, la pesada cartera que llevaba bajo el brazo, y luego dirigiéndose á sus colegas:

—Señores, les dijo, tengo que daros una mala noticia. Había hecho llevar á la Biblioteca, para que los reconocieran, los doce ó quince mil autógrafos que componen lo que yo llamaba mi co-

lección. Pues bien, señores: todo, todo es falso. La Academia de Florencia ha dicho la verdad. He sido víctima de una enorme mixtificación.

Y en tanto que enjugaba su frente mojada por las gruesas gotas de sudor que le había costado hacer tal declaración, alguien preguntó con insolencia:

—¿Entonces, señor Secretario perpetuo?...

—Entonces, Sr. Danjou, no me tocaba más que dar parte... y es lo que hecho.

Todos protestaron, declarando que un proceso tal era imposible, y que pondría en ridículo á la Compañía. Astier-Rehu añadió:

—Lo siento, caros colegas; pero mi decisión está ya tomada. Por lo demás, el hombre está ya en la cárcel, y la instrucción del proceso muy adelantada...

Nunca la sala de sesiones privadas había oído rugidos semejantes á los que siguieron á esta declaración.

Como siempre, entre los más furiosos se agitaba Laniboire, vociferando que la Academia debía desembarazarse de un individuo tan peligroso. Y en el primer impulso de cólera, algunos examinaron en voz alta la proposición. ¿Era

factible? ¿La Academia, comprometida por uno de los suyos, podía decirle: «Iros, os quito de inmortal y os vuelvo al común de los mortales?»

De pronto, ora hubiese cogido algo del debate, ó por una de esas curiosas adivinaciones que sorprenden á veces hasta en las sorderas más herméticas, el viejo Rehu, que estaba á un lado y lejos del fuego, temiendo un ataque, gritó con su voz fuerte y sin diapasón:

—En tiempo de la Restauración, no más que por motivos de política, llegamos á eliminar á once...

El antepasado hizo un movimiento de cabeza como atestiguando lo que decía con sus contemporáneos de aquellos tiempos, bustos blancos de ojos vacíos, alineados sobre pedestales alrededor de la sala.

—¡Once! ¡Demonio! murmuró Danjou en medio del mayor silencio.

Laniboire, siempre cínico, añadió:

—Todos los cuerpos constituídos son cobardes. Es ley natural. Hay que vivir.

Entonces Epinchard, que estaba hablando á la puerta con el secretario Picheral, se unió á

sus colegas, y muy bajo, y entre dos golpes de tos, declaró que el Secretario perpetuo no era el único culpable en todo aquel asunto, como lo probaba el acta de 8 de Julio de 1879, que iba á leerse. Y desde su sitio la vocecita de Picheral empezó animada y viva:

«En 8 de Julio de 1879, Leonardo Pedro Alejandro Astier-Rehu donó á la Academia francesa una carta de Rotrou al cardenal de Richelieu sobre los estatutos de la Corporación. La Academia, después de tener conocimiento de este documento inédito y muy curioso, felicita al donante y acuerda insertar en el acta la carta de Rotrou, la cual dice textualmente... (y al llegar aquí, el secretario se detuvo, como subrayando maliciosamente todas las palabras); es decir, con las negligencias que se encuentran en las correspondencias familiares y confirman la autenticidad del documento.»

A la luz descolorida que caía de la claraboya, todos en pie é inmóviles, evitando mirarse entre sí, escuchaban en medio del mayor estupor.

—¿Leo también la carta?

Picheral sonreía, divirtiéndose mucho.

—También la carta, dijo Epinchard.

Pero desde las primeras frases se oyeron voces de: «¡Basta, basta, ya no hace falta más!» Ahora les daba vergüenza la carta de Rotrou, cuya impostura saltaba á la vista. Era un pastel de estudiante, frases impropias, la mitad de las palabras desconocidas en aquel tiempo.

¡Qué ceguedad! ¿Cómo habían podido?...

—Bien ven ustedes, señores, que haríamos muy mal en cebarnos en un infortunado colega, añadió Epinchard; y vuelto hacia el Secretario perpetuo, le invitó á renunciar al escándalo de un proceso que alcanzaría á toda la Compañía y al mismo gran Cardenal.

Pero ni el calor del apóstrofe, ni la actitud oratoria del gesto señalando al Cardenal fundador, vencieron la fosca terquedad de Astier-Rehu, que firme y derecho ante la mesita que servía de tribuna, en medio de la sala, para las lecturas y comunicaciones, los puños apretados como si temiera que le arrancasen su voluntad de las manos, afirmaba que nada, entiéndase bien, nada quebrantaría su resolución.

Y sus gruesos dedos daban con cólera en la dura madera:

—¡Ah, señores! He esperado demasiado

para consideraciones de este género. Deben ustedes comprender que me ahoga ese *Galileo*, que no tengo bastante dinero para comprar toda la edición, y que vése en los escaparates de las librerías mi nombre, en complicidad con ese falsario.

En suma: ¿lo que él pensaba? Arrancar él mismo las páginas mentirosas de su obra y hacer con ella un público auto de fe, aprovechando la ocasión del proceso.

—¿Hablan ustedes de ridículo? La Academia está demasiado alta para que le alcance. En cuanto á mí, arruinado, burlado, no me quedará más que el orgullo y el contento de haber salvado mi nombre, mi obra y la dignidad de la Historia. ¡Yo no pido más!

¡Valiente y honrado *Cocodrilo*! Al través del énfasis de sus palabras, había un acento de sinceridad y de rectitud que desentonaba en aquel medio, enguatado por todas suertes de compromisos y de perifrasis.

De pronto, el ujier anunció:

—Señores, las cuatro.

¡Las cuatro, y todavía no estaban ultimados los funerales de Ripault-Rabín!

—Es verdad, sí, ese pobre Ripault-Rabín, dijo Danjou con tono zumbón.

—Ese ha muerto oportunamente, declamó trágicamente Laniboire.

Pero su frase no hizo efecto. Ya el ujier gritaba: «¡A los sitios!» y el Director agitaba su campanilla, teniendo á su derecha al canciller Desminières, y á su izquierda al Secretario perpetuo, que leía con su tranquila seguridad el Informe de la Comisión de funerales, entre cuchicheos, animados y los golpes que daba el agua en la claraboya.

—¡Qué tarde han acabado ustedes hoy! dijo Corentina abriendo la puerta á su amo. (Otra que no se dejaba impresionar por el Instituto.) El señorito Pablo está en su gabinete con la señora: pase usted por los archivos, porque el salón está lleno de gente...

¡Qué muertos están los archivos, con sus estantes vacíos, como si hubiese habido un robo ó un incendio! Ordinariamente evitaba entrar en ellos; pero hoy los atravesó con orgullo, fortalecido por la resolución que había tomado y por la declaración que acababa de hacer en la sesión.

Después de tan gran esfuerzo de voluntad y de energía, la idea de que su hijo le esperaba, le agradaba y reposaba. No le había vuelto á ver desde el duelo, desde la gran emoción que sintió ante su hijo tendido, más blanco que las sábanas; y sentía alegría al pensar que ahora, al entrar, le abriría sus brazos y le estrecharía entre ellos un largo rato, sin decir una palabra. Pero apenas hubo entrado, viendo á la madre y al hijo muy juntos cuchicheando, con los ojos fijos en el suelo, con su eterno aire de complicidad y misterio, su efusión desapareció.

—¡Pero, hombre, al fin! le dijo la señora Astier, que estaba con el sombrero puesto como para salir.

Y luego, con un tono semiserio y como si fuese una presentación:

—Amigo mío... el señor conde Pablo Astier.

—Maestro... dijo Pablo inclinándose.

Astier-Rehu les miró á entrambos, frunciendo sus gruesas cejas: ¿el conde Pablo Astier?

El guapo mozo, más guapo después de seis meses de vida al aire libre, contó que había sacado un título de conde del Papa, no tanto para



él, como para honrar á la que iba á tomar su nombre.

—¿Te casas? preguntó el padre con creciente desconfianza. ¿Con quién?

—Con la duquesa Padovani.

—¿Estás loco?... Tiene veinticinco años más que tú la Duquesa, y luego... luego...

Dudaba como buscando una fórmula respetuosa, y al fin, brutalmente, añadió:

—No se casa uno con una mujer que, sabiéndolo y viéndolo todo el mundo, ha pertenecido durante muchos años á otro hombre.

—Lo que no nos ha impedido, por otra parte, comer con regularidad en su casa y deberle muchas atenciones, dijo la señora Astier con su cabecita enhiesta como para el ataque.

Sin responder, ni siquiera mirarla, como no juzgándola competente en estas cosas del honor, el buen hombre se acercó á su hijo, y con acento convencido, y sus anchas y colgantes mejillas agitadas por la emoción, le dijo:

—No hagas eso, Pablo, por el nombre que llevas; no hagas eso, hijo mío. ¡Yo te lo pido!

Y le cogió por los hombros, sacudiéndole con

un gesto de ternura que correspondía á cada vibración de sus palabras.

Pero Pablo se separaba, enemigo de estas demostraciones sentimentales, y se defendía con vagas palabras.

—No lo veo yo así. No es éste mi parecer.

Y ante aquella cara cerrada y la mirada que huía, aquel hijo que estaba lejos de él y fuera de su alcance, el padre, instintivamente, levantó la voz invocando sus derechos de jefe de familia. Una sonrisa que sorprendió entre Pablo y su madre, nueva prueba de su connivencia en aquella ignominia, acabó de exasperarle. Y soñó, deliró, amenazó con protestar públicamente, escribir á los periódicos é infamarles á los dos, á la madre y al hijo, en su historia.

Era su amenaza más terrible. Cuando decía de un personaje de tiempos pasados: «¡Le he infamado en mi historia!» parecíale que no había castigo mayor.

Sin embargo, los dos aliados no se conmovieron gran cosa. La señora Astier, tan acostumbrada á esta amenaza de infamia histórica, como al arrastre de la maleta por los corredos-

res, se limitó á decir, mientras se abotonaba los guantes:

—Sabes que todo se oye desde el salón.

Y, en efecto, á pesar de la puerta y de las cortinas, se distinguía el rumor de una conversación.

Entonces, comprimiendo y ahogando su cólera:

—Escúchame bien, Pablo, dijo Leonardo Astier, con su dedo índice levantado hasta la cara del mozo. Si eso de que hablas llega á suceder, ¡no cuentes con verme más. No asistiré á tu boda: ni te quiero para nada, ni siquiera en mi lecho de muerte. ¡Te arrojo y te maldigo!

Pablo respondió muy tranquilo, echándose hacia atrás ante aquel dedo que le rozaba:

—¡Oh! Ya sabe usted, querido padre, maldecir ó bendecir son cosas que ya no se hacen en las casas. En el teatro mismo ya no se maldice ni se bendice.

—¡Pero se castiga, señor tunante! dijo el viejo levantando la mano.

Sonó un grito furioso de la madre.

—¡Leonardo!

En tanto que Pablo, con una viva parada de boxa, salvaba el golpe, tan tranquilo como en la sala de Keyser, y sin soltar el puño que le tenía cogido, murmuraba:

—¡Ah, no! Esto nunca.

El viejo auvernés, furioso, trataba de soltarse; pero, por vigoroso que fuese todavía, el otro era más fuerte.

Y en aquel instante horrible en que el padre y el hijo se echaban á la cara su odio, cruzando miradas de asesinos, se entreabrió la puerta del salón, dejando ver la sonrisa de muñeca de una señora gruesa, llena de plumas y de flores.

—Dispense usted, maestro, no más que una palabra. ¡Calla...! Ahí están Adelaida y el señorito Pablo; ¡encantador, divino, un cuadro de familia!

Decía bien la señora Ancelín: era un cuadro de familia, pero de la familia moderna, herida por la larga grieta que corroe de arriba abajo á la sociedad europea, y la hiere en sus principios de jerarquía y autoridad; grieta más visible en el Instituto, bajo la cúpula majestuosa donde se juzgan y se premian las virtudes domésticas y tradicionales.

## XVI

No se cabía en la sala octava, donde al fin se veía el proceso de Albino Fage, después de un sumario inacabable, gracias al juego de altas influencias que trataron de impedir que siguiera adelante.

Aquella sala de la Correccional, con sus muros de un azul mohoso y cuyos pálidos dorados exhalan olor de grasa y de miseria, jamás había visto estrecharse en sus bancos sordidos, y amontonarse de pie en todos los rincones, tanta multitud elegante y mundana, tantos sombreros floridos y trajes primaverales, hechos por los grandes confeccionadores, que contrastaban violentamente con el negro mate de las togas. Y todavía llegaba más gente por la entrada, cuyas dos puertas se abrían continuamente

á una ola ondulante de cabezas apretadas presurosas, levantadas, á la luz blanca del vestibulo, todas conocidas, archiconocidas, triviales hasta arrancar lágrimas, efigies de fiestas parisienses y entierros *chics* ó estrenos grandes. Margarita Oger á la vanguardia, y la condesita de Foder y la bella señora Henry, de la Legación americana, y luego las damas de la cofradía de la Academia. La señora Ancelín, en traje color malva, del brazo del decano de los abogados, Raverand; la señora Eviza, convertida en matorral de rosas, rodeada de una colmena de jóvenes abogadillos; detrás del tribunal, en los sitios reservados, Danjou, de pie, con los brazos cruzados, dominando á la concurrencia y á los jueces, con su perfil de duras aristas regulares de viejo cómico que se tropieza uno en todas partes, hace cuarenta años, como el tipo de la trivialidad mundana en sus múltiples manifestaciones. Fuera de Astier-Rehu y del barón Huchenard, citados como testigos, era el único académico que se había atrevido á arrostrar las arengas, que sin duda habrían de ser muy irreverentes, del abogado de Albino Fage, el burlón terrible de Margery, cuyo tonillo nasal hacía

reventar de risa, no más que de oirlo, á la sala y al Tribunal.

Se iba á reir mucho; estaba en el aire; se adivinaba esto al través de las conversaciones y en el mover maligno de los ojos y las bocas, dirigiéndose desde lejos risitas como de aviso. Tales eran las historias que se contaban sobre las proezas galantes de aquel jorobadillo, á quien se acababa de introducir en el banco del acusado, y que levantando su larga cabeza, peinada y llena de pomada, echó á la sala, por encima de la barra, una de esas largas miradas de milano, sobre la cual no se engañan nunca las mujeres.

Se hablaba de cartas comprometedoras, de una Memoria del acusado, citando lisa y llanamente los nombres de dos ó tres grandes damas, esos nombres de siempre, que se encuentran en todos los asuntos sucios. Por la mesa de los periodistas circulaba un ejemplar del documento, especie de autobiografía cándida y pretenciosa, sin las revelaciones que le atribuía el rumor público.

En el aburrimiento de su prisión, Fage había escrito para sus jueces que había nacido en

Vassy (Alto Marne), derecho como todo el mundo (es la pretensión de todos ellos); pero que una caída de caballo á los quince años le había destrozado la columna vertebral. Como la mayor parte de sus congéneres, cuya formación sexual es muy lenta, el gusto por las mujeres le había entrado muy tarde, pero con inaudita violencia, cuando trabajaba en una librería del Pasaje de los Panoramas. Siendo su deformidad un inconveniente para sus conquistas, buscó un modo de ganar mucho dinero, y la historia de sus amores, alternada con la de sus falsificaciones, procedimientos empleados, tintas y pergaminos, se desarrollaba en capítulos titulados, por ejemplo:

Mi primera víctima.

Angelina, corsetera.

Por una cinta roja.

La feria del pan de especies.

Entro en relaciones con Astier-Rehu.

La tinta misteriosa.

Reto á los químicos del Instituto.

Etcétera, etc.

Basta este sumario para hacer resaltar la fatuidad del jorobado, complicada con las preten-



siones del obrero que se ha instruído á sí mismo; desprendiéndose, sobre todo, de esta lectura general, la sorpresa de que el Secretario perpetuo de la Academia francesa, la ciencia y la literatura oficiales, se hubieran dejado engañar, durante dos ó tres años, por aquel cerebro ignorante de jorobado, atiborrado de detritus de biblioteca, de virutas de libro mal digeridas. En esto consistía la gracia del asunto y la causa de tanta concurrencia.

Se venía á ver á la Academia en la picota, en la persona de Astier-Rehu, al cual se dirigían todas las miradas en el banco de los testigos, y que inmóvil, absorto, respondía apenas, y sin volver la cabeza, á las bajas adulaciones de Freydet, de pie detrás de él, con guantes negros y una gran gasa en el sombrero, por el luto reciente de su hermana. Citado por la defensa, el candidato temía que esto le perjudicase en el ánimo de su buen maestro, y se excusaba; explicaba cómo había encontrado al miserable Fage en el estudio de Vedrine, lo cual le había valido aquella citación imprevista. Pero su cuchicheo se perdía entre el ruido de la sala y el sordo rumor del Tribunal llamando, despa-

chando causas y el monótono: «Visto, Visto,» cayendo cual filo de guillotina, cortando en seco las exclamaciones del abogado, la queja suplicante de los pobres diablos con toga que se esponjaban la frente diciendo:

—Pero, señor Presidente...

—Visto.

A veces, del fondo de la sala, salía un grito y unos brazos suplicantes.

—Aquí estoy, señor Presidente; pero no puedo pasar. ¡Hay tanta gentel...

—Visto.

Cuando uno ha visto este modo de barrer, y la balanza simbólica funcionando con tal rapidez, conserva una idea muy fuerte de la justicia francesa. A poca diferencia, es la misma sensación de una misa de difunto, despachada á empujones por un cura cualquiera en el entierro de un pobre.

La voz del Presidente exclamó:

—Proceso Albino Fage.

Reinó un gran silencio, no sólo en la sala, sino en el vestíbulo, donde había gente subida á los bancos para ver.

Luego, después de mascullar algo el relator,

desfilaron los testigos entre filas espesas de togas para pasar á la sala especial, triste y desnuda, con sus ventanas estrechas que dan á una callejuela.

Astier-Rehu, que debía ser llamado el primero, no entró, y se puso á pasear en la sombra del corredor que une á las dos salas. A Freydet, que quería quedarse, le dijo en voz sorda:

—No, no, déjeme usted. Quiero que se me deje.

Y el candidato fué á mezclarse con los otros testigos, que formaban dos ó tres corros.

Bos, el paleógrafo, el químico Delpech, de la Academia de Ciencias, peritos calígrafos y dos ó tres muchachas muy guapas de aquellas cuyos retratos adornaban las paredes del cuarto de Albino Fage, encantadas ante el reclamo que iba á resultar para ellas del juicio, riendo muy alto y luciendo ligeros sombreritos de primavera, que contrastaban con la cofia y mitones de punto de la portera del Tribunal de Cuentas.

Vedrine también estaba citado. Freydet fué á sentarse á su lado sobre el ancho reborde de la ventana abierta.

Arrastrados por esas corrientes opuestas que en París separan á los seres, los dos camaradas no se habían visto desde el verano anterior más que en los recientes funerales de la pobre Germana de Freydet.

Vedrine estrechó las manos de su amigo, preguntando por su salud y por el estado de su espíritu después de aquel golpe terrible.

Freydet se encogió de hombros:

—Es duro, ciertamente, es duro; pero ¿qué quieres? Ya me voy acostumbrando.

Y como el otro abriese desmesuradamente los ojos ante un egoísmo tan feroz:

—¡Demonio! Fíjate bien, le dijo Freydet: van dos veces en un año que me ahogan.

El golpe terrible para él era su fracaso en lo del sillón vacante de Ripault-Rabín, que se le había escapado, como antes el de Loisillón; pero luego comprendió lo que quería decirle Vedrine, y dejando escapar un suspiro:

—¡Ah! sí, dijo: mi pobre Germana... ¡Cuánto ha trabajado todo el invierno para mi desdichada candidatura! Dos comidas por semana, y hasta media noche, ó hasta la una, maniobrando en su sillón mecánico por todos los rincones del

salón. A ello ha sacrificado sus últimas fuerzas, con más pasión y más encarnizamiento que yo mismo. Y al fin, cuando ya no podía más, sus pobres dedos retorcidos llevaban la cuenta del próximo escrutinio sobre el embozo de la sábana. Sí, mi buen amigo; ha muerto contando mis probabilidades á la herencia académica de Ripault-Rabín. ¡Oh! Aunque no fuese más que por ella, por su memoria, yo he de ser de la Academia.

Se detuvo repentinamente, y luego, con voz cambiada y bajando de tono, añadió:

—No sé por qué te digo esto, pero lo cierto es que desde que me han metido este deseo en la cabeza, no puedo pensar en nada más. Mi hermana ha muerto, y apenas la he llorado. Tenía que hacer las visitas y pretender. Esto me mata... ¡Es una verdadera locura!

En la brutalidad de estas palabras y el acen- to de fiebre que las llenaba de cólera, el escultor echaba de menos á aquel antiguo Freydet, tan dulce, tan fino, tan contento de la vida. La mirada vaga, la arruga preocupada de la frente, el fuego de sus manos, revelaban la pasión, la idea fija.

Sin embargo, el encuentro de Vedrine parecía haberle calmado un poco, y con ternura le hizo varias preguntas.

—¿Qué haces? ¿Y tu mujer? ¿Y tus hijos?

Vedrine le contestó con tranquila sonrisa:

—Gracias á Dios, todos están bien; vamos á destetar á la pequeña. El muchacho continúa desempeñando su misión de ser hermoso, y esperando con impaciencia el centenario del viejo Rehu. Yo expuse dos cuadros en el Salón, no del todo mal colocados y tampoco muy mal vendidos. En cambio, un acreedor tan imprudente como feroz ha embargado al guerrero que de etapa en etapa, primero en un soberbio entresuelo de la calle de Saint-Petersbourg, trasladado luego á una cuadra de Batignolles, ahora se muere de fastidio en un establo de Levallois, donde de vez en cuando vamos á verlo en familia.

—¡Y ahí tienes la gloria! añadió Vedrine en el momento en que el ujier llamaba al testigo Astier-Rehu.

La silueta del Secretario perpetuo se dibujó un momento entre la luz polvorienta del Tribunal, recta y firme; en sus hombros, en que no

se fijaba, y en sus anchas espaldas temblorosas, se revelaba una viva emoción.

—¡Pobre hombre! murmuró el escultor. Son rudas pruebas las que pasa. Esta historia de los autógrafos, el casamiento de su hijo...

—¿Pablo Astier se ha casado?

—Hace tres días, con la Duquesa. Una especie de matrimonio morganático, sin más concurrencia que la mamá del novio y los cuatro testigos. Yo era uno de ellos, como supondrás, pues una fatalidad singular me asocia á todos los hechos y los dichos de esa familia Astier.

Y Vedrine describió su estupor viendo aparecer en la sala de la alcaldía á la duquesa Padovani, pálida como una muerta, todavía altanera, pero desolada, sin fibra, con su gran mata de cabellos grises, sus pobres y hermosos cabellos, que ya no se toma la molestia de teñir. A su lado, Pablo Astier, el señor conde, sonriente y frío, siempre guapo mozo. Todos se miran, nadie habla palabra, excepto el empleado, que después de haber mirado á las dos señoras mayores, siente la necesidad de decir, inclinándose y con una sonrisa:

—No esperamos más que á la novia.

—Aquí está la novia, contestó la Duquesa adelantándose, alta la faz, pero con una amarga y horrible sonrisa, que torcía y deformaba su hermosa boca.

De la alcaldía, donde el teniente alcalde de servicio tuvo el buen gusto de ahorrar discursos, se trasladaron al Instituto católico, calle de Vaugirard, iglesia aristocrática, dorada, florida, muchas arañas encendidas, pero nadie, ni un alma. Nada más que el cortejo nupcial oyendo á monseñor Adriani, el Nuncio del Papa, masculando una interminable homilía, que leía en un cartulario con láminas. Era hermoso ver á aquel Prelado mundano, con su larga nariz, sus labios delgados, los hombros cubiertos de un capisayo violeta, hablando «de las tradiciones de honor del esposo,» «de las gracias de la esposa,» con una mirada de soslayo, negra y siniestra, que caía sobre los reclinatorios de terciopelo de la triste pareja.

Después, la salida; los fríos saludos cambiados entre los arcos del diminuto claustro, el suspiro de alivio de la Duquesa, el «¡ya acabó, Dios mío!» soltado con la entonación desesperada y desencantada de la mujer que ha medido



la profundidad del abismo, pero que se arroja á él para mantener un compromiso de honor.

—Yo he visto en mi vida cosas sombrías y lamentables, pero nada más desolador que el matrimonio de Pablo Astier.

—En medio de todo, nuestro buen amigo es un tunante con suerte, dijo Freydet entre dientes.

—Sí, uno de nuestros mejores *struggle for lifers*.

Y el escultor repitió la palabra, acentuándola, *struggle for lifers*; es decir, la nueva raza de seres feroces á quienes el chiste ése de «la lucha por la existencia» sirve de excusa hipócrita para toda clase de maldades.

Freydet contestó:

—En fin, ya es rico, lo que él quería. Su nariz, esta vez, no le ha hecho desviar...

—Esperemos: habrá que ver. La Duquesa no es muy sufrida, y le miraba de un modo especial en la alcaldía. Si su vieja le fastidia mucho, todavía podríamos ver ante un Tribunal á ese hijo y nieto de *inmortales*.

—¡Testigo Vedrinel gritó el ujier.

Al mismo tiempo, una enorme carcajada de

la multitud se escapó por la puerta abierta.

— ¡Demonio! dijo un guardia que estaba de centinela en el corredor. Parece que se divierten.

En la sala de testigos, que poco á poco, durante la conversación de los dos amigos, se había quedado vacía, sólo quedaban Freydet y la portera del Tribunal de Cuentas, asustada con la idea de comparecer ante la justicia, y retorciendo las cintas de su cofia con un gesto de demente.

Al bueno del candidato, por el contrario, se le presentaba una excelente ocasión para incensar á la Academia francesa y á su Secretario perpetuo.

Solo, pues la buena mujer acababa de pasar, medía á grandes pasos la sala, se paraba ante la ventana, redondeando períodos y estudiados gestos, con sus manos enguantadas de negro.

Mientras que en la casa de enfrente tomaban la cosa de otro modo, y desde aquella lúgubre y sombría mansión, que rezumaba los inmundos y vergonzosos oficios que abrigaba, una mano regordeta, con un brazo desnudo, levantaba una

cortina color de rosa y arriesgaba una invitación equívoca.

—¡Oh! ¡Qué París!

Y Freydet sintió en la cara la vergüenza, alejóse vivamente de la ventana y se refugió en el corredor.

—¿Es el Ministerio fiscal el que habla? le dijo en voz baja al guardia, en tanto que una voz falsamente indignada clamaba en la atmósfera recalentada de la sala: «El acusado abusó de la inocente pasión de un viejo.»

—Pues bueno: ¿y yo? pensó Freydet en voz alta.

—Habrá que creer que le han olvidado á usted.

Sorprendido al principio, Freydet sintió vivo despecho contra el destino singular que le impedía presentarse y hablar como campeón de la Academia, y hacer hablar de sí y de su nombre en los periódicos.

Pero en aquel instante, un formidable estallido de risas acogía el inventario de la falsa colección Mesnil-Case; cartas de Reyes, de Papas, de Emperatrices. Turena, Buffón, Montaigne, La Boetie, Clemencia Isaura; y sólo con esta

enumeración fantástica se veía claro el enorme candor del historiador oficial, con quien se había divertido el jorobado.

Pero al pensar que estas risas irrespetuosas eran contra su maestro y protector Astier-Rehu, Freydet sintió una indignación no exenta de egoísmo, sintiéndose herido de rechazo y viendo otra vez su candidatura comprometida.

Se deslizó, se confundió entre los remolinos de la salida general, entre las carreras de los lacayos y el tumulto de los coches, en la hermosa luz moribunda de un día de Junio en que las sombrillas rojas, blancas, verdes, malva, se abrían con coloración de flores gigantesas.

De todos los grupos salían carcajadas, como á la salida de una comedia divertida. Cinco años de cárcel y las costas; pero Margery había estado muy ocurrente: Margarita Oger se moría de risa, y Danjou, acompañando á la señora Eviza hasta el coche, decía cómicamente en voz alta:

—Es un salivazo á la cara de la Academia...

Leonardo Astier, que andaba solo, sin mirar á nadie, oyó la frase, y otras también, á pesar de los avisos de: «¡Cuidado, que está ahí!»

Era para él el principio de la desconsidera-

ción, su flaco ridículo, conocido y burlado por todo París.

—Déme usted el brazo, mi buen maestro...

Freydet, que se le había acercado, cediendo á un irresistible impulso del corazón.

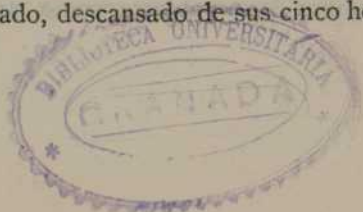
—¡Ay, amigo mío! ¡Cuánto bien me hace usted! dijo el pobre viejo con voz sorda y como mojada por las lágrimas.

Anduvieron silenciosos durante un rato. La verdura de los muelles daba sombra y adornaba las piedras: los mil ruidos de la calle y del agua resonaban alegres por los aires: uno de esos días en que parece que la miseria humana da treguas.

—¿Dónde? dijo Freydet.

—Donde usted quiera, pero no á mi casa, dijo el buen hombre, á quien causaba un terror de niño la idea de la escena que su mujer le haría en la comida.

Comieron en Point-au-Jour, después de haber andado largo rato al lado del río, y las buenas palabras del discípulo ayudaron á la tranquilidad del cielo, y el infeliz Astier volvió á su casa tarde, apaciguado, descansado de sus cinco ho-



ras de picota en el banco de la sala octava; cinco horas en que tuvo que sufrir la risa ultrajante de la multitud y el chorro de vitriolo del abogado.

—Reid, reid, beduínos: la posteridad juzgará.

Así se consolaba atravesando los grandes patios del Instituto, en el que todo dormía, los mecheros apagados y luciendo los huecos de las escaleras á derecha é izquierda como grandes agujeros negros, rectangulares. Subió á tientos y entró en su despacho sin hacer ruido, como un ladrón.

Desde la ruptura por su hijo y la boda, allí pasaba las noches en una cama improvisada, para escapar á las tenaces discusiones nocturnas en que la mujer sigue siendo prepotente, hasta cuando ha dejado de ser mujer, por los infatigables recursos de su nervios, y en que el hombre acaba por ceder y por prometerlo todo, por la paz y por la libertad del sueño.

¡Dios mío! Jamás había sentido de ello tanta necesidad como después de aquella larga jornada de emociones y fatigas; y entraba en la sombra de su gabinete como si ya viera el re-

poso, cuando distinguió una vaga forma humana, en un ángulo de la ventana:

—¡Vamos, ya estarás contento!

Su mujer, su mujer, que le esperaba y le acechaba, y cuya colérica voz le dejó inmóvil en medio de la oscuridad, escuchando:

—Ya has tenido tu proceso. Querías mucho ridículo, y ya lo tienes, y estás cubierto, inundado, de los pies á la cabeza, sin valor para dejarte ver. ¿Valía la pena de gritar que tu hijo te deshonoraba, insultarle y maldecirle?... Ha hecho bien el pobre muchacho en cambiar de nombre, ahora que el tuyo es sinónimo de ignorancia y tontería, y no cabe pronunciarlo sin reír. ¿Y todo esto, yo pregunto, para tu obra histórica? Pero, infeliz, ¿quién conoce tu obra histórica? ¿A quién le puede interesar el saber que tus documentos son verdaderos ó falsos? Sabes muy bien que no hay quien te lea.

Y así andaba, andaba, destilando su agrio hilo de voz al más alto diapasón, y para Astier-Rehu era la picota que continuaba, el insulto oficial que seguía oyendo, como hacía poco, sin una interrupción, ni un movimiento de amenaza, con el sentimiento de una autoridad que

está fuera del alcance de otro tribunal sin réplica; aceptando todos los ultrajes, como en el Tribunal. Pero ¡cuánta crueldad en aquella boca invisible que le mordía y le hería por todas partes, y rasgaba á dentelladas su orgullo de hombre y de escritor!

—¡Y que son buenos tus libros! ¡Te imaginabas quizá, que te habían valido la Academia! ¿Pues no sabes que su casaca verde no la debes más que á tu mujer? ¡Una vida de intrigas y pasos para ir abriendo las puertas, una en pos de la otra, toda una juventud de mujer sacrificada á las declaraciones temblonas, á los ataques de viejos que me daban asco! ¡Sí, sí, era preciso! Se entra en la Academia por el talento. Tú no lo tenías. Ó con un gran nombre y una alta situación, que tampoco tenías. Yo me mezclé en el asunto.

Y para que no lo pusiera en duda, creyendo ver en sus palabras la exasperación de una mujer herida, humillada en su vanidad de esposa, en su ciega ternura de madre, precisó los detalles de su elección, le recordó su famosa frase sobre sus trajes que olían á tabaco, á pesar de que él no fumaba.



—Una frase, amigo, que te ha hecho más célebre que todos tus libros.

El infeliz dejó escapar un gemido, bajo y profundo; el grito sordo de un hombre con una puñalada en el vientre, que con sus dos manos se sostiene las entrañas.

La vocecilla aguda prosiguió sin conmoverse:

—Bueno, sí, ¡Dios mío! haz la maleta, y de una vez para siempre. ¡Que no se oiga hablar más de tí! Tu hijo es rico, felizmente, y te enviará para comer, porque ya supondrás que ahora no hallarás un editor ni una revista que quiera tus sandeces, por lo cual no reventarás de hambre, gracias al supuesto deshonor de Pablo.

—¡Es demasiado! murmuró el pobre hombre, marchando, huyendo de aquella furia de látigo, tanteando las paredes, enfilando los corredores y las escaleras, y los patios sonoros; murmuraba casi llorando:

—Es demasiado, demasiado.

¿Dónde va?

Derecho como en un sueño atraviesa la plaza y la mitad del puente, cuya frescura le reanima. Siéntase en un banco, se quita el sombrero

para calmar sus arterias que golpean, y el ruido regular del agua le calma, le hace volver en sí; pero es para recordar y para sufrir. ¡Qué mujer! ¡Qué martirio! ¡Y pensar que ha vivido treinta y cinco años á su lado sin llegar á conocerla! Sintió un estremecimiento de horror al recordar las cosas abominables que acababa de oír. Nada había dejado vivo en él, ni siquiera el orgullo que le mantenía en pie: su fe en su obra, su creencia en la Academia.

Y pensando en la Academia, se volvió involuntariamente.

Al extremo del puente solitario, ensanchado en una inmensa avenida hasta el pie del monumento, el palacio Mazarino, apretado y hecho más chico en la oscuridad, levantaba su pórtico y su cúpula como en la portada de las ediciones Didot, que tanto miraba en su juventud, y que había sido el deseo ambicioso de toda su vida.

¡Ah! Aquella cúpula y aquellas piedras, que hasta entonces habían sido causa de todas sus desgracias y en donde había buscado mujer sin amor y sin alegría, nada más que por la promesa del Instituto... Al fin tuvo el puesto ambicionado... y ahora ya sabe cómo. ¡Qué asco!

En aquel momento, pasos y risas resonaron en el puente. Estudiantes que volvían con sus queridas: temió ser reconocido; se levantó y se apoyó en el parapeto. Y en tanto que la banda pasaba por su lado sin verle, pensaba con amargura que nunca se había divertido, que jamás había pasado una noche como aquélla: dominado por la ambición siempre despierta, en marcha hacia aquella cúpula, que tenía algo de templo, y cuyas creencias y cuya solemnidad por anticipado respetaba.

¿Y qué le había dado en cambio? Nada; la nada. Ya el día de su entrada, después de acabados los discursos y cambiadas las malicias acostumbradas, había sentido la misma impresión de vacío y de esperanza burlada, y se decía dentro del coche que le llevaba á casa para quitarse la casaca verde:—«¡Cómo! ¿Ya estoy ahí? ¿Y no es más que eso?»

Luego, á fuerza de mentir y de repetir con sus colegas que era bueno y exquisito, había acabado por creerlo. Pero ahora el velo había caído, veía ya claro, y hubiera querido gritar con cien bocas á la juventud francesa:

—La Academia es una equivocación y una

especie de espejismo. Seguid vuestro camino y vuestra obra fuera de ella, y, sobre todo, no sacrificuéis en su honor nada, porque nada os ha de dar: ni talento, ni gloria, ni aquel supremo contento de sí mismo. La Academia no es un recurso ni un Asilo. Ídolo huero, religión que no consuela. Las grandes miserias de la vida os asaltan dentro de ella, lo mismo que fuera: hay quien ahí dentro se mata, y quien enloquece. Los que en su miseria se han vuelto hacia ella y la han tendido sus brazos desesperanzados de amar ó de maldecir, no han abrazado más que una sombra.

Hablaba en voz alta, desnuda la cabeza, y agarrándose al parapeto con las dos manos el pobre viejo profesor, como otras veces en su cátedra. Abajo, el río corría, matizado de reflejos nocturnos, entre filas de faroles que vacilaban con la vida silenciosa de la luz, inquieta como todo lo que se mueve, mira y no habla.

En el muelle, un canto de borracho se aleja tembloroso.

«Cuando Cupido... por la mañana... yo me despierto...»

Algún auvernés medio ebrio que se dirige á

su barco carbonero: recuerda á Teyssedro el limpiasuelos, y su vaso de vino fresco; le ve limpiándose la boca con el revés de la manga:

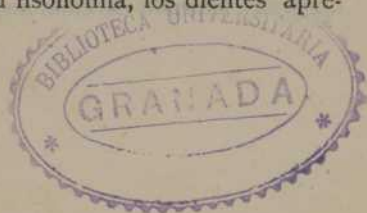
—En la vida, no hay más que esto.

Esta misma alegría de la naturaleza no la ha conocido, y aquella miseria se ve obligado á envidiarla.

Sintiéndose solo, sin un pecho sobre el cual llorar, comprende que aquella perdida tenía razón, y que había que hacer la maleta por última vez.

Unos guardias, á la mañana siguiente, hallaron en un banco del Puente de las Artes un sombrero de anchas alas, uno de esos sombreros que conservan algo de la fisonomía de su propietario. Dentro un gran reloj de oro y una tarjeta con el nombre de «Leonardo Astier-Rehu, Secretario perpetuo de la Academia Francesa,» atravesado por una línea escrita con lápiz, que decía: «Muero aquí por mi voluntad.»

¡Ah, sí, por su voluntad! Y mejor todavía que esta frase, escrita con caracteres largos y firmes, la expresión de su fisonomía, los dientes apre-



tados, la mandíbula saliente y violenta, decían cuán firme era su resolución de morir.

Después de una mañana de borrasca, los marineros le sacaron de las anchas mallas de una red de hierro que rodeaba unos baños para mujeres, cerca del puente.

Se le llevó á la Casa de Socorro, donde Picheral le reconoció... No era el primer Secretario perpetuo que se sacaba del Sena: análogo accidente había habido en tiempo de Picheral, padre, y casi en las mismas circunstancias. Por esto Picheral, hijo, no parecía muy conmovido: lo que más le fastidiaba era no poder esperar á la noche para llevar á Astier-Rehu á su casa; pero había que aprovechar la ausencia de la señora Astier, que había salido para almorzar en casa de su hijo. Había que ahorrarle una emoción demasiado fuerte.

Daba la una el reloj del palacio Mazarino, cuando las angarillas de la Casa de Socorro entraban, resonando el paso duro de los mozos bajo la bóveda, dejando el camino lleno de sinietras mojaduras.

Al pie de la escalera B descansaron un rato: un gran cuadrado de cielo azul se divisaba por

encima del patio, lleno de un sol que cegaba. Levantaron la sábana que cubría al muerto, y los rasgos de Leonardo Astier-Rehu se mostraron por última vez á los miembros de la Comisión del Diccionario que acababa de levantar la sesión en señal de duelo. Rodearon las angarillas, desnuda la cabeza, pero un tanto escandalizados. Se les unieron algunos curiosos, obremos, empleados, aprendices, porque el Instituto sirve de pasaje entre la calle Mazarino y el muelle.

Entre ellos, el buen Freydet, que, enjugándose los ojos, y avergonzándose de su misma idea, pensaba que quedaba vacante otro sillón.

Bajaba entonces el viejo Rehu, para hacer el paseo para la digestión: no sabía nada, y se quedó parado ante aquella multitud que dominaba desde lo alto de la escalera. Se acercó para mirar, apartando á los que querían alejarle. ¿Comprendió lo que era aquello? ¿Reconoció al difunto? Su cara continuó inmóvil, y sus ojos con la misma falta de expresión que los de la Minerva con casco de mármol. Luego, después de haber mirado bien, en tanto que se volvía á cubrir con la sábana la pobre cara del difunto,

se alejó derecho, orgulloso, con su sombra inmensa al lado, verdadero *inmortal*...

Y su cabeza, que se movía como de maniático un tanto senil, parecía decir:

—Yo he visto ya esto, yo.



FIN





# LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2.

## OBRAS DE FONDO

- ALAS (Jenaro).—La movilización de 1887 en Francia: un vol. 8.º con un mapa. *ptas. 2,50*
- ALAS (Leopoldo).—Solos de Clarín, un vol. en 8.º *ptas. 2,50*
- La literatura en 1881. 3.ª edición. *ptas. 2*
- \*...Sermón perdido: crítica y sátira: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- \*Pipá.—Novelas cortas, un vol. en 8.º *ptas. 4*
- \*Nueva campaña; crítica y sátira: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- \*Folletos literarios: I. Un viaje á Madrid. *ptas. 1*
- \*Idem II. Cánovas y su tiempo: 1.ª parte. *ptas. 1*
- \*Idem III. Apolo en Pafos. *ptas. 1*
- \*Idem IV. Mis plagios.—Un discurso de Núñez de Arce. *ptas. 1*
- \*Idem V. (En prensa).
- \*Su único hijo, novela (en prensa).
- \*AMICIS (Edmundo de).—Corazón; traducción de Giner de los Rios: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- BECQUER (Gustavo A.).—Obras, cuarta edición aumentada y corregida: tres tomos con el retrato del autor. *ptas. 10,50*
- CAMPOAMOR (Ramón de).—El amor ó la muerte. Cómo rezan las solteras, poemas: un vol. en 8.º mayor. *ptas. 1*
- El ideismo: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- El anillo de boda.—La orgía de la inocencia: poemas.—El buen ejemplo.—Dolora. *ptas. 1*
- Humoradas: un precioso vol. en 8.º *ptas. 3*
- Los amores de una Santa, poema. *ptas. 1*
- El licenciado Torralba, poema en ocho cantos: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- DAUDET (Alfonso).—Numa Roumestán; un vol. en 8.º *ptas. 3*
- \*Safo (costumbres de Paris), 3.ª edición: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- \*El Académico (L'Immortel); versión española: un vol. 8.º *ptas. 3,50*
- \*FRANZ DE HOLTZENDORFF.—Principios de Política; traducida del alemán y anotada por los Sres. Buylla y Posada, Catedráticos en la universidad de Oviedo (en prensa).
- FRAY CANDIL (Emilio Bobadilla).—Escaramuzas (sátiras y críticas), con un prólogo de Clarín: 1 vol. 8.º *ptas. 3*
- FRONTAURA (Carlos).—López y su mujer. *ptas. 2*
- \*Las Tiendas (diálogos humorísticos), 4.ª edición aumentada. *ptas. 3*
- Lances de la vida: un vol. *ptas. 3*
- Sermones de doña Paquita. *ptas. 5*
- Galería de matrimonios: 2 tomos. *ptas. 7*
- Tipos madrileños: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- \*GUY DE MAUPASSANT.—Las Termas de Monte-Oriol; versión española de E. de Olavarria y Huarte: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- Una vida (novela), versión española de E. de Olavarria y Huarte (en prensa).
- \*LOPEZ BAGO.—La torería.—Luis Martínez el espada (en la plaza), novela social: un vol. *ptas. 3*
- NÚÑEZ DE ARCE (Gaspar).—Gritos del combate. *ptas. 4*
- OHNET (Jorge).—Las Ferrerías de Pont-Avesné: un vol. *ptas. 3*
- Sergio Panine: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- La Condesa Sara: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- Voluntad; traducción de D. Carlos Frontaura. *ptas. 3,50*
- PARDO BAZAN.—El cisne de Vilamorta: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- La cuestión palpitante: un vol. en 8.º *ptas. 2*
- Un viaje de novios; 2.ª edición: un vol. en 8.º *ptas. 3,50*
- Pascual López; 2.ª edición (en prensa).
- PICÓN (Jacinto Octavio).—Luzara, casi novela: un tomo. *ptas. 3*
- La hijastra del amor: un vol. en 8.º *ptas. 4*
- Juan Vulgar: un vol. en 8.º *ptas. 3*
- De El Teatro: un fol. en 4.º *ptas. 1*
- El enemigo (novela). *ptas. 4*
- \*SEGOVIA ROBERTI (Enrique).—Catálogo humorístico en verso de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887, en 8.º *ptas. 1*
- \*ZOLA.—Le Rêve, novela, versión española (en prensa).















DAUDET

EL

ACADÉMICO

BIBLIOTECA

UNIVERSITARIA

DE GRANADA

B

10

329